

CR – 172 – 2.012

TÍTULO:

The be more loved

(El ser más querido)

AUTOR:

SIXTO SANZ CABRERA

Creo ver algún atisbo de razonamiento entre mi familia al considerar la masa hereditaria entre todos mis hermanos, el ajuar que nos pertenece por parte de mi papá; ya que la parte proporcionar que nos corresponde es una parte alícuota dejada como usufructuaria a mi mamá en el testamento ológrafo de mi papá.

Yo no hacía más que mirar a mis hermanos, viéndolos como lobos alrededor de una oveja despellejada y lista para hincarla el diente dichos depredadores alrededor de esa comida, para ver quién de ellos comía más y más en poco tiempo.

Sí cumplían con el devoto deber de ir enlutados todos mis hermanos; pero no en sí con el Espíritu recogido en un conformismo de dolor por el duelo de las exequias de mi papá; ya que en sí hacía unos días le habíamos enterrado, y para ello tuvieron que acudir algunos hermanos míos desde otras regiones lejanas a la mía y hasta del mismo extranjero. Sí acudieron, pero como lobos a la comida, como ya les he dicho.

Al estricto deseo de papá para que mamá siguiese llevando las fincas y la casa, como usufructuaria, nadie nos opusimos y eso fue porque uno de mis hermanos y yo nos adelantamos para afirmar que estábamos de acuerdo con dicha decisión; pues nosotros, sus hijos, éramos herederos forzosos de la masa hereditaria.

En algunas caras de mis hermanos se veía la disconformidad de aquella decisión paterna, a la que nosotros, con mucho gusto, hicimos valer la opinión de mi papá en dicho tiempo. Y digo con mucho gusto; ya que a duras penas conseguimos mi hermano y yo, que tomasen cartas efectivas en dicha decisión de no molestar a mamá en su dolor y en su duelo.

Todo quedó ahí, en dicha decisión; pues aquel día lo pasamos todos en completa concordia familiar, haciendo las funciones del hogar y cocinando una buena hoyo para que comiesen todos mis hermanos en casa, ya fuesen los que vivían en dicha localidad como los que estaban a punto de partir a su destino en otras localidades más lejanas en la que yo vivía.

La conversación se hacía monótona; ya que se limitaba a contar el buen tiempo que estaba haciendo en ese preciso día y poco más, pues las frases eran cortas y entrelazadas las

unas con las otras, se intercambiaban las expresiones con sumo agrado cuando se quería decir algo fuera de lo normal. Y fuera de lo normal fue la expresión que dije yo: - Debíais quedaros unos días entre nosotras – así lo dije y como lo dije sin pensar, sin pensar dieron su respuestas mis hermanos; sobretodo los que tenían que viajar a otras ciudades. Las excusas fueron seguidas por todos ellos, de que tenían que hacer en sus ciudades, y que sintiéndolo mucho y queriéndonos más, a mamá y a mí, se tenían que marchar a su puesto de trabajo.

PROTAGONISTAS

ARTHUR

ANAÍS

ALBERT

SAMANTHA

ANDREW

AMY

BRYAN

Yo me quedé como quien ve visiones al oír lo que me estaban diciendo mis hermanos, de que no se podían quedar unos días con mamá y conmigo; pues eran sus santos deberes marcharse para seguir en su puesto de trabajo, ya que debían dar confianzas a los jefes de ser buenos trabajadores.

Pero por aquello de que la perrona debía tener su expansión corporal, aquella noche sí tuvimos una pequeña sobremesa, una vez que cenamos y hasta nos atrevimos a salir a un café bar para regocijarnos entre todos juntos por sentirnos en familia. Y créanme, que aquella noche fue una velada increíble para mí; ya que no eran muy frecuentes dichas veladas con mis hermanos, y aquello me supo a gloria.

Se les calentó la boca a algunos de mis hermanos tomando aquellas bebidas espirituosas, como tenía aquel café bar de mi localidad; una ciudad encantadora para mí, en donde nunca pasabas nada de extraordinario.

Mis hermanos no eran malos, solamente fue la causa de aquel debacle de contrariedades sentimentales la bebida alcohólica que estaba tomando, sobre todo Albert, que se puso alegre por todo lo alto, sin medir las consecuencias que le habían llevado a tal extremo de etilismo.

Se levantaba, se daba unos paseos por el recinto de la cafetería, iba a la máquina de discos para hacer sonar algunos de ellos y otras veces se dirigía a la expendedora de tabacos, sacando alguna cajetilla de cigarrillos: pues ya tenía tres encima de la mesa donde estábamos sentados todos sus hermanos.

No se podía estar quieto, por más que yo le insistía de que aquel comportamiento suyo no era digno de una persona culta y a la vez respetable para la sociedad humana; pero él no me oía o no me quería oír lo que yo le estaba diciendo en aquellos momentos de aturdimiento para su persona, y al mismo tiempo veía yo que tenía otro problema con otro hermano que se estaba poniendo igual que él.

No podía consentir aquello y me levanté para que los dos hermanos míos dejaran de hacer el payaso en aquel recinto hermoso, como era aquel café bar - ¡AH!: ¿Qué cómo me llamo?- perdonen ustedes por dicha descortesía. Me llamo Anaís, casada con un hombre bueno y sensato a la vez, Arthur. Pero eso sí, todos éramos jóvenes pese a que estuviésemos casados; bueno, no todos, porque mi hermano Bryan no estaba casado.

SAMANTHA -. Boy, calma you, they see here.

Era mi cuñada Samantha, que tenía cuidado con el niño, su hijo, para que no se alejase mucho de donde estábamos nosotras; ya que el niño era un tanto inquieto: ¿Y quién no?; en cuanto se trataba de ser niño; sino se movía era porque le pasase algo o estuviese enfermo.

Sí, desde luego que sí; sí pasamos una velada de lo más agradable para nosotras en aquella noche, en donde fluía una concordia familiar entrañable y nada desdeñosa para sentirse conforme entre los hermanos.

Era ya hora de recogerse y todas decidimos volver a nuestra casa, la casa de nuestros padres, y allá que nos fuimos con la alegría en la cara de sentirnos una familia allegada y acogedora en el seno familiar.

Cuando llegamos todas a casa, estaba mamá esperándonos despierta y sentada en un sillón en el despacho leyendo un libro y al vernos entrar en el hogar cerró el libro que tenía en las manos para saludarnos cortésmente, como ella solía hacer; dándola cada uno un beso en los carrillos y algunas se lo dieron en la frente. Y créanme: Aquello la sentó estupendamente a mamá, el que todos su hijos la saludasen con un beso.

Al día siguiente, algunos de mis hermanos se despidieron de nosotras para marchar a su lugar de trabajo, no sin antes desearnos toda la felicidad del Mundo; y a la vez nos decían, que nos cuidásemos mucho, como si eso pudiese ser así, sin nuestro papá. Agradecidas los despedimos a los hermanos que se marcharon, quedándonos con la compañía de Albert y Samantha: Una mujer que solo tenía ojos para su niño; ya que todo el día andaba detrás de él como protegiéndole para que no le pasase nada malo.

Yo veía un tanto inquieto a mi hermano Bryan, sin saber por qué era esa inquietud que tenía en su persona. Tenía que preguntarle por esa inquietud y no veía el modo de hacerlo, ya que en ningún momento se separó de él mi otro hermano, Albert; como si éste quisiera que no nos hablase a solas a nosotras, temiendo alguna conversación no favorable para él de nosotras dos con respecto a mi hermano Bryan. No, no se separaba de Bryan ni un momento mi hermano Albert; y así no había manera de preguntar a mi hermano Bryan qué le pasaba con ese nerviosismo que demostraba en todo momento. No tenía ninguna ocasión de quedarme a solas con mi hermano Bryan para nada, y eso que hacía lo imposible para que así fuese.

Pese al nerviosismo de mi hermano pequeño, se sumó algo que yo ya estaba viendo venir, y era que mi hermano Albert dejó entrever a mamá con una conversación de pesadumbre sobre lo que le iba a pasar si se diesen algunas circunstancias adversas para él.

ALBERT -. Espero marchar mañana; pero tal vez me veas pronto, mamá.

ANAÍS -. ¿Cómo es eso?.

ALBERT -. Estoy hablando con mamá, no contigo.

ANAÍS -. Pero quien te ha hecho la pregunta he sido yo.

ALBERT -. Bien: Tal vez me quedaré sin trabajo y necesitare un dinero para abrir un comercial.

ANAÍS -. ¡Ya!, entiendo.

No había mucho que entender, solamente al oír hablar así a mi hermano Albert, ya se sabía el pensamiento que tenía éste con respecto a la herencia; fuese verdad o no fuese verdad lo que estaba diciendo él. Lo cierto que me quedó un pesar en mi Alma, que me reconcomía mis entrañas al darme cuenta que mi hermano iba a necesitar el dinero que le pudiese corresponder a él de la masa hereditaria, su parte proporcional.

Yo veía que mi cuñada Samantha estaba más atenta a la conversación que al niño, pero en un momento determinado recriminó a su pequeño por los saltos que estaba dando en el sofá de la casa.

SAMANTHA -. Boy, do not jump in the sofa.

El niño no la oyó o no la estaba haciendo mucho caso, ya que siguió potreando en el sofá de la casa como si fuese un medio de juego y sin ninguna clase de contemplaciones; de modo que se levantó mi cuñada para apartar al niño del sofá.

Yo por mi parte no podía seguir por más tiempo sentada en mi silla al oír a mi hermano Albert pedir tan genéricamente a mamá la parte de herencia, tenía un pesar por dentro que me reconcomía las entrañas; así que me levanté de donde estaba sentada yéndome a la cocina para tomar un baso de agua, pero al pasar por el cuarto de mi hermano vi la solapa de un sobre que se destacaba de entre el equipaje que tenía encima de la cama. Ni corta ni perezosa me dirigí a donde se encontraba aquel sobre, entrando en la habitación de mi hermano, para cogerle y abrirle, sorprendiéndome la reseña que había dentro del sobre: Era una carta de dimisión en la empresa que estaba trabajando mi hermano Albert, en la que le emplazaba para unos días en las oficinas de su empresa, ya que como ponía dicha nota trataría de su finiquito.

Me quedé helada al saber la pura realidad de lo que estaba tramando mi hermano con respecto la parte proporcional que le tocase de la herencia; ya la tenía él distribuida y bien gastada, por lo que pude darme cuenta y al volver a donde se encontraban mis gentes, me volví a sentar en mi sitio, una vez más, haciendo de tripas corazones.

Yo no quería entablar conversación con mi hermano Albert, pero las circunstancias me obligaban a ello; así que en un descuido de éste le abordé con la conversación de si estaba seguro que le irían a despedir de su puesto de trabajo. Mi hermano Albert me miró con unos ojos de desconfianzas, tal vez entendió la pregunta o desconfió de ella; pues en un momento cambió hasta de color en su cara, mirándome con unos ojos de desconfianza hacia mí persona: Cosa que yo lo estaba haciendo también hacia su persona.

Hubo un momento de tensión entre nosotros dos, dándose cuenta mi cuñada y mi hermano Bryan que en vez de arredrarse por tales circunstancias se armó de valor iniciando nueva conversación entre nosotras para desviar el sentido de tensión que se palpaba en el aire, entre mi hermano Albert y mi persona.

No obstante yo miré a mi hermano Bryan para ver en él algún fallo, o si acaso hubiese cazado por qué dicha tensión familiar entre mi otro hermano y yo. Y claro que vi en mi hermano Bryan ese interés por desviar la conversación; ya que éste había comprendido lo que mi hermano Albert estaba tramando con la parte de su herencia.

No sabía cómo decírselo y le abordé la conversación en la lengua vernácula en la que hablábamos los dos; pues lo que la dijo a mamá mi hermano Albert, tal vez la molestaría.

ANAÍS -. ¿Why do that said to breast; can` t you see he will be upset?.

ALBERT -. Don`t thinkso; i complendera.

Que no se daba cuenta mama de lo que se estaba hablando; pues claro que se dio cuenta de todo lo que se estaba diciendo en aquel momento, pues acto seguido se levantó con una cara de dolor inconfundible yéndose a su habitación y quedándome a mí el Alma constreñida al ver sufrir a mi mamá. Yo no hacía más que mirar a mi hermano bryan para que se enterase él también de la trama que estaba preparando mi hermano Albert con respecto a la herencia.

Cuando creí que mi hermano Bryan no se había enterado, y una vez que nos disponíamos para retirarnos a nuestros aposentos, éste se volvió y se paró un poco conmigo, con idea de que yo le contase algo que él no sabía.

Como le vi con mucho interés a Bryan para que yo le dijese algo, que él no sabía, tuve que iniciar la conversación de lo que yo había descubierto referente a mi hermano Albert.

ANAÍS -. ¿No sabes?.

BRYAN -. Para eso me he quedado; para saberlo.

ANAÍS -. Nuestro hermano Albert se ha despedido él de la empresa; no le van a echar.

BRYAN -. Su idea lleva.

ANAÍS -. ¡Pues claro!: El hacer huso de la parte proporcional que le corresponda de la herencia. Quiere montar un comercio de algo.

BRYAN -. Y Dios quiera que no haya empleado toda su parte que le corresponde de herencia en dicha empresa.

ANAÍS -. ¿Por qué dices eso?.

BRYAN -. El cree que tiene que dividir por cuatro partes la masa hereditaria.

ANAÍS -. ¡Claro!.

BRYAN -. No: a mamá la corresponde el ajuar; que es un tercio de la masa hereditaria.

Me quedé pensativa un momento y sin saber lo que decir, hasta que me vino una idea a la cabeza, dándome cuenta de lo que me quería decir mi hermano Bryan.

ANAÍS -. Entonces no le alcanzará el dinero que herede con la cantidad gastada.

BRYAN -. Lo has comprendido muy bien.

No podíamos hablar mucho más, no fuese a ser que nos preguntase mi marido Arthur de qué estábamos hablando los dos hermanos tan afanadamente; y después de coincidir que estaban cerca las vacaciones de verano, donde acuden todos los hermanos a la sombra de mamá, nos fuimos a descansar a nuestras respectivas dependencias.

Me fui enseguida a mi habitación y después de un buen rato decidí levantarme por no poder dormir, estaba desvelada por los avatares del día siguiente; sobre todo, la intención que tenía mi hermano Albert para hacerse con el dinero que le pertenecería el día de mañana, y que al parecer estaba abriendo un comercio en dicha ciudad.

Después de decir a mí marido Arthur dónde me iría para reconciliarme con el sueño, me salí un rato a la terraza; ya que nuestra habitación daba a una amplia terraza, donde se podía observar bastante bien el panorama a mucha distancia de nuestro chalet,

No hacía mucho tiempo que me encontraba pensativa en la terraza, cuando observé un barco faenar cerca la costa; pues su caladero lo tenía en ese precioso lugar de la Mar.

Sí, estábamos en primera línea de playa. Nuestro chalet se encontraba a muy pocos metros de esa preciosa y grandiosa playa, a la que todas las gentes quería ir allí para recrearse en ella y poder ver la naturaleza hecha un paraíso terrenal.

Me entretuve mirando las luces de aquella bella barcaza e intuyendo cómo echaban las pequeñas redes, además de cómo recogían caña tanto a babor como a estribor, que era para lo que estaba permitido faenar aquel barco en dicho caladero.

Comencé a percibir cómo echaban un gran cesto en el Mar para recogerle más tarde y cuando terminó toda la faena comenzaron a verter como comida en el Mar, al parecer estaban cebando dicho caladero para que hubiese bastante pescado cuando volviesen otra noche.

Era un sitio agradable e inolvidable, así como una nación, bello, bonito, hermoso, hospitalario. . . En fin; una gran nación a donde nos habíamos venido para vivir con toda la tranquilidad del mundo y el sosiego que buscábamos en ella, al ser tranquila y graciosa.

No sé cuánto tiempo estuve observando aquel barquito faenar en el Mar, pero cuando me disponía para volver a mi cuarto, vi a mi hermano Bryan salir de la habitación del servicio doméstico; pues como servicio doméstico teníamos a una chica bastante guapa, pero muy inocente. Dicha chica no había salido nunca de las faldas de su madre, como se suele decir; así que la estaba ilusionando mi hermano Bryan con falsas promesas al parecer, pero como no se bien lo que estaba pasando entre ellos me callaré para no dar falsos testimonios a dicha joven. Pensé hablar con mi hermano al día siguiente; ¿pero quién hablaría con mi otro hermano?, ya que le vi salir de un chalet cercano al nuestro; donde vivía una señora despampanante, que casi siempre se encontraba sola, ya que su marido viajaba mucho por motivos de trabajo.

Me levanté aquella mañana como me había acostado, o sea; sin poder dormir ni un solo segundo, pensando hablar con mis dos hermanos sin que se diese cuenta mi mamá, ni la mujer de Albert.

Mi hermano Albert se sospechaba que yo le quería decir algo sobre sus andanzas amorosas, por eso me estuvo esquivando las primeras horas del día y sin quererse separar de su esposa Samantha; pues a primeras horas de la mañana se marchó a su lugar de destino, no sin antes habernos anunciado que nos quedaba con nosotras a su mujer y a su hijo. A mí me agradó

mucho que le quedase al niño con nosotras; si yo no digo nada, pero cuando se atrevió a dejar con nosotras a su mujer sería porque tenía idea de volver pronto a casa.

Me encontraba sentada con mi sobrino en el jardín de la casa, cuando se acercó una señora a las verjas del jardín preguntando algo, que yo no entendía muy bien por estar un poco retirada de donde se encontraba dicha señora.

SEÑORA -. Excuse me, Madan, but i have seen the flag that has in his office through the window.

ANAÍS -. ¿SO?.

SEÑORA -. We are compatriots.

Parecía simpática aquella señora, y es que lo era; pues enseguida entablamos una linda conversación afable entre nosotras dos y hasta tuvimos tiempo para que llegase mi marido Arthur de su trabajo, quedándose hablando con nosotras dos, una vez que le presenté a dicha señora.

Como era la hora de la merienda, una vez que había llegado mi marido del trabajo, invitamos a la señora para que se quedase con nosotros en la mesa, ya que era muy tarde para buscar un restaurante que pudiese servir bien en aquella hora una comida decente.

Y después de degustar un buen vino, ya que fue mi marido a la bodega para buscar uno de los mejores vinos que teníamos en ella y de haber tomado una comida exquisita para el gusto de todos nosotros, nos fuimos paseando aquella señora y yo por toda la playa.

Hablamos de todo, pero yo veía que nos seguía un joven a nosotras dos y como me puse nerviosa también se dio cuenta mi amiga de que nos seguía un joven de cerca; y como yo le había observado por el rabillo del ojo, me atreví a mirarle de frente viendo en él a mi hermano Bryan, que se acercaba muy comedidamente a nosotras dándonos las buenas tardes.

Desde un momento me di cuenta que mi a hermano la había gustado mucho aquella señora; pues no hacía más que mirarle y a cada palabra que decía éste sonreía a más y mejor, como dándole el palmito a todo lo que dijese mi hermano Bryan.

Pasamos una tarde francamente agradable los tres, yendo de una parte a la otra en aquella playa y con una conversación que nos era propicia; ya que supimos de dónde era dicha señora, y al parecer no estaba su ciudad muy equidistante a la nuestra.

Por la noche decidió aquella señora irse a su hotel, donde residía ella, para descansar y eso que se la hizo la invitación para que se quedase con nosotros en casa y poder saber más sobre ella; pero poco más podíamos saber sobre aquella señora, que al parecer estaba divorciada o viuda, según los síntomas que estaba dando al mirar tanto a mi hermano Bryan.

Entre mi hermano y yo la llevamos a su hotel en el coche y ya de vuelta en el vehículo abordé a mi hermano con la conversación que éste estaba sospechando.

ANAÍS -. Contigo quería yo hablar.

BRYAN -. No te canses, que la cosa tiene que estar así.

ANAÍS -. No necesariamente. Una persona responsable no hace que otra persona se ilusione con ella para luego no cumplir su palabra; y mucho menos, si ya ha habido relaciones íntimas entre ellas.

BRYAN -. ¿Qué sabrás tú?

Claro que sabía lo que estaba habiendo entre mi hermano Bryan y la chica doméstica de nuestro chalet: Si se le veía salir todas las noches a las tantas de la madrugada de su cuarto. ¿No iba yo a saber qué se traían entre mano?; y eso lo sabía yo cuando me quedase con la chica a solas al siguiente día.

Pero no pudo ser; ya que mi cuñada Samantha se encontraba con ella a todas horas, y eso que esperaba y esperaba un descuido de mi cuñada para entablar conversación con la chica doméstica de nuestra casa.

Parecía que sabía lo que yo la quería decir, aquella chica rehuída de mí y una vez que me estaba esquivando se dio de bruces con mi hermano Bryan, que al parecer creía se encontraban solos dándole un abrazo por el cuerpo, viéndolo mi cuñada Samantha y yo.

La chica tuvo capacidad de respuesta, pues reaccionó bastante bien al darle las gracias a mi hermano Bryan por sujetarla.

CHICA -. Gracias por sujetarme, me iba a caer.

Así se expresaba la chica con mi hermano por haberla sujetado, según ella, ya que se caía y desde luego como dicha chica era agradecida, se lo estaba agradeciendo a mi hermano Bryan.

Mi cuñada ponía cara de no creerse nada y una vez que mi hermano se fue a su cuarto y la chica siguió haciendo limpieza en casa, mi cuñada rompió el carácter fatuo que llevaba por dentro para exclamar.

SAMANTHA -. Yo no lo he visto así.

Y para no romper el ambiente cordial que había entre todas nosotras, y también entre mi persona y mi cuñada me limité a encogerme de hombros como aparentando no saber nada de nada; vamos, que no me había dado cuenta de tal acto.

No sabía cómo llevarme de allí a mi cuñada, pero en un momento determinado me pidió ella misma que la acompañase para dar un paseo por la playa aquella misma noche; ya que estaba feo que una señora fuese sola a la playa, siendo hora avanzada de la noche.

Aquello que me dijo mi cuñada me produjo un escalofrío por todo el cuerpo al acordarme que mi otro hermano, Albert, había visitado a la señora del chalet próximo al nuestro; pues le había visto yo salir una noche de madrugada.

Por poco lloro al oír habla así a mi cuñada Samantha, con ese escrúpulo de mujer casada y aunque no lo estuviese; ya que dicha señora era recatada y seria, además tenía un hijo maravilloso, teniendo solamente ojos para su hijo.

¡Qué fatalidad!, cuando estábamos volviendo a nuestro chalet vimos a nuestra vecina que se estaba dando un paseo por la playa ella sola, y en vez de huir de nosotras se dirigió a

donde nos encontrábamos dándonos las buenas noches. No sabía yo para qué se había arrimado a nosotras, pero pronto lo supe; ya que nada más iniciar la conversación de que aquella playa era linda, preguntó por el marido de mi cuñada y la inocente de Samantha la informó de que dentro de unos días estaría nuevamente entre nosotras.

Aquella misma tarde volví a ver aquella señora que preguntó por la bandera que teníamos en el salón de mi casa, y cosa curiosa; ya que la volví a ver sola, pues iba dando un paseo por la playa y a mi simple parecer se dirigía a nuestro chalet.

Entablamos una conversación amena ella y yo, pero en todo momento hacía el afán por acercarse a mi chalet, no sabía yo con qué motivo; hasta que vi salir de él a mi hermano Bryan y entonces supe por qué ese afán de merodear en los alrededores del chalet.

Tenia que saber en qué estado social se encontraba aquella señora, pero no se lo iba a preguntar directamente; así que ideé una fórmula sustancial que nunca falla, y era el preguntarla por su marido, diciéndome ésta que era viuda. Sí, había estado felizmente casada; pero un mal día tuvo un accidente su marido pereciendo en él.

¡Bueno!; ya sabía yo en qué statu social se encontraba aquella señora, ya que me dio tiempo a preguntárselo al llegar despacito mi hermano a donde nos encontrábamos nosotras, y después de dar las buenas tardes se unió a nosotras acompañándonos en el paseo por aquella playa tan maravillosa.

Hablamos de todo: De lo bien que estábamos comunicados con el resto del Mundo y hasta con nuestra Nación; pues a parte de tener tren aquella ciudad, tenía un fabulosos aeropuerto, que en un par de horas estabas de compras en mi Ciudad natal.

Yo hablaba y hablaba, pero allí no me hacía caso nadie; ya que aquella señora no tenía ojos más que para mi hermano Bryan y éste sin enterarse de lo ilusionada que estaba aquella señora con él, de tal manera que en un tiempo prudencial se despidió mi hermano de nosotras dos, quedándose aquella señora lánguida y desconsolada.

Ya no tenía tantas ganas de hablar aquella señora, solamente iba pensando en algo que a ella la estaba faltando en aquella hora de paseo en la playa. Yo veía como se iba derrumbando poco a poco aquella señora, hasta la vi como fuera de sí; ya que no me estaba haciendo caso en

mi conversación, no queriéndola interrumpir en sus cavilaciones: No fuese a ser que la molestase al interrumpirla en sus pensamientos; en esos pensamientos tan fuertes como estaba llevando en aquella hora con respecto a mi hermano Bryan.

Yo me despedí de ella; pues era ya hora de la cena, y sin quererla molestar para nada, me fui sola a mi chalet. No la quise invitar a cenar aquella tarde – noche, por si acaso quería estar sola aquella señora.

Era raro que mi hermano no acudiese a cenar aquella noche, si él no fallaba nunca en ninguna comida: ¿Qué le estaría pasando a mi hermano?, me preguntaba una y mil veces dónde estaría mi hermano Bryan, y nada más terminar de cenar me fui a dar un paseo por los alrededores del chalet viéndolos a los dos juntos, hablando muy comedidamente el uno con el otro. Pero también observé, una vez que llegué a mi chalet, y miré a través de la ventana de su cuarto a la chica doméstica que teníamos en el chalet. Parecía que estaba muy seria y como decaída; pues nunca olvidaré la mirada que tenía en aquella hora fáctica dicha chica.

No me lo quise perder y monté guardia a mi hermano Bryan en las cercanías de la puerta de la habitación de la chica doméstica y no tardó en llegar éste, no pudiendo abrir dicha puerta, ya que se encontraba cerrada con llave.

Insistió una y otra vez llamando a la puerta con los nudillos de las manos, para que nadie lo oyera, pero aquella puerta no se abrió, desistiendo mi hermano Bryan de entrar en dicha habitación: El cuarto de la chica doméstica de la casa.

Por la mañana temprano y cuando estaba sirviendo el desayuno la chica doméstica de la casa, se encontraba nerviosa, muy nerviosa, como si la pasase algo malo; dándose cuenta mi cuñada Samantha y hasta su hijo se dio cuenta, y eso que tenía una corta edad de años.

Mi hermano Bryan se puso un tanto inquieto; pues cuando llegó la chica a servirle el café casi se lo tira encima de los pantalones, teniéndose que levantar éste de su silla con un salto para que no le cayera encima el café caliente. Sino hubiese tenido tales reflejos mi hermano, le hubiese caído en un sitio reservado el café caliente.

Todo quedó en agua de borraja, ya que al parecer había sido un acto fortuito, pues no había habido intencionalidad alguna en servir la chica así el café a mi hermano. ¡Vamos!; que hicimos la vista gordas todos los de casa, pues hasta mamá se dio cuenta de dicho acto.

Aquella mañana la pasamos tranquilos todos los de casa; pues allí no acudió nadie para visitarnos o para decidir que diésemos un paseo con alguna de aquellas dos señoras, que nos ofrecían su amistad, tan amablemente.

Por mi parte no esperaba acontecimientos relevantes, pero me parecía raro que mi hermano Albert no diese señales de vida, quiero decir que no volviese a casa cuando se despidió para unos días y desde luego me estaba pareciendo muy extraño que ni siquiera llamase a su mujer para ver cómo se encontraba, o cómo estaba el niño.

Desde luego tanto ocultismo como tenían mi hermano Albert y mi cuñada Samantha no pasaba inadvertido para mi persona, que soy detallista cien por cien y muy cumplidora con mi deber de esposa. Por supuesto yo hubiese llamado, por lo menos tres veces en ese tiempo a mi marido para ver cómo se encontraba, si le faltaba algo, o tenía que verme. Por lo tanto hice la guardia a mi cuñada y cuando se sentó en la terraza que hay en el jardín, me allegué a donde estaba ella, sentándome a su lado en una mecedora, y como me estaba moviendo mucho en aquel mueble de balancín mi cuñada no pudo por menos que preguntarme por aquella decisión que tenía yo en ese preciso momento de balancearme tanto en la mecedora.

SAMANTHA -. ¡Venga!; suelta lo que tienes metido en tu cabeza.

ANAÍS -. ¿Por qué me dices eso?.

SAMANTHA -. Te veo muy nerviosa.

Quise excusarme delante de mi cuñada, pero en general yo quería que la conversación fluyera por ese lado, que alguna de las dos iniciásemos el hilo que nos conduciría para saber la una de la otra. Y la una de la otra no sabíamos absolutamente nada como pude comprender en aquel preciso momento de desequilibrio mental en mi persona al no saber nada de mi hermano Albert, si estuviese a punto de llegar a nuestro lado o tal vez le quedase algunos días más para

cerrar cuentas con alguien y abrir derroteros nuevos. Y entonces fue cuando se derrumbó mi cuñada Samantha, dándome a entender que las relaciones entre ellos dos se encontraban en un punto débil; tan débil que se podía romper la tirantez que tenían sus relaciones sentimentales, al no ser por el hijo que tenían los dos uniéndolos de por vida.

Me confesó mi cuñada, que su marido ya no la quería como antes; que estaba saliendo con otra chica más joven que ella y eso era el pesar que la embargaba, no encontrando tiempo para decírmelo hasta que surgió dicha conversación entre nosotras dos.

A mí me entró un escalofrío por todo el cuerpo, pese a que eran días estivales en aquellas latitudes. Días donde hace bastante calor y nada de frío, notándome mi cuñada Samantha dicha tensión emocional en mí ser metida.

Pero con todo y eso no me preguntó nada, solamente se limitó a observarme para ver mi reacción y ver lo que hacía yo físicamente, y en realidad no hice nada; no lo podía hacer, pues estaba con los músculos engarrotados impidiéndome movimiento alguno de mi persona, así que cuando se cansó de mirarme mi cuñada se levantó sin decirme nada para dirigirse al comedor familiar, ya que la chica doméstica llevaba en la sopera algo que olía muy bien.

Apenas hablamos nada ninguna de nosotras, solamente mi hermano Brayan se limitó a preguntar por la salud de mamá, contestando ésta que estaba en perfecto estado de salud, dándole las gracias por aquella deferencia que había tenido mi hermano con ella.

No sé dónde se metería mi cuñada una vez que habíamos terminado la sobremesa de aquella deliciosa comida, que nos sirvió la chica doméstica con tanto esmero y exquisitez. Yo por mi parte cogí las llaves del coche yéndome al centro de aquella bonita ciudad para poderme agenciar un abanico de colores, como los que se llevan en esa región.

Fui solamente para comprarme un abanico, pero cuando observé en la misma tienda una bandera bicolor, roja y gualda, la compré también para ponerla junto a la bandera que representa mi Nación. Me pareció bien acompañar mi bandera con la de aquella Nación Soberana, que tanto bien nos estaba haciendo al acogernos en su seno fraternal, codo a codo, y al darnos tantos placeres en la vida al vivir dentro de su sociedad holgadamente.

Salí de aquella tienda lo más alegre posible, pero cuando pude darme cuenta de que mi cuñada Samantha estaba hablando con un señor lo más agradable, aquello era ya otra cosa. No sabía yo muy bien qué clase de conversación se estaba dando entre mi cuñada y aquel señor pues había un trayecto bastante largo entre ellos y donde yo me encontraba; pero al parecer no la molestaba la conversación a mi cuñada para nada; pues de vez en cuando emitía una risa corta y con poco ruido por su parte, por ser mi cuñada muy educada: Más bien enseñaba los dientes cuando se reía.

Dejé pasar aquel encuentro para darla un grado de confianza a mi cuñada y poder saber algo de aquel caballero, si se dignaba hablarme de él una vez que estuviésemos en casa, en reunión familiar; siguiendo mi camino hacia donde tenía aparcado el coche, pero tal vez era mucho andar, pues nada más que doblé la esquina pude ver a la chica doméstica hablar muy azaradamente con una señora que al parecer la estaba vendiendo algo envuelto en un papel de periódico: Pues aquello parecía un periódico completo, pero no era así aunque sí fuese un periódico, ya que al dárselo se veía como doblado conteniendo algo entre sus páginas.

Se arrimó a mí un joven diciéndome -. Esa señora es la que más sabe de hierbas -. Aquello me cayó como un jarro de agua fría, pues ya sabía yo para quien serían aquellas hierbas que estaba comprando la chica doméstica. Y al poco de agenciarse dichas hierbas se dirigió hacia la parada de autobús la chica; el autobús que se dirigía a nuestra urbanización.

Ahora sí que necesitaba tomarme un café y en un bar cercano donde yo estaba, tomándome un cortado para subir la moral y no decaerme mucho; ya que tenía que conducir en unos momentos, yéndome a mi chalet.

Cuando llegué a mi casa, ya estaba allí la chica doméstica y cosa curiosa; pues la señora del chalet cercano al nuestro se encontraba hablando con mi cuñada Samantha; parándome yo con ellas, escuchando la despedida que la hacía la vecina a mi cuñada, - de cuando iba a venir mi hermano Albert -.

Cuando se alejó de nosotras nuestra vecina, mi cuñada se quedó pensativa, con la vista puesta en el infinito y sin saber lo que decir; pero en un momento determinado abrió la boca para emitir unos vocablos de desaliento.

SAMANTHA -. ¿Qué quiere ésta señora de mi marido?.

Bien sabía ella lo que quería aquella señora de su marido; pero lo malo no quedó ahí, que a los pocos días vimos a mi hermano Bryan como sino estuviese en la Tierra, como ido todo él. Mi cuñada se dio cuenta de lo abstraído que se encontraba mi hermano, de modo que la tuve que contar mis sospechas quedándose anonadada mi cuñada por el cuento que la estaba exponiendo; pues para ella todo eso sería imaginaciones mías a las que no daba crédito alguno por la manera tan absurda por la exposición de los hechos. Pero al correr el tiempo, mi cuñada ya sospechaba algo de mi hermano Bryan; pues dicho comportamiento no estaba siendo normal.

SAMANTHA -. ¿Sabes que te voy a tener que hacer caso?.

ANAÍS -. Y cuanto antes mejor.

Le conté a mi marido Arthur el problema que teníamos con mi hermano Bryan y mi marido no dudó en ayudarme: Para ello le teníamos que llevar a un buen especialista, así que consultamos con el Médico de cabecera indicándonos este quién era el mejor especialista en la materia según él, y una vez que nos preparamos para volar en dos horas estábamos en la gran ciudad para que auscultase aquel especialista a mi hermano Bryan, mandándole unos comprimidos en forma de cápsulas y unas pastillas: Y créanme que tuvo resultados favorables para mi hermano lo que le mandó aquel especialista; pues se le veía adelantar por día.

También se veía un poco más nerviosa a la chica doméstica, una vez que mi hermano Bryan se iba curando: No había duda de que algo tenía que ver con el problema que había tenido mi hermano en aquellos días.

Yo no podía dejar pasar más tiempo y un día aproveché cuando estaba en el supermercado la chica para entrar en su cuarto, ya que la puerta estaba abierta, no teniendo ninguna clase de problemas para entrar en la habitación de aquella chica.

Lo primero que vi fue el periódico medio doblado, pues al desdoblarle pude ver que contenía una clase de sustancia como de polvos, y por supuesto ya faltaban gramos en aquel contenido. Cogí el periódico y me lo llevé afuera, sin decir nada a nadie; ya que yo no había cometido ninguna clase de incorrección delante de la sociedad, pues me había encontrado la puerta abierta y solamente había entrado en la habitación de aquella chica para ver si todo estaba en orden; aunque me llevé el periódico, y en general no tenía que haber tocado nada de lo que había en aquella habitación.

Desde luego se la veía muy inquieta a la chica doméstica, en cuanto notó que la estaba faltando el producto que empleaba para doblegar a mi hermano Bryan; ya que no lo podía seguir haciendo y éste se le veía, de vez en cuando, con la señora que se presentó como compatriota nuestra dando paseos por la playa. No pudiendo por menos que observarlos la chica doméstica: No perdía vista de ningún gesto que hacía mi hermano, ni siquiera el tiempo que pasaba con aquella señora de paseo.

Así un día tras de otro, hasta que una mañana oímos salir del cuarto de aquella chica unos lamentos flojos y como unos quejidos de dolor y desaliento por algo que estaba haciendo aquella chica. Y como lo habíamos oído mi cuñada Samantha y yo, ya que estábamos juntas las dos sentadas en la terraza, fuimos al cuarto de la chica para ver qué la pasaba. Se había cortado las venas de la muñeca y se estaba desangrando; llamando inmediatamente a la ambulancia y gracias a la rapidez en llegar la pudieron salvar la vida; pues en unos cuantos días la teníamos otra vez entre nosotras.

Hubo sus más y sus menos para volver admitir de nuevo a la misma chica; ya que aquel hecho había corrido de boca en boca por la urbanización y eso no nos venía nada bien: Nos quitaba honra y dignidad a los de la casa, y por supuesto se lo tuve que contar a mi marido, Arthur las causas que la llevaron a dicho acto irreflexivo.

ARTHUR -. Hay que consultar con mamá.

Desde luego se consultó con mamá, decidiendo ésta que se volviese admitir de nuevo a la misma chica; pues no era de ella toda la culpa, la culpa la tenía, más bien, su hijo Bryan por estar infundiéndola falsas promesas de amor y seducirla con sus encantos varoniles.

Sí, la esperamos unos cuantos días para que pudiese volver curada de su herida a la chica doméstica, y nada más que llegó comenzó hacer la maleta parándola yo para que dejase tal empeño; ya que la estábamos admitiendo de nuevo si tuviese capacidad de respuesta para no volver hacer algo que nos comprometiese a nosotras; cosa que admitió aquella chica, de no volver hacer ningún acto que nos pudiese dañar la honra a los moradores de la casa.

Y desde luego que mi marido Arthur no se quedó conforme; pues una tarde, después de la merienda, le oímos hablar con la chica seriamente: La estaba recriminando por dicho acto de poca sensibilidad humana.

ARTHUR -. Hay que tener poca fe cristiana para hacer lo que usted ha hecho. Y sobretodo, no haga más caso a mi cuñado Bryan; ¿ no ve usted que es joven y no recapita en sus actos?.

Mi marido Arthur tenía como asustada a la chica doméstica en tal arenga, ya que se lo estaba diciendo con todo el sentimiento del Mundo y sin dudar en una sola palabra de aquello que él decía a dicha chica.

Pese a no decir nada, aquella chica se la veía que ya no podía echarse para atrás en sus sentimientos, quería a mi hermano Bryan y nada más; estaba totalmente atrapada en esa tela de araña como es la del amor: Un amor irresistible, en el que nadie se puede hacer para atrás. Era tanto así, que en la sobremesa de una noche lo hablamos entre todas nosotras; hasta el punto de destacar mi marido Arthur, que ya no podía olvidar aquella chica a nuestro hermano Bryan, por más que se la dijese.

ANAÍS -. ¿Qué hacemos?.

Se hizo, pero fue mi marido el que se enfrentó una noche con mi hermano Bryan, una vez que se quedaron solos ellos dos tomando su café y su whisky.

ARTHUR -. Bryan, te tengo que decir alguna cosa que no me ha gustado nada de tu comportamiento con respecto a la chica doméstica.

BRYAN -. ¡Ya empezamos!.

ARTHUR -. Y espero que terminemos con ese comportamiento tan dudoso de un hombre cabal, para con una mujer.

BRYAN -. ¿Y?.

ARTHUR -. Si fueses a cumplir tu palabra delante de una mujer, vale, que vale. . .Pero no es así cuando la idea es otra. No dice nada bien de un hombre, ese comportamiento que tiene para con las mujeres.

Qué expectativas nos entró a Samantha y a mí, para ver si mi hermano Bryan se recuperaba en su comportamiento con respecto a la chica doméstica; si la fuese a quitar las ilusiones que la había hecho de alguna promesa infundada de amor, o de casarse con ella.

Yo, por mi cuenta, volví hacer la guardia a mi hermano cerca de la habitación de la chica doméstica y cuando estaba ya a punto de retirarme a mis dependencias, vi aparecer a mi hermano muy decidido para entrar, una vez más, en el cuarto de aquella chica.

No, no pudo entrar en el cuarto de aquella chica mi hermano Bryan por encontrar la puerta cerrada con llave, y pese a llamar con los nudillos de las manos muy flojo, para que nadie le oyera, se dio por rendido retirándose a su cuarto muy serio: Se le había terminado las diversiones con aquella chica, según había visto yo en aquella precisa hora fatídica para mi querido hermano.

Dormí aquella noche como nunca; pues no me desperté hasta bien entrada la mañana, no oí levantarse a mí marido para irse al trabajo; hasta el punto que tuvo que llamarme mí cuñada Samantha a la puerta para ver qué me pasaba y al responderla desde mi habitación, que a mí no me pasaba nada, se conformó.

Parecía que la casa estaba quedando en orden; sobre todo en un orden tradicional de Ética y Moral, ya que esas malas costumbres de algunos jóvenes estaban a punto de abortarse en el seno familiar.

Aunque yo no las tenía consigo; ya que donde ha habido lumbre quedan las brasas, y desde luego quedaba ese fuego interior por parte de los dos jóvenes sin todavía apagar suficientemente como para que no sintiesen nada el uno por el otro.

Habla una antes de tiempo, pues aquella misma tarde se presentó nuestra amiga, la compatriota, dando un pase por la playa con mi hermano Bryan; que al parecer la hacía frente a su conversación y a los deseos de esta.

Cosa curiosa; pues en esta ocasión no pude ver a la chica doméstica observar a través de la ventana de su habitación lo que hacía mi hermano Bryan: ¿Qué pasaría?; si acaso se había desengañado por ella misma y ya no le quería tanto a mi hermano.

La respuesta la tuvimos a la mañana siguiente, ya que con todo el boato nos anunció aquella chica que se despedía de nosotros en un mes; que había estado muy bien en el seno de nuestra familia, y que la habíamos tratado de primeros, pero era su gusto no seguir entre nosotras y así nos lo estaba haciendo saber.

Aunque yo me estaba alegrando por la decisión que había tomado la chica doméstica, por otra parte me reconcomía la conciencia; ya que esta chica se había portado bastante bien en nuestra casa, no teniendo ella la culpa de haberse enamorado de mi hermano Bryan. Así que cuando se enteró mamá sufrió lo suyo al tener un pesar dentro de sí, por si acaso se había portado mal con dicha doméstica.

La hicimos ver a mamá, que ella se había portado bastante bien con aquella chica; pero que la juventud era así: Quería expansión y tomar vuelo, dentro de un territorio donde los turistas abundan con frecuencia.

Yo veía a mi hermano Bryan que parecía la buscaba a dicha chica a lo primero, pero cuando iba pasando el tiempo no la volvió a echar de menos para nada: Se veía en él el desarraigo más humano que una persona nunca debe tener para con otra.

La vida siguió dentro del seno de nuestra familia y las visitas de nuestra compatriota se multiplicaban cada vez más y más; hasta el punto de merendar muchos días con nosotras; pues parecía ya como si fuese de casa dicha señora.

Una vez más no me gustaban estos enlaces; pues mi hermano no era para estar atado a nadie, y mucho menos a una señora un tanto mayor que él: Tal vez sería eso lo que le atraía a mi hermano, la edad de aquella señora; el saberse conquistador de una señora mayor que él y un tanto atractiva personalmente.

A mí no me preocupaba tanto como me preocupó con la chica doméstica, pues mi hermano se le veía salir a la ciudad las noches de los sábados y por supuesto ya entablaría amistad con una chica más joven que aquella señora. Yo quería que mi hermano se casase con una mujer que él quisiera, pero no que le ilusionase por verse grande al llevar a una señora mayor que él a su lado. Era lo que yo estaba viendo en esas relaciones; pues si no de qué iba a salir tanto mi hermano por la noche a la gran ciudad; se quedaría en casa guardando la ausencia a dicha señora.

Un día se presentó mi hermano con una chica que había conocido en el centro de la ciudad, muy modosita y con gestos refinados: No me di justó, lo contrario, que me agradó aquella chica. Era una súbdita de la nación donde estábamos viviendo y como la invitó a merendar se quedó en casa sirviéndonos de una relación sincera; pues aquella chica se la veía muy seria, teniéndola que hacer caso la persona que la oía hablar por su sinceridad y por su acople de pensamiento: Meditaba antes qué era lo que iba a decir.

Cuando estábamos en la sobremesa vimos llegar al chalet a la señora compatriota nuestra muy comedidamente y cuando dio las buenas tardes y vio aquel panorama se quedó como anonadada, al comprender que mi hermano Bryan tenía una amiga y de lo más simpática que se hubiese pensado, así como de lo más linda y agradable de entre todas las mujeres.

Se notaba una tensión emocional, una fuerza entre las dos mujeres que se podía cortar el aire con un cuchillo por así decir, pero enseguida entré yo en la conversación de esas dos mujeres diciéndolas que aquel lugar era un sitio de recreo y de ocio para las personas que estuviesen de permiso; así que siempre se tenía alguna que otra amistad con los habitantes de

aquella ciudad. Pues me parece que aquello no conformó a la señora patriota nuestra, ya que al parecer la picaba todo el cuerpo y no dejaba mirar, de arriba a bajo, a la chica que había traído mi hermano a casa.

No pasó nada de otro mundo; solamente había esa tirantez en dichas mujeres, al comprender que una llevaba la de perder, y por supuesto se creía que fuese nuestra compatriota, que era menos bonita que la nacional. Aunque hubo un momento que lo dudé, al retirarse mi hermano a la terraza solo con nuestra compatriota y sentarse en la pared que formaba la terraza; entablando una grata conversación entre los dos.

Yo me tuve que ir con la chica oriunda de aquella Nación para que no se encontrase sola y no se aburriese; pero cuando lo hice, observé que mi cuñada Samantha se levantó del sitio donde estaba sentada, retirándose a su cuarto, no sin antes haberse despedido. Aquello me olió mal a mí; que mi cuñada eludiese una conversación era ya demasiado, con lo que la gusta hablar a ella.

Y claro: Al poco rato salió con bolso y zapatos de tacón rumbo a donde ella quisiera, pues no nos dijo nada, perdiéndose de nuestra vista en un rato; se dirigía calle arriba en dirección del autobús: Más seguro era eso.

Yo no veía el tiempo ni manera de librarme de aquellas visitas tan inesperadas como abundante a la vez, por no poder seguir a mi cuñada al centro de la ciudad, que tal vez era donde había ido ella. Pues claro que no veía el modo de salir corriendo detrás de mi cuñada Samantha y poder ver sus movimientos; los pasos por donde iba ella.

Pero sin esperar lo mi hermano Bryan se llevó aquellas dos mujeres para dar un paseo por la playa, desistiendo yo ir con ellos, para ver el modo y manera de escabullirme de aquel encuentro de los tres, mi hermano y las dos mujeres, a prudencial lejanía de donde yo me encontraba me fui rauda a mi habitación para asearme un poco y ponerme vestido nuevo, con zapatos de tacón y dirigirme al centro de la ciudad.

Nada más que encontré mi bolso marché enseguida para el centro de la ciudad, y mejor hubiese sido que me hubiese presentado allí sin coche alguno; ya que en aparcar tardé como veinte minutos para encontrar un sitio.

Pero no viene mal que por bien no venga; ya que nada más aparcar en una zona casi a las afuera de la ciudad, vi a mi cuñada Samantha montada en un coche con un caballero: El la tenía cogida la mano y como queriéndosela besar, pues ella estaba huyendo de aquel beso inocente para el. Y sin pensarlo moví el coche, poniéndole en una situación oblicua con respecto al coche de aquel caballero, para que no me pudiesen ver; y así poder observar todo lo que estaba pasando entre aquel caballero y mi cuñada.

Entre que sí y que no, según los movimientos que hacía mi cuñada con la cabeza, pasaba el tiempo entre aquellas dos personas que se habían encontrado en un aparcamiento de la playa más lejana a donde vivíamos nosotras. Y en un momento determinado se movió el coche camino del centro de la ciudad.

No, yo no quería mover el mío y me fui a pie al mismo centro de la ciudad, y así buscar aquellas dos personas que algo se traían entre ellas: No sabía yo qué sería, pero por los movimientos que hizo mi cuñada Samantha y por la manera de hablar tan azaradamente, sospechaba que era cosa particular de los dos.

Los vi sentados en un velador de un bar en plena calle, gesticulando mucho aquel caballero con la sola idea de lograr su voluntad, no sabiendo yo que clase de voluntad sería esa; ya que mi cuñada no las tenía ni mucho menos consigo. Por lo tanto tenía que comprender qué clase de idea llevaba aquel caballero con mi cuñada, y máxime cuando sin esperarlo yo, ni ella, se levantó como movido por un resorte para cogerla de la mano y como obligándola para que se levantara ella también. Ella no quería levantarse, pero como las fuerzas de aquel caballero eran dobles que las de mi cuñada, la levantó en vilo, por así decir, llevándosela como a rastra calle abajo, sin saber yo dónde la llevaría.

Me dio ese impulso de amor fraternal, corriéndome un escalofrío por todo mi cuerpo, a la vez que me indigné con aquel caballero, no pudiendo más; así que me levanté de donde me encontraba sentada para en unos pasos ligeros darlos alcance a los dos.

ANAÍS -. ¡Oiga!, señor: ¿Dónde lleva a mi cuñada, de esas maneras?.

SEÑOR -. ¿Y ésta quien es?.

ANAÍS -. ¡Señora!

SEÑOR -. ¿Cómo dices?.

ANAÍS -. Que soy señora y tengo nombre propio.

Al parecer había cerca de donde nosotras nos encontrábamos una casa de citas y a mí simple parecer la estaba llevando allí a mi cuñada; pero como se aproximaba la policía local a donde estábamos nosotras aquel caballero hizo un gesto con el brazo de no querer saber nada de nosotras, marchándose rápidamente de aquel lugar tan comprometido para él; pues ya había observado la policía local lo que estaba pasando, y como se la estaba llevando como a la fuerza se pararía la policía para preguntar si pasaba algo fuera de lo normal. Y con todo eso, se paró la policía preguntando a mi cuñada, si se encontraba bien.

Una vez que nos quedamos solas, mi cuñada y yo, ésta me miraba con cara de circunstancias; pues comprendía que yo me hubiese dado cuenta de la trama que traía aquel caballero con ella.

SAMANTHA -. Menos mal que no digites mi nombre.

No contesté a mi cuñada, como dándola a entender que sí me había dado cuenta del teje y maneje que se traía aquel caballero con ella: Y por supuesto no le iría a decir el verdadero nombre a aquel caballero nada más conocerle; le habría dado otro nombre diferente al suyo.

Cenamos las dos, aquella noche, un tanto nerviosas debido a las circunstancias que se nos habían presentado en nuestra sencilla vida, notándolo mamá; pero aunque lo notó no dijo nada al respecto al no haberla dicho nosotras nada de lo que nos había pasado aquella tarde en el centro de la ciudad.

Todo se estaba desarrollando normalmente, a no ser por un hecho espontáneo de mi hermano Bryan, ya que ni corto ni perezosa entró en la habitación de la nueva chica doméstica, oyendo yo restallar en su cara la mano de aquella chica. Parecía que estaba alertada sobre las intenciones de mi hermano; no dejándose conquistar por los atractivos de éste.

No sé por qué, pero yo me levanté aquel día muy temprano; era ya el verano y los primeros rayos del día aparecían antes y no era para estar acostado en las inmediaciones de aquella playa bonita y tan confortable, amena para todos los públicos. Sí, me levanté aunque no tenía que hacer gran cosa y como esperando algún acontecimiento que se produjese en nuestro chalet, no tardando llegar dicho acontecimiento en forma de una gran visita: Mi hermano Albert hacía acto de presencia ante nosotras.

Venía con la idea de formar una empresa; no sabiendo nosotras a qué gremio iría a participar dicha empresa; así que ni corta ni perezosa pregunté a mi hermano Alberto por dicha empresa, diciéndome éste que sería un comercio de confecciones para la mujer.

Pues que bien: Sino había quince comercio de confecciones es que había más en aquella bella ciudad; no sabía yo cómo iba a salir mi hermano de dicho atasco: Se gastaría el dinero que tenía y todavía le haría falta más. No sabía yo quien le había metido eso en la cabeza; pues si uno no ha sido comerciante es mejor que lo deje, ya que no sabe vender y no hace caja suficiente, ni para cubrir los gastos.

Eso sí, que él no pondría ningún dinero; todo era de la parte de herencia que le tocara, decidida mamá en dársela, ya que le vio desvaído y sin trabajo: Sobretudo porque él había querido, ya que nadie le había despedido, se despidió él del trabajo que tenía.

Todo iba bien, hasta que el administrador le dio menos dinero que él esperaba, quedándose enteramente extrañado. Y como mi hermano Albert era un vivalle le emplazó un día al administrador de mamá a la hora de la sobremesa.

ALBERT -. Deseo no se vaya nadie de aquí. Resistan ustedes que vendrá el administrador de mamá para cerrar cuentas entre todos nosotros.

Yo vi que mi marido Arthur puso mala cara y hasta su mujer, Samantha, reprochaba lo que había hecho su marido Albert, al emplazar al administrador de mamá en aquella hora de encuentro familiar. Pero por más que no nos pareciese bien a todas nosotras la visita del administrador de mamá en dicha hora, o en cualquier hora que fuese para tratar del asunto que

concernía a mi hermano Albert, tuvimos que claudicar y quedarnos sentadas en la silla donde estábamos.

No tardó llegar el administrador de mamá con la carpeta en las manos y los papeles necesarios, para que se viesan detalladamente bien las cuentas, pues hasta presentó el balance aquel buen señor, no moviéndosele ni un solo músculo de su cara; parecía que estaba conforme con su gestión.

El que no se encontraba de acuerdo con la gestión formalizada por el administrador de mamá era Albert; pues según él la parte proporcional que le tocaba era más que le había dado el administrador de mamá. Haciéndoselo ver así a aquel buen señor y compartiendo con nosotras aquella idea, según él: Pues no hacía más que un mes que mi hermano estaba con nosotras y ya era el foco de la discordia entre todos sus hermanos.

ALBERT -. Si somos cuatro hermanos, tiene usted que saber la parte proporcional que nos corresponde de la herencia de papá.

ADMINISTRADOR -. Mire usted; lo sé perfectamente.

ALBERT -. Parece que no lo sabe. ¡Vamos!; creo yo.

ADMINISTRADOR -. Según la Ley a su madre la corresponde un tercio de la masa hereditaria como ajuar.

ALBERT -. ¿Y eso?.

ADMINISTRADOR -. Ya le he dicho, que según la Ley. Por otra parte, si le hago participe a usted de la parte proporcional del tercio del ajuar que corresponde a su mamá, merma la capacidad adquisitiva de la empresa, con el consiguiente deterioro de ingresos: Quiero decir, que dañaría usted los intereses de sus hermanos.

Con todo y eso accedió mamá para que su administrador le diese esa parte proporcional del ajuar que la correspondía a ella, con el beneplácito de todos los hermanos; ya que se consultó con el hermano que estaba ausente por teléfono, cediendo también éste, Andrew, para

que se le diese esa pequeña parte y todo quedase bien entre la familia. Anunciándonos mi hermano Andrew que llegaría a casa en unos días, ya que tendría las vacaciones estivales.

Y así fue; pues en unos días se presentó allí mi hermano Andrew con mi cuñada Amy, muy complaciente y amable en su carácter, para dar sensación de tranquilidad, como si allí no hubiese pasado nada desagradable.

No quería ser méteme en todo, pero cuando me quedé a solas con mi cuñada Amy la pregunté por su estado físico: Me faltó tiempo para hacerlo, ya que mi curiosidad era mucha, pero enseguida decayó mi interés en saber algo de mi cuñada, ya que ésta me indicó con la cabeza que allí no había nada de nada.

Mi hermano Andrew era el mayor, luego venía mi hermano Albert siguiéndole yo para ser el más pequeño mi hermano Bryan un jovencito agradable pero engreído y totalmente creído de sí mismo.

Yo buscaba descendencia, al igual que mi cuñada Amy; pero se resistía venir dicha descendencia; y eso que me habían hablado de un doctor excelente en la ciudad, pero que todavía no había ido a visitarle para nada. Acordándome de que me había indicado una persona aquel doctor muy seriamente un día de decaimiento mío, por no tener descendencia, siendo esa persona que me vio en tal trance la que me indicó a dicho doctor.

Aquella noche tenía enfrente a mi cuñada Amy muy pensativa, una vez que yo la había hecho la pregunta de cómo estaba su estado físico: Si esperando o no. Me dio a mí más pena verla en ese decaimiento moral que pena me daba yo a mi persona, por no poder traer descendencia. Y hablándola sobre dicho doctor, ésta se encogió de hombros como no esperando grandes acontecimiento de dicho señor.

La conversación discurrió en un tono distendido, por eso escuchaba mi cuñada Amy; ya que yo no la estaba obligando a nada, ni tan siquiera para que pensase en reservar cita para dicho doctor. Y en un momento, en el que yo no esperaba contestación alguna, me dijo algo que me cayó bien.

AMY -. ¿Y si vamos las dos?.

¡Oh lâ lâ!: Aquello me sentó a las mil maravillas; el que mí cuñada Amy me dijese eso, más bien me lo pidiese; la posibilidad de que fuésemos las dos ha dicho doctor. Y en unos días estábamos en la consulta de aquel doctor, no viendo ningún obstáculo para que ninguna de las dos tuviésemos hijos; mandándonos un tratamiento.

Yo comencé hacer mi tratamiento asiduamente, pero mi cuñada Amy no veía yo que cumplierse todos los días con la prescripción médica; se olvidaba de hacer aquel tratamiento un día sí y el otro también, recriminándola yo por dicho olvido.

El verano estaba siendo de lo más agradablemente que podía ser, pero no así en el seno de nuestra familia; ya que había turbulencias sentimentales: Era sí, que un día en la sobremesa se dirigió mi hermano Albert a mi cuñada Samantha sin ninguna clase de reparos en sus palabras y en sus convicciones con respeto al cariño que tenía mi hermano para mi cuñada.

ALBERT -. Samantha, querida; tenemos que parecer un matrimonio allegado.

SAMANTHA -. ¿Qué tal manera de allegado?.

ALBERT -. Que parezca nos queremos mucho.

SAMANTHA -. ¿Y eso?.

ALBERT -. Voy a pedir un préstamo al Banco. Así será mejor la información que se de a dicho Banco.

Por solamente aparentar que se llevaban bien se conformaba mi hermano Albert, mientras mi cuñada Samantha se hubiese conformado con llevarse medio regular en su matrimonio con éste.

De la manera que habló mi hermano a su mujer me sentó mal, pero es que también sentó mal a los demás hermanos; pues una vez que nos retiramos de la mesa observé que se quedaban solos Andrew con Albert, iniciando una conversación familiar sobre la vida de casados; diciéndole mi hermano Andrew a mi hermano Albert -. Que había estado bastante mal

y era de mal gusto el haber hablado así a su mujer; pues ésta merecía otro trato más exquisito de él -.

No dijo nada mi hermano Albert por aquello que le estaba diciendo mi hermano Andrew; solamente se limitó a levantarse y salir del comedor. Pero con todo y eso se hizo la voluntad suya; ya que mi cuñada Samantha no quería tirantez con él.

Todo parecía ir sobre ruedas en mi casa, tanto mis hermanos con sus mujeres como yo con mi marido y en general, sí iba bien mis relaciones matrimoniales y las de mi hermano con su mejer Amy, pero no así las de mi hermano Albert con su mujer Samantha. Y todo era culpa de mi hermano, ya que había dejado de querer a su mujer como él decía. A mi simple parecer mi hermano Albert no sabía ni lo que quería con respecto a su mujer; ya que se habían querido mucho los dos y donde ha habido lumbre quedan las ascuas. ¡Ya veremos a ver!; ya veremos a ver en qué quedaba todo ese desbarajuste amoroso como era el que estaba trayendo mi hermano Albert con respecto a su mujer.

El niño miraba mucho a sus padres, como queriendo saber algo de lo que estaba pasando entre los dos, cosa que me producía un dolor enorme en mí ser; al ver a esa criatura como asustada por darse cuenta que entre sus padres pasaba algo raro, que no sabía poner claro aquella criatura de Dios.

Yo veía que jugaba solo aquel niño con una paleta en la arena; solamente hacía recopilar arena en un sitio para echarla a otro, como sin en la cabeza no tuviese nada, no pensase en algo o en algún otro juego mejor para él. Produciéndome un dolor insoportable en mis adentros que me reconcomía todo mi ser, viendo aquel niño sufrir por sus padres.

Y su padre, mientras de relaciones amorosas con la vecina de nuestro chalet, la señora que preguntaba tanto por él: ¿Que cuando iría a llegar?, para saberlo y ponerse guapa para él.

Todas las más de las noches veía salir de aquel chalet a mi hermano Albert, a las tantas de la madrugada, y con todo y eso era bien recibido por mi cuñada Samantha

Un día acudió mi marido como asustado, por haber visto el comercial que estaba montando mi hermano Albert en todo el centro de aquella bella ciudad. Yo no le quería decir

nada por aquella cara de asustado que había traído mi marido Arthur y esperé a que explotase él y así fue; pues no pudo por más tiempo que expresar su asombro de eso que estaba callando.

ARTHUR -. ¿No sabes?.

ANAÍS -. Pero me lo imagino.

ARTHUR -. ¿Cómo?.

ANAÍS -. Me imagino que me vas hablar de mi hermano Allbert.

ARTHUR -. No piensa. Éste hombre no piensa para nada; pues si vieses el comercial que se está montando en el centro de la ciudad te asustarías.

ANAÍS -. Y sin saber ser comerciante.

Desde luego no sabía yo cómo pensaba mi hermano Albert; pues dicho comercial le estaría costando un buen dinero, además de haber tenido que pedir un buen préstamo al Banco para proveerse de los productos que iría a vender en dicho local.

No estaba conforme con lo que me dijo mi marido Arthur, que una tarde llevé a mis otros hermanos para que vieses la sin razón en la que estaba metido nuestro hermano Alber, y al ver aquella monstruosidad y suntuosidad con la que estaba haciendo el comercio mi hermano Albrer no pudo por menos mi hermano Bryan que exclamar:

BRYAN -. ¡Vaya si se la está tirando!, mi hermano Allbert. ¿Oye, tío?: ¿Y esto te va a salir bien?.

No sabía yo si le fuese a salir bien, pero al decir aquello mi hermano Bryan y de la manera tan suspicaz con que lo dijo, todos nosotros nos miramos como extrañados por las ilusiones que tenía mi hermano Albert metidas en su cuerpo, y además nos sorprendió la tensión que ponía en dicho comercial; sobretodo en su apertura.

Cuando volvió mi cuñada Samantha a casa volvía alegre, pues la había salido un trabajo en una zapatería enfrente de donde su marido estaba montando su negocio; por lo tanto

empezaba a trabajar al día siguiente y allá que se fue a la hora estipulada por el dueño de la zapatería.

Pero mi cuñada Samantha llegaba todas las noches como agotada por el mucho movimiento que tenía aquella zapatería, abierta por un compatriota nuestro; que por eso había contratado a mi cuñada, ya que se tuvo que dar de alta en varias oficinas oficiales de aquella bonita ciudad, así como se tuvo que empadronar en aquella ciudad poniendo como referencia mi casa, que para eso era mi cuñada.

Yo estaba viendo bastante mal aquella decisión que había tomado mi cuñada Samantha pero debía dejarla hacer a ella sola; no fuese a ser que la saliese bien y yo interceptase aquel bienestar de su vida al decidir trabajar en aquella zapatería, y máxime cuando mi hermano Albert estaba terminando su local para adecuarlo a la venta de toda clase de vestidos para la mujer; pues así fue, necesitando cuatro dependientas para su negocio, ya que no lo quiso ser su mujer, alegando motivos sentimentales.

ANAÍS -. Samantha, deberías haber aceptado ser dependienta en el comercio de tu marido.

SAMANTHA -. No podría resistir verle todos los días galanteando a las señoras.

ANAÍS -. ¿Tú sabes si dicha empresa le resultará bien?.

SAMANTHA -. Se vende mucho en esta ciudad; y sobre todo productos relacionados con la mujer.

No sé si se vendería mucho, pero lo cierto era que aquel comercio tuvo una apertura de lo más original; pues hasta la prensa acudió, llamada por mi hermano Albert, para celebrar la apertura de aquel local comercial, que por tener tenía vestidos de novias y hasta acompañadas de pamelas, y trajes de chaquetas que se llevaban mucho dentro del sistema femenino de aquellos años. Así como una especie de mercería dentro de sus dependencias, mostrando sus productos aquel establecimiento por medio de unos grandes ventanales que daban a la calle principal de aquella bella ciudad.

Pasaron los días, llegando mi cuñada cada día más cansada y mi hermano cada día con más genio, no sabiendo yo a qué se debía el genio de mi hermano Albert; por lo tanto tendría que sonsacarle para que me dijese las causas de ese malmirado carácter que todos los días traía a casa. Pero no hizo falta que le preguntase a mi hermano Albert por las causas de aquel enfado mayúsculo con que se presentaba todos los días en casa, pues mi otro hermano me lo dijo sin yo preguntarle nada, al verme sufrir por él. Se acercó a mí mi hermano Andrew, una vez que yo me quedé sola, después de la sobremesa, sentada en mi silla como pensativa en algo más allá que no fuese una visión desordenada de las cosas. Y al acercarse mi hermano a mí me di cuenta que éste lo hacía con mucho sigilo, como sino quisiera que se oyese lo que él me tenía que decir.

Con tres palabras me dijo todo mi hermano Andrew -. Le va mal -. Serían los problemas empresariales, la venta de los productos que tenía almacenados en el comercio; ya que compró demasiados productos a sus proveedores, sin echar números, ni saber si los podría vender.

Sí, eso que me dijo mi hermano Andrew, refiriéndose a mi otro hermano, Albert, de que las cosas le estaban yendo mal, fue para mí un remanente de desdichas personales, en cuanto yo quería mucho a mi hermano Albert: En general los quería mucho a todos mis hermanos.

Dejé pasar el tiempo no queriéndome acordar de aquello que me dijo mi hermano Andrew con referencia a mi hermano Albert, de que le iba mal; pues no vale la pena martirizarse si acaso se hubiesen enderezado las ventas; ya que mi hermano Albert no decía nada al respecto. No daba su brazo a torcer por mal que le fuesen los negocios, y tal vez no le irían tan mal, cuando éste no nos decía ni una sola palabra al respecto sobre los problemas de aquel establecimiento de vestidos. Si le hubiese ido tan mal como me dijo mi hermano Andrew a mi hermano Albert los negocios, no iría con tanta euforia todas las noches para visitar a la señora que habitaba el chalet de al lado nuestro, saliendo de madrugada de el.

Yo veía a mi cuñada, que todas las noches velaba al lado de la ventana, teniendo cuidado de cuando iba mi hermano Albert para visitar a nuestra vecina y cuando salía de aquel chalet totalmente agradecido a dicha dama. Pero la dama también estaba agradecida a mi hermano; ya que se la veía con un lustro en la cara que era causa de algún que otro comentario, ya que su marido estaba en el extranjero como corresponsal de una gran firma industrial de otro

país; aunque de vez encunado venía a nuestra Nación, no pudiendo hacer a acto de presencia en su casa por tener que viajar mucho en un pocos días.

El saber que el marido de nuestra vecina no podía acudir al lado de esta me consolaba un puco y me calmaba los ánimos, pues se estaba exponiendo mucho mi hermano Albert a que le cogiese en casa y de malas maneras el marido de nuestra vecina.

Por otra parte, yo creía que mi hermano Bryan había dejado ver a nuestra compatriota; pero qué va: si una tarde los vi cogidos de las manos en pleno paseo por nuestra playa, y hasta iniciar el camino hacia el centro de la ciudad.

Yo no pude más, y armándome de valor, cogí el coche y en unos minutos me presenté en el centro de la ciudad, con la sola intención de ver dónde se encontraba mi hermano Bryan con aquella mujer: Sí, mujer; mucho mayor que él, y eso no me importaba tanto si se querían; pero yo veía en aquella señora un atisbo de interés personal, unas ansias de posesión dineraria y material para ella sola. Si hubiese obtenido todas las fortunas del Mundo, todavía no se hubiese quedado conforme aquella señora: Eso me parecía a mí, y seguro que no me confundía.

Lo que iba hacer estaba mal visto dentro de las normas sociales, pero lo tenía que hacer para ver sino me confundía con aquella señora, que tanto postín se las daba entre mi familia; y siempre que la invitábamos para merendar se traía sus más preciadas joyas: Me parecía toda ella petulante y engreída.

Me expondría a perder unos euros, pero yo tenía que saber cómo era aquella señora, que tanto visitaba nuestra casa y que estaba engatusando a mi hermano Bryan; por eso dejé en el suelo unos cientos de euros, como si se me hubiesen caído. Los dejé por donde ella tenía que pasar aquel día, ya que la habíamos convidado a merendar.

Y cosa curiosa; pues aquel día llegaba en taxis a nuestro chalet desde el centro de la ciudad. ¡UF!; cómo venía; si parecía una artista que se disponía a pasar la pasarela: Con sus joyas encima y con su peinado hecho hacía pocas horas, así como unos zapatos acorde al vestido y al bolso que traía. ¿Pintura?; toda la que había podido echarse encima, pero nada más lejos que se pareciese a un maquillaje, la tenía como apilotada toda ella en las mejillas y con un brillo en las narices de asombro: ¡Bueno estaba!.

Yo estaba observándola a través de los ventanales del comedor, donde no había nadie más que yo, y al pasar por donde yo había dejado aquellos cientos de euros se agachó cogiéndolos con mucho cuidado y dirigiéndose a nuestras dependencias.

Yo salí a ella como si nada hubiese pasado, sin esperar otro acontecimiento que no fuese el no decir nada aquella señora sobre los euros que había encontrado a su paso. Todo lo contrario: Ya que dirigiéndose a mí me entregó los euros que se había encontrado en el suelo en el mismo hall del chalet, paso obligado para todas las personas que entran en nuestra casa; teniendo allí mismo un recibidor pequeño, pero confortable.

No sabía lo que pensar de aquella señora, tan despampanante; pero noble y honrada a la vez. ¿Qué pensar?; pues no lo sabría decir en aquella ocasión: Tal vez se había imaginado la treta que la había jugado en aquel día y por eso me devolvió el dinero.

Dejaría pasar dicho acto referente a dicha señora; pero seguía diciendo que me parecía algo banal en Espíritu aquella señora, y mucho menos merecedora de ser la novia de mi hermano Bryan; aunque éste estaba completamente enamorado de ella. Y al poco tiempo de estar con aquella señora, se presentó mi hermano Albert con su mujer Samantha muy sonriente y acaramelados: ¡Vamos!, que ahora parecía se iba a poner todo bien en casa sobre los amores de mis hermanos; cosa que a mí me agradaba mucho.

Tan bien se estaban llevando mi hermano Albert con su mujer Samantha, que nos comunicó ésta en la sobremesa, que iría a trabajar en el comercio de su marido.

SAMANTHA -. Os tengo que comunicar, que desde primero de mes empiezo a trabajar con mi marido en el comercio.

ANAÍS A-. ¿Y eso?.

SAMANTHA -. No levanta el negocio, siendo cosa rara; pues todos los negocios de esta ciudad van de maravillas.

Mi marido se quedó un rato pensativo, como si él intuyera algo que le faltase al negocio o que le pudiese dañar; hasta que se atrevió a preguntar por el negocio de su cuñado Albert.

ARTHUR -. ¿Qué clase de existencias tienes en tu negocio?.

ALBERT -. Por vender vendo hasta pamelas, cinturones, vestidos de novia, de madrina, zapato encubierto. . .

ARTHUR -. Entonces llamaré a un amigo mío, proveedor de ropa de mujer. Me parece que sé lo que te está pasando.

Y efectivamente, en unos días llegó el amigo de mi marido al comercio de Albert y con todos mis hermanos detrás de él. No pasaba otra cosa en el comercio de mi hermano Albert, que las prendas de vestir las señoras las estaba vendiendo ya pasadas de moda: Las existencias que tenía a la venta en dicho comercio no las podían comprar ninguna señora por ser ropa que ya se había usado hacía por lo menos dos años. ¡Vaya proveedor!, que tenía mi hermano Albert para reponer existencias en su comercio.

Se consultó a un letrado y como mi hermano Albert había aceptado voluntariamente el albarán y lo había firmado, sin saber de qué clase de mercancía se trataba, no podía haber recurso alguno sobre dicho acto; que por otra parte había sido un acto fortuito debido a la coincidencia de no haber preguntado antes a otro comerciante del mismo gremio.

Se echó mano al balance, viéndose una cantidad enorme de dinero invertido en aquellos productos de venta: Millones en existencias de todas clases de vestidos, de telas y hasta de pamelas ya llevadas en otras temporadas anteriores.

Ese señor debía a mi marido infinidad de favores y para demostrarle buena voluntad en pagárselos, concedió a mi hermano Albert existencias por valor de muchos millones, con idea que se los pagase mientras fuese vendiendo los vestidos: Pero esta vez eran unos vestidos que se estaban viendo puestos en otros escaparates como cosa moderna.

No sé si fue un favor lo que le hizo aquel señor a mi hermano Albert; pero lo cierto era que también le concedió un préstamo homologado al del Banco, para que pudiese hacer frente a las pérdidas y vendiese un poco más bajas las existencias de su comercio, por aquello que se debía sacar existencias fuera cuanto antes y así venderlas sin stop ninguno.

Lo que se estaba queriendo era que mi hermano Albert tuviese liquidez necesaria para que le siguiesen proveyendo de existencia en su comercio y así fue; pues en poco tiempo tuvo que ir mi cuñada Amy para ayudar en las ventas, y por supuesto mi hermano Andrew fue al día siguiente de estar allí su mujer, para tener cuidado con las prendas expuestas al público.

En pocos días vi llegar a mis hermanos como extenuados; apenas tenían ganas de probar bocado alguno, hasta el punto que mi cuñada Samantha se dejó caer en una butaca que teníamos en el jardín sin quererse mover de allí para nada. Yo me fui al lado de mi cuñada Samantha para preguntarla por aquel estado anímico decaído, y al parecer no era así, pues la alegría iba por dentro de la persona al ver que se estaban vendiendo bastante bien todos los vestidos de aquel establecimiento, ya que hasta en vayas publicitarias se anunciaba dicho comercio de vestidos de señoras y de novias.

Según mi cuñada Samantha, si eso siguiese así no tendrían fuerzas ninguna dependienta de aquel comercio para resistir tal tarea, pues el trabajo era mucho y abundante en un ajeteo de traer y llevar vestidos de una parte a otra para que se lo probasen las señoras, y como también tenían trajes de novios, aquello aumentaba el sufrimiento a las mismas dependientas.

Mi marido era recto y muy serio, por lo tanto se dio una vuelta por el comercio de mi hermano Albert un día, viendo los precios con los que se vendían aquellos vestidos para más tarde compararlos con los precios de otros escaparates.

¡AH!, no; eso sí que no le había gustado a mi marido Arthur, el saber que mi hermano Albert vendía sus vestidos un poco más baratos que los otros comerciantes.

ALBERT -. No seas tan puritano.

ARTHUR -. Es una competencia ilegal lo que estás haciendo para con tus compañeros del gremio: Ellos tienen otro precio un poco más caro y tú vendes tus vestidos un poco más baratos a como los venden tus compañeros.

ALBERT -. ¿Qué quieres decir?.

ARTHUR -. Que por algo está en proyecto la Ley que equipara los precios.

ALBERT -. ¿Sabes lo que te digo?.

ARTHUR -. ¿Dime?.

ALBERT -. Que nunca existirá dicha Ley.

Mi hermano Albert llevaba poco tiempo de comerciante, pero era un lince para poder darse cuenta del teje y maneje que había entre los comerciantes, y mientras el Comercio, con mayúscula, existiese tal y como estaba no movería nadie ni un solo dedo para cambiar el rumbo del comercio en particular. Había muchos intereses por medio y nadie se atrevería a cambiar el sistema monetario tal y como está en dicha jauría humana con respecto al sistema monetario.

Lo cierto fue, que mi hermano comenzó a tener éxito en el comercio que había abierto: Un local bastante amplio y con el número suficientes de dependientas y de encargados, como para velar por sus intereses; así comenzó a tener éxito económico su establecimiento.

No era así en sus correrías amorosas; ya que eran un desbarajuste de contrariedades, pues mientras estaba haciendo las paces con su mujer Samantha se estaba viendo a la vez con otra mujere de aquella ciudad, aunque estaba sopesando más los cariños de su mujer que los de las otras señoras: No en balde tenían un niño de corta edad, una maravilla de niño.

Lo malo no quedaba ahí, pues mi otro hermano Bryan se le veía muy acaramelado con la compatriota que tanto nos visitaba; pero que a la vez tenía una coima que era una de las queridas de su hermano Albert. Tanto era así, que en una fiesta en donde fueron invitados mis dos hermanos tuvieron que enfrentarse entre sí por aquella concubina, al ver mi hermano Beyan a mi hermano Albert con aquella concubina.

Mi hermano Bryan se acercó aquella señorita en un descuido de mi hermano Albert de malas maneras; ya que él creía fuese suya aquella mujer y solamente suya; así que la cogió de un brazo levantándola en vilo del sillón donde estaba sentada aquella mujer. Y al ver aquello mi hermano Albert se fue derecho para mi hermano Bryan asestándole una torta en la cara de sumo cuidado; pero cuando le iba a pegar en la otra mejilla, mi hermano Bryan cogió la mano de mi hermano Albert con todas las fuerzas que pudo, no dejándole que le asestase ninguna otra bofetada: Más bien la estaba recibiendo de forma moral, en cuanto supo que aquella chica era la amante de mi hermano Albert.

ALBERT -. Me tienes que respetar.

BRYAN -. Yo respeto a mi hermano, pero no a un querido de otra mujer que no es la suya.

Como lo dijo en alta voz aquello que había dicho Bryan a mi hermano Albert lo oyeron todas las personas que asistían a aquella fiesta; pero como también lo había oído mi cuñada Samantha, ya que sin saberlo su marido, Albert, había hecho acto de presencia en aquella fiesta quedándose apostada detrás de una columna que había en un lateral de la sala.

No ponía mala cara mi cuñada Samantha mientras se estaban peleando mis dos hermanos, y eso lo sabía yo porque entré por casualidad en aquella fiesta; ya que me creí fuese un acto cultural que se estaba dando allí, pues a eso iba yo aquella tarde y como el cartel anunciador de dicho acto cultural reseñaba aquella calle, lo más verídico que fuese en aquel local, ya que se me había olvidado a qué altura de la calle, y en qué número de aquella calle se estaría dando dicho acto cultural.

Y sin ser vista salió mi cuñada Samantha de aquel local con la cara toda constreñida por saber, una vez más, que su marido Albert estaba encaprichado con una damisela de aquella ciudad, mucho más joven que ella.

Antes que llegase a casa mi cuñada Samantha tendría que llegar yo, para ver si Samantha me decía algo sobre lo que ella había visto; pero no fue así, que llegando a casa mi cuñada, se puso el vestido de estar en casa acoplándose cómodamente en un sillón para ver la televisión. Yo tenía puesto un canal en donde estaban tratando de los asuntos amorosos, dándome hincapié para hablarla sobre el tema, sobre aquello que yo quería.

No fui capaz de sonsacarla una palabra a mi cuñada que no fuese otra cosa de aquel tema que se estaba comentando aquella tarde en la televisión. Ella creía, que aquel tema trataba de la moral y la infidelidad de la mujer.

ANAÍS -. No, querida; también trata el tema de la infidelidad del hombre, no solamente de la mujer.

SAMANTHA -. He creído. . .

ANAÍS -. Pues no creas nada. No va a tratar el tema sobre la infidelidad de la mujer, que también trata sobre la infidelidad del hombre.

SAMANTHA -. ¿En qué sentido?.

Aquello me desbordó todo mi pensamiento; de modo que no sabía contestar, yéndome a la cocina para buscar un baso de agua y poderme refrescar un poco, a la vez que aplacar la sed que tenía en mi garganta por el mucho esfuerzo que estaba haciendo, para que mi cuñada se enterase bien de lo que estaba tratando la televisión aquella tarde y así poderla sonsacar alguna palabra sobre los amores dentro de su matrimonio.

Llegó antes a casa mi hermano Albert muy serio, parecía que le estuviese pasando algún acontecimiento muy desfavorablemente para él. Más tarde llegó mi hermano Bryan como con nervios ateridos, como retenidos para sí

Cuando se fueron a sentar en la mesa, mi hermano Albert rehusó las juntas con mi otro hermano Bryan, alegando que no comía donde comía un traidor, quedando mi mamá sin saber por donde habían venido aquellas palabras. Todo hubiese quedado ahí si no se hubiese puesto nervioso mi hermano Andrew, que levantándose de la silla cogió por el brazo a mi hermano Albert para que hiciese las paces con mi hermano Brayan.

ANDREW -. ¡Vamos!; pídele perdón a tu hermano Bryan por lo que acabas de decir.

ALBERT -. Que me lo pida él a mí, y se deje de guardarme las espaldas.

ANDREW -. No sé que ha debido pasar entre vosotros para portaros de esta manera, pero os ruego, muy encarecidamente, que os deis las manos en señal de amistad.

Que mal consiguió mi hermano Andrew que se diesen las manos mis otros dos hermanos, pero por fin se las dieron; sentándose a la mesa Albert sin hablar ni una sola palabra; toda la cena la pasó como distraído, sin querer saber nada de lo que allí se estaba hablando,

demostrando una insumisión brutal para con su hermano , Andrew y una incorrección para todos nosotros.

Yo me quedé a solas con mi cuñada Samantha una vez que se había terminado la cena y todos los demás volvieron a sus aposentos; pero esta vez mi cuñada no se disponía para esquivar lo que yo la fuese a preguntar. Esta vez estaba preparada para hacer frente a todas las preguntas que la pudiese hacer con respecto a su marido.

Me fui a poner cómoda en un sillón para poder hablar mejor con mi cuñada Samantha y así saber qué les estaba pasando a los dos en su matrimonio; pero no sabía muy bien por dónde atacarla, quiero decir, que no me salía mi primera conversación sobre el asunto tan escabroso como era el querer saber los intrínquilis de un matrimonio, pese a que uno de ellos fuese mi hermano.

No sabía como poner las piernas, si cruzadas o en correcta posición, tampoco sabía como poner las manos, ya que comenzaban a sudarme por la mucha tensión que estaba teniendo mi persona en ese preciso momento; hasta que por fin logré hallar el camino que me conduciría a una conversación recta con mi cuñada Samantha sobre su matrimonio.

ANAÍS -. Hace buena noche: ¿No te parece?.

SAMANTHA -. Tan buena, que no eres capaz de encontrar una conversación esta noche para que podamos hablar sobre lo que a ti te interesa.

ANAÍS -. Saber de vosotros dos: De mi hermano y de ti. ¿Qué hay en vuestro matrimonio?.

SAMANTHA -. Muchas pájaras en la cabeza de tu hermano.

ANAIS -. ¿Cómo?: No te comprendo.

SAMANTHA -. Tu hermano quiere sentirse como cuando estaba soltero, que conquistaba a las chicas por solo su presencia.

ANAÍS -. Quieres decir: Que son conquistas tuyas esas mujeres.

SAMANTHA -. Trofeos, más bien es lo que quiero decir. Son trofeos suyos; por lo menos así lo imagina él.

Por eso se expresaba así mi cuñada Samantha con respecto a su marido Albert; porque ella veía que su marido no iría a enamorarse de ninguna señora que le fuese a la zaga, queriendo decir: Que Albert no era muy enamorado y por lo tanto no tendría nada que temer de ninguna señora que se le acercase.

Aquello que me dijo mi cuñada, me tranquilizó un poco; al saber que mi hermano Albert nunca se enamoraría de otra mujer que no fuese de mi cuñada, ya que tenían un niño guapísimo y muy simpático.

Pero eso de conquistar a otras señora que no fuese a la suya, eso ya me di justaba mucho, al saber que mi hermano estuviese con otra mujer de tonto; aunque fuese para perder el tiempo, cosa que con una señora no tiene nadie que hacerla crear ilusiones vanas: Un respeto ante todo hacia la mujer se quiere tener en éste Mundo.

Poco tiempo me quedó a mí ese sabor dulce en la boca al saber que mi marido, Arthur, no cometería ninguna clase de irrespetuosidad ante las señoras. Pero miren ustedes por donde una tarde le encontré hablando, muy acarameladamente, con una señora conocida nuestra. Aquella señora no estaba de mal ver; por lo tanto yo me molesté un poco, viéndoseme en la cara la insatisfacción con que una mujer se muestra delante de su marido, una vez que le ve hablar de dicha manera con otra señora.

Me dirigí a donde se encontraban ellos hablando, mi marido y aquella señora, para después de saludarlos fríamente, me llevé a mi marido Arthur cogido del brazo y sin decir nada. No me despedí de aquella señora por rabia que tenía metida en mi corazón y por despecho personal.

Mi marido iba colorado de tal manera que parecía iría a estallar de un momento a otro, no dejándole yo volver la cara hacia atrás; pero aquella señora se quedó como sorprendida, sin saber por dónde la había caído aquel desprecio que yo la estaba haciendo con mi marido, al llevármelo sin despedirme, ni tan siquiera se pudo despedir de ella Arthur por poder más mis fuerzas de mujer dolorida que unas simples normas de educación.

Al llegar a casa se me encaró mi marido Arthur por haberle hecho pasar vergüenza delante de aquella señora, según él. A mí me cogió de improviso y sin esperarlo aquel rapapolvo

que me estaba echando mi marido, pero cuando pasó unos segundos me rehice para contestar a mi marido como yo buenamente supe.

ARTHUR -. No has debido portarte como te has portado con esa señora; por lo menos se despiden las personas unas de otras.

ANAÍS -. Si te hubieses visto qué cara estabas poniendo, te avergonzarías.

ARTHUR -. ¿Qué cara ponía?.

ANAÍS -. De iluso y embelesado con esa señora.

ARTHUR -. Un caballero tiene que portarse correctamente ante una señora y la tiene que reír las gracias aunque no lo quiera.

No estábamos solos mi marido y yo entablados en una discusión familiar; pues mi hermano Andrew lo estuvo escuchado toda la disputa apostado detrás de una columna del salón. No le habíamos visto entrar en el salón y cuando nos vio acalorados a mí y a mi marido debido a otra señora, no quiso intervenir él, saliendo de su escondite una vez que observó habíamos terminado dicho rifirrafe matrimonial.

Nos quedamos mi marido y yo como cortados por aquella presencia esporádica de mi hermano Andrew, y sobretodo cuando comprendimos que éste había oído nuestra discusión matrimonial. Lo comprendimos enseguida por la cara que tenía de asombrado y como asustado al vernos en una conversación acalorado entre Arthur y yo.

Se acercó mi hermano a nosotros mirándonos fijamente a la cara y después de pensarlo mucho, se fue a sentar en un sillón sin decir una sola palabra. Yo decidí salir de allí sin despedirme de ellos dos, quedándolos a mi marido y a mi hermano a solas.

No me quise retirar mucho de aquel sitio para poder oír bien lo que se dirían los dos; y por supuesto mi hermano comenzó hablándole a mi marido con todo el respeto del Mundo, pero contundentemente hacia el sentido que tiene el reír la las gracias, continuamente, a una señora.

Entre que si yo no tuve dicha intención, entre que si no se debe hacer eso con una señora; ya que era darla validez a su persona para que se crea algo que no existe entre el hombre

y la mujer, ya que la dama se merece un respeto para su persona. En fin, que aquello se estaba alargando y yo no veía que se terminase aquella charla sobre las normas básicas de comportamiento de un hombre hacia la mujer: Por lo tanto decidí marcharme de allí sin ser oída y sin ser vista.

Otro sobresalto tuvimos en aquellos días de desavenencia familiar; pues la amiga de mi hermano Bryan, la compatriota, me vino llorando una mañana a mi casa, ya que estaba embarazada de mí hermano, según ella.

No la quise contradecir, y como la vi llorando la dije algunas palabras que la sirviesen de consuelo, al mismo tiempo que la acercase más a la familia y acaso saliese hacia delante lo que tenía en su vientre metido.

ANAÍS -. Hija: Aquí estamos nosotras para ayudarte. No te preocupes, pues todo saldrá bien.

Pareció que aquellas palabras que la dije sirvió de consuelo a mi amiga compatriota; pues me miraba con una cara de desaliento primeramente para más tarde calmarse y esperar algo más de nosotras, sobre todo de mí, ya que iba a ser su cuñada.

Me anunció ella, que mi hermano Bryan no sabía nada sobre dicho asunto y vería la manera de decírselo para no dañarle: Otra cosa mal entendida; ya que el tener un hijo es siempre motivo de agrado y de conformismo.

Decidimos decírselo a mi hermano Bryan para que éste lo supiese y no se enterase por una tercera persona, pues siempre sienta mal dicha fórmula; ya que al parecer se cree no se tenga tantas confianzas el uno con el otro como para trasmitirse lo que pasa entre ellos.

No encontrábamos ocasión para hablar con mi hermano primeramente, antes de decírselo a las demás gentes de la familia, pues Bryan no se encontraba en casa. Tal vez habría salido a gestionar algún asunto suyo; y el asunto que estaba gestionando mi hermano era el acompañar a una chica por la calle que va al centro de la ciudad. Le vimos acompañado con aquella chica a través de las cristaleras; quedándose como de piedra nuestra compatriota.

No lo pensamos más, saliendo la señora compatriota y yo a la calle para dar alcance a mi hermano y como los dos tortolitos iban hablando despacio, no nos fue difícil darlos alcance a la altura de los primeros bloques de aquella ciudad.

Mi hermano Bryan sospechó algo malo de nosotras; pues la prisa que nos habíamos dado para alcanzarle era de sospechar, y mucho más cuando observó en su amiga la compatriota una cara de desesperación.

Cuando llegamos a casa aquella señora se dejó caer en un sillón como abrumada por el peso de haber visto a mi hermano Bryan acompañando a una chica muy acarameladamente y por supuesto empezó a tener, nuestra compatriota, la respiración más acelerada, así como si la estuviese pasando algo, como si no pudiese respirar.

Yo me acerqué a ella abanicándola la cara para que pudiese tener el suficiente aire como para respirar bien, tranquilizándola de palabra en aquella situación tan complicada para su persona, mientras ella me miraba con unos ojos de espanto; al comprender, que si mi hermano se enamorase de aquella chica ella estaba de menos en la vida de mi hermano, gestando ya un bebé en sus propias entrañas.

Estuvo toda la tarde nerviosa nuestra compatriota, hasta el punto de tenerse que salir a la terraza para que la diese el aire y poder respirar mejor en aquella hora de agobio para ella, al ver a mi hermano Bryan acompañando a una chica muy acarameladamente.

Yo la dejé hacer a aquella señora y cuando se cansó de estar en la terraza se despidió de nosotras muy comedidamente, no queriéndose quedar para cenar aquella noche: Era tal su estado de agobio que los ánimos los tenía por los suelos; por lo tanto tal vez no se quiso quedar a cenar para que no la viésemos casi llorando.

Y llorando se fue de casa aquella señora, la compatriota nuestra, de tal manera que yo no la perdía de vista; pues veía que se estaba entrando en la carretera sin darse cuenta, fue así que en un momento de descuido comenzó andar por la misma carretera, sin darse cuenta de los coches que circulaban por ella.

La pasaron unos cuantos coches casi rozándola, saliendo yo a su encuentro para quitarla de aquella vía de circulación de vehículos; pero no me dio tiempo para llegar y sacarla de la carretera, ya que un coche la dio tal empujón que la hizo rodar unos cuantos metros por el suelo.

No quise que la tocasen hasta que llegó la ambulancia, y ya en el Hospital nos anunciaron malas nuevas sobre el bebé que esperaba aquella señora; pues había recibido todo el golpe el feto, y posiblemente abortaría nuestra compatriota.

Ya en la sala de espera, mi hermano se culpaba por aquel atropellamiento y se maldecía él mismo por no haber sabido dirigir mejor la situación entre aquella señora y él; así que entre sollozos y rezos de mi hermano Bryan se pasaba el tiempo en aquella sala de espera de aquel centro sanitario.

Nuestro deseo era ver algún doctor para que nos explicase cómo se encontraba nuestra compatriota, pero allí no salía nadie; solamente vimos al cura abrir la capilla, que por la dirección que había traído sería de UCI, así que me levanté y fui rápidamente para preguntarle por aquella señora.

Tan azarado estaba aquel cura abriendo la capilla, que no me oía para nada, hasta que tuve que alzar la voz en señal de quererme hacer entender por aquel Sacerdote. No es que fuese muy comunicativo; pues me preguntó si yo era familia de la señora atropellada, y como nuestra compatriota no tenía nuestros apellidos enseguida pensé decirle aquel cura que había unos lazos de unión fraternales.

ANAÍS -. Es mi cuñada.

CURA -. Lo siento, señora. Tal vez se malogre el bebé.

No me quiso decir más, alegando que era lo único que él sabía; así que me fui para donde se encontraba mi hermano Bryan comunicándoselo a la vez a él; quedándose muy serio mi hermano por aquella noticia: Pues el perder un hijo, por pequeño que fuese, era una cosa mala, muy mala.

Con todo y eso, dieron de alta a nuestra compatriota, pese a los dolores que comenzó a tener una vez que se encontró en su casa. Una edificación con dos habitaciones, en el centro la cocina y al lado un cuarto de aseo pequeñito, tan pequeño era que si se quisieran entrar dos personas no cogían en el cuarto de baño.

Ya no sabía qué decirle aquella señora; pues no sabía si aquella edificación sería su residencia habitual o no; por lo tanto tenía que preguntárselo y así se lo hice saber.

ANAÍS -. ¿Vive aquí todo el año?.

COMPATRIOTA -. No: Es mi lugar de recreo.

Vamos, que estaba lo suficientemente claro que aquella señora tendría mejor acomodo en nuestra Nación; pues como ella me dijo, aquella casa era su lugar de recreo en las etapas estivales. Aunque al decir verdad, no sabría yo qué decir; pues allí tenía, aquella señora, de todo y al parecer utensilios y vajillas, así como sábanas para usarlas todo el año. Además, se veían dos fotografías encima de un aparador que tenía cerca de la pared de la entrada: Una era del difunto de su marido y la otra de una hija que tenía Dios sabe a donde.

Hasta tenía una hija y no nos había dicho nada: Aquel acto de poca respetuosidad no me gustó nada, pero que nada; así que se lo hice saber a mi hermano Bryan admitiéndolo éste como ya sabido.

ANAÍS -. ¡Cómo!: ¿Qué tú lo sabías y no te has dignado a decirlo en casa?.

BRYAN -. Sabía de la existencia de esa chica; que ya no será tan niña. Pero lo tomé como una cosa banal para mi familia.

ANAÍS -. Las cosas referentes a mi hermano, no son tan insignificantes para mí, y supongo que para el resto de los hermanos tampoco, y mucho menos para mamá.

BRYAN -. Hablamos una vez sobre el tema y no hemos vuelto hablar más.

ANAÍS -. Con una sola vez bastaba para que nos lo hubieses comunicado a toda tu familia: Que nuestra compatriota tiene una niña, sin saber dónde se encuentra.

Yo ahora estaba más atenta para saber si abortaría aquella señora o no; pues al parecer estaba resistiendo mucho, pero una mañana temprano comenzó a sangrar demasiado, llevándonosla al Hospital de nuevo.

Aquel derrame terminó con el feto que llevaba en la tripa metido aquella señora, quedándose mi hermano Bryan como anonadado y sin saber lo que decir, por el mucho dolor que tenía metido en toda su Alma.

Mi hermano estaba serio, muy serio, para lo dicharachero que él era; pero como la vida sigue, siguió la vida de mi hermano igual que antes, sin más contrariedades que ir y venir para ver a la chica de sus sueños, aquella señorita que le quitaba tiempo para hacer su vida cotidiana.

Pero como la compatriota siguió viniendo a casa como si nada hubiese pasado; yo me encontraba una tarde paseando con ella por la calle que entra al centro de la ciudad, y ya una vez que estábamos entrando en el centro de la ciudad se nos arrimó una chica preguntándola a mi compatriota por un comercial, dándole señas y pero mi compatriota de aquel comercial a dicha chica.

Y como aquella chica parecía, también, compatriota se nos unió a nosotras dos como amiga; tan amiga se nos unió, en unos días estaba viviendo con mi amiga la compatriota en su casa, pese a lo pequeño que era dicho hogar.

Yo veía que aquella chica la apreciaba mucho a mi amiga la compatriota, la había cogido un aprecio enorme; más bien diría yo que la había cogido un cariño como nadie la había tenido a aquella señora, mi amiga, ya que hasta hacía, aquella chica, las funciones de la casa: Lavando, fregando, barriendo.

Formábamos un trío inseparables entre las tres, hasta el punto de estar siempre juntas. No salía una de nosotras al centro de la ciudad que no tuviesen que salir las otras dos mujeres con ella.

Todo me venía a pedir de boca; tanto era así que yo había engordado unos gramos, por lo tanto me apunté a un gimnasio, apuntándose las otras dos mujeres conmigo. Y un día que llegué cansada a casa por el mucho movimiento y esfuerzo que hice en el gimnasio aquel día,

después de ducharme, me senté en un sillón no queriendo saber nada de nada por el cansancio que tenía en mi cuerpo.

Cogí un buen libro y me dispuse a leerlo; digo me dispuse a leerlo, porque enseguida sonó el timbre de la puerta, y como no se encontraba el personal doméstico en casa fui yo a abrir. Delante de mí se encontraba una bella señorita preguntando por mi marido, Arthur. Pues yo creía que fuese una secretaria de dónde trabaja mi marido, como ejecutivo, la hice pasar dentro de la casa, sin más contemplaciones, y como aquella señorita no se explicaba, yo esperaba una suscita explicación suya de por qué llegó a mi casa preguntando por mi marido.

ANAÍS -. ¿Le tengo que decir algo a mi marido, darle algún recado de su parte?.

SEÑORITA -. Dígale que está en la ciudad su hija.

Al oír aquello me dejé caer, como desplomada, en un sillón del salón; que por poco me doy un golpe con la mesa, sino me hubiese cogido de un brazo aquella chica.

Creí no había oído bien lo que aquella chica me había dicho, no dando crédito alguno a sus palabras desenfrenadas para mi corto intelecto; por lo tanto la tendría que seguir preguntando por su destino.

ANAÍS -. ¿Cuántos años tiene usted?.

SEÑORITA -. Veintisiete años, señora.

Yo hacía que conocía a mi marido tres años y hacía que estábamos casados un año; pues entre el periodo de amigos y el de noviazgo se pasó todo aquel tiempo; ya que mi marido tenía otras amigas y flirteaba con ellas, no consiguiendo yo atraerle hacia mí a mi marido, por más que me lo proponía.

Aquella chica se dio cuenta del sofocón que estaba teniendo en aquel preciso momento, preguntándome si yo era su señora, y cuando la di la afirmación, en vez de retenerse y

acomplejarse delante de mí, me dio un beso en la frente, diciéndome que tenía el gusto de conocerme; pues en general, ya me quería conocer.

Si ella me quería conocer, yo hubiese querido saber algo de ella; en vez de saberlo así, de sopetón y sin estar preparada para ello. Y como me conozco hice esperar a aquella chica en unas dependencias alejadas de la entrada; ya que yo veía no podría retener mis nervios.

Así fue; pues cuando entró mi marido Arthur en casa estallé en un aglomerado de nervios a la vez, preguntándole por su vida anterior, cosa que éste no me quería decir nada al respecto. Se callaba lo más principal, que era el saber yo si él había tenido alguna hija con otra mujer en su soltería; pero éste no me decía nada al respecto.

ANAÍS -. ¡Vamos!: ¿Qué no me tienes que decir nada de tu vida anterior?.

ARTHUR -. ¿Sobre el qué?.

ANAÍS -. ¿Si conociste, físicamente, a una mujer?.

ARTHUR -. De eso; no prefiero hablar.

Y dándose media vuelta se quiso escabullir por dependencias que a mí no me convenía, cogiéndole yo de un brazo y dirigiéndole a las dependencias donde estaba esperando la chica que había preguntado por él.

Yo dejé que fuese mi marido el que abriese la puerta de aquel salón y una vez que lo hizo y observó allí a la chica, se quedó parado, como petrificado, sin poderse mover, reaccionando tarde a dicho encuentro, pero reaccionó.

ARTHUR -. ¡Hija!.

SEÑORITA -. ¡Papá!.

Fundiéndose en un abrazo los dos, en un abrazo paternal y con sumo agrado; quedándome yo como quien ve visiones y con el Alma totalmente agobiada y decaída por las circunstancias de la vida.

Siguieron los abrazos y las alegrías por verse; pero yo seguía sin saber por donde me había caído a mí aquello. No era un año lo que estaba viviendo con mi marido, era ya más años, con un marido cariñoso y bueno donde los hayan, un marido que solamente tenía ojos para mí; pero en esta circunstancia me había fallado al no decirme nada de la hija que le había salido de repente. Seguían y seguían los abrazos y los arrumacos paternales de mi marido hacia su hija.

ARTHUR -. Cathy. ¿Cómo es que se te ha ocurrido venir a vernos?.

CATHY -. No sabía nada de usted, y por otra parte quería conocer a su señora.

Así se expresaba la hija de mi marido Arthur, mientras yo seguía tumbada en aquel sillón sin saber el por qué de aquella situación tan embarazosa para mí.

Yo no veía el momento de salir fuera de mi casa para que me diese un poco el aire, pero cuando observé, a través de los ventanales, que se acercaba la compatriota con su amiga, vi el Cielo abierto, levantándome de inmediato para dirigirme a la puerta, haciendo una señal a mi marido Arthur y a su hija Cathy, como que tenía que abrir la puerta a personas conocidas por nosotras.

Corrí hacia mis compatriotas como asustada, observándome los nervios mis dos amigas, y preguntándome por las causas; pero como estábamos cerca de la puerta y lo podrían oír las dos personas paternales, decidí negar aquella afirmación que me había hecho mi amiga la compatriota, haciéndolas pasar dentro para que pudiesen saludar a mi marido y a su hija y así se enterarían por Arthur de lo que pasaba y no por mí.

Desde luego mi marido Arthur presentó aquella chica como su hija, y al decir verdad mis dos amigas se quedaron mirándose a la cara como extrañada por aquella presentación que hizo mi marido con la chica que tenía a su lado.

Mi amiga la compatriota no hacía más que señalar con el dedo índice a la chica, y como no dejaba señalar a la chica sin decir una sola palabra, tuvo mi marido que empezar hablar afirmando lo que había dicho antes sobre aquella chica.

Más confusas todavía se quedaron mis amigas, cuando vieron que en realidad era verdad; que aquella chica era la hija de mi marido Arthur. Tan confusa se quedaron, que tenían la cara tan blanca como yo la tenía; por lo tanto me volvieron a mirar para saber mi estado de ánimos, y como me vieron que yo ni tan siquiera respiraba, se hicieron para atrás como asustadas.

Enseguida vieron mi marido y su hija que aquellas señoras se habían quedado como de mármol, reponiendo mi marido la verdad sobre aquella chica, que se encontraba allí en ese preciso momento.

Pero como Cathy era una chica lista, rompió el hielo para saludar ella misma a mis dos amigas, presentándose como la hija de mi marido Arthur. ¡Qué vergüenza, madre!, que me dio; ¡qué vergüenza, madre!, qué vergüenza pasé delante de mis dos compatriotas, pues sabían el nombre de Cathy y yo no sabía todavía el suyo, contra más el nombre de la nueva compatriota, la chica que la acompañaba a todas las partes a mi amiga la compatriota.

No podía más y en un momento que se me vinieron a mi lado las dos compatriotas las pregunté por su nombre, diciéndome mi amiga, la mayor, que se llamaba Betty y la más joven me dijo que se llamaba Dora.

Ahora sí podía ser se diese unas buenas relaciones entre nosotras; pues al cabo del tiempo, y después de salir juntas muchos días mi compatriota y yo, la pregunté por su nombre de pila. Ya sabía yo que se llamaba Betty y la más joven, la que se unió al grupo después se llamaba Dora.

Ahora me incumbía más saber si Cathy, la hija de mi marido Arthur se iría a quedar en casa; así que pregunté en son de agrado y de amistad si se iría a quedar en casa aquella chica y al parecer lo pregunté con tanto agrado que surtió efecto.

CATHY -. ¡AH!; mire usted, Anaís: Venía con idea de alquilar una habitación en un hotel, pero si es su gusto de que yo me quede con mi papá lo haré con agrado.

ANAÍS -. Se lo pido de corazón.

Así busqué una buena habitación para que se pudiese quedar entre nosotras la hija de mi marido, haciéndola poner en la cama unas buenas sábanas para que se sintiese lo más cómodamente posible en casa.

Aquel día invitamos a Betty y a Dora a la merienda, teniendo una agradable sobremesa entre todas nosotras, hasta se dieron bromas las dos compatriotas nuestras delante de todas nosotras: Parecían personas bien allegadas. Tan allegadas parecían, que a mí me dio la opinión de que Dora se sobrepasaba con Betty en confianzas.

Ya se habían enterado todos los de la casa de que mi esposo tuvo una hija en estado de soltería, con una novia que se había echado por aquel tiempo; pues la prueba la teníamos sentada en la mesa.

Se miraban unos a otros, y sobre todo mi hermano Bryan no daba crédito alguno a lo que había escuchado por boca de su cuñado, al transmitir a toda la familia y a toda la concurrencia de que aquella chica era su hija, su hija Cathy.

Más que callados tomamos la cena aquella noche y en vez de tener una pequeña sobremesa, como todas las noches, nos limitamos a sentarnos en los sofás y sillones que había a los lados de aquella sala para disponernos a ver la televisión, echasen lo que echasen, y lo que estaban poniendo en una cadena de televisión era una película semejando a un drama familiar, casi como el nuestro.

Se levantó Cathy cogiendo el mando de la televisión cambiando de canal y ya era más alegre lo que estaban echando; de este modo comenzamos hablar los unos con los otros como si estuviésemos asustados a lo primero; porque al final todo era un vocerío. Se habían hecho ya a la visión de Cathy y la estaban aceptando.

Mi hermano Bryan se quiso arrimar a Betty pero ésta le reunía, no teniendo confianzas en él; se la habían terminado toda clase de confianzas con respecto a mi hermano; así que éste decidió dar por terminada la reconquista hacia ésta mujer, yéndose a sentar en un sillón a solas para poder pensar un poco, según le pude ver; pues estaba como meditando.

Yo me fui a su lado para darle ánimos y así poderle alegrar su Espíritu decaído, pero fue todo lo contrario, que por poco me llora delante de todas las personas que estábamos en aquel

salón. Y la que tenía que estar llorando era yo en vez de él, por el estado anímico tan decaído que tenía en mi cuerpo metido.

¡Qué fatalidad!, el saberse dirigida hacia donde quería mi marido; pues nunca me había dicho nada sobre aquella hija que le había salido de repente: Me sentía manipulada totalmente por Arthur y no era eso sólo; pues al parecer se escribían y se hablaban por teléfono de vez en cuando sin yo saberlo.

Aquella chica, Cathy, no tenía la culpa de haber venido al Mundo; pero por lo menos me tenía que haber preparado antes y no haberse presentado así, de improviso, como si ya me conociese; y tal vez sí me conocía, me conocía por las cartas de mi marido y por lo que decía a su hija de mí por teléfono.

Cuando terminamos de explayarnos todos a nuestras anchas, hablando sobre la llegada de la hija de mi marido nos fuimos a nuestras dependencias, despidiéndose de nosotras nuestras amigas las compatriotas. Pero como yo no tenía muchas ganas de dormir me quedé leyendo un libro recostada en la almohada de la cama y cuando me cansé de estar así me levanté yéndome a la terraza de la habitación viendo a mi hermano salir de casa y dirigirse a la casa de la vecina, ya conocido su nombre, Daisy.

Pese a que mi hermano Albert quería a su mujer Samantha, tenía sus escauceos con nuestra vecina Daisy; algo le atraía de ella y no era poco.

Noté como una sombra en la terraza de abajo y cuando miré mejor vi que era mi cuñada Samantha la que se disponía para sentarse en una butaca de aquella terraza, decidiendo yo bajarme con mi cuñada a la terraza de la casa para poder hablar un rato con ella y cuando estaba a punto de llegar a donde se encontraba mi cuñada vimos llegar al marido de Daisy a su casa.

Saltó mi cuñada de donde estaba sentada abriendo las verjas de la puerta trasera del chalet para salir corriendo hacia la casa de la vecina y poder llegar antes que el marido de ésta y así lo hizo, llamando a la ventana con todas sus fuerzas; ya que no lo oiría el marido de Daisy por estar todavía bastante retirado de la casa.

Eso fue lo que salvó de un enfrentamiento a mi hermano Albert con el marido de Daisy, ya que salió por el pequeño jardín que había en las traseras de la casa seguida de su mujer

Samantha y como en general eran un matrimonio que estaba paseando por la playa a horas altísimas de la noche no pasó nada.

Por la mañana temprano se levantaron todos en casa y por más que madrugaron yo estaba ya haciendo las labores de una señora de su hogar: Me debatía limpiando muebles y barriendo el salón del chalet a mi manera, muy rápido y con mucha rabia.

No me había dado cuenta cuando noté como una sombra detrás de mí y cuando miré para atrás vi que era Cathy que me estaba ayudando a limpiar los muebles.

ANAÍS -. No hija; no hagas nada, tú estate quieta.

CATHY -. Sí, mamá; te tengo que ayudar, me sale del corazón.

Aquello que me dijo Cathy sí que me llegó a lo más profundo de mí ser; sobre todo eso que me dijo con tanta dulzura y cariño de “mamá” con tanta delicadeza y comprensión a la vez, que me llegó a lo más profundo de mí ser.

La dejé hacer, como era su voluntad, y cuando se cansó se sentó en un sillón mirándome de frente como si me quisiera decir algo. Yo esperé unos minutos para ver lo que me quería decir y cuando no me hacía la pregunta o entablaba una suscita conversación conmigo, me dirigí a ella con toda la amabilidad del Mundo.

ANAÍS -. Cathy: ¿Tú has estudiado algo, o estás estudiando?.

CATHY -. Sí mamá; estudié derecho y soy teniente en la Armada de los Estados Unidos del norte de América. Y he pedido excedencia voluntaria para estar con vosotros, mis papás.

ANAÍS -. ¿Pero dentro de la rama de abogacía?.

CATHY -. Lógicamente.

Bonita carrera y posiblemente llegaría a lo más alto, pues como me dijo su padre: Su niña era la ayudante del Almirante encargado de los abogados. Eso entendí yo y eso debía de ser cuando a poco rato de estar en el salón recibió una llamada del mmo Almirante para que le

dijese dónde tenía unos papeles; ya que los estaban haciendo falta a sus compañeros para dirigir un caso judicial, dentro de la Armada, a un soldado que se había extralimitado en sus deberes.

Me quedé satisfecha con lo que supe de aquella chica, ya una mujer según pude comprender por la carrera que tenía y el destino acometido en sus tareas cotidianas; era así tanto que la invité para que saliésemos ella y yo juntas aquella mañana por las calles de aquella preciosa ciudad.

CATHY -. ¿Sabes lo que te digo, mamá?.

ANAÍS -. ¿Tú dirás?.

CATHY -. Si tú no me lo hubieses preguntado lo hubiese hecho yo. Te había invitado esta mañana para dar un paseo por las maravillosas calles de ésta ciudad.

ANAÍS -. ¿Es que la conocías ya?.

CATHY -. He estado en ella un par de veces.

No hubo más palabras entre nosotras dos, pues entró mi cuñada Samantha con el niño, que le llevaba a una excursión veraniega con los demás condiscípulos suyos.

No sabía yo si hacerla extensiva la invitación a Samantha o callarme; pero cuando vi a Cathy mirarme fijamente a la cara me abstuve y no la dije nada al respecto, y menos mal que no la dije ni una sola palabra a mi cuñada; pues cuando estábamos yendo de camino a la gran ciudad me habló algo Cathy de querer estar a solas conmigo.

Tanto era así, que quería estar a solas conmigo Cathy que antes de llegar a la gran ciudad y en las postrimerías de esta, me abordó con la conversación de querer saber algo más de mi persona, y de que si yo era gustosa que se quedase ella entre la familia en mi casa. Por supuesto que la puse cara de alegría, para que ella comprendiese que estaba a gusto con su persona y que todavía podíamos unir mejores lazos de fraternidad los unos con los otros.

Y como vio que todo estaba en orden, que todo la venía a pedir de boca no sabía lo que hacer y como saltando llegamos a los primeros bloques de aquella bonita ciudad. Todo era poco para mí, me quería regalar medio ajuar de aquella ciudad; allí donde veíamos un escaparate que

pudiese valer la pena para que mi persona se acicalase mejor, allí que entrábamos esforzada por Cathy, ya que me estaba avergonzando del todo por su comportamiento.

Había anunciado un teatro que al parecer nos gustaba a las dos quedando ir a verle con toda la familia o con parte de la familia que lo desease. Hasta el punto que se puso en ventanilla del teatro Cathy con la sola idea de comprar las entradas y así hubiese sido si yo no la convenciese de que aquello sería un despropósito, comprar las entradas antes de saber cuantas personas íbamos al teatro.

Estaba fuera de sí aquella chica por ir conmigo y yo tendría que saber la razón de aquel exaltamiento de carácter que tenía la chica; aunque me lo sospechaba, pero tendría que saberlo y decidí sentarla en una tumbona que había en la playa, pagando su tasa para ella.

No sabía cómo abordar el tema sobre aquel estado de ánimos exaltados que tenía Cathy, aunque me lo sospechaba; así que sin dilatación al tiempo, no di más tregua para que se pusiera cómoda en su asiento, pues yo comencé a preguntarla por su estancia entre nosotras.

ANAÍS -. Te veo muy exaltada: ¿A qué se debe eso?.

CATHY -. Mamá: ¿La parece poco a usted?.

ANAÍS -. ¿El qué?.

CATHY -. Que haya encontrado mi verdadera familia.

Tal vez esperaba que yo la rechazase y por eso tenía esa alegría metida en su cuerpo, al ver que en vez de rechazarla fue recibí con los brazos abiertos al ser la hija de mi marido. La conformé como pude, ya que apenas me escuchaba; tenía puestos todos sus sentidos en el conformismo que la estaba yo presentando: Así que tuve que alzar la voz para que ella me escuchara y me entendiese bien, por lo menos me comprendiese lo que yo la quería decir, y lo que la quería decir era: Que no se preocupase de nada, que entre nosotras podía estar todo el tiempo que quisiera.

Y desde luego que quiso; pues al darme las gracias me indicó el permiso que tenía, ya que al parecer no era poco: Me indicó que tenía excedencia voluntaria para estar entre nosotras

y en vez de darme coraje por estar viendo continuamente a la hija de mi marido, me alegré al saber estaría entre nosotras.

Cuando llegamos a casa nos estaba esperando mi cuñada Samantha con su hijo; pues había prometido al niño llevarle a una atracción que había en plena ciudad y al parecer mi sobrino la había pedido que los acompañase en dicha tarde, pues se hacía muy bien con su tía.

No sabía lo que responder, pues Cathy me miraba con cara de circunstancias; ya que al parecer el niño solamente había hablado de mí y no de su prima. La cogí a Cathy de un brazo y la dispuse para que se preparase bien ya que iba a salir con nosotras aquella tarde de estío tan buena y tan confortable.

Sí, salimos aquella tarde a la ciudad y en el camino preguntó Samantha si trabajaba en algo Cathy, adelantándome yo a la respuesta para darla una broma; ya que la dije a mi cuñada que la hija de mi marido, mi hija, había venido para buscar trabajo.

Fue contundente, pues enseguida repuso que podría trabajar en el comercial de su marido; ya que ella estaba trabajando en el mismo y por descanso personal estaba esa misma tarde con nosotras y al verme reír comprendió la pura realidad de lo que pasaba. La hicimos saber que se encontraba de excedencia voluntaria y que viviría entre nosotras, su familia, para disfrutar de su papá y de todos los de casa que somos su familia.

Se quedó más satisfecha mi cuñada Samantha al saber qué carrera tenía mi hija Cathy; pues al parecer no se encontraba trabajo tan fácilmente como se pensaba, y para hacer jactancia de tener dinero disponible mi hija nos empezó a invitar a todas las cosas; tanto en las terrazas de los bares como en los comerciales cuando queríamos comprar algo.

No; aquello lo tenía que parar yo: No podía consentir que mi hija pagase todos nuestros caprichos; pues esos eran caprichos que podíamos pasar sin ellos y hasta mi cuñada estaba poniendo cara de circunstancias al verse relegada a segundo término, por no poder pagar nada de lo que a ella se la antojase.

Era una delicia de criatura aquella chica, mi hija, pues hasta montó a su primo en un tiovivo, que había en la feria de aquella ciudad. Creo mejor que no lo hubiese montado; pues hacia el niño por tirarse del carrusel al estar aterido de miedo.

Estaba viendo muy mal dicha situación para mi hija Cathy; ya que estaba sosteniendo a su primo con un brazo como ella podía, mientras Cathy se sujetaba con el otro brazo a la barra de la carretilla para poder permanecer en su asiento.

Tan mal lo pasaron los dos, que al bajar del tióvivo los tuvimos que convidar a un refresco para que se los pasase el susto; ya que mi sobrino no había montado nunca en dicha atracción de feria, dándole un pánico insoportable.

Ya más calmados nos fuimos despacio por la calle que se dirigía a la urbanización a nuestro chalet, y al entrar en el se dejó desplomar mi hija en un sillón con la cara más blanca que la pared, dando resoplidos de vez en cuando y mirando al niño.

Por la noche no tuvimos velada alguna después de la cena, ya que todas estábamos cansadas yéndonos a nuestras dependencias para poder descansar del ajetreo de aquel día y otros del cansancio mayúsculo que tenían por haber trabajado mucho en su jornada laboral.

Despertamos como nuevos las unas y las otras aquella mañana, yéndonos Cathy y yo dando un paseo por los alrededores de la playa y al poco de estar allí vimos llegar hacia nosotras a nuestras compatriotas, Betty y Dora.

Llegaron a nuestro lado lo más pronto posible, como queriendo decirnos algo que nosotras no sabíamos y desde luego sí era un asunto agradable para nosotras dos, para Cathy y para mí; ya que se estaban dando unos saldos excelentes en un comercio de la ciudad de ropa femenina, donde se podía comprar una un vestido por muy poco, siendo su tela de lo más apetitosa del comercio.

Y como mí cuñada Samantha se encontraba en su comercio me fui para avisarla de tal acontecimiento y así pudiese agenciarse ella misma de un par de vestidos; pero ¡ay! decepción que sufrí al verla muy acaramelada con un señor, pues la tenía cogida las manos y la decía lisonjas de lo más maravillosas que se pudiesen decir en la vida.

No lo pensé ni un solo minuto, pues hice acto de presencia delante de los dos tortolitos con cara de circunstancias, para hacerme entender por ellos de que no me gustaba nada aquel acaloramiento cerebrar que estaban teniendo por no decir otra cosa.

Al verme aparecer de tal guisa, se separaron entre sí para saber lo que yo les quería decir, no dando tiempo a nada, sobre todo a que se rehicieran en su estado anímico de buena moral para que me refutasen los hechos. Y por supuesto no lo pudieron hacer al comenzar yo mi plática de cuñada que quiere a los suyos y los defiende con buenos modales.

ANAÍS -. ¿No me vas a presentar a este señor tan simpático?.

SAMANTHA -. ¡AH!, sí. Es un marchante.

Al decir eso mi cuñada Samanta, yo cogí unos sujetadores que había encima del mostrador, que al parecer eran cajas de regalos y se los entregué aquel señor con cara de pocas amigas y sin contemplaciones.

ANAÍS -. Tenga; ya tiene su señora unos buenos sostenes para su acomodo.

Al decirle yo aquello y de las maneras que se lo dije, aquel marchante comenzó a meter en su maleta todos los productos que estaba enseñando a mi cuñada para después de terminar de entrar las prendas que estaba ofreciendo cerró la maleta saliendo del comercio como asustado por comprender quien era yo.

Una vez que se había marchado aquel marchante nos miramos a la cara mi cuñada y yo, como diciéndonos algo que se cruzaban entre sí los conocimientos; pues tal vez no era para tanto y yo había roto una buena compra a mi cuñada Samantha.

SAMANTHA -. ¿Por qué has hecho esto?.

ANAÍS -. ¿Te parece bonito que te esté cogiendo de las manos ese señor a la vez que te dice lisonjas?.

SAMANTHA -. Es un proveedor de una buena casa de sujetadores, muy demandada por las señoras.

ANAÍS -. ¿Y?.

SAMANTHA -. Si no pasaba nada; solamente que yo se lo estaba sacando a precio casi de costo.

ANAÍS -. ¿Con qué prestaciones?.

A mi cuñada la dije prestaciones por no decirla, con qué promesa para no dañar su susceptibilidad femenina, muy decaída en aquella hora de desagravio para su marido, mi hermano Albert.

Al decirla las causas por las que me encontraba allí, me dijo que ya sabía lo de las rebajas y que me iba a llamar a mí para podernos agenciar de algunas prendas que mereciese la pena llevarlas en aquel verano puestas.

Se vino conmigo mi cuñada a donde nos esperaban las demás señoras y todas juntas nos fuimos hacia el comercio que tenía rebajadas las prendas de vestir, para entrar en aquel establecimiento todas juntas, llenando por completo su dependencia.

Compramos todas unas prendas que nos sentaban de maravillas; pero cuando salimos a la calle ya no eran del todo de nuestro gusto, pues a la luz del Sol aquellas prendas no estaban a nuestra manera de pensar, ya que con la luz que había en el establecimiento parecían otra cosa y luego en la calle se desperfeccionaban mucho. Hasta el punto que Dora tiró su prenda a una papelería con rabia y con un gesto característico de no gustarla.

Por lo menos habíamos conseguido estar toda la familia junta en aquella mañana de estío en la ciudad disfrutando de sus cosas, de su belleza, de su ambiente en las calles más céntricas; por lo tanto decidimos tomarnos un refresco al amparo de unas sombrillas en plena calle en un bar afamado.

Cuando más a gusto estábamos y cuando más reíamos, vimos a mi hermano Bryan acompañando a una chica por aquellas calles tan bellas y modernas. Iba agarrado de la mano con la chica, como si él la dirigiese y a la vez parecían que llevaba una conversación placentera ellos dos.

Las otras señoras me comenzaron a mirar como queriendo saber más sobre mi hermano y aquella chica. Yo me encogí de hombros como dándolas a entender que sabía tanto como ellas

de aquella chica; rompiendo el hielo que había entre nosotras, Cathy al preguntarme algo sobre mí hermano.

CATHY -. Mamá: Tío Bryan ya tiene edad de casarse.

Al decir eso mi hija Cathy, enseguida me miró muy interesadamente Betty para ver lo que yo respondía; pero en vez de responder a mi hija cogí de la mano a Betty como dándole ánimos de esperanzas: Mal hecho; pues mi hermano Bryan se le veía muchas veces con aquella chica y tal vez se estaría enamorando de ella. Pero al ver dicho gesto Dora se puso nerviosa del todo, no sabiendo nosotras las causas; pues hasta hizo sospechar a su amiga Betty si hubiese algo entre ellas das, poniéndose colorada Dora a más y mejor.

Ya no era tan gustosa Betty de que Dora alargase su estancia entre nosotras, por lo tanto la preguntó una vez que nos dirigíamos a la urbanización por el tiempo que permanecería entre nosotras; sobretodo, viviendo en su casa de nuestra vecina la compatriota.

Aquello que la dijo Betty a Dora me llegó a lo más profundo de mi Alma; pues era una señora respetuosa con las demás personas y de repente se había vuelto soez y cruel con su amiga Dora. Esa chica que vino de lejos buscando un puesto de trabajo a sabiendas que tendría que ser socavada de espaldas a la sociedad por no estar documentada.

Como mi idea la tenía metida en la cabeza, cuando llegó mi marido Arthur a casa le comuniqué mis preocupaciones que estaba teniendo con respecto a Dora: Una chica estupenda y a quien nadie podía ayudar, como no fuese bajo cuerda, sin darla de alta al emplearla y eso era malo para ella.

Arthur se quedó un rato pensando para más tarde indicarme con el dedo índice que ya había dado con la clave; ya sabía quién la podía ayudar a aquella chica tan modosita y con tanta predisposición para trabajar.

ARTHUR -. Se lo diré a un amigo mío que trabaja en el Ministerio.

Posiblemente la podría ayudar su amigo, por lo tanto me quedé más conforme en espera de noticias buenas sobre la obtención de papeles de Dora, para que ésta chica pudiese trabajar como se merecía dada de alta.

Otro escollo tenía en las relaciones de mi hermano con la chica que le habíamos visto pasear tan afablemente; pues mientras Betty se deshacía en dolor, al ver al hombre que ella creía fuese el dueño de su corazón, éste ofrecía sus vértebras a otra chica que no era ella.

Betty se fue a su casa muy acongojada por las circunstancias de la vida; al ver a su amante con otra mujer, no sabiendo yo si iría a dormir algo aquella noche o se la pasaría en blanco. Y la que no pudo dormir aquella noche fui yo pensando en mi amiga la compatriota; pues pensándolo bien mi amiga había tenido un aborto de mi hermano Bryan.

Por la mañana temprano, una vez que desayunamos me quedé con mi cuñada Samantha, aunque yo quería ver a mi hermano Bryan; pero también me valía mi cuñada para hablarla sobre el asunto que se traía con aquel marchante de prendas interiores de la mujer.

Yo veía que me huía mi cuñada Samantha, pero de nada la valió quererme dar largas, ya que yo comencé hablándola de su parecer con aquel hombre.

ANAÍS -. ¿Qué es lo que te traes tú con ese marchante de ayer?.

SAMANTHA -. ¿Tú crees que voy a perderme por tan poca cosa?. Quiero a tu hermano Albert y eso no me lo quita a mí nadie, que le quiera; sabes.

ANAÍS -. Ya me parecía a mí que no había nada entre vosotros dos.

Nada de nada; solamente quería mi cuñada Samantha que aquel marchante la endosase las prendas a bajo costo, y para ello le tendría que ser simpática sin extralimitarse de sus funciones matrimoniales para con mi hermano Albert.

Pero y Bryan; no había quien pudiese hablar con él, ya que no había manera de cogerle un momento a solas, hasta que por fin salió a la terraza haciendo tiempo para salir aquella misma mañana a la ciudad.

Me puse delante de él, sin dejarle dar ni un paso; pues yo veía que quería llegar a la verja del jardín para abrirla y salir de casa dando unos largos por la playa; pues mi hermano Bryan corría todas las mañanas, después de reposar el desayuno, por aquellas arenas blancas y suaves al tacto de la piel.

ANAÍS -. ¡Quieto, León!. ¿Dónde vas tan corriendo?.

BRYAN -. Bien lo sabes tú: ¿Por qué preguntas?.

ANAÍS -. Necesito saber algo.

BRYAN -. No hay nada entre los dos, solamente afecto.

ANAÍS -. Mira tú como sabías lo que yo te iba a preguntar, y por otra parte: Por algo se empieza.

Sí, por algo se empieza a querer a una persona, y mi hermano Bryan estaba queriendo a la chica que se le veía pasear con ella por las calles de aquella bella ciudad; por lo menos así me lo parecía a mí, ya que un hombre no va tan afable y con tanto mimo con una chica sino le interesa nada.

Y como veía que no me iba a decir la verdad le dejé ir a su modo y manera, observando yo sus pasos por aquella playa, y tan bien observé que me pude dar cuenta de que mi hermano Bryan dio solo tres o cuatro pasos sin compañía por la arena de aquella playa; pues al momento se levantó una mujer de una tumbona, yendo derecha para donde se encontraba éste, un tanto despistado, ya que no se daba cuenta del interés de aquella mujer que era el llegar a su lado para saludarle.

No sé qué se dirían, pero sí pude ver los gestos que hacían el uno y la otra, gesticulando a más y mejor, como si la señora le recriminase algún hecho malo a mi hermano. Así estuve un tiempo hasta que fijándome bien pude reconocer en la figura de aquella persona a Betty.

Era lógico que Betty esperase a mi hermano Bryan aquella mañana en la playa; ya que ella sabía iba a correr por allí una media hora. Por más pasos que daba mi hermano, Betty los daba ella también y si corría mi hermano ella corría también; hasta el punto de pensar que

aquella señora no estaba acostumbrada para dichas carreras creyendo yo que la iría a pasar algo malo por correr tanto, y desde luego pensé en las agujetas que tendría al día siguiente.

Se paró mi hermano para hablar con ella derrumbándose Betty en la arena; pues no podía más su Alma, había sido demasiado aquella carrera para ella. Y unas veces tumbada en la arena y otras sentada le decía algo a mi hermano aquella señora gesticulando mucho con las manos: No dejaba de hacer gestos con las manos de que algo la estaba pasando, o por lo menos de querer decirle alguna cosa a mi hermano para que él la entendiera.

Mi intuición me decía que aquellas palabras serían para que tuviese cuidado mi hermano y supiese quién le quería. Se levantó Betty de improviso, como movida por un resorte al oír por boca de mi hermano Bryan algo, dándole un fuerte abrazo, que por poco le rompe un hueso: Parecía que todo se había solucionado entre ellos.

Yo no me debía meter en los amores que tuviese mi hermano Bryan, de modo que me entré en casa y todavía se encontraba en ella mi cuñada Samantha, desconfiando yo si acaso pasase algo raro en el comercial que tenía abierto mi hermano Albert. Pedí a Cathy que me acompañase a la ciudad y en unos minutos estábamos en pleno centro de aquella bella urbe.

Me llevé a mi hija por las calles principales hasta llegar al comercio de mi hermano Albert, que al vernos pasar salió a nuestro encuentro invitándonos para que entrásemos en las dependencias de aquel establecimiento. Yo no me hice rogar mucho; aunque Cathy ponía un poco de resistencia al creer que íbamos de paseo por la ciudad y a mí no me agradaría entrar en ningún comercio aquella mañana.

¡Efectivamente!; se encontraba allí el marchante de ropa interior de señoras mostrando su catálogo de verano a la señora encargada del comercio, al no estar mi cuñada Samantha. Era lo único que yo quería saber; si mi cuñada se había retrasado por saber si aquel caballero iría para mostrar todos sus productos en el comercio de su marido.

Éste, el caballero, al verme se mostró remiso ante mi persona; parecía como si estuviese defendiéndose por algo, que hasta mi hermano Albert se le vio un tanto inquieto al observar las indecisiones del señora marchante.

El señor marchante se fue pronto acosándome mi hermano Albert con preguntas indecisas para él, no sin antes haberme separado de Cathy.

ALBERT -. ¿Pasa algo con el señor marchante?.

ANAÍS -. No expresamente conmigo.

ALBERT -. Entiendo.

Sí, mi hermano Albert entendía lo que yo le quería decir, ya que sin nombrarla intuitivamente comprendió que su mujer tenía que ver algo con aquel marchante, frunciendo el ceño en señal de no gustarle nada. Y en ese preciso momento le hice yo una indicación con la cabeza de que se estaba confundiendo. No se lo quise decir de boca, para no enredar más la madeja; pues al parecer comprendí que me había entendido.

Como mi hija Cathy al parecer estaría sospechando algo sobre nuestra conversación, me fui pronto a donde estaba ésta para sacarla rápido de aquel establecimiento comercial e irnos para dar un paseo por aquella gran ciudad.

Cuando llegamos a casa mi hija Cathy me hizo la pregunta pertinente, por haberse dado cuenta del teje y maneje que nos habíamos traído su tío y yo.

CATHY -. Mamá Anaís: Creí que íbamos a la ciudad para dar un paseo.

ANAÍS -. Y así ha sido, hija.

CATHY -. Me ha dado la sensación de que usted quería ver algo más en la ciudad.

No quise contestarla para no liarla más y me fui a mi habitación con la idea de poner bien las cosas en ella, y al poco tiempo de estar en mi cuarto llamaron a la puerta permitiendo pasar a la persona que se disponía para entrar en mi habitación. Yo creía que la persona que estaba llamando en la puerta de mi habitación era Cathy, pero más lejos de mi idea ya que era mi cuñada Amy.

Se mostraba preocupada por su marido Andrew, mi hermano, ya que al parecer le estaba durando mucho un constipado cogido al comienzo de aquel verano y todavía no se le había quitado; pues lo único que yo podía hacer era aconsejarla fuese a un especialista, pero primero que visitase al Médico de cabecera.

Me quedé también preocupada por mi hermano Andrew, no era solamente mi cuñada Amy la que estaba preocupada por mi hermano, pues yo no hacía nada más que pensar en él: Si tal vez aquel constipado quería decir algo malo, no viendo manera de que llevase al Médico mi cuñada Amy a mi hermano; preguntándola yo por las causas de dilatar el tiempo de dicha consulta, diciéndome ésta que se oponía mi hermano para ir al Médico.

Mi hermano Andrew era muy receptivo y por esa causa me acerqué a él un día con idea de convencerle que fuese al Médico, que para eso está ahí; para curar a los enfermos y que él sí estaba enfermo viéndosele a simple vista por el constipado que tenía a todas las horas del día, que se curase bien de aquel constipado ya que era nuestra intención.

Por fin conseguimos mi cuñada y yo que mi hermano fuese al médico, mandándole este al especialista por no estar seguro de que aquello fuese un constipado normal; quedándonos más intranquilas que sino hubiésemos ido al doctor, por la manera de expresarse este. Nos quedó esa intranquilidad en nuestras Almas que no pudimos descansar hasta que le vio un especialista en su consulta.

Momentáneamente nos quedamos tranquilas esperando para que auscultase aquel doctor a mi hermano Andrew; pues cuando supimos le había mandado unos análisis y una radiografía volvimos a mostrar los mismos síntomas de inquietud, dándose cuenta mi hermano de tal estado de ánimo en nosotras.

Pasaba el tiempo y nos habíamos olvidado de la enfermedad de mi hermano, aunque al decir verdad él seguía estando constipado a más y mejor, pero cuando tardaba el doctor en llamarle creímos fuese cosa de nada su constipado.

La vida sigue, y como seguía la vida nos dispusimos para celebrar las fiestas de aquella ciudad yendo todas las noches a su recinto ferial, y así una noche tomarnos un chocolate con porras y otra noche un pollo asado en una caseta de aquel recinto ferial.

Betty se enteró de nuestras idas y venidas a la feria de la ciudad, pidiéndonos que la llevásemos a ella también; así que nos comenzó a seguir el camino hacia el real de la feria todas las noches para el regocijo y recreo de todas nosotras.

Y como se nos agregó Betty, nos quedamos en la caseta principal, una carpa formada por un conjunto de hierros sosteniendo unas lonas para si llovía con unos espejos a cada lado de las paredes: Un conjunto arquitectónico de lo más sencillo que había, pero que daba una visión al que lo contemplaba de recogimiento dentro de aquella caseta, en donde estaba el escenario al fondo con infinidad de mesas en toda su explanada con sus sillas para consumir las personas en el bar que había dentro de aquella caseta.

Nosotras nos sentamos en una mesa separada del resto de las demás; ya que nos encontrábamos a un lado de la caseta, en donde era muy difícil de que nos viese alguien sino nos buscaba. Y para más regocijo de nosotras aquel lado se encontraba casi sin luz alguna, pues veíamos nosotras sin ser vistas por nadie.

Es tanto así, que nosotras vimos llegar a nuestro hermano Bryan con la chica que cortejaba y él no nos vio para nada; pero como también lo había visto entrar Betty comenzaron los fuegos artificiales dentro de aquel recinto ferial.

Se levantó Betty de su sitio yendo directa para donde se encontraba mi hermano Bryan, y éste nada más que la vio llegar comenzó a sospechar lo que se le venía encima por la cara que puso de circunstancias; y desde luego no se confundió, ya que alzando la voz Betty le llamaba la atención a mi hermano Bryan por su poca decencia que había tenido al llevar aquella chica a la caseta, sabiendo que salía con ella y había estado esperando un bebé ellos juntos.

BETTY -. ¿What do you think nice what you`re doing?.

BRYAN -. It is my friend.

BETTY -. Neither friend nor nothing.

Pasé una vergüenza enorme, pues todas las gentes nos miraba fijamente como esperando algo más de nosotras, y nosotras estábamos acongojadas a más y mejor sentadas en nuestra mesa tomándonos un refresco.

Pasé mucha vergüenza, puesto que Betty no sabía si tirarla de los pelos a aquella chica o sacarla del brazo fuera de aquella carpa ferial, alejándola de mi hermano Bryan: pero como se contuvo, no llegó la sangre al río. Pasando yo aquel mal trago dentro de la sociedad, reponiéndome cuando volvió Betty a la mesa donde nos encontrábamos para sentarse, una vez más, con nosotras.

Pero de vez encunado echaba una mirada hacia la puerta de entrada de aquel recinto ferial como queriendo ver a alguien que no la gustase a ella entrase en dicho recinto. Y al no ver a nadie que a ella no la gustase que entrase en el recinto se fue calmando; pues los nervios los tenía subidos de tono.

¿Qué hacer en aquel momento?: Lo cierto era, que se estaba espabilando mi amiga Betty con respecto a mi hermano Bryan, teniéndole bien sujeto. Pues al parecer no demostraba muchos celos, pero sí era contundente, por lo menos, con los escarceos amorosos de mí querido hermano Bryan, no pasándole ni una; por aquello de que una mujer descuidada era una mujer que se quedaba sin marido.

Al poco rato echamos de menos a Betty, no sabiendo donde estaría esa mujer; pero cuando miramos para la puerta la vimos hablando con la chica que cortejaba mi hermano Bryan cogiéndola de un brazo y haciéndola unos gestos como de que tuviese cuidado, porque si no la iría a pasar algo malo.

Lo vimos todas a la vez, sí: Vimos que estaba amenazando a la chica Betty con malas artes, pues en las manos portaba un cortante; tal vez sería de la mesa donde estábamos sentados, ya que habíamos pedido algo de carne con una buena bebida. Aquello duró poco tiempo, ya que Betty volvió pronto a donde nos encontrábamos todas para volverse a sentar a nuestro lado.

Pese a ese accidente, lo pasamos de maravillas todas nosotras, comiendo, saltando, bailando y bebiendo y hasta cantamos un poco para desechar nervios entre nosotras, volviendo a casa con una alegría impar metida en nuestro cuerpo.

Despedimos a nuestra amiga, Betty para fijarnos mejor de aquello que había en nuestra casa, y lo que estaba habiendo era una carta encima de la mesa del salón y mi hermano tomándose un Whisky con mucho acople sentado en un sillón. Yo me quedé parada para ver si mi hermano Andrew me decía algo, pero solamente señaló a su mujer Amy hacia la carta, cogiéndola ésta para disponerse a leerla.

Dicha misiva era del doctor que había reconocido días antes a mi hermano, parándome mucho en su lectura una vez que me la entrego mi cuñada Amy para poderme enterar de lo que ponía aquella carta. Ponía, ponía algo que yo no entendía muy bien; pero las formas de redactar aquella carta parecía que aquello era algo grave al leer yo que mi hermano Andrew tenía una sombra en el pulmón. No sabía lo que significaba eso, de modo que dirigiéndome a mi cuñada Amy la insté para que le volviese a llevar cuanto antes a mi hermano al doctor para saber bien que alcance tenía esa sombra en el pulmón de mi hermano.

La sombra en el pulmón, al parecer, mi hermano la tenía desde pequeño; lo único que le sacaron a mi hermano fue un constipado crónico, por haberse tratado mal los resfriados. Menos mal, pues descansé al saber que no era grave lo que tenía mi hermano.

Aquel mismo día vi salir a mi hermano Bryan muy temprano de casa, dirigiéndose con su coche a la ciudad, yo no pude resistir el interés por saber dónde iría mi hermano tan de mañana; así que cogí mi coche y sin decir nada, cuando se fue mi marido Arthur a su trabajo, me dirigí a la ciudad.

No encontraba a mi hermano Bryan por ningún sitio donde yo fui, parecía como sino estuviese en aquella bonita ciudad, como si se hubiese dirigido a otra localidad; no desistiendo yo en buscarle en la ciudad a mi hermano, ya que tal vez le podría ver por alguna de aquellas calles pasando el tiempo. Y el tiempo pasó tan rápido, que era ya medio día cuando pude darme cuenta que mi hermano estaba acompañado por la chica de sus sueños.

Me escondí al amparo de un kiosco que había donde yo estaba, para que no me viesen los dos, mi hermano y aquella chica, y así poder observar mejor los tejes y manejes de los dos tortolitos; pues si mi hermano Bryan quería a aquella chica lo debía de admitir yo y no oponerme a los designios del querer de mi hermano para con aquella chica.

Pero en vez de mermar los ánimos exaltados, aquello se complicaba por momento; ya que también pude ver a Betty como se resguardaba en un soportal para no ser vista por mi hermano y cuando se despidió mi hermano de aquella chica, salió Betty como una flecha hacia donde se encontraba la enamorada de mi hermano.

No pude saber muy bien qué se dirían aquellas dos mujeres; pues al momento vi a Dora en la puerta de un banco observando todo lo que estaba pasando entre las dos mujeres, su amiga Betty y la enamorada de mi hermano Bryan.

Estábamos allí casi todas las señoras que nos juntábamos en casa y en las fiestas, pero unas buscando un raciocinio para sentar mejor las bases de una buena convivencia, y otras para romper esa amistad que regía entre mi hermano y aquella chica.

No me pude fijar bien lo que pasaba entre Betty y aquella chica por estar más pendiente de Dora que en la demás señoras; ya que ésta hacía gestos con la cara de no estarla gustando nada aquella junta que había hecho Betty con su contrincante, la chica enamorada de mi hermano Bryan. Pues Dora se estaba poniendo cada vez más nerviosa, no sé qué veía ella en su amiga Betty que la estaba sacando los nervios de quicio.

No duró mucho aquel estado de nervios exaltados de todos nosotras; pues en unos minutos desapareció de escena Betty y aquella chica, para quedarme con la única visión que yo estaba teniendo en aquel día de desánimo y desequilibrio mental para mi persona, no pudiendo permanecer por más tiempo en aquel sitio tan tenebroso para mí; ya que aquello que yo estaba haciendo se veía mal, muy mal, entre la sociedad.

Me fui pronto a casa para tranquilizarme y no volver a pensar más en aquellas escenas patéticas cometidas por Betty hacia la chica enamorada de mi hermano Bryan, pero cuando entró mi hermano por la puerta de la casa le salí al paso preguntándole si había visto a aquella chica por la mañana. Mi hermano apenas puso interés en lo que le estaba preguntando, contestándome vagamente con un “no sé el qué”.

Aquello no era forma de contestarme a mí; aunque le estuviese preguntando por aquella chica que tanto le embelesaba: La chica de sus amores como me pude dar cuenta. Pero que no era para tanto el ponerse como se había puesto mi hermano Bryan una vez que le inicié la

conversación de aquella chica, tan modosita y tan bella a la vez; de tal manera que ya me estaba gustando para pareja de mi hermano, ya que pude darme cuenta se llevaban bien.

Pero no era yo quien tendría que decidir con quién se casaría mi hermano Bryan, ya que los designios Divinos se encuentran en todos los caminos de éste Mundo. ¿Y si por hablarle yo a mi hermano le quitase una buena mujer?: No se sabía quién sería la mejor mujer para mi hermano; de modo que me callé no queriendo balancear la balanza del amor para ninguna parte, no fuese a ser que aquello saliese mal.

Pero sí sufría por mi hermano; pues éste parecía como que no se enteraba de la vida, no echaba cuentas para nada, todo se lo tenían que dar hecho: Y en esta ocasión, mi hermano se confundía; quien lo tenía que hacer era él. Tenía que sopesar los valores Espirituales de una señora y de la otra, para en un momento determinado saber elegir bien la compañera de su vida.

Y como el tiempo todo lo pone en su sitio, esperé acontecimientos; los cuales no llegaban a producirse o por lo menos no llegaban a buen puerto las buenas esperanzas para saber a quién de las dos mujeres eligiese mi hermano Bryan. Hasta que un día vi cabizbaja a Betty en plena calle principal de aquella hermosa ciudad.

No la quise decir nada a Betty para que ésta siguiese su camino y así saber dónde se dirigía: Y claro, se dirigió a una Iglesia que había allí cerca, ya que era cristiana. Y para ello se santiguó una vez antes de entrar en aquella Iglesia.

No sé cuanto tiempo estuve esperando para que saliese Betty de aquella Iglesia; y como no salía decidí entrar yo en ella, viendo las personas que estaban rezando en aquel preciso momento: En los primeros bancos había una señora arrodillada y en los últimos existían dos señoras con el rosario en las manos. Yo no sabía lo que hacer allí, pero tomando agua Bendita me santigué y me fui a sentar en el medio del claustro, y cuando me cansé me salí de aquella Iglesia sin haber visto a Betty.

¡No se la podía haber tragado la tierra!: ¿Qué pasaría con mi amiga Betty?; pues yo la vi entrar, pero salir de aquella Iglesia no la vi. . . Sacristía, confesionario, Altar Mayor, bóvedas de crucetas, altares en forma de nichos para los santos. . . ¿Qué más había allí, Dios?.

Y ya en la calle me encontraba como un poco mareada por el esfuerzo tan enorme que había hecho para poder divisar a mi amiga Betty dentro de aquella Iglesia. . .?. . . Pero, ¡AH!, no. No podía ser lo que yo estaba viendo en aquel preciso momento: Era a mi amiga Betty que se estaba alejando de aquella Iglesia a pasos agigantados. ¿Por dónde habría salido Betty de aquella Iglesia?. Me lo preguntaba una y mil veces, ya que al parecer no hay otra salida que la puerta de entrada a la Iglesia.

Tendría que saber si el templo se comunicaba con las dependencias del Sacerdote y para ello esperé a que saliese una señora, de las tres que había dentro de la Iglesia; y cuando salió la primera señora de la Iglesia me hizo saber que sí se comunicaba el templo con las dependencias del Sacerdote.

¿Qué tendría que hablar Betty con aquel Sacerdote?; pues estuvo media mañana en las dependencias del Sacerdote. ¿Eran tantas y tan fuertes las culpas que tenía Betty, para haber estado tomando consejos, de aquel Sacerdote, que se pasó en las dependencias de éste media mañana?. Primeramente quise dar alcance a Betty para desistir más tarde de aquella decisión para ver dónde se dirigía ésta y saber bien los pasos que estaba dando en la ciudad; pues iba sola, sin Dora, cosa que me extrañó mucho.

Y como desapareció de mi vista en unos segundos decidí irme a casa preocupada del todo por no saber qué había hecho Betty tanto tiempo metida en las dependencias del Sacerdote; no sabía si preguntarla o no por dichas causas, pero cuando la tuve delante aquella misma tarde no me atreví a decirla nada, no fuese a ser que yo incurriese en falta.

Esta vez sí iba acompañada por Dora, una chica que no se separaba de ella para nada y por la mañana se encontraba sola Betty; pero todo quedaría así, en no enterarme de nada sobre lo que había hecho Betty, pues a Dora no quería decirla nada por si acaso no estuviese enterada ésta chica de las andanzas de su amiga Betty.

Dora se me vino a mi lado como presintiendo que yo estaba preocupada y así me lo hizo saber al preguntarme las causas de aquella cara larga que estaba poniendo. Yo no sabía qué contestarla; por lo tanto me limité a eludir su pregunta diciendo que eran causas de no haber dormido bien la noche pasada.

Aquella tarde la pasamos esquivándonos las unas a las otras por no romper el fatuo que había en las relaciones de entre todas nosotras; no fuese a ser que incurriésemos en alguna contrariedad para la persona que la preguntásemos por lo que había hecho por la mañana. Nos callamos todas al querer saber la unas sobre la otras hablando sobre cosas banales.

Fue cosa rara, pues aquella misma tarde llegó mi hermano Bryan muy temprano a casa, cuando estaba acostumbrado a llegar mucho más tarde, y como ya se habían ido las visitas de nuestra casa, me fui derecha hacia él para ver qué le pasaba; pues venía como pensativo, como si algo le preocupase.

ANAÍS -. ¿Qué te pasa?, querido hermano.

BRYAN -. Es raro.

ANAÍS -. Si no me lo cuentas, no lo sabré.

BRYAN -. No he visto esta tarde a la chica que tú bien sabes.

Hice una inclinación de cabeza, como no sabiendo nada de aquella chica; pero enseguida relacioné la ausencia de aquella chica con la presencia de Betty en la ciudad a solas y me salió una amalgama de explosivos, no queriendo decir nada de eso a mi hermano para no disgustarle, ya que bastantes nervios traía por no haber visto a la chica de sus sueños.

Pero Bryan no paraba en rama seca, viéndole por la noche pasear con Betty por la playa a la luz de la Luna muy acarameladamente; pues la llevaba cogida por la cintura y de vez en cuando acercaba su cara a la cabeza de ésta propinándola un beso. No sabiendo yo si dicho gesto sería de amor o de complacencia hacia aquella señora.

Dejé hacer no queriendo inmiscuirme en sus relaciones con Betty y para ello me fui a mi habitación donde ya se encontraba mi marido Arthur; preguntándome éste por los amoríos de su hermano, no sabiendo yo qué responderle. Y para que mi marido no se quedase pensativo le dije que eran cosas de la juventud, que dejásemos hacer pues ya se vería lo que pasaría con los amores de mi hermano Bryan.

Aquella noche la pasamos Arthur y yo de lo más agradable posible; ya que comenzamos por unas carantoñas para terminar fundiéndonos en un amor inseparable. Fue de lo más bonito que yo había vivido nunca con mi marido: Ese amor verdadero de una pareja que se quiere y que sabe no hace mal amándose de esa manera.

Nos levantamos con la bendición de Dios para nuestras personas; por lo menos así lo entendía yo, al verme impregnada de esa gracia Divina que se da en todos los matrimonios para regocijo de todos ellos. Y mientras mi marido Arthur se fue a su trabajo, yo me estuve acicalando para salir un rato a la ciudad y poder ver a la chica que quitaba el sueño a mi hermano Bryan.

Una vez en la ciudad comencé a pasear por sus calles, por una me entraba y por otra salía, así estuve como unas dos horas, sin poder ver a aquella chica para nada; pero cosa curiosa, sí pude ver a Betty dirigirse a la Iglesia: ¿Qué haría allí aquella señora?.

Yo tendría que saber lo que se traía entre mano dicha señora, por lo tanto me entré en la Iglesia detrás de Betty y por mucha prisa que me quise dar ya no pude percibir a dicha señora sentada en ningún banco rezando: Seguro que ya se encontraba en las dependencias del Sacerdote, no queriendo yo molestar a nadie me salí de aquel templo para esperar sentada en una de las mesas que tenía un bar allí cercano.

Me cansé de estar esperando sentada en la terraza de un bar cercano a la Iglesia y como no veía salir a Betty me levanté iniciando el camino hacia donde yo tenía mi coche. No había dado más de veinte pasos cuando pude observar a una señora que se parecía mucho a Dora, pues la había visto de espaldas con una pabela, cuando dicha chica nunca llevaba pabela alguna y para poderla distinguir mejor me fui a la otra acera viéndola media cara de perfil, y sí; si era Dora que parecía ambulaba por las calles de aquella ciudad sin saber dónde se dirigía.

No me dio reparo para hacerme presente ante Dora; pues si ésta chica sabía algo, cantarí de plano ante mi persona, pero para ello no debía hablarla nada de su amiga Betty. Solamente tendría que saber las causas que hacían me encontrasen aquella mañana en el centro de la ciudad.

ANAÍS -. ¿Qué, de compras en la rebajas?.

DORA -. Veo que también tú haces uso de las rebajas.

ANAÍS -. ¿Y quién no?.

El anzuelo estaba ya echado, ahora hacía falta que picase dicho anzuelo, y al parecer empezó hacerlo; pues se vino detrás de mí sin hablar ni una sola palabra, y eso que yo no la invité para que me acompañase en mis compras aquella bella mañana.

En efectivo no llevaría mucho, ya que lo había visto cuando decidí tomarme el café al abrir el bolso cuando fui a pagar al barman; lo que no recordaba era si llevaba la tarjeta del banco, por lo tanto hurgué en el bolso como buscando un lápiz para pintarme mejor las cejas, ya que tenía un espejo en las manos: Creíble, todo creíble para la visión de Dora: Pues mis movimientos no eran rápidos, parecían como si estuviese buscando un lápiz y nada más; y cuando toqué la tarjeta bancaria saqué el lápiz sin dilatar más el tiempo.

Me estuve acicalando detrás de una columna que había en un establecimiento y cuando me pareció que Dora se estaba cansando decidí llevármela para una zapatería. Lo mejor hubiese sido haber dado un rodeo para cansar más a Dora, pero de esa manera disimularía peor los intereses que tenía yo para con dicha chica.

Sí que la cansé, sí; pues di vueltas y vueltas a una infinidad de cajas de zapatos hasta que me gustaron unos, y como Dora había permanecido todo el tiempo de pie daba síntomas de cansancio, sentándola en una heladería a la espera que ésta me contase algo sobre Betty.

Dejé la caja de zapatos que me había agenciado y tomando la copa de helado que me habían servido la daba vueltas y vueltas como para marear mejor a Dora, hasta el punto de preguntarme ésta- por qué hacía eso- , el dar tantas vueltas a la copa de helado.

Yo, con una tranquilidad asombrosa la contesté que lo hacía para calentar algo la copa, pues aquella mañana me picaba la nariz y me sentía de la garganta; mirando Dora a la dependienta de dicho local, como queriéndome decir que la pidiese a aquella chica me calentase un poco el cristal de la copa.

No me arredré, pese a que había dado mala respuesta por mi parte; ya que yo sabía se podía calentar el cristal de la copa en unos segundos, y al ver mi indecisión la volví a responder con otra evasiva – así me distraigo- .

No soltaba prenda alguna de su amiga Betty, queriendo decir; que no hablaba de su amiga Betty aquella chica, ni para bien ni para mal. Pues qué bien; todo estaba a pedir de boca, por lo menos eso eran mis ilusiones, pero se estaban torciendo por momentos, hasta que recordé que tenía una foto de nosotras tres hechas días anteriores cerca de donde nos encontrábamos, así que la saqué echando una sonrisa por haberme acordado de dicha foto para que la pudiese ver bien Dora, y cuando la echó un vistazo replicó algo que para mí era contundente.

DORA - . Hace tiempo que ninguna mañana la veo.

Ya me había dado pie para entablar la conversación que yo esperaba, así que extrañándome mucho la repliqué aquello que ella había dicho; asombrándome por aquella expresión que había tenido para con su compañera Betty. Y al poner cara de sorpresa me siguió diciendo algo de su amiga que yo no sabía: -. Que tal vez estaría Betty descontenta con ella -, cosa que yo no sabía; pero lo que no sabía Dora que eso se debía a que Betty estaría haciendo alguna cosa fuera del concepto de Dora que no quería se enterase ésta.

Pero como la veía sufrir a Dora por la desavenencia de su amiga Betty la tuve que conformar diciéndola, que tal vez era todo producto de su imaginación; pues su amiga Betty se la veía que la quería mucho y la aceptaba en su casa de buenas ganas.

La copa de helado se había terminado y como al parecer no la sonsacarí mucho más decidí llevármela de allí cuanto antes, para que no me rompiese el operativo que había montado con respecto a su amiga Betty: Todo lo daría por no haberlo oído, por haber pasado sin ninguna clase de interés sobre las palabras que me había dicho aquella mañana Dora, así surtiría más efectos para otra vez; así se explayaría mejor Dora conmigo y me pudiese enterar de los movimientos de su amiga Betty.

Al llegar a la urbanización, Dora, decidió quedarse conmigo en mi casa, cosa que me agradó mucho, al saber que confiaba en mí, y hasta merendó con nosotras aquel día; pues su amiga Betty tardó en llegar a mi casa bastantes horas: Así como a las nueve de la noche se presentó en el chalet Betty como asustada, sin saber yo las causas de ese agobio que traía encima de su Alma aquella señora.

La recibí como siempre; sin alteración ninguna en mi ánimo, ya que mi predisposición ante ella era siempre la correcta. Quise darla confianzas en su llegada al chalet en aquel día, no exaltándome yo para nada al verla de tal guisa: Parecía como si hubiese luchado con alguien y se la hubiese terminado las fuerzas.

Invité a cenar a las dos, no aceptando Betty dicha invitación; por algo sería el rehusar aquella invitación mía para que se quedasen en mi casa y pudiesen tomar un bocado para poder reponer fuerzas, y así hablar de algo suyo referente a los movimientos de Betty; pues yo tenía un caldo que quitaba los sentidos, pero hacía cantar por derecho a las personas.

Así que insistí para que se quedasen a cenar las dos amigas, Betty y Dora, aceptando Dora a mi invitación; por lo tanto se tuvo que quedar Betty para pasar una velada agradable entre todas nosotras aquella noche.

Cuando se fueron a su casa Betty y Dora creí me quedase sola en el salón de casa; pero no fue así, ya que Amy se quedó conmigo mirándome fijamente a la cara como si me quisiera preguntar algo, que ella no había cazado bien la manera de ser.

Yo esperaba que Amy me hiciese la pregunta pronto, la pregunta pertinente; pero nada más lejos de aquel concepto que yo tenía en esa precisa hora, ya que el caldo lo había tomado Betty y no Amy, y con todo eso Betty no abrió la boca para nada. Pero quien tenía que abrir su boca era Amy, esperando yo su pregunta que tardaba en llegar.

No me di por vencida y comencé a moverme despacio, como si no fuese nada con ella, hasta que en un momento determinado se me arrimó, un poco más mi cuñada Amy, preguntándome algo que yo ya esperaba.

AMY -. Has estado muy correcta con Dora, pero con Betty te has mostrado muy suspicaz.

No la quise contestar a mí cuñada Amy, por lo menos no quise contestar enseguida aquello que dijo mi cuñada y de la manera como lo dijo: Pero si acaso no contestaba a lo que se había referido mi cuñada, era causa de sospecha.

ANAÍS -. ¿Me ves sería, verdad?.

AMY -. Y de la buena.

ANAÍS -. Si te lo digo me tienes que ayudar.

Al decirla yo aquello a mi cuñada Amy, ésta puso cara de interés para saber qué era lo que yo la tenía que transmitir aquella noche de ensueño para nosotras dos. La estuve preparando un poco antes de trasmitirlas mis dudas sobre Betty, en aquellas andanzas que tenía todas las mañanas dicha señora.

Se quedó Amy como petrificada, sin saber qué decir ni qué pensar al respecto sobre lo que yo la había dicho; pues al saber que Betty iba todas las mañanas hablar con el Sacerdote de la Parroquia, estaba siendo causa de motivo para no inquietarse por ello.

Quedamos las dos, Amy y yo, en ir a la ciudad para ver lo que pasaba con Betty; pero esta vez la esperaríamos dentro de la Iglesia, en un banco rezando las dos, para no ser vistas por nuestra amiga Betty. Así estuvimos un par de horas, hasta que por fin pudimos sospechar que aquella mañana no iría Betty a la Iglesia; levantándonos las dos del banco para salir afuera de la Iglesia y poder dar un paseo por las calles de aquella ciudad, para ver si podíamos observar a nuestra querida amiga Betty

Cuando pasamos por el comercio, ya comercial de los mayores que había en aquella ciudad de mi hermano Albert llamamos a mi cuñada Samantha a través de una cristalera, saliendo ésta a la puerta del comercio para ver qué era lo que la queríamos decir, y lo que la queríamos decir, era: Que nos ayudase a buscar todos los días por la mañana a Betty en la ciudad; para ver qué era lo que hacía ella en dicha urbe.

Decidió Samantha dejar el comercio y seguirnos donde nosotras fuésemos; pues al estar enterada de las idas y las venidas de nuestra amiga Betty se preocupó muchísimo por ella, al no saber nosotras qué se traería con el Sacerdote de la Iglesia que frecuentaba Betty todas las mañanas y al parecer con tanto interés.

No sabíamos qué camino coger y cuando nos cansamos dar vueltas por las calles de aquella ciudad, sin darnos cuenta, estábamos enfrente de la Iglesia que frecuentaba nuestra amiga Betty viendo salir un par de señoras hablando que habían estado como viviendo en un sótano que se guardan parte de los enseres de Semana Santa; ya que hasta en un rincón habían hecho aguas menores y en otro habían depositado aguas mayores.

Yo no creía así a mi amiga Betty, por lo tanto no daba crédito a lo que estaba oyendo a aquellas dos señoras que estaban saliendo de la Iglesia. Y mientras Amy quería ir a consultar al Sacerdote sobre Betty, Samantha y yo la quitábamos las ganas; no fuese a ser que complicásemos la existencia a nuestra amiga Betty, por una casualidad.

Y como Amy tenía que dar la medicina a mi hermano Andrew decidimos marcharnos las dos a la urbanización, para que mi cuñada cumpliera con su santo deber; mientras mi otra cuñada, Samantha, se había quedado de dependiente en el comercio de su marido.

Pregunté a mi cuñada Amy por la sombra que se le había detectado a mi hermano Andrew en un pulmón, diciéndome Amy que había sido una alarma infundada, pues ya se encontraba demasiado bien, y como habían dicho los señores especialistas en la materia, aquello lo tenía desde muy pequeño; por lo tanto no era totalmente malo, al haber estado viviendo con su dolencia toda la vida.

Me tranquilicé por aquello que me dijo mi cuñada Amy; ya que nunca habíamos tenido un familiar enfermo; no sabiendo yo qué consecuencias provocaría tal forma de existencia si su enfermedad hubiese sido mala. Pero menos mal que aquello no era nada para lo que yo estaba sospechando sobre la enfermedad de mi hermano Andrew, si tal vez hubiese sido grave su dolencia.

Ahora lo que me interesaba saber qué había pasado en el sótano de aquella Iglesia; pues yo estaba relacionando las idas y las venidas de mi amiga Betty con lo que oí decir a aquellas dos señoras que salían el día anterior de dicho templo.

No creía que Betty tuviese nada que ver con lo que encontraron en aquella habitación abandonada a su suerte hasta que llegase la época de la Semana Santa y fuesen a sacar de allí los cirios y las túnicas para las procesiones. Pero lo que sí tenía que saber era si Betty entraba en las dependencias de la vivienda del Sacerdote de aquella Iglesia o si se dirigía al sótano donde se encontraban todas las cosas que servían para procesional en dicha época.

Aquello no sabía yo como hacerlo: El averiguar si Betty se confesaba todas las mañanas con el Sacerdote en su casa de éste, o si acaso era ella la promotora de aquel desorden hecho en el sótano de la Iglesia. ¿Qué hacer en este caso?: Mi conciencia me dictaba no preguntárselo directamente al señor Cura de aquella Iglesia, pero sí recabar información directa de la incautada en aquella trama.

Y para ello decidí montar una fiesta al día siguiente en el chalet sirviéndola a Betty de aquel caldo de más de diez años; pues era un vino excelente, pero se subía a la cabeza como se suele decir.

Todo estaba preparado, hasta las guirnaldas y farolillos de colores; así daría más vivencia al asunto que me estaba llevando acometer aquella fiesta.

No quería pasarme de raya; por lo tanto deseché la idea de contratar unos mariachis para que amenizasen la fiesta, ya que daría otro tono de belleza y colorido a aquella reunión entre las amigas.

Sería una fiesta sencilla, en donde privase más la armonía de la amistad que el boato a la persona, una fiesta en donde todo se diese por igual, en donde se encontrase una a gusto y sin saberse ser rechazado por nadie.

Pero antes tenía que saber algo sobre aquella Iglesia, para ver si Betty se confesaba con el Sacerdote, y por la mañana temprano me fui, con mi cuñada Amy a la ciudad para saber qué tenía de valor aquel templo. Pregunté a unas señoras que se disponían a entrar en la Iglesia,

diciéndome esas señoras que el valor mayor que había era una estatua de una Virgen tallada hacía ya muchos siglos atrás.

Quise saber más sobre el tema, diciéndome aquellas señoras que el Sacerdote repartía las estampitas de aquella Virgen a toda persona que hablaba con él: Aquello era bastante para saber todo lo concerniente sobre si Betty había hablado con aquel cura, o por el contrario estaba eludiendo su presencia al entrarse en el sótano, y como aquello último que me dijeron las señoras me sobró para saber ya bastante sobre si Betty tendría aquella estampita salí hacia la urbanización sin falta de tiempo; no sin antes haber visto a mi hermano Bryan dirigirse al Banco mandado por su empresa, pero como buscando a su enamorada y como no la pudo ver por las calles de aquella bonita ciudad hizo un gesto con las manos y el antebrazo para dejar dicho proyecto.

Nosotras dos, Amy y yo, estuvimos toda aquella mañana y parte de la tarde preparando la pequeña fiesta y sobretodo las botellas de vino que se servirían en el fragor de la fiesta para sonsacar a Betty sus andanzas por la ciudad todas las mañanas, y en especial qué hacía en la Iglesia si acaso no confesaba con el Sacerdote.

Dejé transcurrir la fiesta sin contratiempo alguno; ya que no hice ninguna pregunta al respecto sobre las andanzas de Betty por la ciudad todas las mañanas, pero eso sí: Se sirvió el vino deseado, para terminar con un buen Brandy para que hiciese mejor efecto a la predisposición y así hablase Betty.

En un momento determinado se levantó mi cuñada Amy para dar su medicina a mi hermano Andrew, llegando muy acalorada por no ver, según ella, adelanto alguno en la enfermedad de su marido.

Y como vi que Betty ponía interés en lo que estaba diciendo Amy, yo apostillé que la mejor medicina sería un buen rezo no encontrando mi cuñada medio alguno para saber a quién tenía que dirigir aquel rezo.

BETTY -. He oído que el señor cura de la Iglesia tiene mucha fe en una Virgen en especial.

Ahí quería yo ir; si Betty sabía de aquella Virgen y si ella tuviese alguna estampita de dicha Virgen para que mi cuñada Amy la rezase por la noche a solas. Pero como mi cuñada Amy era muy larga, hacia muy buen juego conmigo para sonsacarla a Betty lo que queríamos saber.

AMY -. Necesito una estampa de esa Virgen esta misma noche; ya que he salido preocupada de la habitación al dar a mi marido Andrew su medicina: No se encuentra nada bien.

Pues todavía apostilló Betty, que aquella Virgen era muy milagrosa según las gentes que hablaba de Ella, y hasta pudo marcarse chicuelitas de frente al arrancarse diciendo algo que yo ya sospechaba.

BETTY -. Ves mañana a la Iglesia y pregunta por el Sacerdote; pues creo que es el encargado de dar dichas estampas.

¡Ya!; solamente creía, no que lo supiese personalmente de que aquel Sacerdote se encargaba de distribuir las estampas de aquella Virgen tan milagrosa.

Todo estaba claro, pero que muy claro: Ya que al parecer ella no tenía ninguna estampa de la Virgen en el bolso, por no habérsela dado el Sacerdote de la Iglesia; ya que nunca la había dado aquel Sacerdote ninguna estampa, por que nunca se había relacionado con el, ni en el confesionario, ni en la Sacristía ni en sus dependencias.

Ahora sí que tenía una congoja en mi Alma mayúscula, pues relacioné de pronto el no haber vuelto a ver a la enamorada de mi hermano Bryan desde hacía muchos días, no queriendo pensar mal pero lo tenía que hacer; ya que comencé a pensar en una y en mil cosas a la vez.

Y como mi cuñada Amy se había dado cuenta de mi congoja que tenía metida en toda mi Alma se acercó a mí acogiéndome las manos en señal de confianzas.

Me la llevé al lavabo a mi cuñada Amy, con la sola idea de transmitirla mis dudas sobre nuestra amiga Betty siguiéndonos mi cuñada Samantha muy decidida para saber la realidad de lo que estaba pasando.

Y ya en el lavabo se me acercaron mis dos cuñadas esperando que yo las informase de algo que ellas no sabían al respecto de nuestra amiga Betty, y como las vi muy interesadas comprendí que las tendría que decir algo de mis sospechas.

ANAÍS -. No he vuelto a ver desde hace un tiempo a la chica enamorada de nuestro hermano Bryan; pero es que éste tampoco la ha vuelto a ver, según pude darme cuenta esta misma mañana en las calles de la ciudad.

SAMANTHA -. ¿No me digas?.

ANAÍS -. Como te lo cuento.

Samantha era más larga que Amy para cazar las cosas al vuelo, así que me entendió de primores, teniéndoselo que explicar a mi cuñada Amy; y cuando lo supo Amy se echó las manos a la cabeza como en señal de que aquello estaba mal hecho, pero que muy mal. Y para no dar qué hablar entre la comidilla, salimos, una a una, del lavabo en unos segundos y así poder seguir la fiesta que estaba dando fin.

Se precipitaron los acontecimientos, y en vez de quedarnos sin saber nada de lo que había pasado a la enamorada de nuestro hermano Bryan, sabíamos demasiado de ella aunque no sabíamos dónde se encontraba dicha chica.

Se adelantó el fin de aquella fiesta entre nosotras, por motivos familiares, yéndose nuestras dos amigas, Betty y Dora, a su casa para poder descansar aquella noche después de una buena celebración de fiesta entre las amigas.

Yo no podía dormir y me fui a la terraza principal, la que da a la costa, para pensar en algo bueno; pues no todo iba a ser malo entre nosotras: Y sobre todo cuando todavía no se sabía bien la verdad de lo que había pasado con la chica enamorada de mi hermano Bryan, ya que al parecer no se encontraba en aquella ciudad sin motivo alguno.

Mientras estaba a la luz de la Luna pude observar cómo mi hermano Albert se estaba viendo con la vecina Daisy; Ya que iban los dos agarrados de las manos paseando por la playa, como dos tortolitos. Lo malo no fue eso; pues al mirar para arriba, para la habitación de mi cuñada Samantha la pude ver en la ventana, ya que se estaba percatando del paseo que estaba dando su marido con la vecina. Comprendí enseguida, que mi cuñada Samantha estaría sufriendo mucho por la poca cabeza de mi hermano Albert para retener sus impulsos amorosos con nuestra vecina.

Daisy no hacía más que mirar para una parte, luego para otra y así indefiniblemente; como si esperase la llegada de su marido de un momento a otro, pero eso Albert no lo veía, ya que se encontraba en otro mundo más indefinido que éste.

Se encontraba en las nubes, como se suele decir, pues no daba señales de pisar en la Tierra; ya que su mente la tenía puesta en otro sitio, en otra persona que no era expresamente la vecina Daisy, pese a que ya la llevaba cogida por la cintura como si fuese un trofeo suyo.

Y al parecer así estaba siendo; ya que mi hermano Albert quería mucho a mi cuñada Samantha, pero aquello de ser hombre y en aquellas latitudes de tanto calor, parecía como si invitase aquel clima a salirse de la raya que marca la sociedad para portarse bien entre las personas.

Mi hermano no era de Sangre caliente, pero debido a que ya llevaba bastante tiempo en aquellas tierras, se había vuelto esquivo y concienzudo a la vez para con sus intereses dentro del sistema amoroso, más bien sexual.

Se bajó mi cuñada Samantha conmigo a la terraza de abajo, la que da a la playa para poder hablar un rato y desechar todo lo que la carcomía por dentro, al no poderse expresar delante de una persona; ya que de esa manera se sufre mucho más.

Yo no comencé hablándola de repente a mi cuñada Samantha, como no dando mucho valor aquel hecho de mi hermano Albert al estar acompañando a nuestra vecina Daisy por la playa, aunque fuese a altas horas de la noche. Esperé un buen roto para romper el hielo que nos envolvía a mi cuñada Samantha y a mí, en aquella noche de verano, con una Luna llena en donde se veía a numerosos metros de nosotras como si fuese de día.

ANAÍS -. Son como niños.

SAMANTHA -. Sí; pero todos ellos.

ANAÍS -. Así son los hombres.

De esta manera hablamos mi cuñada Samantha y yo, no dando crédito alguno para que su marido Albert la hiciese eso, teniendo un crío que cuidar. Pero así son las cosas, mientras nuestra vecina Daisy tenía marido, ellos dos se juntaban para pasar ratos de gran orgía.

Se veía que mi cuñada Samantha sufría, y sufría mucho por los devaneos de su marido con la vecina; pero tenía esperanzas de que aquello se terminase para siempre, ya que al parecer trabajaría el marido de dicha señora en la ciudad a primero de mes. Lo que no sabía mi cuñada que más ganas tenía yo que ella de que se terminasen los escarceos entre mi hermano Albert y nuestra vecina Daisy.

Nos entramos dentro del chalet para poder conciliar el sueño; aunque a mí me parecía que mi cuñada Samantha iría a conciliar el sueño bien poco, debido a la mucha desesperación que tenía en su Alma metida.

Por la mañana temprano y después de recoger todo lo que habíamos ensuciado aquella noche de fiesta, decidí dar un paseo por las calles de aquella bella ciudad y no hubo pasado mucho tiempo cuando vi salir a mi cuñada Amy de la consulta de un doctor. Como ella no me había visto, yo me paré un poco donde me encontraba para una vez se retirase de dicha consulta ir a leer el rótulo que ponía en la puerta: y efectivamente; ponía que aquel doctor era ginecólogo, no sabiendo yo a qué venía esa decisión que había tomado mi cuñada Amy para pedir cita en dicha consulta.

Ahora sí que decidí alcanzar en plena calle a mi cuñada Amy y para ello tuve que acelerar el paso por completo; ya que por poco no la doy alcance a mi cuñada, pues iba como fuera de sí, totalmente abstraída de la sociedad que la rodeaba.

No me dejó decir ni una sola palabra, solo se sacó del bolso un impreso que lo decía todo: Se encontraba embarazada, y aquella noticia nos dio pie para celebrarlo tomándonos un par de zumos de chufas, que nos sentó a las mil maravillas.

Cuando llegamos a casa decidió decírselo a mi hermano Andrew su mujer Amy de que estaba embarazada, pegando éste unos saltos enormes demostrando su alegría; pero lo que no se pudo decir aquella buena nueva fue en la merienda, pues faltaban Albert y mi cuñada Sanantha ya que estaban reponiendo prendas en el comercial, así como en los escaparates.

La cena se alargó un poco más de lo habitual, ya que todos nos alegramos por aquella noticia dada por mi cuñada Amy: De que iba a tener un bebé.

Nos levantamos todos con la misma alegría que nos habíamos acostado, cogiendo yo a mi hermano Albert leyendo el periódico en la terraza que daba a la playa; ya que había desayunado allí mismo. Me arrimé a mi hermano con idea de darle los buenos días y así saludarle correctamente, como tiene que ser, cuando en las páginas de suceso vi la fotografía de la enamorada de mi hermano Bryan

No fue eso sólo lo que me llamó la atención, fue el complemento que había de dicha noticia dando la vivencia de que aquella chica había sido retenida en contra de su voluntad para más tarde embarcarla como polizón en un Ferry que cruzaba los mares. Y al seguir leyendo; ahora sí que por poco me caigo al suelo al saber, según reseñaba aquel periódico, que aquella chica se encontraba en estado de buena esperanza.

Pedí el periódico a mi hermano Albert yéndome para buscar a mis dos cuñadas, Samantha y Amy, encontrándolas hablando plácidamente ellas dos en el salón de la casa; pues Samantha estaba esperando a su marido Albert para salir rumbo a la ciudad y poder abrir su comercio, que tanta economía les repercutía. Al saber aquello mis dos cuñadas, no sabían lo que decir; solamente se echaron las manos en la cabeza en señal de incredulidad, al no aceptar aquella noticia como verídica. Y por poco tenemos que asistir a mi cuñada Samantha al sufrir un estado de desmayo a causa del mucho nerviosismo que la había entrado; ya que Samantha se llevaba muy bien con mi hermano Bryan.

Decidimos todas decirselo a mi hermano Bryan para que tomase cartas en el asunto y no dejase pasar la ocasión de poder ayudar a su enamorada.

No podíamos ocultárselo aquella noticia y así se lo hicimos saber, dando puñetazos mi hermano Bryan encima de la mesa del salón, como si estuviese fuera de sí, como si estuviese sufriendo un ataque de nervios por tal noticia: Y así era, al saber que su enamorada estaba esperando un bebé de él.

Lo primero que se nos ocurrió fue buscar en qué hospital estaría la enamorada de mi hermano Bryan; pero para eso contratamos los servicios de un señor que se las daba de detective, dando con el paradero de aquella chica. Y como ya habíamos sospechado, no se encontraba en el hospital de aquella bonita ciudad; más bien estaba en uno de la Capital de la Nación.

Era lógico que estuviesen averiguando algo las fuerzas del orden; ya que aquel caso estaba siendo totalmente raro, pero que muy raro. Y por aquello que todo no iba a salirla a la perfección por el dispositivo que había montado Betty, se encontró un fallo y no de forma; pues en las servilletas que habían recogido del suelo del sótano de la Iglesia tenían, varias, las huellas de dicha señora. Ya que al parecer el dispositivo lo ejecutaba con guantes; pero las servilletas, para que se limpiase aquella chica, las cogía del servilletero que había en cima de la mesa una vez terminado el desayuno en los bares de la ciudad.

Alegó Betty que como tenía las llaves de aquel sótano, dadas por el Hermanos Mayor de aquella Cofradía para que tuviese cuidado de aquel sitio, le abrió de vez en cuando para limpiarle: Lo único que no pudo demostrar, ya que como ella dijo entraba a limpiar dicho lugar, era las heces fecales que se encontró la policía en dicho lugar, siendo totalmente humanas.

El siguiente paso era ir para visitar a aquella chica, la enamorada de mi hermano Bryan; pues como nos dijo el señor que se encargó de la investigación: Aquella chica se encontraba sola en el hospital, no teniendo familia alguna que la pudiese ayudar.

Para ello tendríamos que llevar a mi hermano Bryan a la Capital de la Nación pero éste se encontraba totalmente remiso, no queriendo ir a dicho hospital para no recibir alguna decepción como él decía. ¿Pues de quién iba a ser ese niño que traía su enamorada, más que de

él?; si aquella chica no había conocido hombre alguno más que a mi hermano Bryan. Pero con todo y eso le convencimos para que nos acompañase a dicho hospital y poder saludar a su chica como le dijo mi cuñada Amy; pues mi cuñada Samantha era más recatada en sus palabras.

Yo sospechaba lo que nos iba a pasar nada más que preguntásemos por aquella chica; ya que se nos vinieron encima un par de hombres haciéndonos infinidad de preguntas: ¿Qué de dónde éramos, por qué estábamos visitando a aquella chica, si era familiar nuestro, cuanto tiempo hacía que la conocíamos y si mi hermano Bryan tenía que ver algo con ella?. Ya digo, infinidad de preguntas al escueto, si cuando entramos en el hospital parecían que nos estaban esperando: Tal vez no fuese a nosotras, más bien a algún familiar suyo de aquella chica; pero al pasar el tiempo y al ser preguntadas una a una, vi que les daba igual fuésemos familiares de aquella chica, como sino fuésemos, el caso era recabar información por las fuerzas del orden.

Tuvimos que decir la verdad sobre las relaciones de mi hermano Bryan con aquella chica, que ya había perdido su bebé, como también tuvimos que decir la verdad de cómo nos habíamos enterado de que aquella chica se encontraba en aquel hospital; pues al parecer el señor que nos dijo que era detective privado no tenía la licencia, había sido policía y tan sólo con sus conocimientos y con los conocimientos de algún ex compañero había dado con el paradero de aquella chica. Hasta el punto que no nos dejaban salir del hospital hasta que no se aclarase bien nuestra situación con respecto a la joven que estaba postrada en una cama de aquel hospital, y hasta que no estuvieron bien enterados de todo no nos dejaron salir del centro sanitario.

Cuando salimos del hospital respiramos todas mucho mejor, aunque salíamos con el pesar de saber que aquella chica había perdido a su bebé pues era también el bebé de mi hermano Bryan; ya que le hicieron el ADN con consentimiento de mi hermano.

Al llegar a nuestra ciudad la comidilla era lo que la había pasado a aquella chica, estaba en boca de todas las gentes; pero lo más fuerte que nos estaba pasando fue cuando estuvimos en nuestro chalet, ya que vimos correr a Dora a más y mejor por la arena hacía donde nos encontrábamos nosotras, o sea; en nuestro chalet.

No había entrado muy bien Dora en nuestro chalet cuando vimos entrar a Betty totalmente acalorada por ciertas circunstancias que nosotras no entendíamos, hasta que nos indicó Dora que la justicia la estaban buscando.

Dora se dejó caer en un sillón del salón dejando el bolso como tirado encima de la mesa del teléfono, abriéndose en la caída y desparramándose su contenido encima de la mesa; y como estaba cerca Betty pudo ver algunas fotografías que llevaba en el bolso su amiga Dora. Y cogiendo algunas de ellas se fue derecha para donde se encontraba Dora tumbada en el sillón.

BETTY -. ¿Qué haces tú con la fotografía de mi mamá?.

DORA -. Es mi abuela.

BETTY -. Sí, así se llama mi hija; igual que tú.

DORA -. ¡Mamá!.

Por poco se desmaya Betty al no ser por mi hermano Bryan que la cogió de un brazo para que no se cayera al suelo; pero con todo y eso la tuvo que sentar en el sofá para que tomase aliento ésta señora y se recuperase de su asombro.

Cuando llegó mi marido Arthur le contamos todo lo que nos había pasado y al relatar el problema que tenía Betty no se inmutó para nada; parecía como si ya supiese toda aquella historia que le estábamos contando de nuestra amiga, y en vez de preocuparse por ello, se fue al mueble bar echándose una copa de brandy como demostrando acople de nervios para que nosotras nos tranquilizásemos también.

Estaba siendo cosa rara; pues parecía que Betty le estaba entendiendo a mi marido Arthur, así que yo le hice una indicación con la cabeza, cuando todas estaban mirando a Betty, para que se viniese conmigo a nuestra habitación, y ya en ella le pregunté por las causas que él había tenido para no preocuparse por nuestra amiga Betty.

ARTHUR -. Su papá es una de las personas más importante e influyente de su Nación.

En pocas palabras me había indicado mi marido Arthur la situación de Betty; pues al parecer, según me trasmitió mi marido, Betty tenía las espaldas respaldadas y tal vez no la denunciaría la enamorada de mi hermano Bryan por algunos consejos que recibiese ésta.

No se había confundido mi marido Arthur, pues la enamorada de mi hermano Bryan no denunció a Betty; es más, que se entrevistó con ella por lo menos en dos ocasiones, que se supiese sin difundir su contenido. Pero al parecer todo había quedado en aguas de borrajas, al no darse publicidad alguna a los hechos.

Una vez más vi a mi hermano Bryan serio y como pensativo: Tal vez le dolía la pérdida radical del hijo que traía su enamorada y ahora no podría ser que se viesen con un hijo en los brazos.

Seguimos trabajando unas y las otras afanando como buenas amas de casa y para que todo pareciese igual que antes hasta poníamos buena cara al mal tiempo. Es así, que una mañana pude darme cuenta lo fiel que era mi cuñada Samantha con mi hermano Albert; pues sin yo esperarlo la cogí en una calle dando una torta a un hombre que se estaba pasando con ella. Vaya si poníamos buena cara a todas las dificultades que nos encontrábamos en el camino: Pues por aquello que no éramos compatriotas de los oriundos de ésta bonita y gran Nación, no había derecho a que nos faltasen en nuestra dignidad de ser mujeres.

Yo creo que había otra equivocada dentro del grupo de nuestra pequeña sociedad de amistades compatriotas, y por supuesto se la debería leer la cartilla muy detenidamente; ya que aquella señora tenía marido y comenzaría a trabajar en la ciudad, sino había comenzado ya a trabajar en la bonita urbe que formaban las casas parecidas a monumentos.

Desde luego que se la tenía que decir algo a nuestra vecina Daisy para que dejase a mi hermano Albert en paz y en gracia de Dios. Lo habíamos decidido todas en reunión, tocándome a mí la carga de decírselo yo; no siendo cosa halagüeña tenerla que decir, que estaba haciendo mal con acosar a mi hermano Albert: Pero con todo y eso se lo dije.

Yo esperaba que la sentase mal mis palabras, pero fue todo lo contrario; ya que las esperaba desde hacía mucho tiempo, y al parecer me dijo que llegaban aquellas palabras tarde, muy tarde: Que ella ya sabía lo que tenía que hacer con respecto a mi hermano Albert una vez

que se había venido a trabajar su marido a la ciudad. Aquello que me dijo nuestra vecina Daisy me quedó descolocada y sin saber qué más decirle; pues nuestra vecina era ya mayor y sabría dónde la apretaba el zapato.

Pero eso sí: Decidió decírselo a solas para que no cogiese complejo alguno mi hermano Albert al ver que no era querido y para eso se tendrían que ver una vez más en un medio cariñoso y con un grado de intimidad como siempre lo habían hecho.

Aquella misma noche estaba yo que se me removían las tripas, al saber que mi hermano Albert se encontraba a solas, una vez más, con nuestra vecina Daisy en casa de ésta, aprovechando que su marido estaba cerrando el contrato de trabajo en la ciudad.

Me quedé esperando en la terraza que da a la playa, para poder observar desde allí como salía mi hermano Albert de aquel chalet. Me quedé esperando la salida de mi hermano de la casa de nuestra vecina; pero aquella salida tardaba por llegar, y cuando ya me disponía para marchar a mi habitación vi salir a mi hermano hecho un basilisco, por lo furioso y por lo despeinado que salía de aquella casa: Si parecía que tenía la camisa fuera de los pantalones y la chaqueta casi caída de un brazo. Y claro que la llevaba casi caída, pues al parecer tenía la manga rasgada como en señal de haber tenido un forcejeo con aquella señora.

No quería que me cogiese en la terraza principal, en aquel pequeño jardín, saliendo como pluma al viento rauda para mi alcoba, en donde estaba ya durmiendo mi marido Arthur; ya que al parecer se calmaría él solito sin decirle una palabra, pues aquello que le había pasado aquella misma noche lo esperaba él desde hace mucho tiempo que le pasase.

Me levanté temprano, como para hacer las tareas de casa, cogiendo a mi hermano Albert leyendo el periódico del día siguiente; pues al parecer no sabía lo que hacía mi hermano, no tenía sus conocimientos en reglas por haberle tocado en lo más profundo de su hombría: El despreciarle la mujer que le había acogido tantas veces en su casa.

Todo se estaba poniendo a pedir de boca en nuestra casa; ya que todo volvía a su normalidad, dentro de un status social bien definido: Cada uno con su pareja y Dios en todas las casas, como se suele decir. Y desde luego se estaba viendo la gracia de Dios dentro de nuestra familia, al estar embarazada mi cuñada Amy; ya que como mi cuñada Samantha tenía un niño,

dentro de poco tendríamos ya dos niños en el seno familiar, jugando por aquellas dependencias del chalet a más y mejor. Esperando yo que aquello fuese una bendición de Dios, el tener dos niños en nuestra casa para regocijo de los mayores.

Todo se estaba aclarando, ya que Betty había encontrado a su hija Dora y en casa todos estábamos a las mil maravillas, sabiendo que mi cuñada Amy estaba en estado de buena esperanza.

Pero un día vimos venir juntas a Dora y a mi hija Cathy, ya que habían hecho buenas relaciones entre las dos: Aquello me produjo una congoja en mi Alma que me dio hasta pena, al ver juntas a aquellas dos chicas tan amablemente.

Cathy había invitado a Dora al té de las cinco y ésta se mostraba de lo más agradable posible con nosotras, al ver que se la quería en casa y que también se la apreciaba a su mamá Betty; pese a la posible complicación que hubiese tenido con los hechos de la enamorada de mi hermano Bryan.

Creíamos que no iba a tener complicaciones Betty con la justicia, pero nada más lejos de nuestras creencias; ya que continuamente se la interrogaba por aquellos hechos delictivos, al encontrarse sus huellas en unas servilletas de un bar. Hasta el punto se estaba complicando la existencia Betty que un día la llamaron a comisaría para comprobar no sé el qué, dando positiva dicha comprobación: Y ahora sí que Betty estaba estrechamente complicada en aquella operación montada por las fuerzas del orden.

Pero como pasaron tres días sin volverla a llamar a Betty en comisaría, supusimos que se escabullía de la justicia nuestra compatriota al tener un buen respaldo su persona; pero al cabo de esos tres días fue llamada, una vez más a comisaría, para más tarde recibir un requerimiento judicial.

La justicia era implacable con todas las personas como se podía ver; pues aunque Betty tenía las espaldas cubiertas, la justicia seguía su camino sin pararse para ver quién eran las personas que habían pisado la raya de la Ley.

Betty se nos presentó un día nerviosa, no sabiendo lo que hacer con respecto a las declaraciones que haría ante el señor Juez; ya que como se sabía, su señoría era correcto con la

Ley y aplicaba a cada cual su merecido. Betty había llegado a nuestro chalet con la sola idea de poderse entrevistar con mi marido Arthur; pues era hombre de Ley, aunque trabaja como ejecutivo en una empresa, prestándola también sus servicios como consejero legal.

Aquel día llegó un poco tarde mi marido Arthur a casa, teniéndola que convidar a Betty para que se quedase a merendar en casa; ya que era un poco tarde y llegaría avanzada la hora de La merienda a su casa.

Cuando llegó mi marido Arthur a casa pospusimos la entrevista de los dos para después de merendar y en vez de hacer una sobremesa de media hora pasamos por alto tales hechos, para comenzar hablando Betty sobre la posición que ella estaba creyendo tenía con respecto a la Justicia. Ya que Betty había decidido nos quedásemos todas para oír lo que ella tenía que decir a mi marido Arthur; pero Arthur nos aconsejó los dejásemos solos a los dos.

Se presentó enseguida Betty donde nos encontrábamos nosotras, pues al parecer la había conformado mi marido Arthur en unos minutos, así mismo la había aconsejado alguna cosa que ella tenía que hacer, no sabiendo nosotras cual cosa sería lo que tendría que ejecutar Betty; pero como yo conocía a mi marido Arthur sabía que la habría aconsejado bien.

Desde luego pasaban los días y la enamorada de mi hermano Bryan no ponía denuncia alguna en contra de Betty, por no estar segura si dicha señora había sido la que ejecutó los planes para encerrar a la chica en una habitación sola y semioscura, según dijo a la policía dicha chica. Pero eso no era todo, ya que se había inculpado un señor de los hechos diciendo que había sido él mismo el que había encerrado a la chica en un cuarto casi oscuro. No creyéndose nada la policía porque dicho señor se había inculpado después que la enamorada de mi hermano Bryan dijese que no estaba segura de nada.

¿Haber si la íbamos a liar?; ya que las cosas se ponían bastante bien para nuestra amiga Betty por no haber puesto denuncia alguna aquella chica, y tal vez los consejos de mi marido Arthur estarían dando frutos para otro lado de la justicia: Mientras no se podía acusar a nadie por no haber denuncia, se presentaba un señor sin saber cómo diciendo que había sido él mismo el que había cometido los hechos delictivos que formaba el sumario de dicha operación policial.

Quería saber la verdad de aquello que aconsejó mi marido Arthur a Betty y para ello le estuve esperando aquella misma tarde para que llegase a casa, una vez terminado su trabajo; no siéndome fácil sacarle una sola palabra de lo que dijo a Betty en su manera de operar sobre el caso que ocupaba su interés; pero como la carne es débil zozobró con mis encantos personales, haciéndole yo que Arthur me contase algo de aquella entrevista que tuvo con Betty un día.

No había sido gran cosa lo que había dicho mi marido Arthur a Betty; ya que al parecer no tenían pruebas algunas, si ella permanecía en sus treces diciendo que no había acometido dichos actos, que no sabía lo que la preguntaban.

Sí había delito, el secuestro de una persona; pero como no había las suficientes pruebas para achacárselo a alguien no había reo en la justicia; ya que como Betty tenía las llaves dejadas por el Hermano Mayor de la Cofradía, y eso costaba en acta de dicha Cofradía, no se la pudo achacar que entrase en el sótano de la Iglesia indebidamente: Y máxime, cuando ella decía que no había visto nada de extraordinario en aquel sótano.

Pero en cuanto salio aquel señor diciendo que él era el que había cometido los hechos delictivos, no había conexión alguna entre lo que estaba descubriendo el operativo policial con aquella declaración. Pero eso sí: Cuando se dio cuenta de su fallo, ya no apoyaba tanto su afirmación de haber sido él el causante de dichos hechos delictivo; pues en un alarde de genio, parecía como si ya lo hubiese hecho otras veces, cayó en la cuenta de que en ese sitio que decía la policía él no había operado nunca, según decía él.

¿Conocido?, ¡claro!; mil veces conocido en los medios judiciales estaba siendo aquel señor que se había inculpado de dichos hechos delictivos; pero como el contacto suyo no fue Betty ni mi marido Arthur, nos era igual cantase de plano aquel señor delante de la policía, si el contacto ya se encontraba en otra Nación diferente a ésta nuestra donde vivíamos.

Y cuando creíamos que ya la justicia nos había olvidado fuimos llamados una vez más por requerimiento judicial para ver si decíamos lo mismo que la primera vez; eso fue lo que yo creí de aquel requerimiento, y para que ninguna de nosotras fallásemos las convoqué a reunión a todas repasando lo que habíamos dicho el primer día que fuimos al juzgado.

Pasamos aquel mal trago y nuestras vidas siguieron como siempre, en familia y recibiendo a nuestras amigas; unas veces con predisposición y las otras, aunque no las teníamos por algún motivo en especial poníamos buena cara de recibimiento a nuestras amigas.

Un día que invitamos a merendar a nuestras amigas, las compatriotas, mientras estábamos batiendo un par de huevos se me puso el cuerpo malo, se me revolvieron todas las tripas sin saber el motivo de aquel mal que me entró en toda mi Alma.

Enseguida corrió mi cuñada Amy a su cuarto trayendo una caja con algo que yo no conocía bien, un preadicto, dando saltos de alegría todas ellas.

AMY - Se ha puesto del color. . . Se ha puesto del color.

Así hablaba mí cuñada Amy mientras saltaba llena de alegría en su Alma metida: Yo no sabía lo que significaba aquello de que se había puesto de color, pero tenía una suscita impresión de por qué podía ser se hubiese puesto del color como decía mi cuñada.

A mí me empezó a entra unos escalofríos por todo mi cuerpo que no podía sostenerme de pie; pues si eso era así, yo no me lo esperaba: Ya que sin esperarlo me llegó la noticia. Al parecer esas cosas no te avisan hasta que las tienes encima. Algunas mujeres lo presienten, pero las menos.

Me cayeron todos los parabienes del Mundo encima: Felicitaciones de unas, alegrías de las otras y así una infinidad de saludos por parte de todas las gentes del servicio doméstico. Aquello yo no me lo esperaba; tal vez sería así, pero la sorpresa que recibí fue mayúscula; sobre todo cuando dijo mí cuñada Amy en voz alta, refiriéndose a las demás señoras que se encontraban en el salón de la casa: Está embarazada.

Enseguida me llevaron, mi cuñada Amy, mi cuñada Samantha y mi hija Cathy, al ginecólogo para la comprobación de la realidad, y la realidad era; que estaba embarazada de hacía un par de semanas y yo no lo sabía.

Ahora tenía que hacer reposo, toda clase de reposo que yo pudiese para no malograr el feto que llevaba dentro de mis entrañas. Pero lo primero que tenía que hacer era decírselo a mi

marido a solas, y cuando llegó Arthur le llevé a nuestra habitación, preparándole antes para dicha notita tan agradable y bonita a la vez.

Pero como yo no era ducha en tales eventos, y como aquella noticia me tenía descolocada, al no haberla esperado de esa manera, tan de repente, me senté en la cama mirando de frente a mi marido Arthur; y así me quedé un buen rato. No decía nada; no podía decirlo al no saber cómo se abordaba aquel problema delante del marido.

Y cuando vio Arthur que yo me quedaba cortada delante de él, éste me invitó para que yo dijese algo; ya que en sí le quería decir alguna cosa cuando le había llamado a solas en nuestra alcoba. Pero como me empezaron a temblar las piernas, mi marido se asustó un poco al comprender que algo me había pasado.

ARTHUR -. Me estás asustando: ¿Te ha pasado algo?.

Seguí sin poderle contestar; solamente le miraba fijamente a los ojos, como queriéndole transmitir algo; un problema, una fecha, o tal vez que me había pasado algo como tal vez él creía. Pero poco a poco me fui calmando y entrando más en sí, para una vez que me recuperé decirle un vocablo de afirmación.

ANAÍS -. Sí.

Ahora sí que puse más nervioso a mi marido Arthur, al comprender éste que algo malo me había pasado, y como yo no me sabía expresar bien para que éste me comprendiese me debatía sin saberle decir la verdad de aquello que me había dicho el Doctor.

Tuvo que ser mi cuñada Samantha, que oyendo mis indecisiones abrió la puerta de repente para darle a mi marido la buena nueva que había en la familia.

SAMANTHA -. Tu mujer está embarazada.

Al oír decirle Samantha aquello de tal manera, sin él esperarlo no sabía lo que decir ni lo que contestar al respecto; solamente se fue dejando caer en la descalzadota que había en su lado de nuestra habitación, para permanecer allí un par de minutos antes de pronunciar las primeras palabra. Pero eso sí, antes de pronunciar mi marido Arthur las primeras palabras yo lo estaba pasando bastante mal, al creer que no estaba asumiendo aquella noticia, tal vez por motivos de trabajo o por otra causa.

ARTHUR -. Cariño: Por esa noticia te has puesto así. ¿No comprendes que es la mejor noticia que he podido recibir en toda mi vida?: Si eso es una gracia del Cielo, el tener un hijo nosotros dos.

¡Menos mal!; ya que yo creía no lo estuviese asumiendo aquella grandiosa noticia mi marido Arthur: Pero sí, sí lo había asumido a la perfección; pues según estaba viendo yo se estaba alegrando mucho, se le veía radiante la cara y como con un ánimo exaltado.

Aquella noche hicimos una pequeña fiesta una vez que se terminó de cenar en casa; ya que se sabía irían a tener más bebés en el chalet; no estaría solamente el niño de mi cuñada Samantha, pues mi cuñada Amy y yo estábamos en estado de buena esperanza, pero para ello teníamos que hacer reposo absoluto. Y para hacer reposo absoluta nuestros maridos nos encargaron unas hamacas, en forma de tumbonas, para que estuviésemos viendo la playa y saludando a nuestras vecinas casi todo el día.

Yo tenía que ideal algo para no aburrirme mucho tumbada al Sol casi todo el día; ya que estar viendo siempre el mismo paisaje cansa mucho y para ello ideé una manera de escape muy personal; me compré un carromato que nos llevaba a Amy y a mí donde queríamos por la periferia de aquella playa donde hay una pequeña carretera, pudiendo circular por ella.

Y tanto nos alejamos un día, que llegamos a donde vivían las dos compatriotas, Betty y Dora, viendo a Dora a través de los cristales de un ventanal vestido con traje de uniforme; pues se semejaba a un Marine, pero con graduación.

Dora estaba haciendo ejercicios de gimnasia en una habitación preparada para que la sirviese como sala de gimnasio y allí estaba dándose de tortas con un saco colgado de una argolla en la bóveda del gimnasio. De vez en cuando daba la vuelta al saco con un juego de piernas increíble.

La hice una indicación con la mano a Amy para que abandonásemos dicho sitio antes que fuésemos vistas por Dora; que aunque estaba atareada con su gimnasia, podría vernos a través de los ventanales.

No sabíamos para donde irnos; pues si intentábamos dar la vuelta con el carromato, tarde o temprano notaría Dora nuestra presencia en aquel sitio; así que decidimos seguir adelante con nuestra marcha y cuando vimos claro que sí podíamos volver para atrás lo hicimos, pero pensando en nuestra amiga Dora, que estaría presente delante de la cristalera de su ventanal.

Pero para no ser muy bien distinguidas nos colocamos en la cabeza unas panelas que teníamos en el carromato, que en vez de chicas de su casa parecíamos vendedoras de frutas, de tantas como hay por aquellos contornos, y así pasamos desapercibida por Dora hacia nuestra casa Amy y yo.

Al llegar al chalet sentimos hambre haciéndonos que nos sirviesen sendos zumos de fruta con agua natural para reponer la parte que habíamos sudado en el carromato dando un paseo por la playa, ya que ese día hacía calor, mucho calor, refortaleciendo nuestro organismo y reponiendo fuerzas para poder seguir aquel día estival.

Preguntamos a la chica doméstica que nos había servido dicho refrigerio, diciéndonos esta que las causas de habernos recuperado de nuestras fuerzas por la pérdida de toxinas, era unos gramos de azúcar que nos había puesto en el baso de agua. Parecía que teníamos buen personal doméstico en nuestra casa.

Como aquella chica tuvo una buena decisión clínica, tenía que saber yo de quien se trataba, y para ello ideé una pequeña estrategia sin quererla hacer ninguna clase de daño. La mandé con el chofe a la ciudad para que entregase un paquete a mi cuñada Samantha

advirtiéndola yo antes a mi cuñada de que iba a ir la chica doméstica de nuestra casa para que la entretuviera allí un buen rato.

Yo estaba segura que mi cuñada Samantha sabría hacer su cometido a la perfección; por lo tanto entré en el cuarto de aquella chica sin ninguna clase de contemplación ni de escrúpulo, observando todo a mi paso. Y cuando ya me iba a salir de aquel cuarto, observé algo envuelto a un trapo blanco, sin saber lo que era; de modo que quité aquel trapo de donde estaba envuelto viendo un título de enfermera, recordando lo que me dijo aquella chica cuando la contratamos: Que estaba buscando trabajo adecuado a su actitud y si lo encontraba se iría de casa para poder trabajar en lo que ella amaba.

Quedé bien puestas todas las cosas que había tocado saliéndome de aquel cuarto lo antes posible, una vez que ya sabía lo que era aquella chica; que por falta de trabajo en su carrera, no había encontrado la meta que se proponía.

No esperé a otro día, y cuando llegó mi marido Arthur le hablé de aquella chica doméstica que se encontraba en nuestra casa, no sabiendo qué dirección ni qué rumbo tomar a consecuencia de no haber encontrado trabajo en lo que ella había estudiado, gustándola su carrera mucho, mirándome mi marido Arthur sin pestañear y así saber lo que yo le quería decir.

ANAÍS -. Tiene el título de enfermera.

Frunció el ceño mi marido Arthur como sabiendo ya a quién tenía que ir para poder emplear mejor aquella chica; no dejándole yo ni respirar un momento, le indiqué a quién se tenía que dirigir lo más inmediato posible, - a tu amigo, el Doctor Mora -.

Me hizo una inclinación de cabeza, como si ya hubiese pensado él en aquel Doctor que yo le estaba indicando y cogiendo el teléfono llamó a su amigo, el Doctor Mora, sin miedo de perder aquella doméstica tan modosita y con tantos respetos a su cargo; sabiendo que no nos vendría, en mucho tiempo, otra como ella.

Dejamos que aquella chica nos sirviese la cena por la noche, para después de haber terminado cenar llamarla mi marido delante de todos los de la casa para poderla dar la noticia de que se presentase en diez días en la consulta de Doctor Mora, dándole la tarjeta de dicho Doctor.

Al momento aquella chica repuso algo que nos chocó a todos; ya que no había cogido bien el sentido preliminar de cómo se lo había dicho mi marido Arthur, que visitase en diez días al Doctor Mora.

DOMÉSTICA -. ¡AH!; no señor: Yo no estoy enferma.

ARTHUR -. Perdone usted señorita. Lo que yo la quiero decir no es para que visite usted a dicho Doctor como paciente; es más bien, para tomar posesión de su puesto como enfermera ya que dicho Doctor tiene una clínica propia.

Se quedó aquella chica como queriendo dar las gracias, pero a la vez esperaba algo así como que aquella sería una broma dada con mal gusto; por lo tanto tuve que apostillar las palabras de mi marido Arthur diciéndola, - que hiciese caso a mi marido, que aquello se lo decía en serio y con buen corazón -.

Se arrió aquella chica a mi marido, dándole un beso en la frente no sentándome mal a mí por la manera que se lo había dado, dándole más tarde las gracias más efusivas que nunca había visto yo dar; pues se había inclinado un poco aquella chica para poderle besar la frente a mi marido y aún permaneciendo así, le daba las gracias con todas sus fuerzas y con todo su cariño del Alma.

Nos quedábamos sin chica doméstica, solamente con un ama de llaves y un mayordomo fiel como el mismo. Así que empezó a buscar aquella chica alguna amiga o conocida suya para que se quedase en nuestra casa como personal doméstico, dándole de alta en la Seguridad Social y en Trabajo. En pocos días habíamos cambiado de chica doméstica a nuestro servicio.

Pero no nos arrugamos, ya que el hacer el bien a las personas era el signo principal de nuestra casa; sobretodo el de las personas que componen nuestra familia, y como nosotras dos, Amy y yo, no podíamos ilustrar muy bien al hijo de Samantha por no podernos mover; al parecer lo estaba ilustrando aquella chica doméstica que contratamos.

Le hacía sumar dos dígitos para después mentalizase dicha suma, así como conocer mejor las letras; ya que se la ponía en el suelo y con un puntero iba el niño diciendo de qué letra

se trataba. Lo malo era, que de vez en cuando le contaba unos cuentos como de hadas; unas veces malas y otras buenas.

A mí ya se me notaba la tripa, pues la tenía muy pesada y al parecer venía bien el feto; así que me mandó andar el ginecólogo un poco con los pies descalzos por la playa, ya que se siente alivio. Por lo tanto me daba unas largas por la playa seguida de mi cuñada Amy, que también me seguía en el paseo cotidiano; pues parecíamos como dos basiliscos al tener la tripa tan abultada.

Nos parecía raro que no nos visitasen nuestras compatriotas: Allí pasaba algo y no bueno; así que tendríamos que averiguar nosotras qué era lo que las estaba pasando, y para ello llamé a María, pues así se llamaba la nueva doméstica, preparándola para que se quedase a solas con mi sobrino, el hijo de mi cuñada Samantha. Y mientras nosotras dos, Amy y yo, nos dispusimos a marchar hacia la casa de Betty para ver lo que estaba sucediendo en aquel hogar; pero en vez de irnos en el coche decidimos que sería mejor marchar en el carromato, para pasar desapercibida. Pero no nos valió la pena disfrazarnos de repartidoras; ya que cuando íbamos llegando a la casa de Betty se nos echó el alto por medio de la policía, diciéndonos que nos volviésemos para atrás, y no complicásemos más las cosas.

Aquello que nos había pasado nos sobrecogió el Alma, notando en nuestro ser un agobio insuperable; como de sentirnos familias por aquellas dos mujeres, y como nosotras no podíamos estar sin saber lo que las estaban pasando a nuestras compatriotas, me fui a la ciudad para hablar con el señor comisario, diciéndonos este -. Se encuentran ustedes en todos los secuestros -.

Y preguntándonos el señor comisario si sabíamos algo más sobre la enamorada de mi hermano Bryan le dijimos que no sabíamos otra cosa más que aquellos se contó en su día en comisaría, dejándonos marchar a nuestra casa para llegar a ella lo antes posible; pero por más prisa que nos dimos, ya estaban allí Betty y Dora echas un Eccehomo por las greñas que tenían en su cuerpo y por el descolorido de sus caras, sobre todo la de Betty.

Las hicimos bañarse y las dimos maquillaje para que se arreglasen la cara y comenzasen a ser las mismas amigas que nosotros recordábamos, y cuando salieron las dos amigas del

lavabo enseguida se presentó María con un par de caldos hecho por ella a espaldas de la señora de llaves.

No sé si estaría bien no preguntarnos a nosotras dos, a Amy y a mí, si hubiésemos deseado otro par de tacitas de caldo para nuestro alivio personal, al ver así a nuestras mejores amigas. Y como yo no hacía más que mirar a la taza de Betty; ya que se la estaba tomando con un ansia insuperable, vi que se entró para adentro María apareciendo minutos más tarde con otras dos tazas de caldo de cocido, con jamón y un jerez dentro de ellas.

Ahora nos incumbía saber qué las había pasado a nuestras dos compatriotas, que al parecer habían estado secuestradas, y para ello me dispuse a oír su historia sentada en un sillón del salón de nuestra casa.

Vueltas y vueltas estaba dando yo a la taza de caldo mientras Betty se estaba poniendo nerviosa, por lo tanto dejé de dar vueltas a la taza para centrarme mejor en lo que nos pudiesen contar las dos compatriotas. Diciéndome Betty que todo había sido de lo más sencillo del Mundo: Pues al parecer, el repartidor de la fruta en aquella urbanización hacía poco tiempo que estaba al servicio de la empresa principal, y con todo y eso había llevado como ayudante a varios jóvenes, cada semana a uno; para apostillar Dora la poca confianza que tenía en aquel repartidor de frutas y verduras, pues al parecer las habían cogido descuidadas una vez que le abrieron la puerta y entre dicho joven y su acompañante redujeron a nuestras compatriotas. Pero ella esperó a que el acompañante del repartidor de frutas se pusiera debajo de una viga que estaba suelta y que no tuvo que hacer otro tanto más que empujar con el palo del cepillo dicha viga para que se le cayera encima al ayudante del repartidor de frutas y así no involucrase ella en nada; pues aunque estaban siendo retenidas, si le agredía cometía falta disciplinaria.

Siguió Betty narrándonos el resto de aquel avance de secuestro, ya que en sí no había pasado gran cosa; pues hasta nos habían visto aproximarnos a su chalet aquella mañana siendo alertadas por los guardias. Pero como Betty no se paró ahí, siguió explicándonos las causas por las que no habían podido ir a nuestro chalet para vernos; era una jaqueca impresionante que había cogido Betty debida a una aprensión psíquica producida por los amores de mi hermano Bryan, al saber que aquella chica enamorada se encontraba otra vez en esa ciudad.

Yo seguí haciendo como que quería oír algo más, y lo que oí fue la voluntad que tenía Betty para ir a la sede central de aquella hermandad para poder dimitir del cuidado de aquel sótano y entregar la llave. Así se vería su buena voluntad, y podría creer la policía que ella no había tomado parte alguna en aquellos hechos delictivos.

De esa manera nos lo decía a nosotras, mientras que nosotras no sabíamos si aquello sería verdad o nos estaba contando milongas, en el lenguaje llano de la región. Pero como lo decía con todo el sentimiento del Mundo, no pudimos por menos que creerla a pie juntillo; ya que Betty era en sí una mujer con una fuerte sugestión en sus explicaciones.

A mí se me notaba cada día más la tripa, ya que hacía siete meses que estaba embarazada; pero a mi cuñada Amy se la notaba todavía más su embarazo, no pudiendo dar ninguna de las dos los paseos tan largos por la playa: En general nos cansábamos mucho y terminábamos agotadas las dos.

Al niño le asistía más bien María; aunque el ama de llave no la dejaba hacer nada sin consultárselo desde el día que decidió servirnos sendas tazas de caldo sin habérselo dicho a ella : Ya que aquel día la oímos bien claro llamar la atención el ama de llave a María, cosa que no me gustó, aunque lo comprendí.

María seguía repasando con el niño cosas de la escuela, aunque también le seguía contando cuentos para el regocijo de este chaval; pues mi sobrino era muy adicto a los cuentos: Le gustaba mucho que le contasen infinidad de cuentos. Y había uno que ya le había oído por lo menos tres veces: Le decía que aquella playa estaba dividida por medio de un acantilado, así existía la playa más cerca de nosotras y al pasar el acantilado existía otra bonita playa, siendo debido eso a que en el acantilado había unos seres diminutos muy afable con los niños: No gustándome que le contase eso, ya que el acantilado caía en forma recta y en su base le habían echado infinidad de piedras hechas con cemento para que las olas no derrotasen tanto en su frente. Mi sobrino ponía cada vez que María le contaba aquello mucho interés y miraba a la lejanía para poder observar el acantilado donde había aquellos seres diminutos tan cariñosos con los niños.

Tanto era así, que no me gustaba que María le contase la existencia imaginada de aquellos seres al niño; era así tanto que un día estaba yo sentada en la terraza que da a la playa, cuando abriendo los ojos vi correr a más y mejor a mi sobrino hacia aquel acantilado. Sin pensarlo me levanté de donde me encontraba sentada saliendo como una centella por aquella playa cercana a nuestro chalet; pero como la tripa no me dejaba correr me la cogía con la mano para que por lo menos me dejase andar con paso ligero hacia donde se encontraba mi sobrino. Pero como no podía darle alcance me cogí la tripa con las dos manos llamándole a voces a mi sobrino, sin que éste me pudiese oír bien, debido a la abstracción mental que llevaba en su Alma metida: Había allí los hombres más pequeños que existen en la faz de la Tierra.

ANAÍS -. ¡Christian!, ¡Christian!.

Pero Christian no me oía para nada estaba tan abstraído de lo que le rodeaba, que mi sobrino se dirigía con gran alegría e ilusión hacia el acantilado para ver aquellos seres que se portaban bien con los niños. Y aunque yo me apuraba cada vez más por hacerme oír en aquellas condiciones tan adversas, ya que el Mar se encontraba bravío en aquel día oyéndose más a las olas que a mí, pero hubo un momento que pareció oírme mi sobrino Christian mirando para atrás y haciéndole yo con la mano la señal de que no siguiese hacia delante, que se parase.

El niño se paró mirándome, pero a la vez miraba para el acantilado; no sabiendo qué decisión tomar, si seguir corriendo hacia el peligro o hacerme caso. Pero cuando mi sobrino Christian me vio tan azarada creyó que pasaba algo decidiendo esperarme al pie de aquel acantilado: Menos mal que se había parado esperándome mi niño; pues si hubiese decidido seguir su carrera hacia el acantilado no sabía yo lo que hubiese pasado. Al llegar a su lado, le cogí de la mano como temblando, mirándome el niño a la cara para ver lo que me pasaba en realidad, y en realidad lo que me pasaba era que estaba llena de miedo.

Llegando a nuestro chalet me parecía que la tripa se estaba deshinchando. . . ¡Madre mía!; con lo que nos había costado traer aquella criatura al Mundo a mi marido Arthur y a mí, para que ahora se malograra el feto.

Ya en el Hospital se me anunció por parte del Doctor, que ya no era tal feto, y que a consecuencia de aquella carrera se me había desprendido el niño; teniendo que sacarme de inmediato aquel bebé que llevaba yo en las entrañas metido, preparando el quirófano de inmediato para poder salvar al bebé.

No sé cómo estaría allí María, pero lo cierto era que me pidió perdón por haberle contado el cuento del acantilado y al decirla yo que era cosa rara; pero que iba a tener el bebé antes que mi cuñada Amy y eso que ella se había quedado embarazada dos meses antes, me dijo con mucha parsimonia.

MARÍA -. No. Su cuñada Amy está dando a luz en un quirófano contiguo al suyo.

El mismo día teníamos las dos, Amy y yo, a nuestros respectivos bebés; pero con una diferencia clara: Mientras su bebé nacía a los nueve meses, el mío nacía sietemesino, teniéndole que poner en la incubadora, por así decir. Pero debido a los muchos cuidados del personal sanitario salió a delante mi niño; ya que era un niño fuerte y hermoso.

Cuando me presentaron a aquella criatura me parecía mentira que fuese mío; pues los miembros los tenía muy definido: Al parecer había salido adelante por tener la naturaleza fuerte, como un roble. Pero cuando me presentaron a la niña de mi cuñada Amy me pareció una niña guapa donde las haya.

Mi cuñada se fue a casa en unos días y yo tuve que permanecer más tiempo en el Hospital hasta que se refortaleciese mi niño y una vez refortalecido me fui a casa con unas ganas enormes de llegar a ella; ya que en el chalet descansaría mejor a mi simple parecer, y desde luego nada más llegar a mi casa comencé a sentirme otra mujer diferente a la que se encontraba en el Hospital, al tener más seguridad en mí misma.

Cuando estuve a solas con mi marido Arthur le di las gracias por haber estado presente en el parto; ya que pidió permiso en su trabajo para asistir al alumbramiento de su mujer. Le vi hacer gracias al niño sin quererle tocar; no fuese a ser que le hiciese daño, así que las carantoñas que más tarde le comenzó hacer eran como sirviéndole de contacto hacia el niño.

No podía consentir que mi marido no cogiese a su niño por miedo a hacerle daño, al verle tan pequeñito y tan indefenso; por lo tanto le tenía que hacer ver a mi marido Arthur que tenía que coger a su niño, como todos los padres lo hacen.

ANAÍS -. Arthur, coge al niño sin miedo; pues no es de cristal, no se te va a romper.

Bastante le dije a mi marido como para que él se quedase quieto: ¡Menudo era mi marido cuando se le hablaba de esa manera!. Arthur cogió al niño con mucho cuidado, como para que no se le escurriese de los pañales; ya que sí parecía lo iba hacer, al tener unos pañales holgados para que no le diese calor alguno a su cuerpo, pues para eso ya estaba yo que le daba toda clase de calor con mi cuerpo.

Así estuvo mi marido con el niño en los brazos muchos minutos, mirándole fijamente a la cara para ver en el bebé algún síntoma parecido a él mismo: Pero como los hombres son muy despistados no se daba cuenta que sí había rasgos físicos de nuestro bebé parecidos a los que él tenía.

ANAÍS -. La frente y la nariz.

ARTHUR -. ¿Cómo dices?.

ANAÍS -. Que nuestro niño se parece a ti, en la frente y en la nariz; pues la mirada la tiene mía.

Sin más dilación al tema, comenzó a fijarse mucho mi marido Arthur en la cara del niño, sacándole algún parecer a él; pero solamente en la cara que ponía cuando reía el niño al hacerle alguna gracia su padre. Mi marido se ofuscaba que lo suyo era la risa que tenía el niño, ya que no le sacaba otro parecer alguno.

Y es que cuando reía nuestro bebé se le agudizaba aún más las muestras de parecer que tenía con su padre en la frente y en la nariz; pero su padre no le sacaba ningún rasgo suyo más que en la risa, cuando se agudizaba todavía mucho más las muecas de la cara.

Cuando comencé a salir a la terraza con mi bebé, ya estaba allí mi cuñada Amy con su niña con rasgos característicos de mi hermano Andrew en la barbilla y en las orejas, sacando mi cuñada Amy a mi niño los rasgos que yo ya sabía muy bien: En general lo sacaban todas las personas que veía a mi niño.

Sendos cochecitos; sí, con sendos cochecitos nos paseábamos de vez en cuando por la calle que daba a la playa, para que nuestros bebés tomaran algo del Sol y contactasen con los fenómenos de la naturaleza: Aquel aire, aquella brisa, aquella bruma matutina. . . Y en general un sinfín de climatología como existía en aquellas latitudes.

Un día que no quise salir con mi bebé de paseo, yéndose sola mi cuñada Amy con su bebé, me fijé en María; pues estaba haciendo caricias y fiestas a mi niño en su carrito metido, ya que le tenía yo cerca de la puerta del jardín principal, el de abajo del chalet, para que no le diese tanto el sol; pues había allí un porche que le servía de sombra a mi niño.

Así estuve un rato fijándome en María sin que ella me pudiese ver, ya que me tapaba un seto alto al estar yo sentada en una hamaca de aquel jardín que daba a la playa; pero en un momento determinado vi como María le hacía unos signos con la mano a mi pequeñín no sabiendo yo qué significaban aquellos signos, pero cuando me fijé mejor me pareció que aquellos signos eran como algo oculto para la poca sapiencia nuestra y mucha sabiduría para María.

No me gustó nada los signos que hacía aquella chica, por lo tanto me levanté de donde estaba sentada yéndome para donde se encontraba mi bebé, cogiéndole en brazos para llevármelo a donde yo me encontraba tan a gusto aquella mañana de estío; pero con una brisa de mar que provocaba la quietud del sentimiento humano.

Sin decir nada a mi hija Cathy me la llevé a la siguiente mañana a la maravillosa ciudad, haciéndola pasear por sus calles como si yo estuviese dichosa en hacerlo, pero la verdad de todo era que yo quería ver qué pasos dirigía María; ya que esa misma mañana estaba en la ciudad por causas propias según ella, pero yo creía que fuesen otras causas mayores la que habían hecho dirigirse a la ciudad a la chica doméstica, María.

Ya iba a desistir dar vueltas y vueltas por aquella bella ciudad, cuando antes de llegar nosotras dos en donde se encuentra Comisaría, vi salir de ella a María: Ya me parecía a mí que eran otras causas mayores las que habían llevado a aquella chica a la ciudad; por lo tanto se lo tenía que decir a mi hija Cathy, ya que al ver salir de dicho centro oficial a la chica hice como un aspaviento con el cuerpo dándose cuenta de ello mi hija Cathy.

Para hablar con Cathy a gusto la senté en la terraza de un bar, tomándonos sendos refrescos y cuando me pareció comencé a preparar a mi hija, iniciando la conversación sobre María.

ANAÍS -. Tú dirás, que te he traído a la ciudad solamente para pasear.

CATHY -. Eso he creído yo.

ANAÍS -. Pues no. Es para observar a nuestra joven doméstica, María.

CATHY -. ¿Y eso?.

ANAÍS -. La cogí ayer mañana haciendo unos signos raros a mi hijo.

CATHY -. Te lo parecería a ti.

Pues no, no me lo pareció a mí; que en realidad la cogí haciendo unos signos raros a mi hijo en la frente, primero, para seguir haciéndoselo en el pecho, para más tarde cruzar los dedos en señal de implorar algo o de sumisión a alguien que ella creyera la estuviese viendo en aquel preciso momento.

Y una vez que mi hija Cathy estuvo enterada de dichos hechos, me la llevé en el coche para la urbanización, preparándonos para recibir a nuestra familia en la merienda; pero cuando llegó mi marido Arthur no pudo por menos que preguntarme por mis preocupaciones al verme pensativa y tan decaída a la vez.

De verdad que yo pensé no decirle nada a mi marido Arthur, por si acaso la estaba liando, pero como no le he ocultado nunca nada se lo dije: Así, de sopetón y a bocajarro, sentándole como un jarro de agua fría en la cabeza. Diciéndome éste que su procedencia era Celta y que tal vez había aprendido las artes de las meigas.

Aquello que me dijo mi marido me produjo una sensación fatal, mejor que no me hubiese dicho nada al respecto; pues el hechizo a una persona era causa de dominar su voluntad y hasta su cuerpo, no siendo capaz aquella persona hacer nada por sí sola. ¡Vamos!; que me entró una congoja en todo mi cuerpo que no podía estarme quieta con las piernas, ya que comencé a moverlas interrumpidamente de arriba a bajo con una velocidad de espanto, hasta que me cogió de las piernas mi marido Arthur para que me estuviese quieta; viendo él que me iba a dar algo malo a mi pobre existencia. Pero con todo y eso no me podía estar quieta debido al nerviosismo tan enorme que tenía en mi Alma.

Desde aquel día que me dijo mi marido aquello estuve en guardia referente a aquella chica, que aunque modosita tal vez sería un peligro para mi niño; no dejando se acercase a mi bebé ni a un metro, notándolo ésta chica, María. Pero es que también lo notó el ama de llave, no dejando que pasase María a las dependencias donde nos encontrábamos nosotras más que lo estrictamente necesario: Servir la comida y llevar o traer tal o cual cosa.

El contrato que tenía María era para un año, ya que nos la había presentado la anterior chica que tuvimos como personal doméstico, o sea; la enfermera que colocó mi marido Arthur en la clínica del Doctor Mora. Y en aquella chica, la enfermera, sí confiábamos mi marido y yo; pues era muy obediente y predispuesta. Pero con todo y eso hice que mi marido Arthur preguntase por ella a su amigo el Doctor Mora.

Los informes que nos llegaron a casa de la enfermera del Doctor Mora eran insuperables de buenos, eran buenísimos: No podían ser mejores, hasta terminaba la carta de dicho Doctor dando las gracias a mi marido por haber influenciado para que contratase a aquella chica. Al parecer la chica enfermera solamente conocía a María de las correrías de algunos Sábados en los lugares de copa; pero lo cierto era, que había tenido otra amiga de las mismas correrías presentándosela a otra familia: ¡Qué bien!; pero qué bien.

Yo no podía dejar pasar más tiempo sin hablar con aquella chica, María, y una vez que pedí una limonada al ama de llave, me vino con ella María poniendo la limonada encima de la mesa donde yo estaba sentada en el salón de la casa. María pidió permiso para retirarse, reteniéndola yo.

ANAÍS -. Espere usted, María.

MARÍA -. ¿Usted dirá?, señora Anaís.

ANAÍS -. Sí; sí que digo. Y digo, ¿si usted María sabe las artes de las meigas?.

María se quedó pensativa por un cierto momento, para responderme no con una evasiva; más bien me respondió como yo quería: Pues su respuesta fue categórica para mí, al convencerme de aquello que me dijo.

MARÍA -. Saber, saber. . . No quiero saber nada de eso.

ANAÍS -. Pero necesito que me diga: ¿Si usted sabe hacer hechizos?.

MARÍA -. Fui iniciada en dicha materia a la fuerza; pero más tarde me he desligado de ello; por lo tanto no tema nada sobre el niño, ya que yo le aprecio mucho y la miro con buenos ojos.

Que así fuese, aunque yo no me creí nada de lo que me dijo en aquella ocasión María; pues una persona que se inicia en dichos menesteres nunca lo deja, según he podido oír.

Al poco rato de haber tenido dicha conversación María y yo, sonó el timbre de la puerta yendo abrir María, estando delante de la puerta Betty y su hija Dora; pues ésta chica, Dora, se venía a despedir de nosotras por motivos de trabajo, calmándonos un poco al decirnos que volvería en el tiempo más prudencial dentro del mismo verano.

Apenas estuvieron en casa un cuarto de hora Betty y Dora, para salir rápido a su hogar; pues al parecer la estaban esperando en el sus compañeros de trabajo. Saliendo con nuestras dos compatriotas para despedirlas vi pasear a nuestra vecina Daisy con su marido por la playa como un buen matrimonio bien allegado.

Me picó el interés por saber quién eran los amigos del trabajo de Dora y allí que me fui, apostándome cerca de su casa en un montículo de arena. Y claro que supe bien quién eran los compañeros de Dora: Marines como ella y también con alta graduación.

Dudé si hacerme presente en la casa de Betty para que me viera Dora y supiese que ya sabía de su carrera, pero como no sabía lo que hacer me quedé en el mismo sitio donde me encontraba, detrás del montículo de arena. Bueno; eso quería yo, quedarme allí: Pues a poco oí una voz llamándome por mi nombre. Era Dora la que me llamaba; me había visto apostada detrás de aquel montón de arena y me llamaba para despedirse de mí.

Me levanté de aquel sitio como asustada por no haber sido yo la que se presentase delante de Dora y haber tenido que llamarme aquella señora; ya que en sí, si era señora al ver el uniforme que tenía puesto mi amiga Dora: Diciéndome ésta que había hecho la carrera de Abogado y estaba en un cuerpo especial de Marines.

Lo supe todo en un rato, dándome vergüenza por no haberla preguntado nada a ella ya que me lo hubiese dicho de todas las maneras; pues era una buena amiga desinteresada y dando una amistad completa sin trabas ni pegas algunas: Era sincera como ella misma.

Me fui a mi casa un poco avergonzada por mi comportamiento, no debía haber obrado de esa manera con aquella familia que me quería tanto y con un afecto honrado, comunicándoselo a todo al componente de mi familia en la comida; lo que me había pasado aquella mañana en la casa de Betty.

Se quedaron como asombrados mis hermanos, y hasta mi mamá no daba crédito alguno a lo que estaba oyendo; pues era caso asombroso lo que yo los estaba diciendo en los postres de aquella comida. Y con todo y eso lo dije en voz baja para que no lo escuchase nadie más que mi familia; como teniendo miedo a que aquello lo escuchase otra persona, más bien fuese María, por no saber yo cómo iba a racionar al saber dicha noticia. No; no se había enterado María de lo que yo había contado a mi familia, solamente nosotras sabíamos de la carrera de Dora.

Y para saber si María había escuchado alguna parte de la conversación que sostuve con mis hermanos aquella mediodía, anduve por los alrededores de su habitación a altas hora de la noche, no viendo ni oyendo nada raro en aquel cuarto; pero cuando decidí retirarme de las inmediaciones de aquella habitación que ocupaba María oí algo así como abrir una puerta y volverla a cerrarla.

Volví mis pasos hacia atrás para poderme dar cuenta de lo que pasaba en el cuarto de María y por más que escuchaba no oía nada, y por más que miraba no veía nada, para ver si había alguna rendija, no vi nada de anormal en la habitación de María; pero cuando ya estaba volviendo a mis dependencias oí algo así como unos quejidos dentro del cuarto de María.

Esta vez sí estaba una ventana medio abierta, y a través de ella percibí, en la penumbra, unas formas humanas juntas, muy juntas en la misma cama: María se encontraba acostada con un hombre en su cama. Ahora sí que no me explicaba aquel comportamiento de aquella chica; pues allí no la faltaba de nada, para decidir hacernos aquello que nos estaba haciendo: Con un comportamiento obsceno y desleal hacia nuestra familia.

Ahora sí que no conocía a María, pues se estaba portando diferente a como ella se había portado siempre en nuestra casa: Si no la faltaba de nada, si estaba siendo querida por todas nosotras. . . No sabía yo muy bien a qué se debía aquel comportamiento que estaba teniendo aquella noche María en mi casa.

Por la mañana la llamé a mi presencia viniendo dicha chica con pesar en su corazón metido; sabía que se había portado mal y tendría que excusarse o explicar las causas de aquel comportamiento que había tenido la noche anterior en mi casa; pues ella sabía que éramos personas serias y no nos gustaba nada aquel comportamiento.

ANAÍS -. ¡Haber!: ¿Qué me tiene usted que decir sobre lo que ha pasado esta noche en su cuarto?.

MARÍA -. Se ha enterado usted, señora Anaís, de casualidad: ¿Verdad?.

ANAÍS -. Pues no. Me encontraba dando un paseo ocasional cerca de sus dependencias, teniendo ustedes la ventana un poco abierta: Se veía todo.

MARÍA -. No la voy andar con rodeos. . . Es mi marido.

¡Acabáramos!; pues como ella dijo, era su marido el que había estado la noche anterior con ella en la habitación de María, y en vez de quedarme un poco cortada por las circunstancias de cómo se desarrollaba aquella conversación, y para que no creyera María llevase ella la voz

cantante la invité para que se retirase, volviendo al poco tiempo con la cartilla familiar en las manos; para que así pudiese yo ver la realidad de todo lo que me había contado.

Cogí la cartilla familiar de María en las manos, para que no se creyese ésta que yo huía de su vida particular, haciendo yo como que me sentía segura de sí misma, sin hacer movimientos bruscos y rápidos: Así me vería dueña de la situación y yo me sentiría más segura frente a aquella chica.

Nada más irse María de mi lado se presentó mi hija Cathy delante de mí, pero mirando mucho a María hasta que ésta desapareció de la vista, como en señal de que no la gustaba nada aquella chica, no sabiendo qué decirle a mi hija sobre los gustos personales que ella tenía; ya que María se portaba bien y no nos daba compromiso alguno a ninguna de nosotras.

Pero la dejé pasar aquella mirada que echaba a María como queriendo saber algo más de lo que ella estuviese pensando en aquella precisa hora, en la que yo me expresaba con aquella chica como podía; ya que María sería de pueblo, pero tenía un carácter fuerte y dominador a la vez. Y cuando se sentó mi hija Cathy cerca de mí me quedé más tranquila al ver que tenía a una persona que me quería a mi lado.

A mi lado estaba toda mi familia y todavía no me encontraba segura para nada, ya que aquellas acciones que estaba haciendo María me parecía un tanto irrespetuoso para con mi persona, al no haberme dicho nada de su vida: No digo yo, que me contase su vida íntima, más bien deseaba me hubiese dicho María que tenía marido, y así no hubiese yo cogido tal sobresalto cuando vi a María, aquella noche, metida en su cama con un hombre.

Era cosa curiosa, pues mi hija Cathy no habló nada sobre el asunto, más bien se limitó a ver un rato la Televisión; pues estaban dando un partido de Básquet. Aquella situación tan comprometida para mí no la podía yo dejar pasar por lo alto, de modo que tendría que hablar con mi hija para saber qué era lo que estaba pensando con María. Y como no la dejaba mirar, ella misma apostillo algo que me llegó a lo más profundo de mi Corazón. - Puede ser buena, pero sus amistades no me parecen tan buenas -.

Se refería mi hija a María, aunque yo no había abierto la boca para nada; pero ella sabía muy bien lo que yo la quería preguntar y adelantándose a mi pregunta me dijo todo lo que yo

quería saber de la chica doméstica que teníamos metida en nuestra casa. Y para que no la preguntase nada, mi hija se marchó de aquel sitio a paso ligero: Tal vez había cometido alguna incorrección, pues ella sabría algo más que yo de aquella chica; así que salió de allí sin apenas decirme nada.

Ni me lo dijo, ni me lo quiso decir rectamente; ya que al decirme aquello de que, aquella chica la parecía buena, pero no sus amistades; me descolocó un tanto al quedarme flotando en el aire, como se suele decir, por no haberme contado el resto de la historia que ella se supiera para mi tranquilidad. No deseando oír otra historia más que la de los amigos de María, que al parecer no andaban por pasos buenos, según había entendido yo.

Tendría que buscar la vuelta a mi hija Cathy para que me explicase mejor qué era lo que sabía con respecto a los amigos de María, pero ahora la prioridad la tenía puesta yo en el Bautismo de mi hijo, al igual que mi cuñada Amy Bautizaría, también, a su niña.

Aproveché cuando me vi a solas con mi marido Arthur para hablar sobre el nombre que pondríamos a nuestro hijo, cogiendo a mi marido por sorpresa; ya que éste no había pensado todavía el nombre del bebé, contestándome con unos vocablos propicio para ello.

ARTHUR -. ¡Válgame Cristo!. No he pensado todavía en ello.

ANAÍS -. ¡Vale!; tú lo has dicho.

ARTHUR -. ¿Qué he dicho yo?.

ANAÍS -. Se llamará, Christian.

Dando el consentimiento su padre para que el niño se llamase así, como yo le había puesto en aquel preciso momento, ayudado por mi marido Arthur al exclamar de esa manera aquello que me dijo al verse sorprendido por la pregunta, de cual sería el nombre de nuestro hijo, formándome una idea aquellos vocablos que exclamó, en vez de pronunciarse mi marido sobre el nombre de nuestro bebé.

Christian me parecía un nombre bonito, así que mi marido accedió a ponerle tal nombre y para regocijo nuestro salimos a cenar aquella misma noche. Cosa curiosa, pues mi hermano

Andrew estaba en aquel restaurante con mi cuñada Amy, sentándonos nosotros con ellos en la misma mesa.

Hablamos de todo un poco y cuando llegó la ocasión de hablar qué nombre se iban a poner a los críos, nosotros les dijimos que ya lo teníamos decidido: Christian. También lo tenían decidido mi hermano y mi cuñada, se llamaría Carolina; pues qué bien, todo estaba en orden dentro de unos conceptos normales en nuestra pequeña sociedad familiar.

Cuando llegué a casa me habló aquella misma noche en la cena mi cuñada Samantha, llamándome a parte de los demás componentes familiares de la casa, diciéndome que; esperase a que llegase Dora, ya que estaba mal visto no esperarla para que asistiese al bautizo.

Tenía razón mi cuñada Samantha; ya que Dora era una buena amiga nuestra, al igual su mamá Betty. Y como lo había estado oyendo todo lo que hablamos mi hija Cathy se vino hacia donde estábamos nosotras para entablar conversación sobre el tema.

Cathy era del mismo parecer que mi cuñada Samantha, a parte que eran buenas amigas mi hija y Dora; ahora faltaba preguntar cuándo iba a regresar Dora, y para ello fuimos a la casa de Betty para preguntárselo. Nuestra compatriota Betty no lo sabía muy bien, y sacando una postal nos enseñó la fecha posible de su vuelta a casa. Estaba al tope del límite de cuando se hacen los bautizos en aquella ciudad; pero con todo y eso podíamos esperar para que llegase nuestra amiga Dora.

Estaba tan al límite aquella fecha que nos parecía se iría a pasar de plazo para bautizar a los niños, teniéndolo que hacer solos los dos críos nuestros y en compañía de todos los que les queríamos de corazón. Pero un día sin esperarlo llegó Dora a nuestra casa; pues pasaba antes por el chalet que por la casa de su mamá, para decirnos que ya se encontraba entre nosotras, y cosa rara: Dora tenía afán por ver a mi hija Cathy cuanto antes; no sabiendo yo con qué motivo era esa rapidez que la había dado a Dora por ver a mi hija Cathy.

Cuando se fue Dora para ver a su mamá, yo me quedé pensativa sobre Cathy, la hija de mi marido Arthur; pues sin yo esperarlo tenía ya dos hijos: Una hija y un hijo. Pensaba y pensaba en mil cosas a la vez, ya que ni tan siquiera había puesto resistencia alguna al saber que mi marido había tenido una hija en su soltería; parecía como si yo lo necesitara en aquel tiempo,

el tener un hijo con mi marido, pues me parecía que no lograría tener ningún bebé con él. Ese afán insuperable de querer tener un hijo con mi marido me llevó a la alegría más sublime de mi vida, al saber que ya tenía mi marido Arthur una hija.

Y llegó; llegó el día del bautizo de mi niño y de la niña de mi cuñada Amy, yendo los dos críos vestidos de blanco a la pila bautismal, a parte que había otras siete criaturas para bautizarse en ese mismo día.

Ya en el banquete que estábamos celebrando por aquellos dos bautizos, nos estábamos poniendo como un obelisco en comida; pues allí había de todos los manjares que se ponen en tales celebraciones, pero sin sobrar comida alguna, eso sí. Haber por haber, había hasta Cigalas, percebes y langostino ya que lo pagábamos entre los dos hermanos, Andrew y yo, aquel banquete que estábamos dando a nuestra familia y a nuestros mejores amigos, no muchos pero personas fieles allegada a nuestra casa.

Consultamos mi cuñada Amy y yo, no viendo la posibilidad de salir al jardín de aquel restaurante para tomar el café, la copa, los puros y los helados pues eso se saldría de nuestro presupuesto; y ya que aquel banquete había estado bien, pero que muy bien, no merecía la pena romper ahora aquel fatuo de bienestar social como era el que estábamos gozando en aquella hora de reunión familiar.

Hubo un momento, cuando comenzó a sonar una música electrónica, que vimos levantarse de donde se encontraba más alejada de nosotras a María; tal vez se dirigía al baño para asearse un poco y poderse limpiar las manos impregnadas de esa sustancia viscosa como tienen los mariscos. Pero al poco tiempo vi levantarse a Dora y detrás a mi hija Cathy dirigiéndose por el mismo camino que había llevado, hacía unos momentos, la doméstica María.

Miré para todas las partes de aquel local no viendo a mi niño, el hijo de mi cuñada Sanantha; de modo que levantándome yo también intenté salir fuera de aquel local donde se celebraba el banquete, pero fui retenida por mi hija Cathy que estaba allí puesta por Dora para que no saliese nadie de aquel comedor social.

No me pareció bien lo que estaba haciendo mi hija Cathy; pues ella no era quién para parar a las personas, no dejándolas salir de aquel local de comidas, pero cuando miré a través de

las cristalerías de un balcón pudo darme cuenta que la policía paraba a un coche que salía a toda marcha del aparcamiento de aquel restaurante donde estábamos celebrando la comida del bautismo de los dos críos.

Y como el aparcamiento del restaurante estaba al aire libre, se veía todo lo que pasaba en el y desde luego volví a ver que la policía echaba el alto a otro coche que se disponía a salir del aparcamiento del restaurante donde estábamos celebrando los bautizos.

Pero también pude observar que Dora se encontraba un poco más atrás de donde estaba formado el dispositivo policial, pero no estaba sola; ya que me pude dar cuenta que el amigo de Dora se encontraba junto a ella con otros dos señores más.

Entonces sí me dejaron acercarme a donde se encontraba Dora, cerca del segundo coche que intentaba salir del aparcamiento del restaurante viendo dentro del coche a María con cara de pocas amigas y como asustada. Pregunté a Dora por el niño y me señaló al primer coche, yéndome yo hacia el primer coche; pero antes de llegar a él me paró la policía, ya que estaban interrogando al conductor del mismo coche.

Cuando se percató Samantha de lo que estaba pasando salió corriendo del restaurante, llamando a su hijo en voz alta y como Christian oía a su mamá, emitía unos ruidos flujos con la boca, como llamándola: Pues al parecer, debido por el miedo o por estar cohibido, no tenía fuerza alguna aquel crío para llamar fuerte a su madre; pero con todo y eso le oyó mi cuñada Samantha llamarla débilmente desde el coche.

Claro que no dejaron pasar a mi cuñada las fuerzas del orden, pero una vez que terminaron con el hombre que llevaba el coche la trajeron el niño a mi cuñada Samantha alargando ésta los brazos para que el niño se viniese a ella, no haciendo falta que le llamase su mamá, ya que aquel niño alargó, también, los brazos en señal de querer llegar donde se encontraba su mamá.

Se fundieron los dos en un solo abrazo, parecía que el niño había comprendido en el peligro que había estado, ya que le subieron al coche de malas formas, y para remate de todo esto se llevaron al cuartelillo a la doméstica María y a su enlace en aquella ocasión; pues aquella trama que habían urdido los dos había sido un secuestro en orden.

ARTHUR -. Tú tienes mucho dinero.

SAMANTHA -. Que buscar.

ARTHUR -. Es lo que te iban a pedir estos dos.

Comprendí algo sobre la marcha de Dora a su puesto de trabajo, por lo tanto llamé a mi hija Cathy preguntándola por la intervención de su amiga Dora afirmándome mi hija que había ido al puesto de trabajo que era donde tenía ella su mejor medio operativo para poder rastrear los movimientos de una persona.

Al saber aquello me fui derecho hacia donde estaba Dora dándole un abrazo enorme, sin menoscabo de que me viese Samantha expresar mis agradecimientos a la que había salvado al niño de las manos de aquellos rateros.

Al día siguiente me fui a Trabajo y allí me dijeron que se podía rescindir el contrato a la señora María, por no haber respetado la tranquilidad en el medio familiar de donde estaba como doméstica y por haber intentado adueñarse de la propiedad privada, que en este caso era el niño al que querían secuestrar con intenciones perversas.

En el acto, sí en el acto había cogido la policía secuestrando a Christian y menos mal a las averiguaciones que hizo Dora desde su puesto de trabajo, no se llevó a cabo dicho secuestro; pues entonces mi hermano Albert no hubiese tenido suficiente con su comercio para pagar a los rateros el dinero que le hubiesen pedido para devolverle a su hijo.

Pensé, una vez que me quedé a solas al siguiente día, que parte de la jornada del bautizo de los críos se nos había truncado de hecho; pero hasta que llegó dicho suceso lo habíamos pasado muy bien, pero que bastante bien.

No nos habíamos recuperado del susto muy bien, cuando estaban llamando por la puerta de servicios. Era una chica modosita y como con vergüenza; ya que estaba siendo su primer trabajo si la aceptásemos, y al preguntarla cómo se llamaba respondió que María. Otra María teníamos en casa; ya veríamos a ver cómo se portaba ésta María.

No había pasado más de cinco días cuando se nos presentó en casa Betty seguida de su hija Dora, abriéndolas las puertas de par en par, como se suele decir, por haber descubierto Dora la trama que había pertrechado el matrimonio que teníamos antes como personal doméstico: Mejor dicho, el personal doméstico era ella sola, María.

Las pusimos de todos los buenos manjares que teníamos en casa; por lo menos así lo habíamos querido nosotras, ya que nuestras compatriotas a penas tomaron nada: Mejor dicho; pues Dora sí tomó un café y unas galletas. Y al terminar de tomarse su café, Dora hacía como si la hubiese sentado a las mil maravillas aquel café; pues según ella lo necesitaba porque se estaba durmiendo, al no haber podido conciliar el sueño desde el día de autos. A Dora la pasaba igual que a mí, que se me había quitado el sueño desde aquel día debido al sobrecogimiento que tuve en aquella desgraciada hora, en que unos rateros me quisieron quitar a mi niño, mejor dicho a mi sobrino Christian.

Querían jugar los bebés entre sí pero no podían, ya que se encontraban en sus sillitas; pero eso sí, se miraban haciéndose unos gestos con las manos: Las abrían y las cerraban. Era digno ver aquel cuadro que estaban formando los críos entre sí; pues a mí se me saltaron las lágrimas al ver aquello, ya que yo no me esperaba nada. No me creía que fuese a tener ningún niño de mis entrañas.

Lo único malo que tenía presente era el no saber bien qué relaciones se traían mi hermano Andrew con la doméstica María; pues cada vez que hablaban lo hacían con una sutileza increíble, ya que lo hacían con una dulzura que rayaba el intelecto. Tal vez no sería nada, pero yo lo tenía que averiguar en pocos días por si acaso eso iba a más, cortándolo enseguida para que no germinase la semilla del mal en ellos.

Era así tanto, que yo vigilaba todos los días a mi hermano Andrew siempre que hablaba con la doméstica María, y veía en ellos que sus relaciones sentimentales iban a más; siendo mi pesar que ya la habíamos hecho a María un contrato para un año, cuando en general lo podíamos haber hecho por algunos meses. ¡UF!, qué año iría a pasar yo vigilando a mi hermano todos los días, y por qué no decirlo: Le vigilaba hasta por la noche.

Me sentaba todas las noches en mi terraza para recogerme en mi cama a altas horas de la madrugada, no viendo en aquellos dos seres nada de extraordinario; pero si lo vi un día y a plena luz, cuando llegó María a donde se encontraba mi hermano leyendo el periódico, ésta se sentó en la rodilla de Andrew sin más dilación a sus deseos de relacionarse mejor con mi hermano: Lo más gracioso fue, que mi hermano no hizo por apartarla de él para nada.

Y cuando vio aquella chica que mi hermano no se inmutaba, le cogió de las manos como para leer ella también el periódico; y así juntitos poder formar un dúo de buena amistad entre los dos. Yo me fui a llamar al ama de llave para que cortase aquello que estaba haciendo aquella chica con mi hermano Andrew

Pues claro que costó aquella amistad tan allegada que tenía María con mi hermano una vez que el ama de llave la vio de tal guisa. Se fue derecha a donde se encontraba aquella chica tan acaramélala con mi hermano Andrew, y después de pedir permiso a mi hermano, el ama de llaves, la echó una regañona impresionante por propasarse con mi hermano y no guardarle el debido respeto. Tanto fue así, que acudió a las voces que estaba dando el ama de llave el mayordomo de la casa para poner orden en aquella ocasión.

Ya tenía yo dos testigos de cargos para testificar lo que había pasado con la chica doméstica, guardándolo en mi conciencia para cuando surta la manera de hacer patente aquella disposición que tenía María para relacionarse con mi hermano. Pero antes tenía que preguntar a un jurista la manera que había para rescindir el contrato a María, saliendo del bufete de aquel abogado un tanto contrariada, por no haber puesto mi hermano impedimento alguno para que aquella chica no se le hubiese sentado en las rodillas; ya que al parecer, mi hermano era gustoso de ello.

Ahora sí que tendría trabajo con aquella chica, vigilándola a todas horas del día; pues al parecer me encontraba sola, sin ninguna clase de ayuda y sin poder decir nada a mis otros hermanos para que no se enterase mi cuñada Amy, a la que quiero mucho y la deseo todo el bien del Mundo. Pero como yo no estaba segura de que esa manera de obrar fuese la correcta, me fui a la Iglesia para hablar con el cura Párroco de aquel templo.

PÁRROCO -. Los caminos del señor son infinitos: Unos, hija, te llevan por piedras, otros por abrojos y algunos otros. . . ¡Bueno!; para qué te cuento.

ANAÍS -. Sí, padre; pero lo que yo quiero saber, es si estoy obrando bien con mi conciencia, si voy por el camino verdadero.

PÁRROCO -. Para ti, hija, estás obrando bien, según tú; pero para la sociedad estás ocultando la verdad a tu cuñada con no decírselo a ella; ya verás como se termina todo lo que tú me has contado, y así no tienes que desvelarte al vigilar continuamente a dicha doméstica.

ANAÍS -. ¿Y mi cuñada Amy?.

PÁRROCO -. Lo comprenderá todo; puesto que no ha sido ni un desliz, tal vez es la confianza de amistad que tiene con respeto a la chica al verla con menos años que él.

ANAÍS -. ¿Al tratarla como a una niña?.

Aquel Cura no contestó, se limitó a encoger los hombros en señal de no querer decir nada al no saber las intenciones que tenía mi hermano Andrew con respecto a dicha chica. Yo salí de allí más confusa que cuando entré, pues según el padre tenía que comunicárselo a mi cuñada Amy todo lo que yo había visto o por lo menos había sospechado.

Cuando llegué a casa no sabía lo que hacer, y en la cena ya había tenido tiempo de pensar lo que había decidido, y era el contárselo todo a mi cuñada con mucho tacto para no herirla en la susceptibilidad personal. Pero no sabía cómo hacerlo, ya que mi cuñada Amy era muy sugestiva, la dañaba todo lo que se contase en su presencia.

No sabía como hacerlo, y aproveché un momento en el que su marido Andrew se levantó para coger una copa de Brandy en el mueble bar, hablándola de lo primero que me vino a la cabeza y así retenerla conmigo un par de minutos una vez que se hubiese ido toda la familia restante a la cama.

Parece ser que no elegí mal conversación, pues se animó en la misma hablándome con coraje del tema que estábamos tratando, y era de las infidelidades dentro del matrimonio. Ella decía que solamente una cabeza huera podía ser infiel a su pareja; pues si a parte tenían descendencia, todavía lo veía más incorrecto ese asunto.

Aproveché la pausa que se hizo en aquel preciso momento para comenzar la conversación verdadera que nos estaba atañendo, que era la posible infidelidad de su marido Andrew con la chica doméstica que teníamos en casa. Y para ello me puse más cerca de ella, así me oiría mejor, haciendo hincapié en mis palabras.

ANAÍS -. ¿Sabes?.

AMY -. ¿Tú dirás?.

ANAÍS -. Siempre se entera la última la persona afectada.

AMY -. ¡O no!.

Qué quería decir con aquello mi cuñada Amy, ya que yo la estaba preparando para una mala noticia hacia su persona, y en cambio ella me estaba demostrando que tal vez lo sabía ya de antemano.

ANAÍS -. ¿Qué me quieres decir?.

AMY -. No te canses, que lo sé.

Me quedé con la boca abierta, pues iba a responderla; creyendo que Amy diría otra cosa que no fuese esa, más bien creía yo que Amy preguntaría por alguien o las causas a las que yo me refería, pero no: Solamente se limitó a decirme que ya lo sabía.

Y para remachar su posible ignorancia, la tuve que poner en el camino de la verdad al decirle que tal vez nuestra doméstica no era digna de estar en nuestra casa. Pues con todo y eso me volvió a decir que ya lo sabía: Otra vez con lo mismo; la misma respuesta que antes, no sabiendo yo si ella estaba en la verdad o a caso respondía al azar.

Ya no había manera para retener por más tiempo la verdad sobre su marido y la chica que teníamos como doméstica; así que cogí aire en los pulmones y fuerza en el Corazón diciéndola de sopetón la verdad a mi cuñada Amy.

ANAÍS -. Me refiero a María y a tu marido Andrew.

Silencio, un silencio sepulcral invadió las cuatro paredes de aquel salón; solamente se oía el compás del reloj de un carillón que teníamos en aquella dependencia y de vez encunado el roce de la copa sobre la mesa, la que había dejado su marido pues se la estaba terminando de tomar ella, ya que mi cuñada comenzó a dar síntomas de nerviosismo. Pero irguiéndose sobre sí, en el sillón, se dispuso a decirme algo que para mí era trascendental.

AMY -. Ya lo sabía. No te canses más; lo sabía.

Me recosté sobre el sillón donde estaba sentada y ella hizo otro tanto de lo mismo tomándose un sorbo de aquella copa; para después cerrar los ojos como en señal de alivio al poderme decir aquello tal y cual me lo dijo: Sin trabas ni impedimento alguno para su concepto de mujer creyente.

No sé si Amy había podido dormir aquella noche, pero lo cierto era que yo no pegué el ojo para nada, como se suele decir, al pensar en una y en mil tonterías con respecto aquel asunto que me estaba quitando el sueño. ¿Sería verdad que aquella chica no lo hiciese con malas intenciones?; tal vez al ser tan joven, y al no haber tenido hogar definido en muchos años de su vida, ahora creía que nosotros éramos su verdadera familia.

Estando en estas divagaciones, se presentó el mayordomo anunciando al señor Párroco; pues quería hablar conmigo de un asunto trascendental, haciéndole yo pasar a la biblioteca de la casa para poder tener con él una conversación más correcta. Y sencillamente había venido para informarme de aquella chica; ya que era oriunda de aquella ciudad y él, como a todos los catequistas, la conocían muy bien.

Y sí, aquella chica tenía un problema de afecto según me dijo el Párroco; ya que se había criado sola con un pariente allegado a la familia, y a la poca credibilidad que tenía en Nuestro Señor su pariente, ella había permanecido siempre al lado de nuestra fe cristiana.

El padre duró poco tiempo en casa, solamente quiso tomar un café pero sin pastas algunas: Café puro y sin azúcar, para recrearse mejor en el sabor de aquel torrefacto, según él.

María tendría veinte años o un poco más, pero no muchos más; así que lo que me quiso decir el padre era que María estaba formando parte de los catequistas, conociéndola muy bien aquel cura y los componentes de la Iglesia.

Me había quitado el Párroco un pesar por parte de mi hermano Andrew, pero me había quedado una insatisfacción en mí ser al poder comprender que aquella chica estaba a expensa de algún chico que la quisiera mal; ya que al estar falta de cariño, le daría toda su confianza.

Nuestra casa tenía una cierta aura local en toda la ciudad y no quería romper aquel concepto de renombre que había cogido nuestro chalet en pocos años, para no ser mal vista nuestra familia entre los oriundos de la ciudad. A parte que esa fama cogida a tiempo, permitía ciertos favores para con todas nosotras dentro de un orden en aquella gran urbe; haciéndonos disfrutar de un privilegio no legislado, pero que se sobreentendía bien por las esferas más bajas de nuestra sociedad.

Comenzó a tener visitas María en sus ratos de ocios, que eran los menos en el chalet pues las tareas encomendadas a ella eran muchos y múltiples; pero como aquellas visitas eran recomendadas por el cura Párroco, se la dejaba a la chica domestica de la casa recibirlas en su cuarto; y miren por donde una de esas visitas que recibió un día María era de una buena amiga mía, asistiendo yo también en aquella agradable reunión de ecuménicos catequistas.

No sabía yo si aquellos catequistas eran universales, pero para mí lo estaban siendo a mi manera, al ver en todos ellos esa fe que llevan dentro de su ser, difundiendo la palabra de Cristo tal y como podía cada uno, pero la difundía.

Deseos; en cuanto deseos me entraron de sumarme al grupo, lo único que me faltaba era tiempo y mayores creencias en mi ser; ya que mi fe costaba solamente de creer y nada más, y con tan pobre bagaje no tenía cabida dentro de aquel grupo tan concienzudo en sus creencias y en lo que habían aprendido de las enseñanzas de los Sacerdotes.

Ya sabía yo que allí, en nuestra casa, teníamos a una persona cristiana y buena como personal doméstico, a la que se la debía ayudar dejándola algún tiempo de ocio para sus

menesteres evangelizadores. Y para ello se la dio un día de descanso a María en sus deberes de doméstica.

Una mañana había desaparecido mi sobrino Christian; pues no le encontrábamos por ningún apartamento del chalet y como ya había puesto en precedente a María sobre lo que le contaba la anterior doméstica, ésta misma chica, María, se ofreció a buscarle por el contorno del acantilado; ya que yo tenía que dar el pecho a mi niño en aquella precisa hora.

Yo estaba que no vivía y sin querer decir nada a nadie; pues sus padres se encontraban trabajando en su comercio de prendas y vestidos de mujer, con algún que otro traje para caballeros, pues se vendían mejor en aquella ciudad las tallas estrechas que las amplias; encontrándome totalmente sola para hacer frente a aquel despropósito del crío, el ir al acantilado para ver a esos hombres tan pequeños.

Respiré cuando vi que María le traía cogido en su cintura, pues el niño estaba agotado y no podía dar más de tres pasos en aquella arena, pero que era un agobio para aquella chica el tenerle que traer de esa manera desde tan largo; saliendo yo a su encuentro para cogerle al niño y llevarle, en los últimos metros, al chalet.

Pero todavía no se me había quitado de la cabeza la parsimonia que tuvo mi hermano Andrew con María cuando se le sentó en la rodilla; así que le tenía que hacer una pregunta al respecto sobre aquella decisión de no haberse movido para nada mi hermano o de que no la hubiese separado de él a aquella chica una vez que se le sentó en la rodilla.

Aproveché una vez que me quedé a solas con mi hermano Andrew terminada la merienda, pues todos se fueron a sus dependencias para leer un libro o poder conciliar el sueño durante diez minutos sentados en la descalzadota. Y como mi hermano se encontraba leyendo el periódico en un sillón, yo me acerqué a él con intenciones de hablarle; dándose cuenta éste que yo le quería hablar sobre algún asunto que nos estuviese incumbiendo.

ANDREW -. ¡Anda!; dime lo que me quieres preguntar.

ANAÍS -. ¿Por qué sabes tú que yo te quiero preguntar algo?.

ANDREW -. Se te nota en la cara; además te has acercado a mí con mucho sigilo y con mucha prudencia, como queriendo conversación conmigo.

ANAÍS -. Más bien es eso: Quiero conversar contigo sobre un asunto escabroso.

ANDREW -. ¡UY!: Malo, malo, malo.

Se levantó mi hermano Andrew de su sillón, dejando el periódico encima de una mesita que tenía a mano para dejar su copa y dando un par de vueltas por el salón se volvió a sentar de nuevo en el mismo sillón.

ANAÍS -. ¿Qué te pasa: Te impacienta que hablemos sobre algún asunto personal?.

ANDREW -. ¿Qué asunto es ese?.

Aquello lo dijo mi hermano Andrew con un rín tintín que minaba la moral de una persona; pues se veía que no era gustoso hablar de su vida personal, así que me quedó cortada y como descolocada sin saber qué decirle al respecto. Pero yo tenía que apostillar bien lo sucedido en aquel día, cuando María se le sentó en la rodilla.

ANAÍS -. No separaste de ti a María el día que se sentó en tus rodillas.

ANDREW -. ¡AH!; ¿pero lo viste?.

ANAÍS -. Y por poco formo una sonada.

ANDREW -. Entonces te tuviste que dar cuenta, como yo, que aquella chica lo hacía sin ninguna clase de malicia.

ANAÍS -. De lo único que me di cuenta; que María se sentó en tus rodillas y te quedaste quieto sin apartarla de ti.

Mi hermano Andrew se quedó pensativo como queriendo dar con el quid de toda aquella trama, urdida por alguien que no sabía.

ANDREW - ¿Por eso, la llegada del Sacerdote a nuestra casa?.

Ya había resuelto aquel puzzle tan enredoso para él, al comprender por qué había venido un día el Párroco a nuestro chalet, hablando solamente conmigo y con nadie más; si aquel cura era un derroche de simpatía como para haberse ido de la manera que se fue: Sin haber saludado a nadie más que a mí y sin haberse despedido de la familia de casa.

Estando hablando con mi hermano todavía, llegó Dora muy azarada por las noticia que la habían dado en información de su gabinete técnico: Diciéndonos que tuviésemos cuidado; pues unos rateros nos querían desvalijar el chalet cuando estuviésemos fuera de el.

Aquella noticia nos cayó como un jarro de agua fría encima de la cabeza a mi hermano Andrew y a mí, y así se lo hicimos saber al resto de la familia una vez que dejaron su descanso personal en aquella siesta. Alegando Dora que también se lo teníamos que comunicar la noticia a todo el personal doméstico para que estuviesen atentos a cualquier ruido o a cualquier persona extraña que se acercase a nuestro chalet.

La fama cuesta algo por tenerla dentro de la urbe donde vives, y al parecer nos iba a costar el desvalijo de nuestro chalet, delimitándonos los movimientos y haciéndonos que no llevásemos una vida normal en el seno de nuestra familia; pues mientras unos saldrían los otros permanecerían dentro de la casa para espantar a los rateros, que al parecer eran un grupo de pobres gentes sin experiencia alguna en tales menesteres: Pero que por eso, más peligrosos que los mismos expertos en la materia.

Y alerta quedó la casa, pero la vida seguía entre nosotras; no íbamos a quedarnos paradas por la sospecha de que entrasen en casa y nos desvalijasen todo lo que teníamos de valor en ella. Unas salíamos antes y otras después; hasta que un día nos fuimos todas de viaje al pueblo de unos amigos, no quedando en casa ni el señor mayordomo, ya que le llevamos a el con nosotras.

Que paz y que gloria nos entró a todas en nuestra Alma: Aquello era un remanso de quietud, pues donde fuimos a parar fue a una casa de campo cerca de un río, más bien un arroyo grande, donde existía unos olmos y unas vallas impresionantes tupiendo todo el suelo con sus

hojas secas, en donde se oía cada pisada que se daba en dichas hojas por referencia a un ruido característico al troncharse todas las hojas que se pisaban.

Ese olor a heno seco nos producía el gozo de sabernos en el campo y todas gozábamos de ese aire fresco, en donde el remanso de aquel río nos proporcionaba un relax impresionante en nuestra Alma. Allí, donde las rocas se confunden con las nubes, allí donde los líquenes no te dejan subir más de un metro porque te resbalas en las piedras y en las rocas; siendo el musgo primordial en toda la falda de aquella sierra.

Se pasaba un día tras de otro sin darnos cuenta; al ver ordeñar a las ovejas, al ver poner a las gallinas, al ver salir a las bestias emparejadas hacia la majada, al ver arar en el llano con el tractor, al beber el agua en el botijo, al tomar el vino en el porrón, y a tantas cosas que la persona siempre hecha de menos, por ser eso: Por ser persona, y como persona agradece todas estas cosas cuando las ve de cerca.

Quien fuese pájaro para volar a las alturas de aquellos riscos y alcanzar los picos más altos de aquellas cumbres; pero nos teníamos que conformar solamente con mirarlas desde la falda de aquella preciosa sierra, que no era poco; pues su belleza nos daba esa paz en el Alma y ese gozo insuperable en nuestro Espíritu, maltrecho por el ajetreo de la ciudad: Ese ir y venir deprisa de una parte a la otra, de un sitio a otro, ese sin vivir que tiene la persona en una urbe considerable de gentes; unas conocidas y otras desconocidas.

Tanto fue así, que llegamos a casa todas como flotando en una nube de algodón, sin acordarnos que tal vez encontraríamos la casa abierta y desvalijada por completo; pero no fue así, que la casa estaba en perfecto orden y sin pruebas de haber querido entrar en ella por la fuerza, al comprobar que todas las puertas estaban cerradas y en perfecto orden.

Nuestro gozo fue mayor al vernos en casa descansando de aquellos días; pues nuestro sentido nos decía que todo lo que habíamos visto era una visión nuestra, que aquello no podía existir en la Tierra tal y cual lo habíamos visto nosotras, y para el regocijo de nuestras papilas linguales, el mayordomo se había traído de aquel campo una cesta de setas riquísimas, saboreándolas placenteramente en la merienda de aquel día.

Todo había pasado con perfecto orden, hasta que nos dio la piquilla del sueño, yéndonos a la cama, aquella noche, temprano. Yo concilié el sueño enseguida, hasta que me despertaron unos sollozos como de un niño, levantándome enseguida de la cama para ver qué era lo que pasaba en la casa. Y al llegar a las dependencias del personal doméstico, pude darme cuenta que en la cocina tenía el mayordomo cogido por un hombro a un chico joven, que había entrado por una pequeña ventana que existía en la cocina dando al jardín de la casa; pues era la única manera de abrir la puerta a las personas que esperaban en el exterior de la casa.

El mayordomo había llamado a la policía sin habernos consultado; ya que el mismo se puso nervioso, llegando la policía en unos minutos a nuestro chalet acompañados de dos personas mayores, que al parecer era el padre y el hermano del chico más joven: Pues al verlos llegar con la policía a su familia, aquel chico se refirió como a su padre y a su hermano, diciéndolos; - ya veis que esto nos ha salido mal -. El mismo delató a su familia sin querer, y como aquel caso fue el primero que se atrevieron a ejecutar aquellas personas no las queríamos denunciar, ya que no nos habían quitado nada, al no haberlas dado tiempo para entrar a las dos personas mayores, al ser detectado el más joven por el mayordomo cuando fue a coger un baso de agua, ya que esa noche no se había llevado agua a su habitación.

Pero como nos dijo el sargento de la policía: La justicia está para algo, y así tuvimos que denunciar a aquellas personas inexpertas, que nada se habían llevado de casa.

No sé qué estaría haciendo María con tantas imágenes de Santos en su habitación, si tenía todas las mesitas llenas de imágenes, y todavía decía que le faltaba alguna para ser feliz con sus imágenes de Vírgenes y Santos: No sabía yo lo que hacer, si dejarla que recopilase todas las imágenes del Mundo de Vírgenes y Santos o por el contrario llamarla la atención por llenar toda su habitación de aquellas estampitas. Dejé que hiciese a su manera María y en pocos días tenía hasta la pared llena de imágenes sagradas; pues a mí me daba reparos entrar en aquella habitación, aunque nunca lo he hecho.

No sabía lo que hacer con aquella chica, que se creía estuviese en su casa; ya que nos tenía por su verdadera familia, acometiendo las tareas cotidianas que tenía encomendadas con una fe enorme: ¡Vamos!; como si fuese en su casa.

Y como teníamos una persona más dentro de la familia, ya que María se había acoplado en casa como si fuese la suya, yo decidí darla trato primordial dentro del seno familia, empleando a otra chica como personal doméstico para que ayudase a María; cosa que agradeció en el Alma ésta chica.

También había agradecido en el Alma mi hermano Bryan el volver con la chica enamorada de sus huesos; pero como siempre pasa, que mientras uno sí está enamorado y el otro no siente más que simpatía por el primero, aquello se deterioraba. Y así se estaba deteriorando por completo las relaciones entre la chica enamorada de mi hermano y éste, para avivar la llama del amor entre Betty y mi hermano Bryan.

Era así; que todas las tardes se los veía juntos a Betty y a mi hermano Bryan pasear por La playa como dos enamorados: Agarrados de las manos y sin dejar hablar ni una sola palabra entre ellos. Sí parecían dos enamorados que se trasmitían las penas de no estar juntos para siempre en su propia casa.

Los niños se estaban soltando en andar un poco por la casa, pues aunque se caían, se volvían a levantar con más ganas para ir de un sitio al otro del chalet buscando e indagando todo lo que se encontraban a su paso; tenían ganas de saber todo lo que existían en la casa, pero como lo rompían no les dejábamos tocar los jarrones y vasijas que se encontraban a su paso.

Y hasta los pájaros piaban con mejor trino en el jardín de la casa; pues yo me sentaba a primeras horas de la mañana en aquel jardín para oír piar a los pájaros y así recrear el instinto que tiene la persona cuando se relaciona con la naturaleza. Una naturaleza que mientras pasaban las horas de la mañana se volvía cada vez más bravía; oyéndose las olas del Mar derrotar entre las piedras del acantilado: Cerraba los ojos y así creía estar en otro mundo diferente al nuestro; volaba por las alturas en una nube de algodón para luego bajar a la Tierra sin más contemplaciones que el saberme ser persona y nada más.

No había contratiempo alguno en aquellos días para nuestras pobres vidas de amas de casa, y así pasábamos el tiempo, unas veces oyendo la radio y otras veces viendo la Televisión: Algún programa que echasen en ella para deleite de nuestras personas.

Pero aquella balsa de aguas limpias se enturbió con la noticia que nos trajo Dora un día de su mamá, Betty; pues se la había tenido que llevar al Hospital con los pulmones totalmente congestionados; faltándonos tiempos las que estábamos en casa, Amy y yo, para ir al Hospital hacer compañía a nuestra amiga Betty.

Sí, la tenían en una habitación de una planta de aquel Hospital con suero y oxígeno puesto; pues a penas podía hablar alguna palabra, ya que se la veía se cansaba mucho y se agobiaba al intentar hablar por el esfuerzo que hacía. Parecían como si la hubiesen echado unos años encima; tenía el pelo hasta con canas por ciertas partes del cuero cabelludo.

Yo no me quedé muy segura de que a Betty no la hubiese dado alguna vez más aquella misma patología en su vida; así que lo único que quería era ver a Dora a solas y preguntarla por la enfermedad de su madre, y como Dora tardaba en llegar me quedé con Betty hasta que hizo acto de presencia su hija Dora.

Me la llevé fuera de la habitación para poder hablar mejor con ella y así saber qué la estaba pasando a su mamá en realidad.

ANAÍS -. Dime la verdad: ¿Qué la está pasando a tu mamá?.

DORA -. Sí es verdad que tiene los pulmones atascados, pero a causa de una hinchazón en las piernas aguda que tiene ya desde hace muchos años.

ANAÍS -. Pues a penas se la nota.

Dora levantó cuando llegamos otra vez a la habitación las sábanas de Betty viéndoselas las piernas totalmente hinchadas, y lo malo no era eso; que lo peor sería cuando lo viese mi hermano Bryan. Sufriría una decepción con aquella señora monumental, no sabiendo yo hasta qué punto le afectaría aquella visión que presentaba nuestra amiga.

Y claro que lo vio y se decepcionó mucho con Betty, pues ésta señora presentaba una imagen mucho mayor que era, estaba hecha una abuelita y con la mascarilla puesta todavía la favorecía menos; dando una visión agotada por completo.

Desde luego que mi hermano Bryan sufría y sufría mucho al ver así a su amiga Betty, postrada en la cama del Hospital con un síntoma de asfixia completo. Yo no sabía como calmar su atormentado Espíritu y su no menos desequilibrado pensamiento para con su amiga del Alma; ya que no tenía descanso alguno en su agobio sentimental para dicha señora.

A los veintiséis días salió Betty del Hospital como una pavesa, llena de cardenales a consecuencia de las vías del suero de tantas como la ponían; produciendo un efecto negativo su imagen para toda la persona que la viese. Así mi hermano Bryan no hacía más que mirarla a los brazos, sobre todo a las muñecas con cara de rechazo hacia aquella señora, al verla tantos cardenales en ellos, y la cara como congestionada. . . En fin que no le estaba gustando mucho a mi hermano al verla así a su amiga.

No se le veía tanto marchar hacia la casa de Betty a mi hermano Bryan en aquellos días, pero sí se le volvió a ver con su enamorada de la ciudad; pues una tarde tuve que acompañar a mi hija Cathy para comprarse unos zapatos al centro de aquella bella ciudad, pudiendo ver a mi hermano con su enamorada pasear por aquellas calles céntricas como dos tortolitos, a quien no les importaba nada que los viesan juntos.

Yo no dije nada a mi hija Cathy; ya que ésta no se había percatado de la presencia de su tío en aquella ciudad, así no se enteraría Betty de aquello incrementándola su padecimiento dentro de su enfermedad. Dejé que siguiesen su camino aquellos dos enamorados y nada más, por no querer dar dos cuartos al pregonero.

Pero por la noche y después de la cena, me fui detrás de mi hermano Bryan para saber algo más sobre el tema que traía con aquella chica. Él ya sabía para qué le seguía yo; pues como me dijo, nos había visto en la ciudad aquella misma tarde, no llamándonos la atención para no comprometer mucho a aquella chica: Todavía estaba aquella amistad cogida con alfileres.

ANAÍS -. A eso me refiero yo: ¿A qué clase de amistad tienes tú con esa chica?.

BRYAN -. Muy buena.

ANAÍS -. Ya sé eso. ¿Me refiero si la chica se está haciendo ilusiones contigo?.

No me pudo contestar, pues en aquella ocasión llegó mi sobrino Christian con un coche de juguete que se armaba y se desarmaba, para que se lo montase su tío Bryan quedándose el niño, una vez que le armó el coche su tío, jugando con el cerca de nosotras. Me levanté y me fui de allí dejándolos solos al tío y al sobrino para que jugasen ellos dos con el coche.

Por lo menos mi hermano estaba advertido para que no hiciese daño alguno a aquella chica que tanto le quería; ya que se la veía en la cara estaba enamorada de él. Y para que no la hiciese daño alguno me fui al día siguiente a la ciudad con la sola intención de ver aquella chica y poder hablar un poco con ella.

No me fue fácil ver aquella chica, ya que al parecer no rondaba mucho ella sola por aquellas calles llenas de gentes, y teniendo paciencia la pude ver dirigirse hacia la Iglesia para rezar el Rosario; pues en aquella hora no había Misa alguna, y así era. Al entrar yo en la Iglesia oí rezar el Rosario a medio centenar de personas que había en el templo de Dios.

No quise molestar y me senté detrás de las últimas personas que había rezando en la Iglesia, y así esperarí a aquella chica para que saliese del templo y poderla abordar con una conversación en plena calle.

Comenzaron a salir las personas que había dentro de la Iglesia, pero aquella chica no salía, no sabiendo yo el motivo por el cual tardaba salir la chica; así que mirando mejor me pude dar cuenta que aquella chica se estaba confesando, teniendo detrás de ella a dos señoras que querían hacer lo mismo.

Con todo y eso esperé para que saliese la chica que me incumbía relacionarme con ella, y para ello me puse dos metros separada de la puerta y así hacer que me chocaba con ella en mi paseo por aquella calle una vez que saliese de la Iglesia aquella joven.

Me fui a chocar con ella, parándome la chica con una mano y como si ya me conociese personalmente; pues a penas se disculpó haciendo un gesto cariñoso conmigo.

CHICA -. No hace falta que disimule usted conmigo: Sé quien es usted.

ANAÍS -. ¿Y no la dice nada este encuentro?.

CHICA -. Si quiere hablar mejor conmigo, sígame hasta cerca de mi casa.

No me dijo que nos sentásemos en una terraza de las tantas que había en el centro de aquella ciudad; solamente me invitó a seguirla para poder hablar mejor con ella, y así lo hice yo. Pues siguiéndola hablamos de la situación tan comprometida que tenían los dos jóvenes entre sí; ya que aquella chica quería mucho a mi hermano Bryan.

Comprendí que para aquella chica no había hombre alguno mas que mi hermano Bryan y nadie más; así que solamente me quedaba preguntarla por su nombre y no sabía yo cómo hacerlo, viendo la chica que estaba cortada, muy cortada mi persona con ella y abriendo la boca me transmitió su nombre de pila: Me llamo Marta.

Por lo menos sabía ya como se llamaba aquella chica y que le quería mucho a mi hermano Bryan, eso se la veía en la cara; no hacía falta palabras algunas para saber que aquella chica estaba enamorada de mi hermano.

Lo más asombroso de aquella chica era que me conocía sin haberme presentado nadie a ella; tal vez mi hermano Bryan la dijo quien era yo alguna vez que me vieron pasear por las calles de aquella bella ciudad. Pero eso ya era lo de menos, lo más sería que aquella relación entre mi hermano y Marta siguiese para adelante sin trabas ningunas. Y para ello había que andar con mucho tiento; más bien por Betty aunque se encontraba postrada en cama aquella buena amiga nuestra, pero me daba pena de ella al saber que se encontraba mala, no pudiendo dar al hombre lo que este demanda.

Se lo comuniqué a mi cuñada Amy un día que estábamos las dos en el jardín de la casa viendo jugar a nuestros bebés, y al momento repuso mi cuñada lo que yo ya he dicho; Lo de pobre Betty. No sabíamos lo que iba a ser de ella; tanto en su estado físico, si se pudiese curar su enfermedad, como también en su estado psíquico sobre los amores de Betty que son los concernientes a mi hermano Bryan.

Bryan siguió saliendo con Marta casi todos los días, y los sábados por partida doble; ya que no trabajaban ninguno de los dos saliendo por la mañana y por la noche hasta altas horas de la madrugada: Pero eso sí, mi hermano llevaba hasta la puerta de su casa a Marta todas las noches que la sacaba de paseo.

A Betty no la volvimos a ver más, sin saber que era de su vida; y una vez que se presentó en casa su hija Dora la preguntamos por ella, diciéndonos Dora que se encontraba mejor y que estaba en tratamiento, sin querernos decir nada más de Betty.

Al parecer Dora se encontraba en su puesto de trabajo hacía unos días; pero para ver a su mamá seguía viniendo todos los fines de semana que podía a la casa de Betty y así la hacía compañía, pues se sentía muy sola. Aquello que nos dijo Dora, de que su madre se sentía sola, nos llegó al fondo del Alma a todas nosotras, pues no habíamos ido a verla ni un solo día.

Excusas, como excusas buscamos todas delante de Dora, para que no nos viese ésta señora la deferencia tan corta que habíamos tenido para con su mamá diciéndola, que no habíamos podido ir para visitar a su mamá Betty por asuntos que no nos concernía, pero que debíamos tomar conciencia de ello; entendiendo Dora de qué asunto se trataba.

DORA -. Entiendo.

ANAÍS -. Dora, hija; esto es muy fuerte, pero hay que hacer frente al tema; ya que mi hermano y esa chica se quieren.

DORA -. También se querían Betty y Bryan.

Tenía razón Dora, pues hubo un tiempo que se estaban queriendo mi hermano Bryan y Betty con todas sus fuerzas; pero las cosas del amor son imprevisibles, nadie sabe decir lo que va a pasar entre un chico y una chica cuando están saliendo los dos. Pero en este caso se sabía bien que mi hermano le gustaba Marta, no sabiendo hasta qué punto le gustaba; pero lo que sí se veía, era el cariño que tenía Marta a mi hermano Bryan.

Ya sabíamos cual era la verdadera causa de la hinchazón de piernas que tenía Betty, pues hasta las rodillas se la habían hinchado, con un color de piel que no era característica de la tonalidad que tenía antes en ellas; pues era blanca y agradable: Habiéndola detectado hepatitis C según las pruebas que la hicieron en el Hospital a Betty.

Enseguida se me vino a la cabeza el pensamiento de que aquella señora estaba sufriendo mucho por mi hermano Bryan, teniendo dicha señora un estrés continuo en todo su cuerpo,

estando sometida a un duro tratamiento y a mucho reposo; por eso no la habíamos visto en nuestra casa desde hacía mucho tiempo.

Se la veía el cariño que tenía Betty a mi hermano Bryan, que estaba sufriendo por él por no decir otra palabra más lúgubre, para no herir el inconsciente de las gentes que lo están pasando igual que dicha señora; pero que por nadie pase esto como he podido ver yo en los sufrimientos de mi amiga Betty.

No podíamos dejar pasar más tiempo en dirigirnos para ver a nuestra amiga Betty y para ello decidimos ir a ver una vez que estuviésemos todas juntas; así surtiría más efecto en la sensibilidad de Betty y nos lo agradecería bastante más dicha visita que la hiciésemos en aquellos días de desaliento y dolor físico para nuestra querida compatriota.

Nos abrió una señora la puerta haciéndonos pasar al salón para anunciarnos a nuestra amiga Betty y nada más que supo dicha señora quién éramos, nos recibió en su habitación; ya que estaba postrada en la cama con reposo.

No parecía ni ella, no tenía fuerzas ni para incorporarse, la fatiga en aquella mujer era lo que imperaba en su organismo, estando todo su cuerpo amarillo: ¡Vamos!, que daba sensación de completo agotamiento y de sistema terminar. No era de buen agrado estarla viendo, pero como era nuestra mejor amiga, allí que resistimos todas nosotras para hacerla un rato de compañía agradable para ella; ya que como vimos nosotras lo estaba agradeciendo mucho nuestra amiga Betty.

Una vez en nuestra casa comentamos todas nosotras lo mal que lo estaba pasando nuestra compatriota, pero al parecer el tratamiento que tenía era la mejor manera para curarse de su enfermedad nuestra amiga Betty, y como dijo ella; con todo y eso estaba ya un poco mejor, debido a dicho tratamiento que estaba llevando a rajatabla.

En pocos días llegó su hija Dora visitándonos a nosotras para agradecernos que hubiésemos ido para visitar a su mamá, y que las gracias las hacía extensivas de su misma mamá; ya que la había aconsejado mucho que nos lo dijera, como echándonos un gancho para que volviésemos a ir algún día más para verla y poder estar un rato con nosotras.

Quisimos llevárnosla a Dora con nosotras aquel Sábado por la tarde para dar una vuelta en el centro de la ciudad y así podernos evadir un poco de los problemas cotidianos de nuestro entorno familiar, pero no quiso ir alegando que donde debía estar era al lado de su mamá, ya que esperaba un cable de su abuela preguntando por su hija Betty.

Ninguna de nosotras le dijimos a Bryan como se encontraba Betty, por si le sentaba mal saber la verdad de nuestra amiga; ya que no era muy agradable dicha noticia, y sobretodo cuando se ha tenido amistades tan estrechas como ellos dos, Betty y Bryan, pues para nada merecía mi hermano estar serio por dicha noticia: Tal vez se inculparía él mismo.

Lo que sí no pudo inculparse fue del atropellamiento que sufrió Marta una tarde en la ciudad, ya que al doblar una esquina venía un coche a más correr no pudiendo frenar a tiempo para no hacer daño alguno a aquella chica; pero por más que quiso frenar, las llantas no le dejaron parar el coche al patinar en el asfalto tan lleno de aceite de los demás coches.

Otra visita que tuvimos que hacer en aquellos días y fue al Hospital donde estaba ingresada Marta curándose de las heridas sufrida por aquel coche; pero aquella chica no estaba ni mucho menos como nuestra amiga Betty, Marta tenía otro semblante más agradable a la vista, sus pelos rubios la caían por el pecho como en señal de querernos decir, que se encontraba bastante bien para lo que podía haber sido y no fue. Los ojos la brillaban con el esplendor de esa juventud que ella tenía, y la sonrisa la salía a la cara con mucha facilidad; no hacía gestos impulsivos con las manos, y eso que las tenía fuera de las sábanas de la cama donde ella se encontraba postrada por sus heridas: Era un Ángel la criatura.

Cuando salimos del Hospital todas nosotras coincidimos en lo mismo: Era la chica que le convenía a nuestro hermano Bryan. De su misma edad y con los mismos gustos y manera de ser en la vida, por estar en la misma onda, como se decía, para entenderse mejor entre los dos en la vida; pues es lo más importante entre las parejas, el comprenderse y amarse respetuosamente sin trabas ni pega alguna.

Saliendo nosotras del Hospital entraba nuestro hermano Bryan para ver a su enamorada Marta; cosa que a mí me agradó mucho, ya que la iría a encontrar guapísima pese a su dolencia

que tenía en todo su cuerpo. Y al llegar mi hermano a casa le pregunté por Marta en un momento que me quedé a solas con él.

ANAÍS -. ¿Cómo has encontrado a Marta?.

BRYAN -. ¡Guapísima!.

Bastante me dijo, eso era lo que yo quería oír de él; que la había visto guapísima a su enamorada, pese a estar postrada en la cama de un Hospital: Ahí sí había ya algún sentido de cariño para con aquella chica, tan modosita y tan guapa.

Un día se presentó María con una herida en la rodilla y con varios hematomas en la espalda hecha por un forzudo hombre que la había acosado cuando iba al supermercado para comprar unas frutas para la comida del día, ya que se nos había terminado la que estaba almacenada en la despensa.

No sabía María quien era ese hombre que la había acosado yendo para la compra del supermercado, pues en aquella ciudad había infinidad de hombres semejante al que aquella chica describía; por lo tanto no se podía averiguar mucho de aquella persona desequilibrada mentalmente, pero que por eso se debía averiguar quién podía haber sido de los muchos foráneos que había en aquella ciudad en los días veraniegos.

Cuando ya se restableció María salió con mi sobrino Christian por la playa para dar un paseo por ella y así pudiese jugar el niño con la arena de la misma playa, viendo a un joven que se acercaba a ella; y aunque yo estaba un poco retirada de ellos pude oír bien lo que la dijo aquel chico a María. La deseaba que se recuperase lo más pronto posible, así la volvería a ver por las calles de aquella gran ciudad; y se lo decía así: Sin más ni más, no dando rodeo alguno aquel chico para desear que María se recuperase lo antes posible y poderla ver ir y venir por las calles de aquella ciudad.

Era tanto como decirla que la apreciaba mucho, por no decir otra cosa al respecto que yo estaba pensando de aquel chico, que había salido tan espontáneamente al encuentro de María, haciendo caricias al niño, para quedar bien con ella. Pero María no estaba por seguirle la

corriente aquel chico, haciéndole gestos con las manos de que se marchase de su lado; aunque mi sobrino sí le estaba gustando la presencia del joven, ya que sacó del bolsillo algo que a mí no me gustó, y levantándome vi que era un cochecito. Pues yo creía que era un caramelo, escamada por haber oído en la radio algo de eso: De que te dan un caramelo y hacen de ti todo lo que ellos quieren, así como te arriman a las narices un pañuelo impregnado en una sustancia quedándote paralizada un cierto tiempo.

Aquel chico parecía que apreciaba a María, pero la chica no estaba por la labor del chico y cogiendo al niño volvió otra vez al chalet para jugar con mi sobrino en el jardín de la casa a un juego que le estaba ella enseñando al niño.

Yo me acerqué a María sin decirle nada del chico; solamente la dije que la había visto salir con Christian volviendo con él enseguida y ahí me paré, no dije ni una palabra más al respecto por cortesía de la chica doméstica y por saber mejor que siempre se saca más cuando se calla una que cuando empiezas hablar de algo banal: Es entonces cuando la persona no se centra en la conversación, ni hace esfuerzos por oírte, no habiendo manera de sacarla una palabra de sus adentros para nada.

Por lo tanto sin yo sonsacarla algo, ella me dijo quien era ese chico; pues al parecer se le veía de vez en cuando en la catequesis sustituyendo algunas compromisorias de aquella causa tan buena y tan leal para con la fe cristiana. Quedándome yo más tranquila al saber que aquel chico era creyente.

Mi niño estaba dando sus primeros pasos en su vida y para ello le compré un tacataca que es un andador para los bebés cuando dan sus primeros pasos, para que no se puedan caer con tanta facilidad al suelo; pero aquel día me dio la idea de sacarle de su andador para ver cómo se sostenía él solo en sus primeros pasos. Y desde luego cada dos por tres estaba en el suelo, al no saberse defender muy bien por sí solo; cosa que me dio qué pensar, pues sus piernas eran muy débiles y no tenía muy definidos los músculos de la misma: Le sacaría todos los días del andador para que supiese andar por sí mismo y no ayudado.

Lo único que me faltaba era que me tirase todo al suelo mi niño a su paso; no sabiendo yo si era por sujetarse y no caerse al suelo, o por el gusto de saber qué era aquello: Estaba

empezando a querer saber qué son las cosas que se encontraba a su paso; lo mismo veía yo en la niña de mi cuñada Amy, que no dejaba títeres con cabeza.

Una tarde que me fui con mi hija Cathy a la ciudad para agenciarme ropa interior, cuando llegué a casa parecía que me habían entrado en ella, de los chismes y trapos que había tirados en el suelo, así como alguna que otra cerámica rota. Enseguida me supuse lo que había pasado, no hacía falta que el ama de llave ni María me lo dijiesen; que yo me imaginaba muy bien lo que había pasado allí aquella tarde con los dos pequeños de la casa.

Hasta salió diciendo mi sobrino Christian que habían sido los dos más pequeños de la casa los que habían tirado todo aquello al suelo, que él no había sido, y así se inculpaba de todo para que no le llamasen la atención; por tener miedo a que le achacásemos a él dicho estruendo.

Y como no había visto a Marta, la amiga íntima de mi hermano Bryan una vez más en la ciudad, sospeché que no se encontrase en aquel hermoso pueblo; pues otras veces que había ido al centro de la ciudad no pude verla.

Tuve sospecha de que Marta no fuese gustosa de faltar a su cita diaria en el centro de aquella bella ciudad; por lo tanto llamé al mayordomo proponiéndole unas vacaciones anticipadas en la misma playa.

ANAÍS -. Sebastian le veo muy cansado.

SEBASTIAN -. Con permiso de la señora: No tanto como usted cree.

ANAÍS -. Le digo yo que sí, Sebastian.

SEBASTIAN -. Como la señora diga.

Aquello ya estaba mejor, pues Sebatia se estaba doblegando a mis intereses particulares: Me había cazado la idea al vuelo, con tan sólo que le apostillé de que sí estaría bastante cansado; por lo tanto le tenía a mi mano para hacer de él lo que yo quisiera, en medida que se ajustase a unas reglas humanas bien definidas.

Solamente quedaba ya exponerle mi plan, para que se ajustase a unas fórmulas bien definidas a mi proposición que le hice para que tomase el mes de vacaciones; pero eso sí: Con

solo la idea de que viviese en un chalet que yo había alquilado en la costa, cerca de nuestra compatriota Betty; ya que su hija Dora no se encontraba con ella en aquellos días.

El plan estaba urdido con la sola idea de que Sebastián me informase de los movimientos que había en el chalet de mi amiga Betty: Cuando salía y entraba ésta en su casa, así como las visitas que tuviese en su chalet.

Pese a que Sebastian era reacio a dichos tejes y manejes, aceptó de malas maneras, por no tener otra escapatoria que irse al chalet que yo había alquilado para él en aquel mes de verano, y allí que se fue con su maleta como si fuese un turista más en las costas de aquella bella ciudad.

Traje blanco, gafas oscuras pañuelo al cuello, sombrero con una cinta colorada a su alrededor y unos zapatos blancos y negros a la vez: Estaba desconocido Sebastian hasta para quien sabía que era él. Aparte que se le puso una faja haciéndole la figura más esterilizada y más bella; parecía como si fuese un hombre más joven, con una capacidad vivare chera en la vida de la persona que había recorrido mucho mundo.

Solamente me faltaba arreglar mi casa como componente social, y para ello llamé al ama de llave para comunicarla el permiso que le había dado al señor Sebastian haciendo hincapié en ello, así que lo comprendió enseguida el ama de llave para más tarde llamar a María, la anterior doméstica, comunicándola mi intención, de que su marido tenía que apoyar al señor Sebastian en el operativo que yo había montado para vigilancia del chalet de la señora Betty.

MARÍA -. ¿No sabrá el señor Sebastian de dónde viene mi marido?.

ANAÍS -. Tranquila, que no se enterará.

Como no fuese por él mismo, no se enteraría el señor Sebastian de que el marido de María, la anterior doméstica, había estado recluido en prisión durante unos años, estando rehabilitado para lo sociedad; así que formaría un equipo bien allegado entre los dos.

Yo veía que a regañadientes me hacían caso aquellas personas, pero lo que no veía era el desánimo con que lo hacían: Se caían todos ellos hacia un lado al no estar de acuerdo con mis intenciones de vigilancia hacia la señora Betty. No entendían las causas por qué lo hacían, sin saber que yo sospechaba de mi compatriota el haber desaparecido, de nuevo, la chica que salía con mi hermano Bryan, Marta.

Pero con todo y eso lo hicieron magistralmente, todos cumplieron su acometida con suma perfección y estando en estos menesteres, se presentó en mi casa un amigo y compañero de Dora anunciándome que dejase vigilar a la mamá de su querida compañera para no meterme en alguna clases de problemas.

Yo me quedé perpleja al saber que se habían dado cuenta de la trama que yo tenía formada con la mamá de Dora; pero como me pude enterar, Betty no sabía nada de la trama que yo la estaba urdiendo para que no rompiese sus amistades conmigo.

No me arredré y seguí decidida a que mi personal me comunicase todo lo que yo quería saber con respecto a las idas y venidas de la señora Betty; así de quién entraba y salía de aquella casa, sin falta de tiempo y con todo detalle posible.

Un día me llegó el señor Sebastian con una lesión en la rodilla por querer saber qué había en el acantilado, ya que al parecer se oían algunas voces en tiempos definidos; y era que las olas al chocar con el acantilado producía un ruido como de voces de personas. Y como no quería tenerle en casa más de unas horas, cuando le curó el doctor le mandé otra vez al chalet que tenía alquilado para la vigilancia de la señora Betty.

No era posible saber dónde tenía a Marta, ni dónde la había encerrado para que mi hermano Bryan no la viese; pese a que la señora Betty visitaba mi casa todos los días, una vez repuesta de su enfermedad, con el afán de lograr conciliarse con mi hermano una vez más, y yo creía que lo estaba logrando; ya que la veía en compañía de Bryan todos los días pasear por la playa que teníamos enfrente de nosotras.

Un día vi venir a mi hermano Bryan a altas horas de la noche de casa de mi compatriota Betty, no gustándome nada aquello; ya que a quién quería era a Marta, pues por Betty mi hermano sentía afecto, mucho afecto, solamente.

Ya estaba tirando la toalla, cuando me llegó la señora doméstica, que habíamos tenido antes, María, contándome que había observado entrar en el chalet de la señora Betty a un hombre con rasgos característicos de otra nación diferente a la nuestra.

ANAÍS -. ¿Es que usted, María, vigila por su cuenta el chalet de la señora Betty?.

No me dijo nada, solamente se limitó a bajar la cabeza como avergonzada de dicho acto quedándose interesada en lo que yo la pudiese decir al respecto y para que no comprendiese el carácter de donde llegaba mi interés por vigilar a la señora Betty no volví a decirle nada de dicho acto, solamente me limité a invitarla para que se retirase con su marido.

Ya sabía yo más de lo que me estaban informando Sebastian y el marido de María; pero tuve que ser precavida, ya que podía haber sido un compañero de su hija Dora el que entrase aquel día en el chalet de la señora Betty para hacerla una visita en nombre de su hija; así que no podía dar mucha publicidad al asunto.

Ahora tendría que saber yo de quién se trataba dicha persona, si de un amigo o compañero de su hija Dora o de un conocido suyo y nada más; pues en caso que fuese un conocido suyo la cosa variaba mucho, ya que tal vez tendría algo que ver con la desaparición involuntaria de Marta: ¿O tal vez no?.

No sabía cómo hacerlo, de modo que le di noticias a Sebastian para que vigilase muy de cerca la entrada de aquel señor en el chalet de Betty, que más bien que chalet era una casa hecha en plena costa de Mar.

Seguí sin tener respuesta por parte de Sebastian, así que llamé al marido de la señora María para saber la realidad de lo que estaban haciendo los dos en el chalet alquilado; ya que ninguno de ellos me informaba nada sobre los movimientos de entradas y salidas de aquella casa un tanto destantalada que tenía la señora Betty.

El marido de la señora María no sabía qué decirme al respecto; pues el no había visto entrar ni salir a ningún hombre en casa de la señora Betty, cosa que me dio alguna sospecha, pues si ellos habían estado atentos a su acometida habrían visto salir y entrar aquel señor en casa

de la señora Betty; por lo tanto la estancia de aquellos dos señores ya no tenía ninguna forma de ser para que permaneciesen en el chalet alquilado por mí, llamándolos de inmediato a mi presencia para decirles que desistieran en su empeño de vigilar la casa de la señora Betty.

Y una vez teniendo en mi chalet al señor mayordomo todo se estabilizó enseguida; ya que el ama de llaves no podía con tanto trabajo como tenía en su nueva acometida. Lo que no sabía yo que tendría que hacer con el marido de la señora María, la antigua doméstica, ya que también se instaló en mi casa; pues al parecer estaría de una forma indefinida en ella, siendo el pago recibido por la prestación de su ayuda por aquella vigilancia.

No lo pensé más: Le volví a encargar del jardín, al marido de la señora María, y a la limpieza de la entrada del jardín por el lado de la playa; para que no se formasen unas pequeñas dunas de arenas en dicha entrada una vez que el viento traía aquella arena chocando con las gradas de la entrada y así se conservaría limpia toda la entrada. Y como por la puerta principal, también se observaba aglomeración de arena de vez en cuando, le encargué que limpiase todos los días la entrada principal del chalet, teniéndole empleado en dichos menesteres.

Yo seguí con las ganas de saber quién visitaba a mi compatriota Bettuy, sobre todo el caballero que vio un día la señora María, la antigua doméstica, y mientras tanto dicha compatriota entraba y salía todos los días de mi casa, viéndose con mi hermano Bryan; pero mi hermano Bryan salía y entraba en la casa de la señora Betty todos los días como si fuese la suya propia.

No solamente le veía salir a hermano Bryan de día de aquella casa, también le veía a altas horas de la noche, volviendo a mi chalet con una cara de alegría que no podía ocultar la felicidad que traía una vez que llegaba de la casa de mi compatriota Betty. Poco a poco fue perdiendo el cariño hacia la chica con quien salía, Marta, por falta de verla y yo estaba que no cogía en mi piel al comprender que le estaba acaparando la señora Betty para sí a mi hermano Bryan.

No podía consentir que dicha señora engatusase a mi hermano Bryan, pese a ser muy amiga mía; ya que tenía su edad y no era para que mi hermano viviese con ella el resto de su vida: Así que exaltada por el interés en saber qué los había pasado a los dos señores que había

puesto para la vigilancia de la casa de la señora Betty, llamé al mayordomo una mañana en mi despacho.

ANAÍS -. No se moleste usted, Sebastián, si le hago una pregunta.

SEBASTIAN -. Está usted, señora Anaís, en todo su derecho en hacerme toda clase de pregunta.

Sebastián no huyó por que lo yo le iba a preguntar, y eso que ya se lo sospechaba él; pues ya me había visto muy seria y pensativa en aquellos días, en los que estaba a punto de pasar alguna cosa desfavorable para mis intereses sobre mi hermano Bryan, por eso seguí reteniéndole allí conmigo para saber más sobre el asunto que me concernía; que era saber más y más de los días que había pasado en el chalet alquilado por mí.

Sebastián me miraba con cara de sorpresa, ya que yo tardaba en hacerle la dichosa pregunta que le había anunciado, mostrándose éste un tanto inquieto pese al acople moral que tenía en su Alma metida en todas las horas del día.

ANAÍS -. Sebastian, sea usted amable: ¿dígame si ustedes dos recibieron alguna visita en el chalet que tenía yo alquilado?.

SEBASTIAN -. Llegaron de uniforme vestidos.

ANAÍS -. Está bien. Ha sido usted muy amable en contarme la verdad: Puede usted retirarse.

SEBASTIAN -. Como guste la señora.

Sebastián se retiró a las dependencias interiores de la casa, pero no sin dejar ver la entrada a la misma; parecía como si éste señor esperase alguna visita no deseada, cosa que si fuese así; pues Sebastian sabía más que lo que me había contado hacía unos momentos en mi despacho y a solas.

Efectivamente, sonó el timbre de la puerta yendo Sebastian para abrir aquella puerta; parecía que no quería la abriese nadie más que él, presentándose en mi casa la hija de la señora

Betty, uniformada como si estuviese de servicio oficial dentro de los marines, y eso que fuera de la base estaba terminantemente prohibido vestir de uniforme.

Una vez que la anunció el mayordomo, recibí gustosamente a la señora Dora, tratándola con el rango deseado de su categoría dentro de los Marines de Los Estados Unidos del Norte de América.

Comenzó diciéndome aquella señora, que había llegado a ésta grandiosa y bonita Nación hacía un par de horas y para no incumplir dentro del protocolo de la Sociedad, me estaba visitando para ver cómo me encontraba, no pronunciando palabra alguna sobre su mamá, la señora Betty. Yo agradecí aquella deferencia que estaba teniendo conmigo la señora Dora, no hablándola nada sobre su mamá, la señora Betty; ya que en sí dicha familia era muy correcta y afable para con las personas que las conocían, así que a mí no me quedó más remedio que portarme igual que dicha señora, con el mismo carácter simpático como ella lo estaba haciendo.

Comenzó hablándome la señora Dora del viaje tan repentino que había hecho, queriendo saber cómo me encontraba yo, así como me estaba yendo la vida dentro de la monotonía que estaba siendo el tono general todos los días en mi casa. Estuvo un cuarto de hora hablándome de todo menos de su mamá, no sospechando yo lo que me iba a decir en unos momentos al despedirse.

SRA. DORA - ¡Bueno!: Que me voy. Con usted estoy encantada, pero tengo que acompañar a mi mamá Betty al ginecólogo; ya que se encuentra un tanto pesada.

No sabía yo qué tanto pesada se encontraba la señora Betty, que había tenido que venir de improviso su hija para acompañarla al ginecólogo en aquel día: pero antes de marcharse de mi casa la señora Dora miraba mucho para todas las partes, como queriendo ver a alguien que ella no podía observar dentro de la casa. Y para que no tuviese duda de que esa persona no se encontraba en la casa repuse al momento.

ANAÍS -. No se encuentra aquí, está trabajando.

SRA. DORA -. Muy amable.

Se fue la señora Dora de mi casa con el conocimiento de que mi hermano Bryan no se encontraba en mi casa, ya que estaba trabajando en su puesto en la empresa. Aquello no quedó ahí; ya que mi cuñada Samantha llegando a casa me indicó que había visto a la madre y a la hija entrar en una consulta de un ginecólogo afamado en aquella bonita ciudad.

Samantha no me dejaba mirar para saber qué era lo que yo pensaba en aquella hora de espera y de poca decisión por mi parte al saber que a la señora Betty la hacía falta visitar a un especialista de las mujeres. Así que mi cuñada Samantha no dudó ni un momento en preguntarme por mis pensamientos -. ¿Y qué?-.

Nada de nada; yo no pensaba ninguna cosa, ni tenía decisión, ni voluntad para hacer o dejar de hacer algo que después me iría arrepentir de ello.

Pero cuando me vi a solas pensé en lo que me dijo la señora Dora, que su mamá se encontraba muy pesada; no sabiendo yo en qué condiciones de tanto peso se encontraba la señora Bety, que tuve un momento de indecisión para seguir pensando por el agobio que me dio al comprender que aquel peso tal vez sería por algo. . . pero no. No podía ser que fuese lo que yo estaba pensando, ya que mi hermano tenía mucho cuidado, según creía yo: ¿Pero y sino fuese así?.

Tal vez mi hermano Bryan se hubiese descuidado con aquella señora, con sus mimos, con sus palabras de agrado para él, con su manera de ser y de portarse a la perfección: Si cuando estaba mi hermano en su casa le hacía unas comidas insuperables de buenas en sabor y gusto.

Pero no; no podía ser lo que yo estaba pensando acostada aquella noche, ya que no podía dormir ni un solo momento. Oí dar las tres despierta y hasta las cuatro y las cinco y ya cuando iba a quererse ver, con las primeras luces del día me quedé un poco adormilada, despertando cuando me dieron los rayos del Sol en la cara; ya que sentí el calor de aquellos rayos tan sublimes.

Cosa mal hecha, pero a primeras horas de la mañana me fui a visitar a la señora Betty para preguntarla por su estado físico y créanme que no lo hice ni medio bien; pues la pregunta

que la hice era directa para que me contestase dicha señora lo que yo estaba creyendo, en vez si se encontraba mala en aquellos días. Y así fue, que me contestó rectamente a la pregunta mi compatriota Betty.

SRA. BETTY -. Me encuentro embarazada.

Así, de esa manera; llana y simplemente me dijo, que se encontraba embarazada: Pero lo que no sabía yo de cuantas semanas estuviese en dicho estado físico, no dudando ni un solo momento decirla -. Que ya se lo diría a mi hermano Bryan -. Y al hacerla yo un gesto con la cara como para saber si ya lo sabía mi hermano Bryam ésta señora me devolvió otro gesto con su cara, diciéndome que me lo agradecería se lo dijese a mi hermano Bryan; pues al parecer no le había visto desde hacia ya dos días, según me dijo ella.

Como habían servido el té me tuve que cambiar de sillón, yéndome a una silla para tomarme aquel té en reunión de todas nosotras, pero cuando pasé por una mesa pequeña que había a un lado de aquella habitación pude darme cuenta que encima de ella había una pitillera característica de otro país diferente al nuestro.

Ahora sí supe de qué señor se trataba, aquel hombre que había visto la señora María entrar y salir de la casa de mi compatriota Betty; pues dicha pitillera era característica de ciertos países cercanos al que en sí estábamos. Ahora solo me faltaba buscar en algunos de ellos por su cercanía y por las relaciones públicas que tenía la señora Betty.

Consulté con mi marido Arthur diciéndome éste que abandonase la idea de buscar en esos países, ya que era buscar una aguja en un pajar por las dimensiones y sus características de dichos países; de modo que desistí buscar el enlace de la señora Betty en aquellos países debido a lo carísimo que era la forma de hacerlo: Además ya no había causa para hacerlo, ya que dicha señora se encontraba en estado de buena esperanza, teniendo que ver en ello mi hermano Bryan.

Eso sí, era una triste desgracia que no se supiese donde se encontraba la chica que salía con mi hermano Bryan, ya que Marta era una buena mujer y decente a la vez: Ahora no se sabría lo que la estuviese pasando para lograr ella su supervivencia en la vida.

Cuando volví a mi casa se encontraba en ella mi hermano Bryan, alegrándome un poco por tener así motivo para poderle hablar al respecto sobre la señora Betty por si acaso no supiese nada mi hermano, cosa que no me lo creía, por las relaciones tan intensas que estaba teniendo con aquella señora.

Le cogí de la mano a mi hermano Bryan y le senté en un sillón frente al que yo estaba, sospechando éste que yo le quería decir alguna cosa que él no estuviese muy bien enterado y no se confundía; ya que le vi con una cara de sorpresa enorme mirándome fijamente.

ANAÍS -. No te asustes, que después te vas a sorprender.

BRYAN -. La sorpresa la estoy teniendo ya.

ANAÍS -. ¿Y eso?.

BRYAN -. En cuanto tú me quieres hablar de algo: Ya me supongo qué es ese algo.

Me levanté y me dirigí al bar abriéndole para servir a mi hermano Bryan un brandy de los mejores, así pasaría el trago de aquella sorpresa bastante mejor en su vida amorosa.

ANAÍS -. Bebe.

BRAYAN -. ¿A qué es debido esto?.

ANAÍS -. ¿Cuántos días hace que no ves a la señora Betty?.

BRAYAN -. Dos: ¿Por qué me preguntas eso?.

No sabía cómo decírselo para no dañarle su susceptibilidad y su manera de ser, ya que mi hermano era un poco impulsivo no sabiendo yo cómo iba a responder en su estado anímico que siempre se encontraba éste. Me removí un poco en mi sillón, como para ajustarme mejor en el y así tener más confianzas para trasmitirle aquella noticia tan deseada para la señora Betty pero no en sí para mi hermano Bryan como yo estaba creyendo.

ANAÍS -. La señora Betty ha tenido que visitar a su ginecólogo.

BRYAN -. ¿Se encuentra mala?.

ANAÍS -. ¿Tú sabrás?.

Al decirle aquello a mi hermano Bryan éste cogió la indirecta mirándome fijamente a la cara, como queriendo saber algo más de esa realidad que él estaba intuyendo y que yo me estaba callando por no tener el suficiente valor para decírselo. Pero como pasa siempre, la persona interlocutora rompió el hielo con su ignorancia.

BRYAN -. Como tú no me lo cuentes no sé nada.

ANAÍS -. En las personas hay muchos estados de formas; sobretodo en la mujer.

Al decirle yo eso a mi hermano Bryan, no esperó más explicaciones, salió corriendo hacia la casa de la señora Betty con una sola idea: Saber en el estado físico en el que estaba aquella señora en ese preciso momento que yo le estaba transmitiendo la noticia de su embarazo.

De mi boca no había salido la palabra embarazo, por lo tanto no se me podía achacar de algo que yo no había dicho; ya que mi hermano Bryan no me dejó decírselo al salir como una flecha hacia la casa de la señora Betty, así no tendría yo todo el peso de aquella noticia sorprendente para mi hermano.

No quería irme del jardín del chalet, así vería llegar a mi hermano Bryan y podría observar en qué estado de ánimo se encontraba éste; pues a mi simple opinión le tendría que ayudar a conformarse con su suerte, por así decir, ya que también había puesto su granito de arena mi hermano para formar tal castillo en su vida amorosa.

Desde luego que vi llegar a mi hermano Bryan de la casa de la señora Betty muy compungido, pero a la vez con una pequeña sonrisa en la cara delatándole la alegría que tenía metida en su cuerpo al saber que iba a tener un hijo sin pensar con quién. Llegaba tanto así a mi casa que ni si quiera me vio, pasó de largo sin decirme nada ni darme las buenas noches.

Me levanté de donde estaba sentada, en la terraza del chalet, yéndome a donde se encontraba mi hermano Bryan para poder contactar con él y saber qué era lo que pensaba éste

sobre su posible estado de paternidad. Pero al llegar a su lado no pude ni tan siquiera hablarle, ya que le vi muy azarado y como nerviosos, pues no esperaba dicho aconteciendo en su vida.

Le agarré de un brazo para que se calmase y se estuviese quieto un rato, ya que lo único que hacía era dar vueltas y vueltas en el salón como pensando en algo propio para él; sería tal vez lo que estuviese pensando en un posible cambio de estado dentro de la Sociedad.

Como percibí que era imposible hablar con mi hermano Bryan me fui a mi cuarto, notándome un poco nerviosa mi marido Arthur, limitándose a mirarme sin decirme nada ya que lo sabía él de antemano, pues lo sabían todas las personas de la casa.

Y como no podía dormir, cogí un libro yéndome a la terraza de la habitación haciendo como que lo leía; ya que no tenía yo el ánimo como para quedarme fija en algo y menos en las letras, pues me encontraba nerviosa y con un desánimo de moral enorme a la vez que me estaba entrando una depresión que no me podía concentrarme en nada.

Al día siguiente en la cena nos reunimos todas para hablar con mi hermano Bryan, cogiéndole descuidado; ya que éste no se esperaba le fuésemos hablar de su problema con la señora Bettu. Y claro que tenía un problema, un gran problema en la vida, pues el tener un hijo no era cosa a la ligera: había que tomar una decisión al respecto para no abandonar a dicho hijo, siendo la mejor decisión el que Bryan se casase con la señora Betty.

Y como Bryan estaba absorto del todo, no oía ni comprendía nada de lo que le estábamos diciendo, no se enteraba bien de lo que estábamos tratando, que era la manera de paliar la protección del bebé que traía la señora Bety en sus entrañas; viendo mi hermano Albert que su otro hermano no se estaba enterando de nada, así que alzando la voz le comunicó la decisión familiar que habíamos tomado entre todas -. Te debes casar con la señora Betty sin dilación al tema -.

Claro que oyó lo que le dijo Albert a mi hermano Bryan por las voces que le estaba dando al anunciarle nuestra decisión, poniendo una cara de sorpresa Bryan al saber lo que nosotras habíamos decidido por él.

Pero Bryan no estaba por dicha labor; ya que él tenía otro conocimiento diferente en la vida a como nosotros lo estábamos viendo. Nos dijo que no había por qué casarse, aunque una

pareja tuviese un bebé; que se le atendería bien si los dos padres eran personas civilizadas y bien allegadas. Cosa que chocaba con nuestra manera de pensar, ya que un bebé necesita cerca a sus padres.

Ahora necesitábamos hablar con nuestra compatriota, la señora Betty, y para ello nos fuimos todos para visitarla en su casa, no sin antes haberla anunciado nuestra visita de antemano; por si tal vez tuviese que hacer algo dicha señora en ese día y no nos pudiese recibir como nos merecíamos.

Nos recibió la señora Betty a las mil maravillas: Nos sirvió café acompañado de unas perrunillas y algunas pastas dulces, así como más tarde nos sacó una tarta de helado buenísima, con alguna que otra copa de zumo sin alcohol; en fin, que nos agasajó con todo detalle, siendo una anfitriona perfecta. Tanto fue así, que nosotras no olvidamos nunca aquel día en el que para poner bien las relaciones entre Bryan y ella nos presentamos en su casa todas juntas.

Eso sí, agasajados y bien recibidos; pero salimos sin haber quedado en nada, solamente con unas buenas palabras que nos dijo aquella señora para nuestra conformidad. Parecía que lo estaba quedando en manos de Bryan aquel problema, y Bryan no estaba por la labor: Nos estaba siendo arduamente difícil resolver bien aquella situación que se había provocado por el embarazo de la señora Betty, siendo difícil la comprensión tan extrema que estaban presentando los dos compromisarios en aquella situación.

Dejamos pasar un tiempo prudencial para volver hablarles claramente a los dos, a la señora Betty y a mi hermano Bryan del compromiso adquirido que tenían por esperar un bebé, no siendo de recibo nos recibiesen así, tan fríamente y como si ya lo tuviesen ellos pensado, como si lo hubiesen hablado a espaldas nuestras.

Solamente nos quedaba saber qué habían hablado ellos dos a solas, y eso era difícil de saberlo; ya que ninguno de los dos decía la verdad de la decisión que habían tomado al amparo de la almohada; pues los dos se siguieron viendo como siempre, no cortaron sus relaciones amorosas por nada del Mundo.

Y lo que creíamos fuese cosa bastante áspera, en cuanto a saber si ellos dos habían decidido casarse o no fue lo más normal del Mundo y lo más sencillo; ya que encontré un acta

de matrimonio encima de la mesita de mi hermano Bryan, en su habitación. Corrí para comunicárselo a mis otros hermanos, diciéndome éstos que no nos exaltásemos mucho y esperásemos acontecimientos; ya que nuestro hermano Bryan no nos había comunicado nada al respecto sobre aquella acta de matrimonio.

¡UF!, la cena; en cuanto a la cena una odisea lo que allí se daba en aquella noche, pues mientras Bryan callaba nosotras no hacíamos más que mirarle y tirarle puntitas para que nos pudiese decir algo al respecto sobre lo que estaba haciendo o iba hacer. Unos queriendo saber y otro callando la verdad del tema, entre aquel tira y floja se podía cortar el hielo que existía entre unas y otras; hasta que por fin se dignó hablar mi hermano Bryan de la decisión que había tomado, junto con la señora Betty.

Todas pusimos oído con bastante interés por lo que nos pudiese decir nuestro hermano Bryan con respecto a la decisión tomada con la señora Betty.

BRYAN -. Nos hemos casado.

Todos esperábamos eso, que se hubiesen casado mi hermano Bryan con la señora Betty, ya que era lo mejor para el bebé; pese a la diferencia de edad entre el uno y la otra. Pero aquello no importaba, no importa mucho dicha diferencia de edad entre dos personas que se quieren o por lo menos se llevan bien.

Había terminado aquella tirantez que existía con mi hermano para que se casase con la señora Betty y ahora debíamos dedicarnos a otra cosa. Yo en vez de dedicarme a otra cosa comencé a pensar en la chica que paseaba con mi hermano Bryan, dónde podría estar y qué le estaría pasando; pues bien sabido era por todas nosotras de que aquella chica se encontraba en un país que no era el suyo, en donde la cultura propia se diluía como en un baso de agua una vez tratase la persona con el pueblo llano. El sufrimiento de Marta debía ser mucho, debido a que dicha chica nunca había salido del entorno familiar. . . Y ahora que digo algo sobre su familia -. ¿Es que sus padres no habían denunciado la desaparición de dicha chica?.

Me conformé al pensar que ya nos había visitado la policía preguntándonos por dicha chica: Sí habían denunciado sus padres la desaparición de su hija: ¡Cuánto tendrían que estar sufriendo esos padres!. Nunca es grato la desaparición de una hija, y máxime cuando no se sabe dónde está ni lo que la estaría pasando donde estuviese ella.

Mi hermano Bryan se fue a vivir con la señora Betty y siempre que veía a la señora Dora, la hija de Betty, me entraba un no sé el qué en mi cuerpo que se me revolvían todas las tripas al pensar que tal vez sí podría saber la señora Dora donde se encontraba Marta la acompañante de mi hermano Bryan.

Y entre aquel contraste de pensamiento, lo único que yo no me esperaba nunca era ver salir de la casa de la señora Daisy a mi hermano Albert a últimas horas de la noche, pero sí le vi; le vi salir ajustándose bien el cinturón y enseguida miré para la alcoba de mi cuñada Samantha para ver si ésta se encontraba despierta, no dando señales de estar de pie todavía, de modo que me calmé un poco al pensar que mi cuñada Samantha estuviese dormida.

Me apunté a una excursión para ver la ciudad Nazarí cuando más falta hacía yo en casa, pero me fui a dicha ciudad pensando siempre en los problemas de mi casa sobre todo en mi hermano Albert; ya que se encontraba atraído por nuestra vecina Daisy, pudiéndole crear diferentes clases de problemas sociales para él.

El viaje no fue muy accidentado, pues el autobús que nos llevaba a la ciudad Nazarí tenía todas clases de comodidades; pero no dejaba ser un viaje por lo tanto me limitaba a mirar por la ventanilla del autobús para ver el paisaje que estábamos pasando en todo momento, hasta que llegamos a un pueblo de aquellos macizos montañosos queriendo ver en una chica a Marta, con sus mismos andares y la gracia en su cara.

Pregunté cómo se llamaba aquel pueblo y una vez que lo supe todo mi interés se centró por volver allí una vez que hubiese pasado la excursión, que solamente estaríamos en aquella bella ciudad un par de días, el fin de semana. Y sí, aquellos monumentos tenían un hado especial cautivando al turista que los visitaba, pudiendo sentirse en los tiempos de los Almohade como en los Almorávides, como en los tiempos de los Nazarí. Pero con todo y eso, con toda su

atracción turística yo no hacía más que pensar en aquel pueblo, unos cerca de otros y en pequeñas formaciones urbanas.

Al volver a mi casa cogí mi coche, haciéndome acompañar por la hija de mi marido, Cathy, ya que no tenía a nadie más; pues yo hubiese querido que me acompañase a dicho pueblo mi cuñada Amy, pero se encontraba cuidando a su hija, Carolina, y a su marido Andrew en casa, pero con mi hija Cathy me era suficiente ya que ésta conocía bien a la señorita Marta.

Cuando llegamos al pueblo deseado, y pese a que teníamos necesidades de ir al reservado, nos quedamos dentro del coche aparcado en una calle por donde pasaban todas las gentes del pueblo. No sabiendo yo cuantas horas estuvimos montando la guardia a la señorita Marta y cuando ya íbamos a desistir de tal vigilancia vimos llegar a una chica que parecía la misma señorita Marta por sus andares.

Mientras se iba aproximando aquella chica al coche, nos latía con más fuerzas nuestros corazones al darnos cuenta que aquella chica podía ser la misma Marta, la acompañante de mi hermano Bryan.

Y cuando aquella chica se encontraba ya cerca del coche salimos nosotras dos de el con la sola idea de parar aquella chica para preguntarla por alguien o por algo y cuando nos estábamos aproximamos a ella vimos que en realidad se trataba de Marta; no arredrándonos nosotras dos por las circunstancias que se estaban dando en ese preciso momento en aquella calle de aquel pueblo.

La hice una señal con la mano a mi hija Cathy para que me siguiese en todo lo que yo la dijese a la chica, por si acaso no fuese ella y se la pareciese en realidad mucho, ¡pero qué va!; mientras más nos aproximábamos a ella, más nos parecía a Marta aquella chica hasta el momento que comenzó hablar aquella chica respondiéndonos a los buenos días que nosotras la habíamos dado.

Los gestos, la manera de andar, la voz. . . Todo, en general todo era igual que la señorita Marta y al preguntarla por su nombre de pila nos dijo que se llamaba Luisa, haciéndola una pregunta mi hija Cathy y al terminar de hacérsela me salió el nombre de Marta llamándola en

voz alta haciendo ésto caso a dicho nombre. A lo primero se quedó pensativa para respondernos más tarde con objeción directa, pero sin rebatir nuestra opinión.

MARTA -. Me llamo Luisa, como las acabo de decir a ustedes dos. Pero me suena algo el nombre de Marta y no sé de dónde o de cuando; también quiero reconocer sus caras pero no me puedo concentrar para nada.

Era suficiente, ya que hasta en la voz era Marta; no había ninguna clase de dudas de que era dicha chica, averiguando que estaba como personal doméstica en una casa con una familia de aquel pueblo. No la quisimos molestar más y decidimos irnos para tomar un café a un bar que existía en aquella plaza, pero la pura realidad era que teníamos muchas necesidades de evacuar la vejiga.

A la vuelta lo iba pensando sin decir nada a mi hija Cathy por si se oponía a mi decisión personal, que era el informal a la policía de tal encuentro; y así cuando llegamos a nuestra ciudad, en vez de seguir hacia nuestra urbanización me dirigí al cuartelillo.

Al parecer mi hija Cathy era de mi misma opinión, ya que la sentó bien que yo informase a las fuerzas del orden del paradero de la señorita Marta, pues fue una gran amiga de mi hermano Bryan y todavía la recordaba; eso me costaba a mí, ya que de vez encunado se quedaba mirando a lontananza fijo y como con la vista perdida: Por lo tanto no podía pensar en otra cosa que no fuese en dicha chica.

Yo me olvidé de dicho encuentro, ya que pasaba el tiempo y no recibía notificación alguna por parte de las fuerzas del orden diciéndome que habían encontrado a la señorita Marta; hasta el punto que tuve deseos de volver otra vez más al pueblo donde la vimos a ella, pero se me quitaron las ganas al recordarla como la habíamos encontrado: Sin saber nada de su vida anterior por falta de entendimiento, no tenía luces en su memoria de su vida pasada; así que mis deseos los aplaqué sabiendo que dicha chica no la quedaba recuerdos algunos de su vida anterior.

Me encontraba sin ver a mi hermano Bryan hacía ya tres días, y aunque mi hermano Andrew me había dicho que le encontró perfectamente el día anterior, no podía estarme impasible en mi casa sin ver a mi hermano Bryan, saliendo una mañana temprano de mi chalet rumbo a la casa de la señora Betty con la sola idea de estar un rato con mi hermano.

Cuando llegué a casa de la señora Betty me recibió su hija, la señora Dora, muy cordialmente diciéndome que su mamá no se encontraba en casa; ya que había sufrido un cuadro clínico de dolores abdominales y Bryan se la había llevado al Hospital para que la auscultasen su dolencia, cosa que a mí me puso en guardia aquella noticia.

Hablé un tiempo prudencial con la señora Dora, para que no se diese cuenta de mi nerviosismo, marchándome rápidamente al Hospital, yendo primero a urgencias para ver cómo se encontraba la señora Betty, no encontrando allí a mi hermano Bryan. Yo esperé un tiempo prudencial y al cabo del cual vi llegar a mi hermano con los ánimos subidos.

Al verme Bryan en la sala de espera hizo como un gesto de alivio; ya que en general quería estar con alguien de su familia, a mi simple entender; por lo tanto se vino hacia mí abrazándome con todas sus fuerzas como queriendo volcar en mí todo el agobio que tenía de ese día tan álgido en su vida.

Mi hermano Bryan estaba perdiendo por segunda vez un hijo con la señora Betty y eso le estaba quedando la sangre helada, al verse con esa impotencia del que espera y no sabe nada de cómo se encuentra el enfermo. Y todavía peor al ser el enfermo su mujer, no pudiendo hacer nada por ella y por su hijo; de modo que me cogió las manos apretándomelas con todas sus fuerzas, como diciéndome: -. ¿Qué hago?-.

No podía hacer nada mi hermano Bryan por su mujer, la señora Betty; solamente los galenos podían hacer algo por ella y al parecer no mucho, por el estado en que había llegado al Hospital, según me había enterado yo por un enfermero: Mucho tenían que saber aquellos doctores para salvar al feto, no ya a la madre.

La espera fue larga, pero al cabo del tiempo salió un doctor preguntando por mi hermano Bryan calmándole los nervios al decirle, que por fin se había salvado el feto y la madre se encontraba en perfecto estado físico dentro de la gravedad; pues tenía que estar en un sistema

de vigilancia unas cuarenta y ocho horas, y al cabo de dichas horas la subieron a planta a la señora Betty con idea de hacerla una nueva analítica.

La nueva analítica que hicieron los doctores a la señora Betty no dio nada; solamente observaron en ella un estado anímico descompensado fuera de lo normal: Tenía los nervios a tope, como se suele decir, no dejando hacer sus funciones algunas glándulas y provocando alguna adrenalina más de la cuenta.

Cuando llevábamos a la señora Betty a casa en el coche, ya que decidió mi hermano Bryan llevársela de allí cuanto antes al no estar disponible ninguna ambulancia, yo la iba mirando a las manos. No en sí la iba viendo las marcas de los apósitos que la habían puesto con el suero, más bien la observaba los movimientos de sus manos; ya que al parecer eran todos ellos repetitivos y como acompañados de una sincronización en dichos movimientos.

Si lo que yo estaba pensando fuese verdad, mi hermano Bryan se podía preparar para tener con aquella señora los mayores cuidados que un hombre hace con su mujer cuando ésta se encuentra mala, y sobretodo con esa enfermedad que un día la dijeron los médicos que posiblemente tenía la señora Betty: Así se lo dijeron otra vez que ingresó en el Hospital anteriormente.

El feto se había salvado pero ella necesitaba ayuda médica de inmediato para poderla paliar aquel decaimiento anímico que se encontraba la señora Betty; pues de lo contrario sería irreversible los efectos en ella, estando al cargo de su mujer mi hermano Bryan a quien yo quería mucho y le apreciaba más.

Ya no me acordaba de la señorita Marta, cuando un día fui llamado al cuartelillo para que reconociese a una persona y en ella estaba la figura de Marta; cosa que no me fue difícil reconocerla, pues me era familiar aquella persona por haber estado saliendo durante un buen tiempo con mi hermano Bryan.

Aquella chica estaba reconociendo dónde había vivido y los pasos que había dado cuando estaba en sus completos conocimientos psíquicos; por lo tanto estaba volviendo a la normalidad en la vida, en esa vida que había llevado antes de haberla tocado el cerebro para ponerla en un ambiente que ella no conocía.

Pero para que todo volviese a su normalidad tendría que ver a mi hermano Bryan y cuando le vio se abalanzó a él echándole los brazos por el cuello en afán de quererle hacer un buen saludo, con esa alegría que caracteriza a la persona que aprecia a otra y no la ve desde hace ya bastante tiempo.

No le soltaba de la mano Marta a mi hermano Bryan: Ella creía que todo seguía igual que antes, que estaba en los tiempos que salía con mi hermano, no pudiéndola decir la verdad para nada; así no sufriría un impacto moral más impresionante que cuando volvió a la realidad; pues como me habían contado, aquella chica por poco no lo aguanta, al verse puesta en la realidad de su vida y en el tiempo adecuado.

Cuando volví a mi casa encontré al señor Sebastian y al ama de llave muy azarados por no saber dónde se encontraba el hijo de mi cuñada Samantha, habiendo estado a punto de llamarla al comercio, pero por suerte me presenté yo antes calmando a todo el personal y alertándolos para que no hiciesen nada; ya que el hijo de mi cuñada Samantha era ya mayorcito y sabía lo que hacía.

El niño no tenía que estar muy lejos del chalet, por lo tanto lo único que teníamos que hacer era buscarle por los alrededores de la casa y así lo hicimos.

Sin esperarlo se me arrimó la señorita Maria a mí diciéndome que Christian iba con frecuencia al acantilado que había cerca de la casa y allí que me fui sin pérdida de tiempo alguno; pues aquel sitio era peligroso, muy peligroso para el niño.

Desde luego que se encontraba allí, en el acantilado, el pequeño haciendo como que oía algunas voces al respecto salir de entre las piedras, puestas para que no rompiesen la costa las olas al chocar con el promontorio de tierra y peña que había allí.

Yo no quería contrariar al niño, pero cuando hice escucha parecía como si se oyesen voces, más bien una conversación que salía de entre aquellas piedras, mirando hacia donde se encontraba una casa destartada, pero albergando un establo y poca cosa más. Me fui para donde se encontraba aquella casa y pude percibir el mismo tono de voz que creí oír en el acantilado, así como la misma conversación, no muy diáfana por la lejanía.

Yo no me podía callar aquello y lo tendría que comunicar a las autoridades correspondientes: ¿Pero de qué manera?. No sabía cómo hacerlo, como decírselo a las autoridades el hallazgo que había hecho en aquel dichoso día en el que fui a buscar a mi sobrino, oyendo una conversación entre dos personas en aquel acantilado, y no era eso sólo; pues salía de entre las piedras.

Pero la cosa se me facilitó un poco cuando se presentó un inspector de policía en mi casa, ya que la desaparición de mi sobrino la había denunciado el personal doméstico, el señor Sebastian con el ama de llave, diciéndole al señor policía que el niño era asiduo para ir al acantilado; ya que él creía se oían salir voces de entre las piedras; pero cuando le encontré pude darme cuenta que eso era verdad, oyéndose la misma conversación en un establo que había allí cerca del acantilado.

El señor policía se quedó un tanto pensativo, como no dando crédito a lo que estaba oyendo por boca mía y la del niño, ya que el niño afirmó categóricamente mis palabras, todo lo que yo estaba diciéndole al señor policía, aunque este estuviese perplejo por todo lo que oía en ese preciso momento.

Creí tuviese resultado alguno lo que dije aquel día a un inspector de policía, pero al acantilado no acudió nadie para ver la realidad de lo que yo le había dicho, quedándome una decepción en mi Alma metida que no podía con el agobio y el peso moral que tenía yo dentro de mí.

Ahora lo primero que debíamos hacer era buscar un buen medico para que curase a la señora Betty de su decaimiento moral y para ello no dudé en llevarla al mejor especialista que había en aquella bonita ciudad, y para ello la obligó aquel doctor que cumpliera con ciertos requisitos a los cuales no nos podíamos oponer nosotras.

La tripa de mi cuñada Betty iba cada vez más crecida hasta el punto que un buen día nos dio un susto morrocotudo, teniéndola que llevar de urgencia al Hospital, para decirnos en dicho centro que eran dolores normales lo que estaba sufriendo la mujer de mi hermano Bryan, no dándole importancia alguna a los dolores los galenos.

No fue eso sólo lo que alegaba mi cuñada Betty, pues muchas noches tenía que salir mi hermano Bryan a la carrera buscando algún que otro alimento que se la había antojado a la señora, dentro de las posibilidades que tenía mi hermano Bryan para hacer frente a todo lo que ella pedía.

Hasta que un buen día sí tuvieron que ir de urgencia mi hermano Bryan con mi cuñada Betty al Hospital; pues yo creo que fue con suma urgencia la que tuvo que ir mi hermano para que asistiesen a su mujer. Eso fue así, porque si no hubiese dado a luz la señora Betty en plena calle.

Y claro tuvo un hijo guapísimo donde los haya, que era la delicia de la casa y el descanso de sus padre, haciéndolos la vida más llevadera y con otro grado más de alegría en aquella casa tan solitaria; pues en tiempos había estado habitada por una sola señora. Pero con todo y eso no creía yo que aquello fuese a llegar a buen puerto en la vida; ya que eran dos personas diferentes en caracteres no compatibles el uno con el otro, pero con todo y eso se les veían unidos días tras días.

Marta apareció un día por aquellos contornos visitándonos a nosotras en nuestra casa, como si todo siguiese igual que antes, como sino hubiese pasado el tiempo para todas nosotras; de modo que nosotras dejábamos hacer y creer en su confianza, para no hacerla qué pensar en su nuevo destino, que era vivir la vida tal y como venía.

Era mucho el cariño que tenía yo a mi hermano; pues habían sido muchos años viviendo juntos y eso lo llevábamos ya metido en el corazón cada uno, sin poder separar el cariño con el aprecio familiar de cada uno. Era una unión fraterna la que teníamos mi hermano Bryan y yo que parecía la más férrea del Mundo, de esas que no se derrumban para nada; así que yo me creía fuese para siempre el cariño que yo le tenía.

Lo único malo para mí, era que no tenía a mi hermano en casa como siempre lo había tenido, pero debido a lo que se preveía llegase creer lo tuviese en breve tiempo, pues tal vez tuviesen que ingresar a su mujer en un centro sanitario para hacerla una buena cura de nervios y eso que todavía no había visto a la señorita Marta, que aunque un poco decaída valía la pena verla a simple vista.

¡UF!, cuando viese a Marta la señora Betty, no sabíamos cómo iba a racionar, si supiese estar o se la desencadenase los nervios a tope debido al estado en que se encontraba aquella señora; pues al parecer cada día iban a más los nervios que tenía la mujer de mi hermano Bryan, ya que su mujer Betty en vez de ponerse mejor acrecentaba los nervios por día.

Era así tanto que la tuvo que ingresar en un centro de salud mental, teniendo que estar con ella algunas de nosotras el resto del día, más bien con motivo de visitarla para tener cuidado con ella y para que tomase su pastilla entre comidas.

Un día tuve la visita inesperada del inspector que se encargó del caso de la señorita Marta, cuando yo dije que la había visto en un pueblo de las sierras de una provincia cercana, con la sola idea de saber algo más sobre el acantilado, ya que habían descubierto un refugio hecho en la roca de aquel acantilado dando al mar desde el establo cercano a dicho acantilado.

No me había confundido al denunciar las voces que oí un día, junto a mi sobrino Christian; pues en realidad aquellas voces se estaban dando con una conversación poco más o menos agradables para los interlocutores. Ya no era tanto el que allí no existía otra cosa que no fuese las piedras y el ruido del agua chocando con el acantilado, que también había una pequeña habitación dando a las rocas de aquel acantilado.

Nunca más se supo de lo que había en aquella habitación que daba al acantilado, pues el secreto se hizo sobre aquel episodio; lo cierto fue que se hicieron obras en el acantilado dejando ver una concavidad dentro de las rocas, diciendo las gentes que llegaba hasta la casa destartalada que había cerca de allí.

Un día que iba con mi hermano Bryan por las calles de la ciudad, vimos aproximarse a nosotros a Marta y cuando la vio mi hermano comenzó a ponerse nervioso y sobre todo cuando la chica le echó los brazos por los hombros para saludarle, diciéndole que no le veía; no sabiendo mi hermano Bryan lo que contestarla al respecto. Más bien era una situación muy embarazosa, en la que mi hermano Bryan se estaba viendo comprometido, pues si la decía la verdad aquella chica recibiría la mayor decepción de su vida una vez que había vuelto a la realidad del Mundo; pero peor era seguirla la corriente y quedar a una hora expresa en un sitio para poderse seguir viendo como amigos íntimos como eran antes.

Yo hice como si tuviese que volver pronto a mi casa dejando a mi hermano Bryan en la ciudad, pues ese día libraba en su trabajo, haciendo que me marchaba a casa en mi coche; pero no era así, que volví a pie, una vez que había aparcado mi coche a las afueras de aquella bella ciudad.

Busqué a mi hermano Bryan para saber con quién estaba en aquella precisa hora, pero a la primera que encontré fue a mi cuñada Samantha sentada con un señor en una terraza tomándose un café. Me acerqué a ellos sin haberlo dudado, pues así sería mejor; ya que mi cuñada Samantha no podría decir nunca que no había estado amablemente sentada con un caballero en la terraza de un bar en aquel preciso día.

Los di los buenos días y después de pedir permiso para sentarme, lo hice muy cerca de ellos, ya que ellos se encontraban a menos de medio metro sentados; pensando rápidamente que las idas y venidas de mi hermano Albert a la casa de nuestra vecina estaban teniendo resultados negativos para mi cuñada Samantha, y en rechazo a ello le estaba dando la reciprocidad a los hechos, con otros hechos por su parte al admitir relaciones, tal vez sinceras, con otros hombres no creyendo yo se extralimitase en ello, por lo menos así lo estaba creyendo yo, pero lo tenía que comprobar por mí misma.

Y por mí misma lo comprobé, pues acto seguido salía mi hermano Albert del bar, alegrándose mucho por verme allí; ya que al parecer aquel señor era un marchante al que le habían invitado al desayuno en aquel establecimiento público, habiéndose ausentado mi hermano Albert un par de minutos para ir a pagar dicha consumición, cosa que yo me había creído todo lo contrario sobre mi cuñada Samantha.

Mi hermano no quería que me fuese sin tomar lo que yo quisiera, pero agradeciéndoselo me levanté y me fui de su lado con la sola idea de buscar a Marta por las calles de aquella ciudad, para ver si estaba todavía con mi hermano Bryan, y vaya que si estaba: Me los encontré sentados en un banco que había en las traseras de la Iglesia hablando a más y mejor cogidos de las manos como dos enamorados.

No quise hacer acto de presencia ante ellos, limitándome a vigilarlos desde lejos para ver qué era lo que hacían y lo que hacían era pasar el tiempo entre ellos dos como si fuesen dos

pimpollos a la luz de la Luna aunque eran las doce de la mañana. Ese romanticismo brotaba de entre las piedras del muro de la Iglesia, se le veía elevar a través del bao del agua marítima como si fuese una alfombra puesta para el tránsito del efluvio de sus pensamientos.

Me recordó muchas cosas; una de ellas era el saber que un día se habían querido mucho mi hermano y aquella chica, tan enamorada de él que parecía un mirlo blanco a su lado; defendiéndole y queriéndole como ninguna mujer le ha querido en su vida. Por lo tanto me tranquilicé un poco al ver que no hacían otra cosa más que hablar, aunque cogidos de las manos.

Mi hermano tenía poco tiempo, ya que si estaba ese día en la ciudad era para visitar a su mujer en el Hospital, y así lo hizo una vez que se despidió de aquella chica, Marta, saliendo yo detrás de él al mismo Hospital y cuando llegué a dicho centro cogí a Dora recriminando a mi hermano Bryan el poco escrúpulo que había tenido para con su mujer parándose con aquella chica, conocida por él.

Aquella chica no era una conocida de mi hermano Bryan, había sido la amiga íntima de mi hermano, y si su madre, Betty, no se hubiese puesto en medio de ellos yo estaría viendo a mi hermano con aquella chica felizmente, como buenos enamorados: No pudiéndose decir, que tiempos pasados fueron los mejores.

Decidí hacer acto de presencia en la habitación donde se curaba mi cuñada Betty de su enfermedad, o de su posible enfermedad psíquica para que las relaciones entre mi hermano y ella fuesen lo más cordialmente posibles; ya que en ese estado anímico en el que se encontraba la señora Betty no era posible el buen entendimiento entre mi hermano y ella.

Nada más que entré en la habitación se aplacó la ira que tenía Dora para con mi hermano Bryan, saludándonos correctamente como buenas amigas las dos; ya que la rectitud y la corrección de Dora era enorme, así como su manera de ser y el saber estar aprendidos en su medio de vida, allí donde ella trabajaba.

SRA. DORA -. ¿No sé si ha oído lo que yo le estaba diciendo a su hermano?.

ANAÍS -. Perfectamente.

SRA. DORA -. ¿Y qué?.

ANAÍS -. Que se lo merece.

No hablamos más la señora Dora y yo, ya que me acerqué a la cama donde se encontraba mi cuñada Betty postrada por culpa de su enfermedad pero ya con un cierto grado de cordura para hacerse entender entre las personas. No obstante pensé en la chica que estaba apreciando mi hermano Bryan; pues mejor hubiese sido aquella chica, Marta, que mi cuñada Betty. Y es que en la vida no se puede querer todo; ya que sino puedes abarcar mucho, abarca menos, sabiendo qué es lo que puedes hacer o lo que no puedes hacer.

No obstante vi una señora completamente curada en su forma psíquica y moral para tener una buena ilación en su conversación; como siempre había tenido la señora Betty, un trato exquisito con sus conocidas y amigas, así como unas buenas deferencias para con sus compatriotas en aquella ciudad.

Aquella mañana hablamos de todo, como una familia allegada y sin miedo a contarse todas sus cosas; ya que para nada se hacían daño al ser cosas banales y no directas hacia la persona, por lo tanto pasamos un rato agradable entre nosotras: Tanto era así, que se me pasó el tiempo teniéndome que despedir de ellas.

Salí del Hospital agradándome la conversación de mí cuñada Betty por vez primera, y hasta su manera de ser me agradó también, viendo en ella una recuperación formidable y al parecer si siguiese así pronto estaría en casa, como así fue.

No podía estar sin visitar a mí cuñada Betty un momento más, sabiendo que se encontraba en su casa; aparte que yo veía a mi hermano mucho más recuperado y no tan decaído moralmente como le veía antes. Aquella mujer le estaba ganando por el trato que le daba y por su forma de ser tan personificada, esforzándose para hacerle una vida placentera donde las hubiese y tan bella donde existiese.

Aquello había dado una vuelta de trescientos sesenta y cinco grados, al saberse portal correctamente mi cuñada con todas las personas que se relacionaba, y sobretodo con mi hermano Bryan; pues antes del alumbramiento, mi hermano ya estaba preparándolo todo para cuando llegase dicho momento. Cosa que no tardó en llegar; pues a la semana siguiente teníamos

a mi cuñada Bety en el paritorio: ¡Ya que la costó en dar a luz!; pues el niño venía de nalgas, esperando los doctores se diese la vuelta por sí mismo y ayudado un poco por ellos. Y así fue, que en poco tiempo le habían sacado la criatura a mi cuñada Betty, oyéndose un llanto de niño desde el paritorio.

ANAÍS -. ¡Ya está!

AMY -. Creí que lo estuviese pasando mal nuestra cuñada.

Aquellas palabras que dijo mi cuñada Amy cayeron como un jarro de agua fría para una persona que al pasar por donde nos encontrábamos nosotras las había oído. Esa persona era la señorita Marta, que había acudido allí para visitar una vecina de su bloque y al oír aquello se echó las manos a la cabeza dando voces sin ton ni son, así como unos chillidos exorbitantes para volverse a llevar las manos a la cabeza.

SRTA. MARTA -. ¿Para qué habré vuelto yo a la realidad del Mundo?. Dame fuerzas, Dios; ya que de repente he comprendido lo que han hecho conmigo.

En voz alta decía aquello dando unos chillidos enormes, hasta el punto que tuvieron que acudir a su ayuda los sanitarios dándole un tranquilizante para que se calmase y no siguiese dando tantas voces en el pasillo soliviantando a los pacientes de aquel Hospital. Yo no sabía cómo calmar su ánimo exaltado al percibir aquella chica la pura realidad de la vida, así que entrándome en la sala donde se encontraba mi cuñada Betty me senté en un sillón para meditar en todos los problemas que hay en la vida, que no son pocos.

Me tranquilicé cuando pude darme cuenta que se llevaban los sanitarios a la señorita Marta, no sabiendo yo su rumbo ni dirección, pero me quedé más tranquila cuando supe que la asistirían en el Hospital a la señorita Marta de los nervios tan exaltados que de momento se la puso al saber la realidad sobre mi hermano Bryan.

Salí de aquel centro sanitario asustada, pese haber visto mejor a mi cuñada Betty; pero el drama que asistí hacía pocos momentos en el pasillo de aquella planta en el Hospital nunca se me olvidará, ya que se me había quedado en los sentidos y en la retina aquellos movimientos mal acompasados que hacía la señorita Marta y las voces tan enormes que daba, así como los chillidos que pegaba al saberse desplazada del cariño de mi hermano Beyan.

No podía permanecer impasible ante la desesperación de aquella chica; por lo tanto la fui a buscar al día siguiente por las calles de aquella bella ciudad, encontrándola en un banco sentada y como adormecida: Seguro que no había acudido a su casa para dormir ni un solo segundo.

Efectivamente, la señorita Marta no había acudido a su casa la noche anterior, encontrándose en estado de adormecida sentada en aquel banco y a solas. A solas mataba su pena, dándome a mí más pena verla así a ella, que agobio tenía metida en su Alma.

Mi cuñada Betty se encontraba ya en casa con su niño; una criatura preciosa donde las hubiesen, pues tenía facciones de mi hermano Bryan en la frente y en los carrillos, así como una sonrisa agradable, no siendo muy llorón; ya que pasaba las noches durmiendo casi todas ellas después de haber tomando su biberón, y así como a las cinco de la mañana ya estaba pidiendo otro biberón para poder descansar otro par de horas más en su cunita.

Pero como yo no los tenía todos consigo, de vez en cuando me iba al centro de la ciudad para poder observar mejor, si mi hermano Bryan se veía con aquella chica, Marta, no pudiéndolos ver juntos los tres primeros días pero al cuarto día sí los vi paseando por la calle principal cogidos de las manos como si fuesen una pareja de novios.

No quise interrumpirlos; ya que yo no sabía si mi hermano tal vez estaría con aquella chica, Marta, para enterarla mejor de su estado social en el que se encontraba él; pero cuando le vi que se la acercaba a ella y la besaba en la frente a la chica, ya no me parecía de recibo aquello, so pena que la estuviese consolando y aliviándola el dolor que la estuviese produciendo saber a Marta, que mi hermano Bryan había tenido un hijo con la señora Betty.

No me quería ir del lugar donde me encontraba, para saber mejor los movimientos de mi hermano Bryan con aquella chica, su enamorada; y lo que pude observar fue unas caricias en

la frente hechas por mi hermano a la chica de sus sueños, como estaba viendo en aquellos dos tortolitos. Por lo tanto el cariño de mi hermano no se le había ido para con aquella chica; ya que la hablaba palabras muy cerca del oído y de vez en cuando la daba un beso en las mejillas.

Aquello no me estaba gustando nada, pero que nada, no obstante decidí seguir en la sombra, no haciendo presencia alguna delante de ellos para no quitarlos el hado que había en aquel día entre los dos enamorados. Pero mi comprensión me decía que tendría mi hermano Bryan que quedarse quieto y no ilusionar a la chica, que ya bastante ilusionada estaba ella con tan solo pasear por las calles de aquella ciudad con mi hermano Bryan.

Cuando me fui de aquel lugar, me fue desequilibrada del todo en mi ser al ver a mi hermano tan dulce con Marta; pues me parecía que la estaba recibiendo de nuevo a aquella chica tan enamorada de él, que le estaría costando despedirla horrores.

No sabía si decirle algo a mi hermano una vez que llegase a casa, pero lo cierto era que mi hermano Bryan tardó unos días en visitarnos; ya que tenía que hacer hasta la colada en su casa, mejor dicho: En la casa de la señora Betty.

Cuando nos visitó mi hermano Bryan, yo le llamé aparte para hablarle sobre el tema de aquella chica tan enamorada de él, no gustándole mucho que yo le dijese nada sobre aquella chica; ya que al parecer estaba también él enamorada de ella.

Mi hermano se sospechó lo que yo le iba a decir, por lo tanto abordó él la conversación, no me dejó hacerlo a mí; comenzando hablar él primero y sin ninguna clase de tapujo ninguno a cerca de las relaciones que tenía con aquella chica, Marta.

BRYAN -. Se lo que me quieres decir.

ANAÍS -. Lo quiero saber: ¿Dímelo?.

BRYAN -. Es muy sencillo: Simplemente quiero a esa chica, a Marta.

Como mi hermano Bryan dijo aquello con convicción en sus palabras, yo lo tomé como si fuese verdad, pues así era; ya que se los veía a los dos muy enamorados, pero no era para decirlo en voz alta, a mi simple parecer.

ANAÍS -. No es para dar tres cuartos al pregonero. Estás casado y nada más; te debes a tu mujer y a tu hijo, piensas en lo que estás haciendo.

BRYAN -. Que lo hubiese pensado antes Betty qué hacía conmigo, si sabía que yo quería a Marta más que a ella.

ANAÍS -. Ya ha pasado y hay que hacer frente a la realidad de los hechos.

BRYAN -. Hechos obligados para que se ejecutasen. No me siento ligado a mi mujer y mucho menos obligado por Ley a ella: Fue un tiempo en el que yo me sentía solo y cualquier compañía me hubiese valido.

ANAÍS -. No quiero volverte a oír hablar más de esta manera.

Hice afán de darla un cachete pero me contuve, ya que mi hermano era lo suficientemente mayor para saber lo que se hacía, y lo que se hacía era romper su matrimonio si siguiese con aquella chica, Marta. Y desde luego yo estaba dispuesta para que aquello no sucediera, aunque me gustaba más la chica que mi cuñada Betty, pero la Moral y la Ética valía para algo dentro de la Sociedad; no se podía romper los lazos dentro del matrimonio así como así, sin escrúpulos algunos.

La cuerda estaba muy fuerte tendida, pudiéndose romper en un momento por cualquier sitio; ya veríamos qué sucedería si aquello seguía así, pues mi cuñada Betty estaba dispuesta a no perder a mi hermano Bryan para nada, pero el cariño de Marta era más fuerte para mi hermano que el de su mujer Betty.

Si tenía poco se me aglomeró el pesar una noche que vi salir a mi hermano Albert de la casa de nuestra vecina Daisy, una vez que se fue su marido al trabajo, viendo en aquella señora tan poco respeto a su marido que no valía la pena la quisiera su marido. Entrándome a mí una clase de vergüenza que no podía estarme quieta en mi sitio, yéndome de una parte a otra en el salón de mi casa.

Miré una vez más a las ventanas de la alcoba donde estaba mi cuñada no viendo luz alguna en ella, por lo tanto mi cuñada Samantha se encontraría durmiendo; no pudiendo yo

dejar pasar aquella situación que se estaba dando en dicha hora, para salir al encuentro de mi hermano, y esta vez sí que salí a su encuentro.

Mi hermano Albert se extrañó al verme despierta en dicha hora, ya que eran horas de la madrugada; pero para mí todas las horas eran igual si yo lograba salvar a los componentes de mi familia, ya que eso lo daba por bien hecho si lograba encarrilar a uno de mi familia por el camino del bien y de la concordia matrimonial.

ANAÍS -. ¿Tengo que hablarte o sabes lo que te voy a decir?.

ALBERT -. Eres peor que mamá.

ANAÍS -. Deja a mamá, ya no se entera de nada.

ALBERT -. Por desgracia.

ANAÍS -. Eres un irresponsable y un perfecto cochino. No solamente te estás haciendo odioso para tu mujer, sino también para tu familia. ¡Deja a esa mujer!, que no te corresponde para nada.

No sé cuantas cosas le dije aquella noche a mi hermano Albert: Menos bonito le dije de todo, avergonzándome yo más que él por el tono y la manera en que se lo dije, así como con las palabras con que se las dije.

Desde luego no he debido reproducirlas para el lector, pero me ha parecido bien que se sepa las cosas que dije a mi hermano Albert en aquella ocasión, para escarnio y escarmiento de la persona que obra mal al despecho de otra, creyendo que esa otra no se entera de nada y teniendo la convicción de que aquello es cosa fortuita, más bien de tránsito.

No sé si surtió efecto todo lo que le dije a mi hermano Allbert en aquella ocasión; lo cierto fue que no le volví a ver salir de la casa de nuestra vecina Daisy: Tal vez sería le entrase remordimientos en su Alma por haber engañado a su esposa, una santa mujer donde las haya, sin menoscabo de otras señoras.

Ahora mi interés se centraba en la chica que estaba enamorada de mi hermano Bryan; no sabiendo yo cómo resolver aquel problema tan arduo y escabroso a la vez, como para que se

tratase con suma delicadeza: No fuese a ser se dañase alguna de las partes relacionadas con aquel problema.

Así que no pude más y una mañana temprano me fui al centro de la ciudad buscando, única y exclusivamente a Marta por las calles de aquella hermosa ciudad, no encontrándola en ninguna de aquellas vías tan allegadas al paseo, encontrando únicamente una tranquilidad en mí Alma al pasear por aquellas calles, que me relajaba todo mi ser.

Aquel día no pude ver a la enamorada de mi hermano Bryan, pues no sabía dónde estaría aquella chica, Marta, y al so cuello de qué se amparaba para no buscar a mi hermano por las calles de aquella ciudad; hasta que un día vi a mi hermano dirigirse con su coche por la carretera comarcar de un cierto pueblo cercano a dicha ciudad.

Por lo tanto no me quedaba otra solución más que vigilar a mi hermano Bryan para poder saber cuando se acercaba aquel pueblo y a qué hora; pues por la mañana trabajaba él en su puesto de trabajo y por la tarde las tenía todas ellas libres; así que sería mejor vigilarle por las tardes para saber cuando salía hacia aquel pueblo.

Por más que vigilaba, solamente le veía en plena carretera con su coche; así que decidí buscarle la vuelta y un día me fui a visitarlos a ellos, a Betty y a él, en casa de nuestra compatriota, mi cuñada; no surtiendo efecto mi vigilancia aquella tarde sobre mi hermano Bryan, ya que no se movió de su casa para nada.

Volví a mi casa totalmente decaída, sin ánimos ni ganas de hacer nada; así que me senté en una butaca en el jardín leyendo un libro a la espera de que me llamasen para la cena, cosa que no sucedía, pues aquella noche se había ido toda mi familia al teatro, quedándome la entrada en la cómoda del salón. Lo recordé de inmediato, que aquella noche iríamos al teatro todas juntas; buscando la entrada para encontrarla de inmediato encima de la cómoda de entrada al salón, como he dicho. Pedí un baso de leche y salí en busca de mi familia, llegando cuando el teatro estaba empezado.

Mi familia me miraba con cara de asombro, sin comprender dónde me hubiese metido yo un momento antes de salir al teatro; ya que no me encontraron en ningún sitio de la casa,

teniéndoles que explicar yo dónde estaba en aquella precisa hora, cuando todas se preparaban para salir del teatro, una vez que se terminó el espectáculo.

Y como no nos queríamos ir del centro de aquella bonita ciudad, nos dispusimos a disfrutar de su vista, más bien de sus calles, de sus terrazas al aire libre y de su ambiente aquella misma noche, teniendo una grandiosa velada todas juntas en la mesa de un bar de los innumerables bares que hay en aquella ciudad; sobre todo del ambiente tan sublime como existe por la noche en aquella ciudad.

No hacía más que dos minutos que estábamos sentadas en una terraza de un bar, cuando vi pasar a mi cuñada Betty con su hija Dora agarradas del brazo como dos amigas bien allegadas; pero al poco tiempo observé a mi hermano Bryan que iba acompañado de su chica, Marta, y ésta iba agarrada de su brazo.

Rápidamente alegué ir al baño, para salir por la otra calle, ya que aquel bar daba a dos calles, teniendo una pequeña barra en sus traseras. Agarré del brazo a mi hermano Bryan instándolos para que se fuesen detrás de mí, dándolos la vuelta a la esquina, ya que se estaban metiendo en la boca del lobo.

ANAÍS -. Venid para acá, conmigo.

Obedecieron sin rechistar los dos tortolitos, desviándolos yo de la vía principal donde se encontraba Betty y su hija Dora; pues si mi cuñada hubiese visto a su marido tan bien acompañado de aquella chica, se hubiese formado un rife rafe de aúpa.

BRYAN -. ¿Qué significa esto?.

ANAÍS -. Significa, que mientras vosotros no tengáis la suficiente vergüenza como para esconderos de las gentes, tiene que haber alguien que os eche una mano.

MARTA -. ¿Qué mano, señora?.

ANAÍS -. Dirigiéndoos hacia el lado contrario donde se encuentra la mujer de mi hermano Bryan.

BRYAN -. ¿No digas?.

Claro que decía, y decía más; ya que seguí recriminándolos en plena calle por la poca indiscreción que habían tenido para no saberse ocultar de las gentes; ya que algunas personas sabrían que mi hermano estaba casado. Pero lo cierto fue que salvé el matrimonio de mi hermano Bryan en aquella ocasión.

A mi hermano Bryan le tenía que hablar seriamente y para ello esperé a que éste se encontrase en casa un día por la tarde; más bien estábamos él y yo a solas, sin ningún otro hermano, ni ninguna cuñada que pudiese oírnos hablar a los dos. Le senté en un sillón del salón para poderle hablar mejor, pero cuando observé que éste se ponía en guardia, me fue más difícil hilar la conversación que tenía pensado decirle.

No sabía como aborda la conversación con mi hermano Bryan, pues veía a éste como nervioso y preparado a la investida por lo que yo le fuese a decir; no dudando en ningún momento hablarle sobre aquella chica, Marta.

ANAÍS -. ¿Te parece bonito lo que la estás haciendo a tu mejer, Betty?.

BRYAN -. Más me ha hecho ella.

ANAÍS -. ¿En qué concepto?.

BRYAN -. En el sentido de no haberme dejado opción alguna para elegir entre ella y Marta.

Mi hermano Bryan tenía razón en parte, pues la culpa no era toda de la señora Betty, o sea de mí cuñada; ya que si él no hubiese sucumbido a los amoríos de dicha señora no se hubiese visto en tales circunstancias como se estaba viendo en esos precisos momentos: De tanto agobio por no saber qué camino escoger.

Lo cierto fue, que no hizo falta seguirle hablando a mi hermano Bryan de aquella chica, que ya se las sabía todas; por lo tanto le dejé marchar a su aire para ver mejor qué rumbo tomaba y qué interés había puesto en lo que yo le había dicho momentos antes, pues según sus

gestos sabía yo si había puesto interés en lo que yo le había dicho o por el contrario; le había entrado por un oído y le había salido por el otro oído.

Parecía que sí se lo había tomado en serio lo que yo le había dicho; ya que se le veía como meditando en alguna cosa que tenía entre mano, y entre mano tenía solamente el dejar las relaciones con aquella chica, tan enamorada de él que no veía forma para romper con dichas relaciones por más que se lo dijese yo.

Pese a que yo le hostigaba para que dejase a Marta, mi hermano Bryan no veía aquello con buen agrado; ya que a nadie se le puede obligar para querer a una mujer si ese alguien no está por la labor, y máximo cuando se le ha obligado a decantarse hacia una persona y no hacia la que él quiere.

Yo presentía que estaba mal hostigar a mi hermano Bryan para que dejase a Marta; pero no había otra forma para hacerlo, ya que tenía mujer e hijo a la vez y con todo y eso todavía no se había bautizado el niño, por no tener los suficientes días como para hacerlo.

Pues claro que llegó el hijo de mi hermano Bryan a tener los días suficientes como para que fuese bautizado, viendo yo a mi hermano Bryan y a mi cuñada Betty cerca del Altar Mayor dando el consentimiento para bautismo de su hijo; presentando una escena inolvidable, un cuadro, que nunca lo iría yo a olvidar por más años que viviese en la vida.

Desde luego comenzó a llorar aquella criatura, una vez que el Sacerdote le derramó el agua sobre la cabeza; pues al parecer sentiría la criatura un frío en la tez no muy agradable para su sensibilidad de niño pequeño.

Nos fuimos a celebrarlo aquel bautizo a un salón afamada en el centro de aquella bella ciudad, permaneciendo en el hasta bien entrada la tarde; pues viendo ya que se había terminado el banquete decidimos marcharnos a nuestra casa cada uno. Pareciendo que estábamos agotados todos a la vez; pues aquel banquete nos había extenuado, por ser mucho tiempo lo que estuvimos en aquel salón, siendo abundante la comida: Dos cosas contraproducente como para que el cuerpo aguante tales invistes a la vez.

Vi derrumbarse a mi cuñada Samantha en un sillón en el salón de la casa y a mi hermano Andrew tomarse allí mismo su medicina asistido por su mujer Amy; pero a quien yo

no veía, era a mi hermano Albert , no sabiendo yo dónde se encontraría mi hermano Albert en aquellos momentos, dándome una cierta sospecha de que éste se encontrase en la cocina pidiendo que se le diese alguna bebida que le sirviese de refresco para amortiguar el alcohol que había tomado en el banquete del bautizo del hijo de mi hermano Bryan y de mi cuñada Betty. Y así fue; pues acercándome a la cocina pude ver allí a mi hermano Albert tomándose una granizada hecha por la señora cocinera.

Yo me tomé otra granizada fresca y buenísima; ya que nuestra cocinera servía estupenda cada cosa que se la pedía: Sabía hacer toda clase de comida, así como dulces o cada clase de bebida que se la pidiese; estando predispuesta hacerlo en cada momento que se lo pidiese, fuese lo que fuese: Pues había pocas cocineras con tanta predisposición como la señora que teníamos en la cocina, sin querer darla publicidad ninguna por si la ofrecían más dinero que nosotras y más beneficios.

Pasó el bautizo, poniéndole el nombre de pila al niño de Charles para estarle viendo todo el día en su cunita metido, ya que no podía jugar, hablar, ni relacionarse con otros niños por tener aquél bebé unos cuantos días solamente, y hasta que dijo papá pasó casi cuatro meses, y eso fue porque se le daba tortas sin fuerzas en la boca al bebé dejando percibir el vocablo de papá al son de taparle de repente al niño la boca con la mano hueca y dejar de inmediato apretar con la mano sus labios.

¡Papá!; sí papá, decía de vez en cuando y no con mucha claridad, ya que había que poner mucho oído para poder percibir aquella palabra al niño.

Un día que me encontraba en el centro de la ciudad se me acercó un señor tirándome un piropo, sin haberlo esperado yo y sin ganas de que nadie me piropease; ya que mis ánimos no estaban para ello por estar buscando a la señorita Marta por todas las calles de aquella hermosa ciudad, para ver si se encontraba con mi hermano Bryan dando un paseo.

SEÑOR -. ¡Vaya cosa bonita!.

No lo pensé ni un solo segundo, pues volviéndome hacia el le aticé una bofetada en la cara que restalló en toda la calle, mirando los transeúntes para donde nos encontrábamos nosotras, para después recapacitar en lo que había hecho.

ANAÍS -. Perdóneme usted, señor; no estoy en condiciones que me piropeen.

SEÑOR -. Sí, ¡ahora!

No sabía yo lo que había querido decir aquel señor con aquello de, ahora; tal vez sería después de haberme piropeado y tirado una flor a mi paso, ya que el comprendía que lo valía mi persona.

Y avergonzada de lo que había hecho aceleré el paso, sin esperar contestación alguna de aquel galante que me había piropeado por creerlo así y yo no le había sabido corresponder con su piropo e interés hacia mi persona.

Como llegué a casa un poco azarada, enseguida me lo notó mi hija Cathy preguntándome por las causas de aquel nerviosismo como era el que estaba teniendo en ese preciso momento, no sabiéndola decir yo, muy bien, las causas que se debía aquel nerviosismo que tenía en mi ser metido, intuyendo mi hija al momento cuales eran las causas por las que yo me encontraba nerviosa perdida.

CATHY -. ¡Anda!: ¿A estas alturas de tu vida?.

ANAÍS -. Y a cualquiera, hija.

CATHY -. A todas las mujeres nos han dicho algo los hombres y la mayoría no nos ponemos como usted se ha puesto, mamá.

No sabía yo muy bien como se ponían las demás señoras cuando las piropea un hombre; pero yo me puse alterada al darme cuenta que me debía a mi marido y a nadie más: Que para

otro palo de un banco ya teníamos a mi hermano Bryan y a mi hermano Albert con la cabeza hueca y no muy bien amueblada, como se podía ver.

No sabía yo muy bien cómo me había puesto, pero si me notaba muy azarada, más azarada que nunca y con unos nervios elevadísimos, tanto que no sabía lo que hacer en aquel momento, cuando me estaba hablando mi hija Cathy. ¡Vamos!, que si cojo a un hombre le hago algo; al pensar en lo que estaban haciendo mis dos hermanos a sus respectivas mujeres, entre Albert y Bryan. El pensar aquello me desacerbaba, por lo que estaban haciendo mis dos hermanos a sus respectivas mujeres me llevaban los vientos.

Al siguiente día me levanté más tranquila, por no pensar en el piropo que me lanzó aquel hombre a su paso; que si lo hubiese estado pensando, tal vez me hubiese levantado con genio y malhumorada a la vez por repudiar esa misma condición que tenían mis hermanos al ser adictos a otra persona: Eso yo no lo podía consentir en forma alguna.

Y para ver mi rechazo en aquellos actos que estaban cometiendo mis hermanos, Albert y Bryan, me fui aquella tarde para dar un paseo en el centro de aquella ciudad, pudiendo ver a Marta paseando sola por una calle de aquella hermosa ciudad. Pero aunque la vi sola a la señorita Marta pasear por una de aquellas calles de la ciudad me quedé a la espera por si hacía apto de presencia mi hermano Bryan, y claro que la hizo. Hizo acto de presencia en pocos minutos mi hermano Bryan en aquella calle, yéndose rápidamente hacia donde se encontraba la señorita Marta.

¡AH!, no; sobretodo no, no podía yo consentir que le conquistase aquella chica a mi hermano estando casado con otra mujer; aunque la otra mujer le hubiese conquistado con forma de astucia amorosa en la vida.

Me fui para donde se encontraban ellos sin apenas saludarlos; comencé mi plática diciéndoles a los dos, que me parecía mal se viesen a solas cuando mi hermano Bryan estaba casado y con un hijo, poniendo aquella chica una cara de circunstancias al oír aquellas palabras que les estaba diciendo yo a los dos.

MARTA -. Nos queremos, señora. Nos queremos mucho.

Fue lo único que se le ocurrió decir a Marta, así como entrecortada y asustada a la vez con una voz que apenas la salía del Alma al darse cuenta que lo suyo no podía ser con mi hermano Bryan; ya que éste se encontraba casado y con hijo. Pero como aquello de que las ilusiones eran muchas y el cariño más, la brillaban los ojos cuando miraba a mi hermano con una cara de niña pura.

Los cogí de las manos separándoselas para indicar con el dedo índice a la señorita Marta que siguiese su camino hacia su casa, llevándome a mi hermano por unas calles secundarias hacia su coche, y hasta que no le vi en la carretera no me fui de aquel sitio.

Cuando volví a la calle principal vi a mi familia sentadas en una mesa un tanto inquietas por no saber dónde me encontraba yo, ya que ellas sabían estaba yo en la ciudad sin saber las causas por las cuales me dirigí aquella tarde al centro de la ciudad; aunque mi cuñada Amy se lo sospechaba, viendo en ella las demás componentes de mi familia un filón de información para aplacar su interés en saber algo de mí.

SAMANTHA -. Ella no lo va a decir; pero tú nos puedes decir algo de lo que has intuido al respecto de nuestra cuñada: ¡Anda!, dínoslo, Amy.

Amy se encogió de hombros como diciéndolas que ella no sabía mucho de mis andanzas por la ciudad aquella tarde, pero como las demás componentes de mi familia permanecían en espera de que ella dijese algo, se atrevió a decir: -. Que tal vez era para saber dónde se encontraba nuestro hermano Bryan -.

Se quedaron todas pensativas, como queriendo saber más sobre el asunto y como Amy no las decía nada más, me comenzaron a mirar fijamente todas ellas como esperando a que yo les contase la verdad de lo que había pasado aquella tarde en el centro de aquella bella ciudad, sin yo decirlas mucha más que las dijo Amy por haber tenido su intuición sobre mis andanzas en el centro de la ciudad.

Yo no abría mi boca para nada, solamente me limitaba a encogerme de hombros como diciéndolas a todas ellas que no había pasado otro tanto más que lo que había contado nuestra cuñada Amy al intuir el por qué me encontraba aquella tarde en el centro de la ciudad.

Nos levantamos todas de la mesa donde estábamos tomando un refresco disponiéndonos a marcharnos a nuestra casa, pero antes que nos diésemos cuenta ya se encontraba allí nuestra cuñada Betty con su hija Dora. Aquello me extrañó un poco, que Betty y Dora se encontrasen allí sin el niño; por lo tanto pregunté a Betty por la criatura.

ANAÍS -. ¿Y el niño?.

BETTY -. Le he quedado a cargo de la señorita María.

Cuando oí aquello me tranquilicé un poco; pero al parecer Betty se había pasado; ya que la señorita María estaba como personal doméstico en mi casa, no en su casa: Por lo tanto la tenía que haber remunerado tales servicios.

Llegamos todas juntas a mi casa viendo a aquella criatura manchada toda su ropa por un biberón que le había dado la señorita María, y según ella había pegado con los pies en el biberón vertiéndole sobre él todo su contenido, así que mi cuñada Betty cogió a su hijo llevándosele pronto a su casa para poderle limpiar toda su ropa y hasta a él mismo.

La vi con un interés enorme a mi cuñada Betty para apurarse en limpiar a su hijo, así como con un pequeño enfado por no haber sabido hacerlo mejor la señorita María: Desde luego aquello la serviría, a mi cuñada Betty, de escarmiento. Antes de volver a dejar la criatura a la señorita María se lo pensaría bien lo que iba hacer; pues de escarmiento la serviría dejar a su niño en manos de otra mujer, sin saber cómo trabaja esa mujer.

Como los niños no ven el peligro, mi sobrino Christian se había ido cerca del acantilado una vez que su madre Samantha visitaba a su tía Betty una tarde y como el niño no acudía a casa de su tía, comenzaron a ponerse nerviosos todos en dicha casa; no sabiendo lo que le hubiese pasado al niño.

Salieron todos ellos en busca de mi sobrino Christian por los alrededores de la casa de Betty no encontrándole por sus cercanías, hasta que se arrimaron mi cuñada Samantha y la señora Dora al acantilado oyendo unas voces que salían de un pecho pequeño. Indudablemente el niño se encontraba en el acantilado, dentro de la cueva que se había descubierto desde dicho lugar a la finca agrícola.

Llamamos a los bomberos, presentándose de inmediato una dotación de bomberos con un coche de policía, tardando un buen rato en rescatar al niño por las dificultades que había quedado la cueva del acantilado una vez que se exploró lo que había en ella metido; ya que sí había habido algo metido en dicha cueva, pero la policía nunca lo dijo.

Cuando sacaron al niño corrió su madre hacia él propinándole sendos abrazos y besos a la vez, en señal de que lo había pasado bastante mal al no saber dónde se encontraba su niño; ya mi cuñada Samantha era propicia a ponerse nerviosa cuando no veía al niño en cierto tiempo y eso que mi hermano Bryan ya hacía un buen rato que estaba escalando dicho acantilado por la parte más fácil de su culminación en dicho lugar, aconsejándole la policía que se quitase de donde estaba, de encima del acantilado.

Todos coincidimos que se tenía que tapar la cueva o hacerla desaparecer, ya que hoy ha entrado mi sobrino Christian, pero otro día se le ocurriría entrar a otro niño más pequeño que él no sabiendo lo que le pudiese pasar, y así elevamos una súplica al Excelentísimo Ayuntamiento al siguiente día, dándonos la dirección de a donde podíamos ir con dicha súplica.

No sé si fue a causa de dicha súplica o por causalidad, lo cierto fue que en pocos días estuvieron tapando la entrada y sellándola aquella cueva, hecha por gentes amantes del dinero; pues hasta las barcazas que acudían casi todos los días a las inmediaciones del acantilado lo dejaron hacer, por falta de operatividad en dicho lugar, al ser sellado dicho lugar por la policía.

Y como no viene una sin otra, nos llegó una tarde un mal presentimiento al anunciarnos la policía que la señorita María había recibido un espasmo estando en el Hospital aquella tarde, ya que se había quedado en forma de taquicardia, y sin dilación al tema salimos todos hacia el Hospital sin pronunciar palabra alguna.

Cuando vimos postrada en la cama a la señorita María estaba más blanca que la pared, teniendo un gran recelo por lo que la había pasado a ella y así nos lo hizo saber.

ANAÍS -. ¿Qué le ha pasado a usted, María?.

SRA. MARÍA -. Esto no me había pasado nunca, por lo tanto no sé qué será.

ANAÍS -. Tranquilícese, señorita María; ya que usted es joven y aguanta todos los envites de la vida.

No me contestó la señorita María; solamente se limitó a mirarme con los ojos bien abiertos, como en señal de querer saber más de su enfermedad y como nosotras no sabíamos mucho más que ella, nos limitamos a callar y no decirle las posibles causas que la habían provocado dicho estado arrítmico, con la consiguiente merma moral de dicha señorita.

Enseguida buscó mi marido Arthur una contratación para que se quedase aquella noche alguien con la señorita María, ya que no tenía a nadie como familia más que nosotras. Pero con todo y eso yo no falté en ningún momento de aquella noche en estar cerca su cama, como si fuese un familiar suyo.

En general cuando una persona permanece un tiempo prudencial como personal doméstico en mi casa, esa persona se la considera como de familia; así estaba siendo con la señorita María, que parecía fuese familiar nuestro por lo bien que se portaba y por el tiempo que estaba en casa como personal doméstico.

Al siguiente día nos llegó la señorita María por sus mismos pies a nuestra casa, muy desmejorada; parecía como si tal vez le hubiese pasado otra cosa que no nos hubiesen dicho los galenos por motivos de seguridad; siendo verdaderamente lo que le pasó, fue un atraco por parte de un señor forzado, ya que la señorita María había ido para hacer la compra al centro de aquella ciudad tan hermosa, pero tan dificultosa a la vez en seguridad ciudadana, al haber personas de todos los pueblos en ella, y eso que hacía tiempo no pasaba nada. Pero sabían bien que la señorita María llevaba el dinero de la compra en su cartera, siempre lo hacía y nunca había pasado nada de nada.

Preguntándola la policía si conocía a alguien o sospechaba de alguna persona, ésta alegó que había entablado amistad con otra señora que hacía la compra en el mismo puesto que ella. Era un puesto de verduras, en donde las hortalizas estaban muy baratas. Y expresamente, según recordaba la señorita María, había llegado su hijo pidiéndola dinero, cosa que se opuso a dárselo no recordando más la señorita María de aquel día: Ni tan siquiera se había podido despedir de su amiga en aquel puesto de verduras.

La policía lo tenía claro en cuanto alegó la señorita María de la casa que se trataba, donde ejercía su trabajo la amiga; ya que tenía un hijo chasqui vano y sin contemplaciones algunas para las personas, fuesen las que fuesen: Jóvenes, mayoriitas, mayores en edad o niñas de unos meses si él veía posibilidad de sacarlas algún dinero para sus vicios mal entendidos.

¡Ya!; ya sabíamos lo que en realidad la había pasado a la señorita María, pues después de recibir un golpe en la cabeza se puso nerviosa dándola como una especie de arritmia cardiaca a consecuencia del mucho miedo que la había quedado a dicha señorita dentro de su ser metido. Y para que descansase la señorita María la dimos permiso al siguiente día en mi casa.

No quiero contar lo que pasó cuando llegó mi cuñada Amy al lado de la señorita María; ya que dicha señorita se estaba medicando por haberla quedado las pulsaciones un poco altas, a consecuencia del susto recibido. ¡UF!, cuando supo mi cuñada Amy que se estaba medicando ella misma por su cuenta, se volvió como una polvorilla propinando, en voz alta, palabras en contra de aquel chico. . . Que si. . . Y luego. . . En fin, así estuvo toda la tarde mi cuñada Amy al recordar lo que la había pasado a la señorita María la siguiente tarde en el mercado de abasto. El señor Sebastian la llevó una taza de caldo, hecho por la cocinera, pero tal y cual la dijo éste señor, estando presente el ama de llave, cosa que agradeció mucho el ama de llave por la deferencia que había tenido el señor Sebastian para con un miembro del servicio doméstico de aquella casa.

Tan volcados estábamos con la señorita María que habíamos olvidado a los niños, sobre todo al niño de más edad, Christian, no sabiendo donde se encontraba dicho niño; pues había salido por los alrededores del chalet por la mañana y era ya mediodía. Se corrió la voz por toda

la casa para buscar al niño teniendo yo un presentimiento: El niño se encontraría, una vez más, en el acantilado para saber si se oían de nuevo las voces.

Llamé a mi hermano Bryan, que era el que se encontraba más cerca del acantilado, para que le buscara por sus contornos, y cuando llegamos a dicho sitio vimos encaramado a las piedras de cemento al niño sin poderse bajar de donde se encontraba y a mi hermano Bryan subido a uno de esos bloques prefabricados sin poderse mover de allí, por lo resbaladizo que estaba aquel precipicio. Tuvimos que llamar una vez más a los bomberos para que los sacasen de allí a los dos, al tío y al sobrino.

Una vez más nos habíamos quedado en entredicho, ya que aquello se repetía con frecuencia sin tenerse que repetir; ya que el niño nos ponía en dificultad de vez en cuando por medio del acantilado. Pensando yo que teníamos que tener más cuidado con mi sobrino Christian de aquí en adelante, sin saber como lo íbamos hacer.

Pasó aquel mal trago para todas nosotras, amaneciendo otro día y con el una nueva ilusión en mi casa; ya que la alegría y el saber estar no nos lo quitaba nadie; pues tanta alegría mostramos aquel día que atrajimos a la suerte, tocando a mi hermano Andrew la lotería celebrándolo todas en casa, pues lo bueno que le pasara alguna de nosotras las pasaban a las otras.

Tanto ánimo y alegría cogió mi hermano Andrew que parecía revivir una nueva vida, no se le notaba nada su enfermedad, y hasta se fue a dar un paseo por la playa él solo como en otros tiempos en los que se veía bueno. Y hasta se atrevió a invitarnos una cena en el centro de la ciudad el sábado, brindando y comiendo como sino le pasase nada.

Mi cuñada Samantha se había levantado con la idea de ir al baño, pero como tardaba en llegar a donde estábamos nosotras me estaba poniendo impaciente, yéndome al baño yo misma sin compañía de ninguna de las otras; tanto de mi cuñada como de mi hija, pues Amy lo estaba pasando demasiado bien, y en cuanto a Cathy no la quería molestar para nada: Desde luego bien lo podía haber hecho, llamar alguna de mi familia para que me acompañase para buscar a mi cuñada Samantha, ya que la encontré fuera del bar en medio de un corro hecho por varios jóvenes intentando pedirles el bolso; ya que se lo había quitado y estaban jugando con ella.

ANAÍS -. ¡EH!. ¿Qué hacéis?.

Así me expresé en aquellas circunstancias, en donde la gallinita ciega estaba siendo mi cuñada Samantha; ya que en realidad estaban jugando con ella al corro, si yo te pillo o te dejo de pillar. Y nada más que yo les dije eso, tal vez con una gran voz, salieron corriendo aquellos jóvenes dejando a mi cuñada el bolso en el suelo, no mirando para atrás en ningún momento.

Mí cuñada Samantha se veía como agotada por el mucho movimiento que había tenido en el tiempo que aquellos jóvenes se habían divertido con ella: Corriendo de un lado para otro, dentro del círculo que la tenía formada. Era tanto así, que las demás la notaron el decaimiento físico que traía una vez llegada del baño.

AMY -. Pero chica: ¿Tú sabes como llegas del baño?.

SAMANTHA -. Sin fuerza alguna.

AMY -. Eso es grave. Debías hacerte una analítica y cuanto antes.

CATHY -. Sí, eso: Revítese usted, tía Samantha, y cuanto antes; pues no es de recibo que por haber ido al baño venga usted con tan pocas fuerzas y tan decaída como la hemos encontrado.

Cathy tenía razón, pero si mi cuñada Samantha hubiese llegado del baño en vez de hacer un maratón en poco tiempo y de varios kilómetros. Yo quería saber qué fue lo que pasó, diciéndome mi cuñada Samantha que la había quitado el bolso una chica en los excusados de señora, dándoselo a los chicos; pero como ella había salido detrás de su bolso no pudieron llevárselo por estar los chicos a la vista de las gentes, así que hicieron como si jugasen con ella.

Y ella empeñada en rescatar su bolso a los chicos, quedando agotada del todo, hasta que llegué yo; percibiendo las gentes que se encontraban cerca de aquel corro, que aquello no era un juego pues al parecer iba en serio.

Cuando llegamos a casa se dirigió mi cuñada Samantha como una flecha al baño, saliendo de allí con cara alegre y como descansada, viéndola mi cuñada Amy y mi hija Cathy,

afirmando las dos su extrañeza por no ver agotada a mi cuñada Samantha una vez que salió del baño, comprendiendo las dos que aquella noche en el centro de la ciudad había pasado algo más que un no poder evacuar en el baño. La intuición era mucha y el sentido orientativo para ponerse en los hechos era más.

AMY -. Antes te había pasado algo y tú nos lo habías ocultado.

ANAÍS -. La encontré a nuestra cuñada Samantgha haciendo un maratón.

La miraron todos a la cara, para bajar la vista mi cuñada Amy y clavarla en el bolso que lo tenía mi cuñada Sanantha encima de un sillón, sospechando algo sobre dicho maratón.

AMY -. ¿Te habían quitado el bolso, verdad?.

SAMANTHA -. No te confundes.

Aquello sentó mejor a mi cuñada Amy y a mi hija Cathy; no que la hubiesen quitado el bolso, más bien las causas por las que se había presentado mi cuñada Samantha tan agotada, ya que al parecer fue a causa de una buena carrera que había echado ésta para recuperar su bolso a aquellos rateros.

Al siguiente día se habían calmado todos los ánimos tan exaltados como se nos habían puesto al saber que a nuestra cuñada Samantha la habían querido quitar el bolso para desvalijarla todo lo que tuviese de valor en el, que al parecer no era poco; ya que hasta un cheque al portador llevaba de un buen cliente, conocido por mis hermanos, así como un buen reloj comprado la tarde anterior para regalárselo a mi hermano Albert, ya que al siguiente día era su cumpleaños.

Cuando nos levantamos todas al día siguiente, ya estábamos felicitando a mi hermano Albert en el día de su cumpleaños y dándole los parabienes, a la vez que le deseábamos una feliz vida en compañía de su esposa e hijo y que lo viésemos nosotras. Alegrándose mucho mí

hermano al ver lo querido que era por toda su familia; y hasta tuvo un pasmo esporádico al decirnos que nos invitaba a cenar a todas en el mejor restaurante que había en aquella ciudad.

Entre vivas y ole pasamos la velada aquella noche todas juntas, sin otro contratiempo que no fuese el estar totalmente alegre al ver a mi hermano Albert lo mas feliz del mundo, al sentirse complacido por todas a la vez.

Llegamos a casa a una hora prudencial y todavía nos quedaba ganas de seguir celebrando el cumpleaños en la casa, ya que mi cuñada Samantha sacó la tarta que sobró en la sobremesa de aquel día, así como un licor agradable para amenizar aquella noche con una buena música del estéreo. Pero cuando todos estábamos alegres y sin esperarlo, quitó la música mi cuñada para instalar la música de un DVD; ya que dicha música se oía con suma armonía, además de verse en la pantalla. Se lo había regalado mi cuñada Samantha a mi hermano Albert aquel artilugio.

Era un derroche de alegría todas nuestras relaciones, las unas con las otras; nadie tenía envidia de la otra, era más: Nos ayudábamos en todo lo que podíamos para vivir mejor entre nosotras, compaginando algunas el trabajo con los deberes de nuestra casa; ya que los niños nos daban mucho trabajo, sobretodo los pequeños pues el niño mayor ya tenía su juicio propio, y en aquel raciocinio del niño sabía lo que estaba bien hecho y lo que dejaba de ser bueno para los demás.

Un sábado llegó un circo a la ciudad, pidiéndonos el niño mayor que le llevásemos para ver el espectáculo, teniendo que llevar a los demás niños, se enterasen o no se enterasen de nada; pero allí que nos fuimos con todos los niños, y entre: Robert, que si Christian, o tal vez Carolina, era todo un derroche de voces dadas a los niños para que se portasen bien.

Aquellos niños no se quedaban quietos en su butaca, saltaban y jugaban entre ellos como si los verdaderos protagonistas del circo fuesen ellos, era tanto así que el más inquieto, Carolina se perdió no sabiendo donde se había metido; de modo que recorrimos todo el teatro una vez que se estaba montando el mismo, teniéndose que parar los actores para indicarnos el lugar exacto donde se encontraba la niña.

ACTOR -. Como estamos observando, les diré que la niña se encuentra sentada en la tercera fila, butaca cinco.

AMY -. Muy agradecida.

Estaban previendo un fracaso los actores sobre la representación de la obra, por lo tanto decidieron indicar a la familia de la niña dónde se encontraba ésta y así paliar mejor aquella escena donde se volcaba todo el concepto de aquella representación teatral.

Ya estaba bien; tener que parar la representación los señores actores para indicar a la familia de la niña dónde se encontraba aquella santa criatura: Inquieta como ninguna.

La vuelta a casa la hicimos no con menos dificultades; ya que cada niño salió corriendo para sitios diferentes en la calle, teniendo que correr detrás de ellos cada padre y hasta cada tío para poderles dar alcance y llevarles al coche reuniéndoles a todos, no sin pocos esfuerzos.

De escarmiento nos había servido llevar a los niños juntos, otra vez llevaríamos a unos y después a otros; así podríamos dominarles mejor: Pero ya veríamos cuando iba a ver otro teatro de niños en aquella ciudad, ya que la mayoría de los teatros representados en dicha ciudad eran para mayores.

Llegó un tiempo que no podíamos tener juntos a los niños por lo inquietos que eran; solamente se veían más calmados a todos juntos en la misma playa, tal vez sería por jugar con la arena y formar castillos con ella, ya que les enseñamos a hacerlo con el sólo interés de que se estuviesen quietos.

Así que sacábamos casi todas las tardes a los niños por la playa para que se expansionasen un poco y así pudiesen dormir mejor los críos; de lo contrario no había quien los durmiese por lo espabilados que se encontraban al no estar cansados por los juegos, pues sin estar rendidos de cansancio no había quien los durmiese.

Con todo y eso se veía, de vez en cuando, algún niño andar por las dependencias de la casa jugando con sus juguetes a altas horas de la noche, cuando todos estábamos acostados.

Hasta una noche oímos ladrar al perro mucho, levantándonos todas para ver qué era lo que estaba pasando, viendo a Christian jugando en la playa con la arena. Había cogido un cubo

pequeño y una pala de juguete, encontrándose en pleno juego él solo; ¡bueno!, eso creíamos nosotras, pues cuando miramos para la puerta del jardín estaba llegando a ella Carolina buscando a su primo Christian.

Aquello nos dio hincapié para tener más vigilancia con los niños, echando la llave a sus habitaciones, no dejándoles salir de ellas para nada en la noche. Eso sí, aumentaron los llantos y las voces llamándonos para que les diésemos agua o les asistiésemos en otros menesteres; no querían verse encerrados a solas.

Desde luego teníamos que idear otra cosa para que los niños se estuviesen quietos por la noche, no sabiendo la manera de hacerlo; hasta que oímos en la radio un truco para que los niños se estuviesen quietos, y era el ponerles unas luces en su cuarto, no muy fuerte, para que ellos pudiesen ver lo que había en su habitación.

No sé si fue por las luces que los pusimos a los niños en su cuarta, que aquello surtió efecto, no volviendo a tener ninguna clase de problemas con ellos; hasta el punto que si los metíamos en la cama un poco cansados por el juego, si corrían o hacían alguna clase de ejercicios aquella noche no se movían ninguno de ellos.

Teníamos solventado lo de los niños; pero ahora teníamos que tener otra cosa más en perfecto estado de revista y con cuidado para que no se nos fuese de las manos: Aquel escollo eran las relaciones de mi hermano Bryan con la señorita Marta, no siendo relaciones aceptadas por ninguna de nosotras por estar casado mi hermano y con un hijo. Un hijo que parecía una persona mayor en cuanto a la manera de pensar y eso que era el más pequeño de todos los sobrinos, pero con una sabiduría enorme para su corta edad. Si a penas gateaba y ya se les había salido a la playa a mi hermano y a mi cuñada, sin que éstos se hubiesen dado cuenta del teje y maneje que había urdido su niño, una criatura de unos meses y ya sabía gatear y salir a la calle por él solo: ¡Vaya con Charles!, una joya la criatura.

Lo malo era que se veían con casi la misma edad todos los niños, ya que un año o dos en los niños no significa nada, así que estaban cada vez más revueltas aquellas criaturas, y sobre todo cuando se encontraban todos ellos juntos: Sabían bien lo que hacían aquellos niños.

Un día oímos dar unas voces enormes a mi hermano Andrew llamando a su niña, como si estuviese desesperado al ver que la niña no le hacía caso alguno a su llamada. Se encontraba, aquella niña, encaramada a un tejadillo que teníamos cubriendo la entrada del servicio doméstico a la cocina por las traseras de la casa. ¿Haber ahora quien iba a bajarla de donde se encontraba aquella niña?; pues el marido de la señora María la antigua doméstica, el jardinero, la bajó de aquel tejado sin hacerla daño alguno.

En fin, que mi casa había cambiado sustancialmente, siendo conveniente que se supiese; ya que no volvería a ser lo que antes fue: Un derroche de quietud, paz y tranquilidad donde la hubiese como ninguna. La seriedad de mi casa ya no era tanto; pues los niños la habían cambiado totalmente, la habían dado la vuelta como a un calcetín.

Y como las personas mayores seguíamos allí; allí pasaba de todo, ya que un día llamaron a la puerta siendo un compatriota nuestro preguntando por alguien que nosotras no conocíamos, pero que a lo largo del tiempo supimos que esa persona sí existía, pero en una ciudad un tanto cercana a la nuestra. No era allí donde vivía la persona que buscaba aquel señor; por lo tanto le indicamos la dirección que nosotras habíamos entendido para que la fuese a ver cuanto antes, y al saber que carecía de locomoción y de medios económicos, le prestamos la ayuda deseada para que aquel señor pudiese llegar a la ciudad donde se encontraba la persona conocida por el; pero antes de llegar a la ciudad que nosotras habíamos entendido se encontraba la persona deseada por aquel señor, ya dicho hombre estaba cambiando de parecer.

No obstante nosotras le llevamos al sitio que nos había indicado la primera vez, viendo en la dueña de aquella casa una buena señora conociendo al señor que llevábamos en el coche, ya que al parecer, según nos dijo ella, era su marido; pero que acudía a ella ahora, cuando hacía muchos años que no se veían estando en contacto solamente por correo electrónico. No veíamos mucho interés por parte de aquella señora para acoger en su casa a su marido al cabo de tanto tiempo sin haber tenido noticias de el.

Nosotras le dejamos allí para que se entendiesen ellos dos, aquel matrimonio mal allegado al parecer por falta de roce en sus relaciones sentimentales.

Cuando volvimos a casa nos estaba esperando la señora Dora para hacernos una visita informal, ya que no se había anunciado. Aquella tarde hablamos de todo, hasta del tiempo que hacía en aquel verano, siendo un estío bastante caluroso a nuestro modo de entender.

Por la mañana siguiente no hice nada en casa, me limité a sentarme en el jardín que da a la playa oyendo la radio y viendo la infinidad de pájaros que hay por aquellos contornos; cosa rara por ser costa de mar. Algunas aves tenían las plumas coloreadas, emitiendo un trino característico de ellos.

Así pasé toda la mañana, en estado contemplativo, no moviéndome del mismo sitio ni de la misma mecedora en que me coloqué hasta que llegó la hora de la merienda, teniendo una tertulia como decaída entre nosotras.

Para despejarme un poco la cabeza salí con mi hija Cathy de paseo por la carretera que había bordeando la playa para entrar en la urbanización. Paso a paso íbamos mi hija y yo cuando vimos llegar a nosotras a mi cuñada Amy, agregándose al grupo para continuar nuestro camino hacia lo más opuesto septentrionalmente en aquella urbanización, observando unas manchas de sangre en la carretera; pues las estaban tapando unos operarios con arena.

Pensamos enseguida que hubiese sido un perro al que le habían atropellado y así quedó todo, en que había atropellado a un perro un coche. Y estando en este pensamiento entramos en casa para poder descansar un poco en ella, saliéndonos de inmediato el mayordomo, el señor Sebastian anunciándonos algo que nosotras no entendíamos muy bien.

SER. SEBASTIAN -. Con permiso de la señora. Si la señora me lo permite la diré que hace una hora han llamado tratando sobre su cuñada, la señora Betty.

ANAÍS -. Haga usted, señor Sebastian, de ser más escueto.

SER. SEBASTIAN -. Si la señora me lo permite, la diré que la requieren en el Hospital por haberse indispuerto su cuñada, la señora Betty.

ANAÍS -. Gracias, señor Sebastian, por darme la noticia.

Pensé en el strip que tenía mi cuñada en casa todos los días y que por tales motivo habría sufrido una bajada de tensión teniéndola que ingresar en el Hospital; pero cuando estábamos camino del Hospital pensé que había sido muy ligera de cabeza, ya que no sonsaqué al señor Sebastian toda la verdad, solamente me limité a oír lo primero y nada más.

No sé si sería una indisposición temporal de mi cuñada Betty, pero lo cierto era que comencé a ponerme nerviosa por no saber muy bien qué le había pasado a mi cuñada, si en realidad era una indisposición o tal vez sería mucho más: Por lo tanto al llegar al Hospital lo sabría sin falta de tiempo.

Pregunté en recepción diciéndome que no se encontraba en ninguna habitación dicha señora, y eso que di todos los datos de mi cuñada Betty, con nombre y apellidos, apuntándome mi cuñada Amy que tal vez estaría en servicios de vigilancia intensivos y allí que nos fuimos las tres, Cathy, Amy y yo.

Allí tampoco nos daban señas de donde podía encontrarse mi cuñada Betty, teniendo que ir de una parte a otra, de una ventanilla a otra preguntando por ella a todas las personas que creíamos lo podían saber por sí solas o mirando unos papeles o observando en el ordenador: ¡Qué va!; allí no sabía nadie nada de mi cuñada Betty, y al pasar a la sala de espera vi el cuaderno de un empleado de una agencia de defunción puesto en una mesa que había en el centro de aquella sala de espera.

Me agaché para ver mejor los nombres que estaban reseñados en aquel cuaderno pudiendo percibir el nombre de nuestra cuñada Betty, y al preguntarle a aquel empleado de la agencia de defunción me indicó que aquella señora la había llevado a un tanatorio hacia ya dos horas por lo menos.

¡No podía ser!; no podía ser que se tratase de mi cuñada, ya que la tarde anterior gozaba de una salud envidiable, así que salimos al tanatorio indicado a toda prisa encontrando en la puerta del mismo a mi cuñada Samantha, que ya hacía bastante tiempo estaba allí según ella.

Aquella mancha de sangre en la carretera era por algo, más bien por haber atropellado un coche a mi cuñada Betty, encontrándose en aquel tanatorio por dicha causa.

Abracé a mi cuñada Samantha con todas mis fuerzas, como queriéndola transmitir todos mis sentimientos de una sola vez, ella hizo otro tanto de lo mismo como recibiendo dichos sentimientos hacia nuestra cuñada Betty; no pudiendo hacer nada más por ella, ya que su vida se la había escapado de su cuerpo.

Y ahora aquel niño tan precioso: ¿Qué iba a ser de él?, si no tenía a su madre en el Mundo; una madre que le diese apoyo moral y físico a la vez, una mano extendida para siempre guiándole en todas las adversidades de la vida y hasta en las alegrías de ella.

Paso a paso fui entrando en las dependencias de aquel tanatorio para dirigirme a la sala donde se encontraba el cuerpo inerte de mi cuñada Betty, viendo a través de los cristales el cuerpo sin vida de mi cuñada, produciéndome un escalofrío que me helaba todo mi ser por momento; ya que no podía admitir que mi cuñada se encontrase en aquel sitio tan sombrío y tan poco lleno de vida, como para que yo comprendiese bien aquella situación que se había provocado entre nosotras, ya que al mirar a mi hija Cathy y a mi cuñada Amy pude ver en ellas las formas de las señoras que están en circunstancias especiales ante la muerte, siendo esta muerte la de mi cuñada Betty: Caras largas y blancas a la vez, con una irradiación negra en los ojos y como carrillos pálidos al no esperar dicho acontecimiento.

No me había dado cuenta que se encontraba hacia un lado mi hermano Bryan, sujetándose la cabeza con las manos, estando en forma de pensar; pensar en cómo iba a sacar su casa hacia adelante de aquí hasta el final de su vida, y más para allá se encontraba la señora Dora, la hija de la señora Betty fija totalmente en el féretro de su madre.

Estaba siendo una situación silenciosa, donde el vuelo de una mosca se oía por completo al no respirar tan siquiera las personas que estábamos allí en aquella hora de duelo y decaimiento para nosotras; pues hasta la luz se transformó mortecina a altas horas de la noche, viéndose una figura conocida por nosotras apostada en la puerta, sin querer entrar en aquella sala por si hacía mal.

Yo me levanté de donde estaba sentada yéndome hacia la puerta para ver si en realidad se trataba de la persona que yo estaba creyendo, y efectivamente; se trataba de aquella persona que yo me había figurado: Era nada más ni menos que la señorita Marta.

Al llegar a ella nos miramos a los ojos como queriéndonos decir lo mucho que lo sentíamos, y finalizando nuestras sensaciones de duelo la cogí de las manos entrándola en aquella sala de inmediato y llevándomela para donde se encontraba mi hermano Bryan, sin otro apelativo que no fuese decirle: Acéptala, que es tuya.

Entre decepciones y lloros, entre decaimiento moral y mal cuerpo despedimos el cuerpo de mi cuñada Betty, ya que fue repatriado gracias a su hija, la señora Dora para darle cristiana sepultura en su país y sobre todo en su pueblo natal.

¡Qué barbaridad!, cuando nos levantamos supimos que había pasado la noche la señorita Marta con mi hermano Bryan; no sabiendo en calidad de qué, pero lo cierto era que estaba cuidando del niño como si ya fuese su madre, y en general aquel niño la llegaría a querer como a su verdadera madre si todo siguiese así.

Pero no; todo no siguió de la misma manera que antes, debido a la llegada de la señora Dora pues a ésta señora la había sentado mal, pero que muy mal, se hubiese ido a vivir con el que fue marido de su madre, en un corto tiempo aquella chica tan enamorada de Bryan, la señorita Marta.

Se la desataron los nervios a la señora Dora oyéndosela las voces que estaba dando en casa de su madre hasta por lo menos cerca de la orilla del mar; tanto era así que los bañistas volvían la cabeza para saber qué estaba pasando en aquella casa, con ese vocerío que se estaba dando en ella.

No obstante siguió la señorita Marta en aquella casa al cuidado de la criatura, de Charles; que la miraba fijamente como queriendo intuir en ella a un posible familiar suyo, y máxime cuando dijo la primera palabra ayudado por Marta al obligarle para que la dijese con la mano puesta en la boca para quitársela de repente. Sí, dijo papá para luego decir mamá; así llana y escuetamente, siendo la delicia de su verdadero padre, Bryan, y de la mujer que le cuidaba estando siempre a su lado, Marta.

Hasta acudieron los padres de la señorita Marta a casa de mi hermano Bryan para ver qué era lo que pasaba con su hija, ya que sin haberlos pedido permiso alguno se había ido a vivir con mi hermano sin haber esperado la bendición paterna.

Los padres de la señorita Marta se expresaron correctamente, pareciéndome que en realidad tenían razón por aquellas palabras que la dijeron a su hija, pero no en sí las formas al querérsela llevar a su casa hasta que formalizasen sus relaciones legalmente. En una palabra: Querían los padres de la señorita Marta que hasta no se casase con mi hermano no volviesen a juntarse los dos; buena idea y buen razonamiento, pero solamente para los padres de la señorita Marta, ya que en el mundo actual no se estilan tales formas: Se va una a vivir con su pareja y nada más.

Aparte que la señorita Marta se encontraba cuidando de aquella criatura tan encantadora como era Charles, un niño precioso donde los haya y obediente ante todo, sin nervios y sin demostrar que era él el que mandaba en casa. Los juguetes, los justos así lo cogería con más deseos y sabría emplearlos mejor al valorarlos en su medida justa.

Hasta hubo un día que tuvo la necesidad la señorita Marta ir al doctor, al especialista en la mujer para que la auscultara de un problema que tenía en su interior. Y tanto que tenía un problema la señorita Marta en su interior; pues el doctor Mora la anunció un estado de buena esperanza, no esperándose para nada aquello la acompañante de mi hermano Bryan, la señorita Marta, alegando de que aquel doctor era ya mayor; pues en general el doctor Mora tenía ya su edad, no obstante llevábamos toda la familia yendo a él desde siempre.

Sin pérdida de tiempo se la llevó a la señorita Marta a otro doctor, y esta vez más joven; alegando flatulencias en el vientre de Marta, quedándose dicha señorita con cara de circunstancias al haberla hablado así aquel doctor.

SRA. MARTA -. Usted me perdonará, doctor.

DOCTOR -. ¿Usted dirá?.

SRA. MARTA -. Tengo entendido, que lo mío no son flatulencias.

DOCTOR -. ¡Ya!; ya sé que viene usted de rechazo de otro doctor. Pese a que estoy pocos años en la profesión, no dejo de observar a mis pacientes; sabiendo si me vienen directamente o vienen de otra consulta.

SRA. MARTA -. Sí; pero en la otra consulta me han dado otro diagnóstico.

Y después de escribir algo en un papel alargó la mano aquel doctor entregándoselo a la señorita Marta y al leerlo se quedó más tranquila.

SRA. MARTA -. Sí, esto era.

En aquel papel ponía el tratamiento para que su embarazo fuese a buen puerto, como se suele decir; por lo tanto no quedaba duda alguna de que la señorita Marta se encontraba embarazada de mi hermano Bryan. Y ya en casa la di un consejo a la señorita Marta por si lo quería coger.

ANAÍS -. No cambie usted de doctor; es contraproducente.

SRA. MARTA -. Lo había pensado yo antes: No cambiaré de doctor, me tratará el doctor Mora desde luego.

Así se quedaron sentadas las bases de que la señorita Marta no debía cambiar de doctor; ya que aquel doctor nos conocía bien a todas las mujeres de la casa, queriendo yo que también conociese a la posible señora Marta cuando fuese la mujer de mi hermano Bryan; pero éste no decía nada al respecto de casarse con su compañera Marta, así que le tendría que dar yo un empujón para que por lo menos lo pensase.

Pero esta vez ayudada por el resto de las mujeres de mi casa, y para ello las reuní a todas en una sobremesa en la cena de una noche de aquel verano tan caluroso como estaba haciendo. Estaban todas conformes con mi idea, solamente la rechazaba mi hija Cathy al no haber dicho nada su tío sobre si se quería casar con aquella señorita o no. La duda ofendía en el seno de mi familia: Que un hombre embarace a una mujer y luego no se quiera casar con ella, eso no era posible de ningún modo en mi casa.

Mi hermano Bryan se tenía que casar sí o sí con la señorita Marta, cumpliendo con las creencias que nos destacaban entre las demás gentes.

Se comenzaron hacer los preparativos para la boda de mi hermano Bryan con la señorita Marta; pero eso sí, una boda más bien familiar, donde solamente fuésemos la familia y nadie más a dicha boda. Ya que aquella boda se estaba dando por añadidura, al estar embarazada la señorita Marta de mi hermano.

Para ello llamamos al sacerdote que ofició el entierro de mi cuñada Betty; pues el sabía que mi hermano Bryan era viudo de su primera mujer, así se sentarían las bases en mi casa de que éramos una familia de creencias religiosas cumpliendo con su santo deber.

Pero eso sí: Se celebró la boda en un restaurante afamado de aquella ciudad, acudiendo solamente las familias más allegadas de cada parte y teniendo que estar más pendientes con los niños que con los mayores; ya que los niños también asistieron a la boda de su tío Bryan junto con su primito Charles que le dio por pronunciar la palabra mamá ininterrumpidamente, como si se tratase de un papagayo.

La ceremonia religiosa estuvo bien, pero mejor estuvo el banquete de la boda; ya que comimos de todos los mejores manjares que hay en el mercado, y al llegar a casa nos encontramos con una buena recepción por parte del personal doméstico. Dicho personal nos tenía preparada una buena tarta en el salón de la casa, así como todas clases de bebidas exóticas y otras más allegada a la afinidad del tema, como era la boda que había cerebrado mi hermano Bryan con la señora Marta.

Los días siguientes a la boda trascurrió todo lo más normal del mundo, ya que se cumplió con la manera de ser y estar, cada uno, en su casa, y para ello unos asistiendo a su trabajo y otros teniendo cuidado con los menesteres del hogar; cuidando que se limpiara bien el polvo y los enseres metálicos estuviesen reluciente del todo.

Había mucha paz en mi casa, demasiada paz para que aquello fuese verdad; y en general sí lo era, ya que se estaba viviendo unos días de relax en nuestra casa y en el seno de mi familia, por estar toda la familia en paz y en gracia de Dios.

Hasta que un día apareció la señora Dora, la tía de Charles, con unos papeles que la daban oficialmente la custodia de aquel niño a ella. Aquello no podía ser; ya que no se había celebrado ningún juicio legal para que se tomase tal decisión.

Y para que costase oficialmente en las leyes de éste país, quiso la señora Dora se formase juicio pertinente en contra de mi hermano Bryan, alegando que éste no estaba en condiciones de criar a ningún niño, por falta de tiempo para hacerlo por medio de su trabajo; omitiendo personalmente a mi cuñada Marta, que sí estaba en condiciones de criar a Charles y a otros más como a la criatura que viniese de su embarazo.

Aquella noticia que nos trajo la señora Dora, ya ascendida en su rango de Marine dentro del departamento de abogacía, nos produjo un revulsivo en casa que no podíamos estar ninguna de nosotras tranquilas, al saber que se llevaban a nuestro sobrino Charles muy lejos de nosotras, hallen de los mares.

Aquellos días no vivíamos tranquilos en casa debido al mucho estrés que teníamos todas y el mucho agobio dentro de nuestro ser al saber que se llevaban a nuestro sobrino Charles lejos de nosotras; por lo tanto no veíamos el día para que se celebrase el juicio entre mi hermano Bryan y la que en un día fue su ahijada. Por lo menos la ilusión de que ganase el juicio mi hermano Bryan era enorme; ya que dicho juicio se celebraba dentro de nuestra nación. Por lo tanto esperábamos dicho día como agua de lluvia que cae de rocío en las flores, no pudiendo quedarnos impasible ante aquella adversidad de la vida; yendo yo hablar con la señora Dora, ya que estaba alojada en un hotel de aquella preciosa ciudad.

En recepción me pusieron alguna que otra pega para que no subiese a la habitación de la señora Dora, y al cabo de un tiempo me hicieron esperar en el recibidor del hotel, y sin previo aviso llegó a donde me encontraba yo sentada la señora Dora con cara de pocas amigas.

A penas me saludó, sentándose en un sillón frente a donde me encontraba yo sentada en otro sillón; de modo que nos podían oír todas las personas que estuviesen en dicha sala y hasta cerca de recepción, ya que la señora Dora no bajaba la voz para nada, parecía como si quisiera ella que la oyeran desde un lugar premeditado para tal encuentro.

Como aquella señora había comenzado hablar, sin abrir yo la boca para nada ya que no me dejó hacerlo por su prematura en hilar palabras unas detrás de otras; como si alguien estuviese recopilando dichas palabras para algún sumario oficial. Y como yo me había quedado aturdida no sabía qué responder.

Hasta que aproveché que aquella señora hizo un énfasis en su conversación, lo tenía que hacer; no iba a hilar las palabras unas detrás de otras sin respirar: Pues entonces fue cuando aproveché para decir algo al respecto.

ANÁIS -. ¡Señora!

A la voz de señora, fue cuando la señora Dora me miró a la cara poniendo atención para saber qué era lo que yo la quería decir.

SRA. DORA -. Hablémonos de tú.

¡Qué vería en mi cara!, que aquella señora ya quería que nos hablásemos de tú, quedándome completamente aplomada y sin ninguna clase de nervios aquella confianza que me estaba dando la señora Dora.

ANÍAS -. Como tú quieras, Dora. . . ?. . . Tú sabes muy bien que siempre has sido de mi casa, y que siempre lo serás. . .

Mientras la estaba diciendo eso a la señora Dora, yo la estaba mirando a la cara; más bien la miraba a los ojos para ver cómo la estaba sentando aquello que yo la decía, de que ella había sido siempre de casa: Pues era verdad; así la teníamos a la señora Dora, como si fuese de casa y como si fuese nuestra familia. Aquella señora veía un atisbo de confraternidad con todas nosotras, que al parecer así lo estaba queriendo ella según pude darme cuenta por el interés que estaba poniendo al escuchar de mí aquellas palabras de fraternidad y conformidad a lo que yo la estaba diciendo, así que me dio hincapié para seguir hablándola.

ANAÍS -. Permíteme que te diga, que no hace falta que te llesves al niño; si tú entras en casa cuando quieras, pues eres de la familia. . .

SRA. DORA -. Gracias, mí querida Anaís.

ANAÍS -. ¡Pues claro!; tú puedes vivir en nuestra casa, entrar en ella y salir cuando te guste y plazca. ¿Yo no sé por qué te has alojado en un Hotel de la ciudad?; si estamos aquí nosotras.

Yo estaba viendo en ella que aquella tensión con la que había bajado se la estaba pasando de pronto al oír mis palabras, unas palabras de fraternidad y de cariño como yo la estaba diciendo en aquel día. Día de sospecha para ella; ya que creía no fuese a ver más al niño como no fuese por orden judicial.

Las manos que las tenía engarrotadas, se las puso flácidas al momento al oír por mi boca que, poco más o menos, todas nosotras la queríamos; aunque no fue así como se lo dije, pero ella lo estaba entendiendo de esa manera.

SRA. DORA -. Entonces. ¿Qué?.

ANAÍS -. Dejémonos de litigio, que somos una familia.

No sé de qué manera se lo dije y con qué fuerza de convicción la dije aquellas palabras que surtieron efecto de inmediato; ya que la señora Dora lo único que quería era seguir viendo a su hermanastro Charles y relacionarse con nosotras como de familia, yéndosela de la cabeza el litigar contra nosotras, ya que al siguiente día estaba viviendo en mi casa. Y cuando le dije a mi hermano Bryan la conversación que había tenido con la señora Dora, se la llevó a su casa como ahijada suya que había sido.

Enseguida la señora Dora comenzó actuar en casa de Bryan como si fuese verdaderamente de la familia; hasta llevó a la señora María al ginecólogo para que la tratase unos pólipos que tenía en sus partes bajas, portándose muy bien con ella, pues hasta la llevó a otro ginecólogo de pago al no estar de acuerdo con el primer doctor, pagando el segundo ginecólogo la señora Dora: Teniendo la señora María un tratamiento de lo más completo que se daba en medicina legal, no haciéndola falta alguna operación por dicha causa a la señora María; pues los granos la desaparecieron al no ser tales pólipos.

No obstante yo llamé a mi hermano Bryan para hablar con él sobre la señora Dora, para alertarle de las pretensiones de aquella señora, o para mejor decir avisarle de que aquella señora se creía de la familia, al querernos como si fuésemos su verdadera familia.

ANAÍS -. Te he llamado para alertarte de las verdaderas intenciones que tiene tu ahijada, la señora Dora.

BRYAN -. Dora es mi verdadera familia.

ANAÍS -. Me alegra que lo tomes por ese lado; pues así se siente la señora Dora en el seno de nuestra familia.

BRYAN -. Dora era y lo es para siempre mi ahijada; de modo que está en su casa.

ANAÍS -. Lo que yo quiero es, que no olvides nunca eso; de que la señora Dora es familiar tuyo y también de todas nosotras.

Sentadas las bases para que mi hermano Bryan tratase como de familia suya a la señora Dora me quedé más conforme; pues sino ya sería volver a sufrir de nuevo el susto de quererse llevar a el hijo de mi hermano Bryan lejos de nosotras. Sería mucho mejor que la señora Dora se sintiese como en su casa y como de familia, que no alejarla del seno fraternal viendo ella misma que no la tratábamos como a una verdadera señora de nuestra familia.

Mientras más querida se viese la señora Dora por parte de todas nosotras, mejor sería para el niño, Charles; así no le separaría del seno paternal para nada; ya que dicha señora podía hacer y deshacer a su modo y manera al sentirse dentro de nuestra familia como una más de nosotras.

Y desde entonces, la vida nos vino a pedir de boca; logrando ser una verdadera familia todas nosotras; ya que la vida nos sonreía a más y mejor, por tener logros en ella insospechados al facilitarnos toda clase de confort y de bienestar para todas nosotras, de tal manera que éramos la envidia de las persona que nos conocían.

De tal manera, que cuando tenía que ir de compras al centro de la ciudad con mi hija Chaty llevaba también a la ahijada de mi hermano Bryan, Dora, para que se sintiese cómoda dentro del seno familiar.

Una vez que íbamos las tres mujeres paseando por una de las calles céntrica de aquella ciudad, nos echaron el alto unos señores desconocidos para mí, siendo unos dos compañeros de la señora Dora, que al parecer había llegado uno de ellos para saber cómo se encontraba ésta; ya que como le pude oír yo, no sabía nada de la señora Dora.

Aquellos caballeros eran compañeros de la ahijada de mi hermano Bryan, siendo uno de ellos el que salía con la señora Dora como amigo íntimo de ella, ya que le oí decirle: Estoy muy solo sin ti.

Aquello estaba claro, pero lo que no estaba tan claro era el otro caballero; no sabía yo qué hacía allí, tal vez sería acompañando al amigo de la señora Dora, pues eso estaba por ver. Yo misma lo tendría que descubrir, si el interés del segundo caballero era por acompañar al amigo de la señora Dora o por el contrario, había urdido un ardid dicha señora para que el segundo caballero conociese a mi hija Cathy; ya que este segundo caballero miraba mucho a mi hija Cathy, no la apartaba la vista en todo lo que ella hacía, en los gestos y en la manera de expresarse.

Estaba siendo característico de que aquellos caballeros estaban allí por motivos de haberle inducido a ello, y sobretodo a mi parecer fue a través de la señora Dora; que los había invitado unos días para que conviviesen entre nosotras.

Era tanto así, que una mañana los pude ver a los dos, a mi hija Cathy y a aquel caballero paseando por las calles céntricas de aquella hermosa ciudad, hablando a más y mejor; sin quererse comprometer mucho con mi hija aquel caballero, pues guardaba las distancias prudenciales de un sencillo amigo.

Y cosa curiosa, cuando la indicó quererla invitar en la terraza de un bar, no la cogió del brazo; solamente la indicó con el dedo índice de que se sentasen. No la tocaba ni tan siquiera, cuando el carácter y la manera de ser de nuestros anfitriones era el dirigir a la mujer cogiéndola del brazo o de la espalda para llevarla a una meta determinada para ellos, así como tenerlas las

manos apretadas para que surta mejor lo que la dicen a las señoritas. Me estaba pareciendo muy prudente aquel caballero con mi hija Cathy; una mujer que se estaba mereciendo el mejor hombre del Mundo, a mi simple parecer. Pasaba el tiempo y allí no acudía aquel caballero para ver a mi hija Cathy, cosa que a mí me estaba poniendo nerviosa del todo al poderme dar cuenta el poco interés que tenía aquel caballero con mi hija.

Era así, que un día me lo notó mi cuñada Amy acercándose a mí con mucho sigilo, como para que yo no me asustase, ya que tenía que hacerme una pregunta.

AMY -. Anaís: ¿Te veo muy nerviosa?.

ANAÍS -. No es para menos.

AMY -. ¿Tú dirás?, si tienes a bien.

ANAÍS -. Pues claro que tengo. Tengo a bien decirte; que estoy muy preocupada por la falta de interés que se ha puesto el caballero que paseó hace tiempo con mi hija Cathy: ¡Vaya!, que no está tan mal la chica. ¿No te parece?.

AMY -. Pero que nada mal. El se lo pierde.

Se lo perdería o no aquel caballero la presencia de mi hija Cathy, una mujer de bandera donde las haya, pues yo no podía ni estar metida en mi piel de los nervios que tenía en mi Alma, y eso que todas las gentes me hablaban bien de mi hija Cathy; pues de lo contrario no sé lo que hubiese hecho al respecto.

Peor lo pasé cuando llegó el caballero de la señora Dora para pasar unos días con ella, alegando que no había podido venir antes por haber estado en un buque defendiendo a un Sargento que se había extralimitado con un dinero que tenía encomendado a su servicio, y al parecer todo había sido una confusión de asiento contable.

¡UF!, cuando los vi salir solos en la ciudad dando un paseo por sus calles; aquello yo no lo podía aguantar, por acordarme del otro caballero que había puesto buena cara a mi hija Cathy y mejores palabras entre ellos dos. ¿Qué significaba aquello?, si se puede saber; ya que un hombre no ilusiona a una mujer sino le interesa la persona de esta para nada. Y para nada le

debía haber interesado la persona de mi hija Cathy cuando no se encontraba con ella en aquellos días que había llegado el amigo de la señora Dora para verla.

No era cosa de querer o no querer; más bien era cosa de saber si mi hija Cathy estaba lo suficientemente bien formada como para que un hombre se fijase en ella; ya que hasta ahora ningún hombre la había dicho nada: Tal vez porque no había tenido ocasión para ello, ya que mi hija Cathy no había salido de las faldas de su madre para tomar el pulso al Mundo, y una vez que se había acercado un señor a ella había huido de su lado sin decir adiós.

Eso me desorbitaba más, al saber que mi hija Cathy se encontraba muy bien físicamente y con un trato agradable para todo el que la escuchase: ¿Entonces, qué pasaba allí?, si ésta santa criatura no había hecho mal a nadie.

Yo misma me tranquilizaba al saber que Cathy era una mujer de buen ver y con un carácter afable y bueno a la vez, viendo en ella que el día de mañana llegaría un hombre que confiase en ella y le gustase sumamente. ¿Pero cuando sería aquello?, que llegase un hombre tocándola las fibras del corazón, para matrimoniarse con ella.

Una vez más se acercó a mí mi cuñada Amy preguntándome por mi tristeza corporal; ya que se me veía en la cara lo decaída que yo estaba.

AMY -. Sigo viéndote decaída.

ANAÍS -. Ya sabes por qué.

AMY -. Y lo bueno es: Que siendo Cathy hija de tu marido Arthur la quieres igual que si fuese tuya.

ANAÍS -. La tuvo antes de conocerme a mí. Esa niña no tiene ninguna clase de culpa por haber venido al Mundo.

AMY -. No digo yo otra cosa.

Mi cuñada Amy no decía otra cosa pero lo estaba intuyendo, según pude darme cuenta en su manera de hablarme y en los movimientos de sus manos; ya que aquellos movimientos no eran acompasados y mucho menos pensados por ella, al estar pendiente de mi persona. Y mi

persona no se podía estar quieta en cuanto pensaba en aquel caballero, que tan bien me había caído, al verle pasear con mi hija Cathy.

Hacia ya unos días que se encontraba junto a la señora Dora su amigo, cuando pude observar que venían a lo lejos y en dirección a la casa tres personas, entre ellos una mujer percibiendo en ella a la señora Dora. . . Uno de aquellos caballeros sabía yo muy bien de quien se trataba, pero el otro caballero no sabía yo quién podría ser; pero cuando estuvieron a la altura de la verja, en la puerta de entrada del jardín de la casa, pude percibir en el segundo caballero al acompañante de mi hija Cathy.

Me faltó tiempo para levantarme e irme a saludarlos a todos ellos, con la cara más alegre que nunca había puesto yo: ¿Quién iba a decir, que aquel caballero estuviese una vez más en mi casa y sobre todo buscando a mi hija Cathy?. Les abrí yo misma la cancela para que no tardasen entrar aquellas personas en mi casa, no fuese que se echasen otro parecer y se diesen media vuelta, volviéndose a la casa de mi hermano Bryan. Pero no; aquello no sucedió, ya que saludándome muy cordialmente entraron en mi casa, con la sola idea de saludar a sus moradores.

Ya sabía yo muy bien a quien quería saludar aquel caballero, a mi hija Cathy; y eso que yo había pensado mal de él sin pruebas algunas. Aquel caballero entró como una flecha mirando para todos los sitios de la casa; como buscando a alguien con la mirada y al no verla se volvió para atrás para seguir buscando con la vista en todas las partes de la casa, ya que sin darse cuenta había avanzado más que nosotros al entrar en mi casa.

Ahora sí, ahora fue cuando vio a mi hija que estaba saliendo de las dependencias de la casa, al ver que aquel caballero estaba entrando en la misma con idea de saludarle a él y a sus acompañantes.

Un saludo: ¡UF!, qué saludo se hicieron los dos, mi hija Cathy y su amigo; parecía como sino se hubiesen visto desde hacía ya varios años. Se fundieron en un abrazo imponente, un abrazo entrañable del Alma, transmitiéndose todo el amor del Mundo a la vez con aquel abrazo al darse unas palmaditas en las espaldas, como diciéndose que se habían echado mucho de menos: Ahora sí que yo no comprendía nada de lo que estaba pasando allí, en ese preciso

momento en el que dos amigos se habían encontrado al cabo de un cierto tiempo; pero que aquel tiempo no se había dilatado tanto como para saludarse de esa manera, tan efusivamente.

A mi hija Cathy la volví a ver con aquel caballero pasear por las calles más céntricas de aquella bella ciudad, así como ir de compras, reír mucho a su lado y disfrutar de la vida como nunca lo había hecho aquella criatura.

A la vez que disfrutaba de la vida mi hija Cathy disfrutaba yo también, y eso que yo no era la madre biológica como dijo un día mi cuñada Amy; pero era hija de mi marido Arthur, ya que la había tenido cuando soltero y nada más. Solamente tenía un pesar y era el no haberme dicho mi marido Arthur que tenía una hija, teniéndose que presentar ella sola por su cuanta.

No podía tirar las campanas al vuelo, no podía tener mucha euforia al ver a esas dos personas juntas, paseando por las calles de aquella ciudad como si ya fuesen amigos; no sabiendo yo qué clase de amigos serían aquellos dos jóvenes; más bien aquellos dos señores.

Me encontraba a la expectativa para ver si mi hija Cathy me decía algo nuevo de aquella amistad, como era la que estaba teniendo con aquel señor, no diciéndome nada al respecto y eso que pasaban los días y los días sin ningún contratiempo para ellos, pero sin afianzar esos lazos de amistad tan estrechos como yo quería.

Y hasta hubo un tiempo que yo me lo creí; me creí que fuese a más aquella amistad, entre mi hija Cathy y aquel señor, pero no, ya que se fue aquel señor sin haberla dicho nada a mi hija, ni tan siquiera habían hablado de amor: Por lo tanto yo no sabía a qué habían venido tantas risas cada vez que hablaba aquel señor refiriéndose a mi hija por parte de ésta.

Quedándose mi hija Cathy como mustia y como agobiada por tanto peso en aquellas relaciones, entre aquel señor y ella, una vez que fue llamado dicho señor a una nueva misión que cumplir, dentro de su carrera militar.

Ni la una ni la otra queríamos hablar nada sobre el tema, solamente nos limitábamos hablar sobre la señora Dora, que también se tuvo que ir llamada por sus superiores; siendo cosa rara que hubiesen llamado a los tres a la vez, pero así era. Sospechando yo que tal vez podrían estar en la nación que nos daba de comer, en tal caso sería mejor saber dónde se encontraban y así poderles visitar alegando que como íbamos de viaje, nos habíamos parado allí para

saludarles y saber de ellos; por lo tanto el principal problema que teníamos mi hija Cathy y yo era saber el paradero de aquellos tres señores, y para ello nos fuimos a la casa de mi hermano Bryan, mejor dicho: A la casa de la señora Dora, según me contó mi hermano.

Mi hermano Bryan nos recibió con los brazos abiertos, al igual que mi cuñada Marta; pues ya la quedaba poco tiempo para dar a luz. Pude ver en ellos una felicidad completa, pero sesgada por un requerimiento judicial, siendo parte principal el Registro de la Propiedad. Mi hermano Bryan me dejó leer dicho requerimiento y en cuanto supe lo que ponía en aquél impreso comprendí enseguida que la casa no le pertenecía a mi hermano Bryan, ya que la casa fue adquirida por la señora Betty mucho antes de casarse con mi hermano; y como la masa hereditaria es indivisible, a la única persona que pertenecía la casa era a la señora Dora, que estaba siendo la heredera forzosa por ser la verdadera hija de dicha señora y a su hijo Charles le correspondía una mejora del dinero que tuviese en los Bancos la señora Betty o sea, la madre del niño.

Pero yo no había ido para hablar de la herencia de la difunta señora Betty, yo había ido para ver a mi hermano Bryan con la única intención que me dijese dónde se encontraba la señora Dora, su ahijada. Y desde luego se encontraba en la misma nación que estábamos viviendo, según me dijo mi hermano, con la única idea de que no dijese donde se encontraba su ahijada Dora, ya que dicho lugar no era su jurisdicción de destino.

No veía manera de dejar a mi hermano Bryan para proponer a mi hija Cathy un viaje de placer por unos cuantos días, si se pudiese formalizar en poco tiempo y así fue; ya que mi hija Cathy, en vez de extrañarse de aquel viaje relámpago, vio en el un interés que tenía yo para ir donde se encontrase aquel caballero tan simpático para ella.

Y en unos días estábamos de camino hacia el lugar indicado por mi hermano Bryan, llegando a nuestro destino en pocas horas, arreglándonos en un santiamén en el Hotel saliendo rumbo a donde se encontraba aquel caballero tan simpático para mi hija Cathy que no me di cuenta que me estaba metiendo dentro de la base militar que tenían allí los Marines. Me echaron el alto teniendo que volver otra vez al centro de aquella pequeña urbe, pero bonito pueblo, y sin tiempo alguno volví a doblar con el coche donde pude.

Nos quedamos cerca de la base preguntando a las gentes dónde solían ir los militares una vez que visitaban el pueblo; dándonos otros nombres de pueblos como posibles marchas de aquellos militares, así que al saber de otros pueblos teníamos varios caminos para elegir: O quedarnos esperando en donde nos dijeron que solían ir los militares, o visitar uno por uno aquellos pueblos.

Como decidimos quedarnos en ese mismo pueblo yéndonos donde nos habían dicho, que posiblemente estuviesen los militares que buscábamos nosotras en un establecimiento adecuado para ellos. Allí había de todo, haber por haber había hasta una pequeña biblioteca con un lugar reservado para poder leer, además de tiro a la diana, barra americana y un sinfín de atracciones múltiples para que lo pasasen lo mejor posible nuestros compatriotas.

Estábamos decididas, mi hija Cathy y yo, a esperar el tiempo que fuese suficiente en dicho local, hasta ver aquel caballero que paseaba a mi niña por las calles de nuestra preciosa ciudad, sin contemplación a que le pudiesen ver fuese la persona que fuese; por eso estábamos allí las dos en aquel día señalado por nosotras.

Aquel establecimiento se estaba llenando, y pese a las personas que había en dicho local no se oía ni una voz más alta la una que la otra; todos permanecían en completo orden y en una grata amistad entre todos ellos, siendo sincera dicha amistad que se daba entre todos.

Y cuando menos lo esperábamos, observé entrar a un caballero de pelos rubios por la puerta de aquel café bar, dirigiéndose rápidamente hacia donde estábamos nosotras sentadas, pudiéndonos dar cuenta que aquel caballero era el acompañante de mi hija Cathy, que se mostraba muy complaciente por tenernos cerca de él en aquel día.

Yo decidí dar una vuelta por aquel pueblo para conocerle mejor, mientras los dos jóvenes quisieron visitar la casa de un compañero del acompañante de mi hija Cathy; ya que se encontraba allí desde tiempos memorables, pues aquella base se había quedado en unas instalaciones aéreas solamente. Así que los servicios que estaban prestando dicho caballero junto con la señora Dora y su amigo íntimo no podían costar como servicios oficiales, más bien eran extraoficiales dichos servicios y por no tener no tenían ni casa asignada en aquel pueblo los acompañantes de la señora Dora.

¿Entonces, qué hacían allí?; fue lo primero que se me vino a la cabeza, pero como ellos sabrían la verdad me tranquilicé un poco al comprender, que por lo menos estaban cerca de nosotras aquellos dos caballeros junto con la señora Dora, y mientras permaneciesen en aquel pueblo, que nadie sabía salir de el en coche, nos podíamos seguir viendo a nuestras anchas.

Conocí parte de aquel pueblo, pues marché por un callejón paralelo a la costa, pero separado por una pared para que nadie se cayese al mar desde la calle, hasta doblar aquella vía pública e internarme por sus calles para ver la grandeza de aquel pueblo y todo era volver al mismo sitio, así que me entré, otra vez, en el café esperándolos a los dos enamorados.

Esperaba a mi hija Cathy y la primera que llegó fue la señora Dora a mi lado saludándome muy cordialmente, dándome sendos besos en los dos carrillos y para que yo me sintiese a gusto me invitó un café extraordinario, pues tenía una espuma y una crema deliciosa para las pupilas linguales.

La conversación que sostuvimos, mientras esperábamos a los dos jóvenes, fue fluida y de buena amistad, no discrepando para nada ninguna de las dos por lo que decía la otra; así que se me hizo corta la espera junto a la señora Dora, para que llegase mi hija Cathy con su acompañante.

Llegaron; claro que llegaron, llegaron los dos enamorados cogidos de las manos y con una cara de lo más alegre que hubiese en toda aquella localidad. No hubo protocolo alguno, pues sin pedir permiso se sentaron con nosotras pidiendo una consumición pasando un rato agradable entre todas nosotras, hablando de nuestras vidas.

Aquellos dos marines iban vestidos de paisanos, el con un traje azul marino y ella con una bata jaspeada y con algún que otro fleco, blusa de punto viéndosela una camisa dorada resaltándola la figura en todo su esplendor.

Cuando salimos de aquel local, era ya bien avanzada la tarde; ya que hasta merendamos en dicho establecimiento. Pero a la salida de aquel local pude darme cuenta lo bella que iban las mujeres, tanto mi hija Cathy como la señora Dora, y no menos bien vestido y bien parecido iba el acompañante de mi hija, que en vez de estar completamente cansado por haber estado toda la mañana con Cathy se mostraba de lo más complaciente del Mundo.

Al terminar el día decidimos contratar un Hotel para poder descansar un poco en el y por la mañana temprano pensamos volvernos a nuestra ciudad, donde estaríamos mejor, ya que en casa se descansa bien. Pero antes teníamos que avisarlos a los dos amigos, para no marcharnos sin decir nada, pero no sabía el teléfono móvil del caballero enamorada de mi hija Cathy y el de la señora Dora al parecer estaba sin cobertura alguna.

Aquellas personas sabrían bien que no nos fue posible despedirnos de ellos; así que cuando llegamos a casa teníamos llamada telefónica de la señora Dora para saber donde estábamos, ya que no nos encontraban en ningún sitio de aquel pueblo, sabiendo que ya nos habíamos venido a casa para descansar en ella.

Yo me sentía un poco con pesadez, así que mi hija Cathy me acompañó al doctor Mora mandándome éste doctor unos análisis previos, para saber algo de la orina y sobre todo de la sangre, algún componente de ésta que al parecer estaba un poco revuelta.

Como los análisis tardaban una semana, yo decidí marchar a otro doctor; esta vez a un ginecólogo para que me auscultase y me dijese cuanto antes lo que me pasaba asombrándome por haberme mandado aquel ginecólogo los mismos análisis, pero a la vez me dejó entrever la posibilidad de que estuviese embarazada.

Ironía de la vida: Yo embarazada y a mi edad; pues ya tenía cerca de cuarenta años, aunque no había perdido, todavía, el flujo sanguíneo siendo posible dicho embarazo; aunque no lo hubiese buscado. No hacía falta buscar nada, solamente viene el embarazo por que sí y nada más: Llega cuando menos lo piensa una.

Ya en casa no sabía cómo decírselo a mi marido Arthur; pues dicha noticia le sentaría como una bomba para sus intereses económicos y para el medio de su trabajo, pues mi marido tenía un trabajo en el que la dormida le era lo más fundamental de la vida. Todo su trabajo consistía que llegase lo más despejado a el mi marido.

Aquello me parecía un sueño; cuando yo me estaba preocupando colocar bien a mi hija Cathy, ahora me venía un embarazo no buscado pero bien venido fuese al ser yo una creyente fiel en mi religión: No podía rechazar aquel feto por nada del Mundo, ya que mi religión no me lo permitía, ni yo mismo quería abortar.

No trascurrió muchos días cuando llegaron, la señora Dora con su amigo y el caballero acompañante de mi hija Cathy, y como todavía no se lo había dicho a mi marido el posible embarazo que yo tuviese, por estar esperando a las pruebas de la analítica, nos fuimos todos a celebrarlo en un buen restaurante aquella misma noche.

Cuando estábamos en el fragor de los brindis, se me ocurrió arrimarme más a mi marido, para que nadie me oyese, diciéndole -. Que tal vez estuviese embarazada -. Pero mi marido no oyó lo que le dije o no se dio bastante cuenta de lo que yo le había comunicado así, de repente, sin más ni más.

Yo veía a mi marido celebrar aquella reunión con todas sus ganas, y en ello estaba de tal manera que levantó su copa brindando por su nuevo hijo. . .

ARTHUR -. Por mi nuevo hijo.

Al decir aquello se paró de repente, mirándome a la cara para después bajar la vista hacia mi vientre, como si ya hubiese comprendido lo que yo le había dicho momentos antes, pasándole totalmente desapercibidas dichas palabras por estar enfrascado en toda aquella fiesta que se estaba celebrando esa noche en reunión de nuestros compatriotas.

Todos se quedaron pendientes a lo que decía mi marido Arthur y éste señalándome con el dedo, solamente se atrevió a decir.

ARTHUR -. Me lo ha dicho ella.

ANAÍS -. Claro que faltan las pruebas de los análisis.

Aquello que dije fue el detonante para que todos empezasen a reír, ya que como ellos sabían, no estaría segura de lo que yo había dicho hasta las pruebas definitivas de los análisis, que era quien tenía la última palabra para saber si en realidad estaba embarazada.

Así de sencillo fue todo; pues a mí me parecía mentira que fuese capaz de comunicárselo a mi marido, pues a mí me daba mucha vergüenza decírselo a mi marido Arthur; pero como llegué a comprender que algún día se lo tenía que decir, aproveché aquella fiesta al saber que se lo tomaría mejor que cuando estuviésemos solos en casa. Y para apostillar mejor mi descubrimiento hacia aquellas personas, todavía me atreví a decir algo que quedó en el aire lo que yo había dicho.

Los parabienes de unas las felicitaciones de otras se sucedían de repente, como si todas quisieran congratularse con mi embarazo y mi alegría por ser una posible madre a mi edad, que por otra parte no tenía tanta edad; solamente que me parecía mentira fuese a tener otro hijo cuando ya no le esperaba.

Los días sucesivos los pasé reposando, según me dijo el doctor que hiciese y cuando llegó el resultado de mis análisis se vio perfectamente que estaba embarazada de pocas semanas, teniendo todos los parámetros en condiciones: Aquel feto venía en perfectas condiciones.

Mientras tanto mi hija Cathy se estaba viendo con su enamorado, siempre que el podía ya que tenía pocos permisos y los que tenían eran cortos de tiempo para poderse recrear el uno con el otro yendo de una parte a la otra de aquella bonita ciudad; así que cuando se veían tenían que disfrutar de lo lindo, en poco tiempo, el uno del otro.

Las relaciones que tenía mi hija Cathoy las estaba yo tomando muy plausiblemente, para no llevarme un chasco sufriendo lo indecible, así que yo quería diésemos pasos cortos en la amistad que tenía mi hija con aquel caballero, hasta afianzar bien aquellas relaciones; no fuese a ser que creyésemos otra cosa que no fuese verdad existiese en realidad entre mi hija Cathy y aquel señor.

Pero todo se estaba dilucidando a favor de nosotras dos, de mi hija y de mí, al ver aquellas relaciones lo suficientemente claras como para saber que aquel caballero iba en serio con mi hija Cathy, por ver afianzados los lazos de amistad que tenían los dos; sobretodo el enamorado de mi hija, que parecía estar viviendo en otro mundo mucho más amable para el, en donde la bondad y la confianza hacia la persona era lo más principal que se estaba dando en aquellas relaciones sentimentales.

Hacía ya tiempo que salía mi hija Cathy con aquel señor y todavía no sabía yo el nombre de pila de él, de modo que se lo tendría que preguntar a mi hija en la primera ocasión que tuviese, aunque al decir verdad yo tenía muy pocas ocasiones para quedarme a solas con mi hija Cathy, ya que cuando no estaba con su enamorado, estaba con la señora Dora o con cualquiera de mis cuñadas.

Un día que estaba yo sentada en el jardín de la casa oí llamar fuerte a mi hija a un señor, percibiendo bien el nombre que dijo ésta; por lo tanto ya sabía yo el nombre que tenía aquel señor, sin habérselo preguntado a mi hija, gustándome mucho el nombre que pronunció mi hija desde la verja del jardín al ver llegar a lo lejos aquel señor.

Estuvieron juntos todo el día, y al final de la tarde salieron para visitar el centro de la ciudad y poderse recrear en una heladería hablando de sus cosas; pues era precioso ver juntos a los dos enamorados, con tanto acople en sus formas de ser y hasta en sus palabras, que eran la envidia de las personas que los veían tan enamorados.

Así estaba yo, recreándome con ellos al verlos con tanto aplomo en sus relaciones que parecía lo más bonito del Mundo por las formas con que se trataban aquellos dos jóvenes en sus relaciones sentimentales. Yo no hice acto de presencia en aquella ocasión para no romper el hado que había entre aquellos dos enamorados, así que me fui a casa sin que me hubiesen visto ellos en aquel día.

Richard, pues así se llamaba el amigo de mi hija Cathy, llegaba a casa todos los días que podía y cuando no tenía tiempo de llegarse a casa llamaba por teléfono a mi hija paliando su ausencia por no poderla ver. En fin, que yo veía un par de jóvenes enamorados felices y con muchas ganas de vivir.

Mientras tanto mi embarazo adelantaba lo suyo; pues ya se me veía una tripa descomunal, no pudiendo hacer muchos esfuerzos por dolerme esta; así que fui al ginecólogo diciéndome el doctor que aquello no era nada, solamente flatulencias que tenía por alguna comida que yo probase, o alguna bebida carbonada que estuviese bebiendo en aquellos días.

Pues era verdad, ya que cuando echaba el aire me quedaba mejor, sin dolerme la tripa para nada en unas cuantas horas.

No sé si ya se presentaba en mi casa Richard a cualquier hora del día, pero lo cierto era que aquella mañana, y a primera hora, se había presentado dicho señor para tratar un asunto con mi hija Cathy, quedándome a mí un interés supino por saber qué asunto trataría aquel señor con mi hija a primeras horas de la mañana.

Aquella visita que hizo el enamorado de mi hija Cathy esa mañana a mi casa duró bien poco, pues en unos cuantos minutos salía Richard como si tuviese prisa para marcharse a su lugar de destino; y desde luego sí tenía prisa, mucha prisa, por incorporarse a su nuevo servicio, que apenas le quedó tiempo para despedirse de nosotras. Solamente mi hija Cathy y en su nombre nos despidió de él con suma bondad y cariño, según la dijo el señor Richard.

Indagué más información de mi hija Cathy diciéndome ésta, que le habían asignado un nuevo servicio oficial en el enclave de un océano y que iba a tardar unos meses en volverla a ver a mi hija. Y aquello me lo decía con la cara compungida, como queriendo llorar de pena al no poder ver a su enamorado, por lo menos en unos pocos meses; y eso que todo fuese lo mejor posible para el servicio que iba acometer en un buque de la marina.

Para que no sufriese mucho mi niña, todas las tardes me la llevaba al centro de la ciudad para refrescarnos en una de sus heladerías, y como ya lo sabían el resto de mi familia se agregaban al séquito alguno de ellas, trayendo hasta sus hijos y eso que eran de corta edad. Un día que había una película en uno de los cines de aquella ciudad para los niños, llevamos a toda la chiquillería en tropel para que vieses dicha película de animación, divirtiéndose todos los niños a tope. Hasta llevamos a mi sobrino Charles, que ya se daba alguna cuenta de qué era aquello que estaba él viendo.

Y como me tuve que mover mucho, me comenzó a doler la tripa creyendo estuviese sangrando al echar una especie de sanguaza, llamando enseguida mi cuñada Amy al mayordomo para que nos mandase al coche, el marido de la señora María, la antigua doméstica, no tardando llegar mucho a donde le esperábamos nosotras, para en un tiempo prudencial estar en el Hospital reconociéndome un ginecólogo. Puede ser que se rompiese parte del saco amiantito, pero nada más; ya que si yo permanecía en estado de reposo no iría a más, ya que no

era el tiempo de dar yo a luz, haciendo caso a las recomendaciones del doctor que me auscultó en el Hospital.

Pero con todo y eso yo no podía estarme quieta, así que fui a mi ginecólogo diciéndome este que era mejor provocar el alumbramiento enseguida; pues si no tendría que haber algún problema cuando menos lo esperase, ya que esa tela es muy fina y hay que tener mucho cuidado con ella y sobre todo no moverse mucho.

Se echó cuentas de cuantos meses estaba y faltaban unos días para que estuviese de siete meses, sietemesino; sí, aquel niño sería y fue sietemesino, y en vez de ser un chico un tanto raquítrico, presentaba una cara alegre y vivaracha a la vez, sin fuerzas ninguna pero moviéndose mucho en su cunita. Ya tenía Robert un hermanito para poder jugar a la vez y para poder defenderle de los otros niños.

Las visitas al chalet se multiplicaban por miles, pues teníamos bastantes conocidos en aquella ciudad; aunque algunos, sobre todas las señoras, llegaban queriendo saber qué tratamiento había llevado yo para quedarme embarazada de aquel niño. Cosa que a mí me molestaba mucho; ya que sin haberlo esperado había tenido a dicho niño, pero eso no las cambian en su cerebro algunas señoras, que en vez de dar marcha atrás en su conversación seguía queriendo saber el tratamiento que había seguido yo para quedarme embarazada.

Entonces me vino a la cabeza el hijo que había tenido mi cuñada Marta con mi hermano Bryan, pensé rápidamente en el bautismo: Aquel niño no se había bautizado todavía, y eso que ya tenía bastante edad como para haberlo podido hacer. Aquel pensamiento que tuve me puso bastante nerviosa, pues nosotras habíamos olvidado al pequeñín de mi cuñada Marta, centrándonos más en problemas banales, en vez de en la familia.

Aquello no lo podía dejar yo pasar por lo alto y cuando viese a mi hermano Bryan le hablaría del bautizo de su pequeñín; más bien llamé a mi hermano con un interés enorme para que cumpliera con su santo deber: Bautizar aquella criatura cuanto antes.

Mi hermano Bryan en vez de darse prisa, tardó llegar a casa unos cuantos días; hasta que un día le volví a llamar por teléfono a su casa como exaltada al ver el poco caso que estaba haciendo con aquella criatura para que se bautizase el niño. Y ahora sí vino corriendo a casa,

después de una buena bronca que le eché yo por teléfono aquel día de gracia para todas nosotras, ya que mi hermano Bryan doblegó en bautizar a su hijo.

Llegó el día del bautizo, pues los dos niños se bautizaban el mismo día siendo preciosa dicha ceremonia, ya que se veía aquellos dos angelitos con sus vestidos blancos como una rosa de bonitos estando en brazos de sus padrinos. Mis hermanos Albert y mi hermano Andrew fueron los padrinos del bautizo de aquellos dos niños, junto con sus esposas.

Al niño de mi cuñada Marta se le puso un nombre más bien de la nación que nos daba de comer, Manuel, pero a mi niño le pusimos el nombre de George; yéndonos a celebrar dichos bautizos a un buen restaurante toda la familia, y como habíamos hecho amistad con el sacerdote que ofició la ceremonia del bautizo de aquellos dos niños, le invitamos a el también a dicho banquete.

Yo esperaba que bendijese aquel sacerdote la mesa, pero como tardaba en hacerlo miré hacia un lado para luego clavar la vista hacia el otro lado, en donde se encontraban los padres de mi cuñada Marta, viendo en ellos unas caras alargadas y como no gustosa de que hubiésemos invitado ha dicho sacerdote.

¡Ay, ya hay!, que allí estaba pasando algo raro, preguntando yo con mucho disimulo a mi cuñada Marta por el inconformismo de sus padres diciéndome ésta, que sus padres eran de otra religión siendo su padre una persona destacada de su religión a la que pertenecía. Ahora entendía yo el por qué la tardanza en ser bautizado el niño de mi cuñada Marta; ya que ella era simpatizante más bien de la religión de su padre sin pertenecer a ella: Pera había accedido a que se bautizase su niño, acercándose también al Altar para recibir la gracia de Dios.

Mientras estábamos en el banquete del bautizo pensaba que ya tenía dos niños, no habiendo buscado éste último; pero que bien venido fuese gracias a nuestra religión, ya que debíamos aceptar los hijos que Dios nos mandase. Pero también miraba a mi hermano Bryan, ya que también tenía otros dos hijos, el primero de la malograda señora Betty y el segundo de su mujer actual, Marta; pensando en que la familia nuestra se estaba atiborrando de niños.

El contratar otro personal doméstico nos proporcionaba un desembolso más de dinero en mi casa, no teniendo muchos ingresos en efectivos, al ser sueldos normales los que cobraban

las personas que trabajaban en mi casa; así que encargamos a la señorita María se hiciese cargo, además de sus tareas, de aquellos preciosos niños durante la mañana, pues por la tarde ya era otra cosa al estar todas en casa, por haberse terminado el trabajo de cada una.

Como lo pensé se hizo, encargándose de los niños la señorita María teniendo un trabajo que la desbordaba sus perspectivas en las tareas encomendadas, ya que no podía atender a la vez a las tareas de la casa y al mismo tiempo cuidando de los niños. A parte que cuando hay varios niños en una sola casa, se vuelven inquietos; ya que juegan todos ellos juntos y cuando no están jugando están saltando en los sofás de la casa o en alguna que otra habitación del chalet encima de la cama.

Juega que te juega, quedando extenuada la señorita María al cabo del día; y eso que la ayudaba mucho el marido de la antigua doméstica, cuando no estaba haciendo las tareas que tenía el mismo encomendado al respecto. Pero con todo y eso pensamos apurarnos un poco más y buscar a otra chica como personal doméstico para que se hiciese cargo de los niños todo el día; así podríamos salir por la tarde de compras al centro de aquella hermosa ciudad todas juntas.

Así se pensó, así se hizo; pues en unos días nos había mandado la agencia de contrato a una chica que parecía modosita y experta en dichos menesteres; cosa que a mí me chocó mucho, pues si dicha chica era experta: No sabía yo cómo se encontraba sin trabajo alguno en aquella gran ciudad, existiendo mucha demanda de mano en dichos menesteres.

Tendría que fijarme mejor en los tejes y manejes de aquella chica, alertando al ama de llaves para que vigilase de cerca a la nueva domestica, por no saber nada de su vida anterior y como al parecer ya era experta y venía desocupada de trabajo, quería saber yo por qué era eso.

Enseguida lo supimos, ya que dicha chica se tomaba alucinógenos flojos, estando todo el día como adormecida no pronunciando palabra alguna durante su tarea, pero que la ejecutaba a las mil maravillas; haciendo su trabajo perfectamente, como ducha que estaba en la materia.

No tardó venirme el ama de llave con las pretensiones de la señorita María, el seguir encargándose ella sola de los niños, aunque para ello tuviese que redoblar esfuerzos.

Se la dio el finiquito a la nueva domestica, encargándose de los niños, de nuevo, la señorita María ayudada por el marido de la antigua doméstica en ratos libres. Mal que bien estaban dándose las tareas de mi casa por parte de las personas domésticas, pese a la merma de sus funciones, a parte que el ama de llave ni siquiera planchaba.

Pensando entre todas nosotras que se encargase de la plancha la señora cocinera un rato por la tarde, haciéndonos unas cenas frías y así se palió aquel problema que teníamos con el cuidado de los niños en mi casa, cumpliendo a perfección todas las personas domésticas con su acometida.

Tanto bienestar había en mi casa y en la casa de mi hermano Bryan, que aquello me parecía a mí mentira, hasta que nos llegó una nota de impago por parte de la señora Dora de la contribución de aquel año; sabiendo de antemano a quien pertenecía la casa: Dos habitaciones, una pequeña cocina y un cuarto de baño más pequeño también.

Yo aproveché cuando nos llegó mi hermano Bryan comunicándole dicho problema económico que tenía con aquella casa para indicarle que debía comprar algún bungalow de los innumerables que se vendían en la costa, o tal vez alguna casa en condiciones para poder vivir mejor entre ellos.

ANAÍS -. Lo único que tienes que hacer es ir a pagarse dicha multa, pues ya ves que tiene hasta recargos además de intereses puesto en éste impreso de requerimiento.

BRYAN -. Acompáñame tú a recaudación, será mejor por si me explican algo que yo no entienda.

ANAÍS -. Lo único que debes entender es que te tienes que comprar una casa nueva para poder vivir mejor, tú y toda tu familia.

BRYAN -. ¿Y Dora?.

ANAÍS -. He dicho, toda tu familia.

Sí, había dicho toda su familia incluyendo a la señora Dora, su ahijada, que al parecer estaría fuera un cierto tiempo. Y a mi simple opinión estaría gustosa con que mi hermano

comprase otra casa más amplia y en mejores condiciones que la casa donde vivían ellos; no tardando saber yo cuánto dinero disponía mi hermano Bryan para no tener que pedir al banco ningún préstamo desorbitado, o por lo menos que tal vez pidiese una parte pequeña de lo que costase dicha casa.

Cuando fuimos, al siguiente día, a recaudación para pagar aquella multa llegamos un poco nerviosos los dos, mi hermano Bryan y yo, y cuando las personas se ponen de esa manera no saben lo que hacen, por falta de entendimiento; ya que no los riega muy bien la sangre al cerebro y como seguíamos ofuscados en que nosotros teníamos razón, nos fuimos a buscar construcciones para ver pisos pilotos e informarnos de sus condiciones. ¡Y qué condiciones, Dios!: Si le pedían a mi hermano una entrada enorme y a los pocos meses pagar el ochenta por ciento del valor del piso donde quería vivir, siendo un poco mayor que la casa donde estaban viviendo todos ellos.

Al parecer tendría que seguir poniendo literas para que durmiesen, la señora Dora con sus hermanos en la habitación de éstos, existiendo una cunita en la misma habitación para el pequeño de la familia.

Y he dicho que la señora Dora dormía con sus hermanos, sí; porque así consideraba dicha señora a los niños, aunque uno de ellos era su hermanastro, Charles, hijo de su difunta madre la señora Betty. El otro chico era de la señora Marta, no tocándola nada a ella; pero como la señora Dora seguía viendo como padrastro a mi hermano Bryan quería al pequeño como si fuese su verdadero hermano.

Sentimentalismo de mujer; pero qué buen sentimentalismo, gracias aquella tendencia que estaba teniendo la señora Dora reinaba la concordia en la casa de mi hermano Bryan, hasta que sin esperarlo llegó su ahijada Dora enterándose de los tejes y manejes que tenía su padrastro para comprar una nueva casa.

SRA. DORA -. Qué me dices, Bryan: ¿Tú has querido alguna vez a mi mamá?.

BRYAN -. No lo dudes.

SRA. DORA -. Pues entonces la echarás de menos, no queriéndote ir de esta casa nunca; aquí está nuestros recuerdos de ella, aquí hay todavía ropa de ella.

BRAYAN -. Eso es lo malo: Que no te deshaces de dicha ropa, recordándote continuamente a tu mamá.

SRA. DORA -. ¿Pero cómo piensas?.

No sabía como pensaría mi hermano en aquellas circunstancias; pero con todo y eso la quiso hacer ver que, mejor estarían en una casa nueva que en aquel cuchitril destartado, y ¿para qué dijo Bryan eso?: Si las voces que daba la señora Dora se oían hasta cerca de la playa, ya que aquella casa no estaba lejos de donde besas las olas el mar.

Se abortó la idea de comprar una casa nueva e irse todos para vivir más confortablemente en su nuevo hogar; pero no, no pudo ser llevasen aquella idea a buen término, ya que se opuso rotundamente la señora Dora a ello. Saliéndose mi hermano Bryan de casa y así como a unos setenta y cinco metros quedarse mirándola fijamente como teniendo reparos por no poder comprar otra casa nueva, ya que esta estaba muy destartada a su simple parecer.

Llegó a mi casa aquel día mi hermano Bryan totalmente serio por las circunstancias que estaba viviendo, para desechar nervios conmigo y así poder hablar de su problema principal, que era el quererse marchar a una nueva vivienda; no dejándole hacerlo la señora Dora por motivos sentimentales.

Yo no sabía como consolarle, si aliviarle de su problema diciéndole; que ya vendrían tiempos mejores en los que la señora Dora se daría cuenta del fallo que tenía con no admitir que viviesen en una nueva vivienda: Hasta tendría ella misma un cuarto aparte de los niños. A no ser que quisiera estar en el mismo cuarto que se encontraban los niños; ya que los quería mucho a aquellas criaturas tan encantadoras, como eran sus hermanos.

Así estaban las cosas, hasta que nos llegó mi hija Cathy anunciándonos que había pedido el ingreso en la Armada para poder trabajar, que sin su trabajo no podía vivir muy bien; ya que se acordaba mucho de los servicios prestados al gobierno de su Nación. Yo no la quise contrariar, pues yéndome para donde se encontraba ella, me senté a su lado en el sofá diciéndola

que no nos oponíamos a su voluntad, hablando por boca de toda la familia, por supuesto; pese a que no se encontraban allí la mayoría de ellos, pero que contase con nosotras.

Pero al saber que dicho reingreso en su servicio no sería de inmediato, me alegré en el Alma; ya que tendría a mi hija Cathy más tiempo conmigo y para celebrarlo me la llevé al centro de la ciudad, esperando a que saliese de su trabajo mi cuñada Samantha para estar las tres juntas, ya que mi cuñada Amy se tuvo que quedar con su marido.

Pasamos una tarde inolvidable de ensueño; pues fuimos a todos los establecimiento de diversiones, hasta visitamos una feria que había en un barrio de aquella bella ciudad, sintiéndonos las más agraciadas señoras de todo el mundo, no dando tregua, aquella tarde, a las diversiones más honradas que había en aquella ciudad.

Cuando llegamos a casa se terminó toda la diversión, ya que mi hermano Andrew se encontraba muy delicado, le dolía mucho el estómago teniéndole que llevar al Hospital por dicha causa. Al poco tiempo de estar mi hermano en el Hospital hicimos acto de presencia en el todas nosotras, para estar con él y con mi cuñada Amy, para que no se sintiese sola.

Cuando salió a los tres días del Hospital mi hermano Andrew le llevó mi cuñada Amy a la gran capital de la Nación para que le viese un especialista afamado a mi hermano, auscultándole unos quistes en el intestino, pero sin consecuencias alguna: ¡Vamos!, que no eran malos dichos quistes.

Lo malo fue para él cuando le tuvieron que entrar unas gomas con aire en el intestino para ver mejor qué clases de quistes eran, pues le hicieron mucho daño en ese momento, al llenarse de aire por dentro aprisionándole las tripas, doliéndole mucho todo su parte inferior por dicha causa.

La operación, creo que fue sencilla; ya que le metieron un catéter terminado en una pinza, cortando uno a uno los tres quistes en poco tiempo; pero con todo y eso le seguía doliendo el estómago a mi hermano Andrew sin saberse las causas que le provocaba dicho dolor en el estómago.

Le hicieron toda clases de pruebas a mi hermano Andrew en el Hospital, y hasta se las repitieron las pruebas de pago no encontrándole nada al respecto que pudiese servir de estudio

posterior para que le mermase dicho dolor en el estómago, observando a través de la ecografía, que el nervio mediano tenía tres vueltas al estómago, en vez de dos que son las que debe tener.

Allí no pasaba nada, según nos dijo el doctor del Hospital; lo único que era que debía tener mucho cuidado con lo que comía y aparte que no hiciese fuerza alguna para no dañar más el estómago ya contraído por dicho nervio mediano, sin saber mi hermano Andrew cual remedio sería mejor para él.

Se estaba recuperando mi hermano Andrew en casa de la pequeña operación que le hicieron en el Hospital, para cortarle los tres quistes que le habían encontrado en el intestino, no siendo cosa mala aquellos quistes que le quitaron a mi hermano una vez que los analizaron.

Nosotras seguíamos con nuestras celebraciones en aquella ciudad donde vivíamos, ya que un día habían anunciado un buen teatro yendo nosotras a él para ver su representación teatral, gustándonos mucho dicho teatro, por ser alegre, abierto y sencillo; directamente al público, le complementaba su Espíritu y le llenaba su Alma. ¡Sí señor!; salimos todas más alegres que cuando entramos para ver aquella representación teatral. Y digo, que fuimos todas al teatro; porque también fue con nosotras mi cuñada Amy, dejando a su marido con las personas domésticas de la casa, para que tuviesen cuidado con él.

Y al volver a casa vimos mejor a mi hermano Andrew, como así una carta en la cómoda que había a la entrada del chalet, siendo dicha carta procedente del Estado Mayor de la Armada de Los Estados Unidos del Norte de América. Enseguida la cogió mi hija Cathy, ya que dicha misiva venía dirigida a ella pegando saltos de alegría una vez que la había leído.

ANAÍS -. ¿Qué te comunican en dicha carta?.

CATHY -. Mi reingreso en la Armada.

Me faltó tiempo para preguntarla a mi hija Cathy por el contenido de aquella carta, alegrándome con aquella criatura tanto como ella se estaba alegrando en ese momento en el que leyó la estaban volviendo a admitir, con la misma graduación y en el mismo destino que había tenido antes de pedir la excedencia en la Armada.

Como estaba en diferente plaza de donde la habían destinado la dieron unos días para tomar posesión en su destino; pero mi hija Cathy no quería dilatar el tiempo mucho, yéndose cuanto antes para tomar posición en los servicios encomendados.

¡Qué alegría!, cuando nos llamó un día por teléfono diciéndonos, que volvía a estar a las órdenes del Admirante, ya que la habían guardado el puesto y hasta su despacho en la misma mesa y el mismo sillón que tenía antes.

A los pocos días llegó el enamorado de mi hija Cathy dándonos recuerdos suyos, pero con la satisfacción del que sabe ser su mejor amigo; aunque un poco rencoroso por no haberle dicho nada sobre la carrera de mi hija, ya que sufrió una alegría y a la vez un sobresalto al ver a mi hija hecha toda ella un oficial de Marine.

Se le agasajó en casa dándole toda clase de comidas y de bebidas de las mejores que había en el comercio en aquellos años; años de abundancias para todos nosotros y para todo el que viniese a ésta Nación, en donde el confort estaba servido a pleno ritmo por darse una abundancia de víveles, así como una gran adquisición dineraria para todo el que trabajaba en la Nación soberana, que era la que estábamos viviendo.

Una vez que se fue aquel señor, nos quedamos solas nosotras, reforzando yo la ayuda a mi cuñada Amy asistiendo a mi hermano Andrew, que al parecer se encontraba mejor; pero que necesitaba le tuviesen que ayudar de vez en cuando en algunas funciones vitales, aunque ya digo que cada día necesitaba aquella ayuda mucho menos.

Como estábamos segura de que mi hermano Andrew se podía valer por sí mismo, nos fuimos una tarde todas nosotras a un pueblo cercano para participar en sus fiestas; ya que Marta era de aquel pueblo. Y al llegar a la casa de mi cuñada Marta fuimos bien recibidas todas nosotras, quedándose los padres de Marta con los niños, ya que los tuvo que llevar a los pequeños para que los viesen los abuelos.

Se estilaba en aquel pueblo lidiar una especie de vaquilla cada uno de los habitantes de aquel pueblo, así como los visitantes que se atreviesen a correr delante de una de ellas; por lo tanto yo sí me atreví para salir por donde tendrían que pasar aquellas vaquillas: Y ¡OH! decepción que recibí, cuando fui empujada por una de aquellas vaquillas tirándome al suelo.

Se acercó a mí un señor con la sola pretensión de levantarme del suelo, preguntándome si me había roto algún hueso y al decirle yo -. Que era muy amable, pero que me podía valer por mí misma -. No le gustó nada lo que le dije, comenzando a tocarme por todo mi cuerpo para ver, según el, si de verdad no tenía roto algunos de mis bellos huesos, como el decía; hasta me comenzó a tocar los muslos bajando por las piernas, para subir otra vez a la entrepierna, y entonces me levanté como si tuviese un resorte en mi cuerpo.

Aquel señor no me dejaba ni al Sol ni a la sombra, alegando que tenía su casa allí misma; señalándome una casa de pueblo un tanto antigua y destartada, para entrarme en ella antes que yo me pudiese zafar de sus fuerzas, cerrando la puerta de aquella casa con cerrojo y llave.

No sabía yo qué clases de pretensiones llevaba conmigo aquel señor; pues no se le podía llamar caballero, ya que sobrepasaba la mediana edad, así que yo dejé me llevase para donde el tuviese idea de hacerlo y lo primero que hizo fue coger una jofaina para llenarla de agua y lavarme un poco el roce que me había hecho a la brusca caída al ser empujado por la vaquilla.

Cuando terminó de limpiarme la herida, le di las gracias intentando salir de aquella casa alegando que me estarían buscando mi familia.

SEÑOR -. ¡AH!: ¿Pero ha venido usted con la familia?.

ANAÍS -. Pues sí.

SEÑOR -. Pronto estará usted con ella.

El sí que le di aquel señor, se lo di con rabia al ver que no tenía intenciones de soltarme, para irme a la calle y buscar a mi familia; indicándome con el dedo índice de que pasase a una habitación que había en frente de nosotros dos, oponiéndome yo hacer lo que el me estaba demandando. En un momento determinado dejó de suplicar aquel señor que hiciese o dejase de hacer tal o cual cosa, cogiéndome del brazo con unas fuerzas insuperable entrándome en aquella habitación sin pisar el suelo, por así decir.

Me echó sobre el jergón que había encima de unos poyos hechos de mampostería para intentar quitarme la bata, diciéndome: -. Qué guapa eres -. Yo al oír decir aquel señor eso, me intenté levantar con tan mala suerte que entre el forcejeo que traía aquel señor conmigo y la fuerza que yo hice se me quitó la bata del todo, quedándome las piernas al descubierto.

¡UF!, cuando me vio aquel señor las piernas al descubierto, no pudo resistir más quitándome la blusa para despojarme de mi sujetador en un segundo; ya a merced de aquel señor parecía que me iba hacer de todo. Pero en un descuido de aquel monstruo salté de la jerga para correr a la puerta con todas mis ganas, sin pensar que aquel señor la había cerrado con llave y cerrojo, viendo una gradería que subía a una segunda planta subiendo a dicho habitáculo, más que corriendo. No sabía yo cómo había subido tan pronto a la segunda planta, ya que aquel señor todavía se encontraba en el segundo peldaño de aquella gradería rústica.

Pude darme cuenta que aquel receptáculo tenía una trampilla en uno de sus lados de la bóveda y arrimando una escalera de madera que había allí mismo me encaramé en el tejado de la casa, sin apenas haberlo pensado. Pero como aquel tejado daba a la terraza de otra casa habitada por sus moradores, di un buen salto cayendo en dicha terraza. Y como estaban tendiendo la ropa, la señora de la casa ayudada por su marido; éstos me miraban asustados del todo, al verme tal y cual me había parido mi madre.

Yo no sabía hablar, no podía hablar; solamente señalaba a la otra casa como asustada y sin saber lo que hacer, por el mucho miedo que tenía en mi cuerpo metido; comprendiéndolo aquellos señores.

SEÑORA -. Señora: Parece que no ha sido usted voluntaria para entrar en la casa vecina a la nuestra.

ANAÍS -. No se confunde: Desde luego que no he sido voluntaria para entrar en esa casa.

SEÑOR -. En esa casa no habita nadie.

ANAÍS -. Pues hoy sí habita un señor. El señor que me ha hecho entrar en la casa a la fuerza.

Como el marido de aquella señora tenía un chubasquero, me lo ajustó para que no se me viese nada de mis carnes, llegándome dicho chubasquero hasta la media pierna; y así pude salir para pedir auxilia a la policía local.

No estaban muy seguros aquellos policías, al saber que allí no habitaba nadie desde hacía ya muchos años, por encontrarse en la Gran Capital los dueños de dicha casa y así estuvimos dilucidando la cuestión de si hubiese alguien dentro de aquella casa; hasta que llegaron mis cuñadas y al saber lo que me había pasado estuvieron llamando en la puerta de aquella casa tenebrosa para mí.

Allí no contestaba nadie, y al parecer según la policía no podía contestar nadie porque no había nadie dentro de aquella casa, cosa que yo sospechaba si tal vez hubiese alguien dentro de aquella casa.

POLICÍA -. Señora, tiene usted que denunciar su rapto para que nosotros podamos hacer averiguaciones. De todas maneras, déjeme usted su carné de identidad.

ANAÍS -. Como usted diga, señor policía.

Reclamé el bolso a mi cuñada Amy buscando en su interior el carné de identidad dándoselo al señor policía a la vez que miraba a mis cuñadas para indicarlas con la vista y con la cara de qué hacía; si denunciaba aquel hecho delictivo, o por el contrario desistía de hacerlo, entendiendo, por las miradas de mis cuñadas, que lo debía hacer.

POLICÍA -. ¿Entonces qué: Denuncia usted?.

ANAÍS -. Sí, señor policía.

POLICÍA -. Véngase mejor a comisaría.

Ya en comisaría puse la denuncia pertinente, saliendo de allí como con miedo, mucho miedo metido en mi cuerpo al no saber qué me podría hacer aquel señor una vez se enterase le había denunciado, al no saber qué clase de entrañas tenía aquel señor.

Cuando llegamos a casa me dispuse para esperar a mi marido Arthur con la sola idea de contarle todo a él, así vería yo si había obrado bien al poner aquella denuncia en la comisaría de la policía local, y cuando llegó mi marido se lo conté todo; poniéndose él muy nervioso al saber el modus operandis que había tenido mi secuestrador: Mente fría, gestos obscenos y voluntad de hierro, habiéndolo pensado de ante mano, diciéndome mi marido que había hecho bien denunciarle ya que él me prestaría a su abogado para dilucidar los hechos.

Parecía que Arthur tenía ganas saber de quién se trataba aquel hombre y qué clase de persona era, al acometer dichos hechos con frialdad.

No tardó el juzgado de aquel pueblo llamarme a requerimiento, para saber qué me había pasado con aquel señor, si acaso contase lo mismo o por el contrario había cambiado el operativo de los hechos. Y dio la casualidad de que me acordaba de todo, contándolo tal y cual me expresé en su día cuando formalicé la denuncia.

Al parecer habían hecho pesquisas, dando resultados positivos; ya que se me entregó mi ropa y yo fui a la casa de los señores que me habían ayudado, aquel día, para devolverles su chubasquero, alegrándose aquel matrimonio al verme. Yo me alegré también al ver a mis salvadores, pero como tenía prisa demostré que tenía interés en marcharme para resolver ciertos asuntos en mi bella ciudad. No obstante me tuve que tomar un baso de leche y un trozo de tarta de manzana hecha por ellos, pese a la prisa que demostraba tener.

Yo no hacía más que mirar para todos los sitios y todas las partes de la calle, por si acaso viese aquel señor tan abominable para mí: Mi secuestrador.

Tranquilizándome mucho al no ver aquel señor, que tanto miedo le había cogido yo: Máxime ahora, que era cuando yo le tenía denunciado ante la justicia. Saliendo de aquella casa más que corriendo, volando, por si acaso tuviese algún encontronazo con aquel señor.

Fue una vista rápida aquel bis a bis, en comisaría; ya que llegamos a un entendimiento, sabiendo yo que aquel señor se había quedado viudo llegando a su pueblo el día de autos, dándole un mal aire para ejecutar aquel secuestro encerrándome en su casa; una casona que no se habría desde hacía ya bastantes años.

Todo terminó como dijo la justicia, aceptando yo aquel compromiso que habíamos celebrado entre los abogados de las dos partes, no sabiendo lo que hacer: Indicándome mi abogado que todo se había terminado y yo me podía ir a mi casa.

¡Pues qué bien!: Yo no sabía que los juicios se celebrasen de esa manera, así que me lo tuvo que volver a explicar mi abogado diciéndome que era una clase de entendimiento por las dos partes, que aquello servía como si hubiese sido un juicio; quedándome más tranquila sabiendo que aquel trato hecho por nosotros dos, el señor y yo, había valido al dar nuestro consentimiento a todo lo que habían dicho los abogados. Por lo tanto descansé en mi casa, que era donde estaba yo mejor, llamando al ama de llaves para que me sirviesen un caldito hecho con el hervor de un hueso de jamón.

Pronto olvidé las cosas malas, lo que me había pasado, para alegrarme por la posible venida de mi hija Cathy en unos días a mi casa; ya que nos había llamado por teléfono diciéndonos que la esperásemos en un par de días, ya que tendría que cubrir la baja por enfermedad de un compañero. Dejaba al Almirante porque había ascendido, teniendo que salir a defender causas a los Marines.

La alegría que recibimos fue doble, pues sabíamos que mi hija Cathy había ascendido en el escalafón de oficiales, aunque tenía que salir del Estado Mayor de Defensa de la abogacía de Marines; pero dicha noticia siempre es agradable para la familia, ya que con sus veintisiete años ya tenía dos barras en las hombreras puestas.

Yo me hacía conjeturas estando sola; ya que al parecer, alcanzaría antes de los cuarenta y tantos años una graduación considerable: ¡Pues qué bien!; pero cuando lo supo mi marido, ya que me preguntó en qué pensaba al verme con el pensamiento abstraído del todo, le tuve que decir la verdad.

ARTHUR -. No vendas la leche antes de ordeñar a la vaca.

ANAÍS -. ¡Eso!; tú quitame las alegrías por pensar a donde puede llegar nuestra hija Cathy.

Era la primera vez que me había oído decir, que Cathy era nuestra hija; pues al parecer, según yo, no solamente era su hija, sino que era también mi hija, alegrándose en el Alma mi marido Arthur al oír aquello que yo le había dicho. Ya que nunca había visto a un hombre tan alegre como a mi marido en dicha ocasión.

Y llegó el día de la venida de mi hija Cathy a mi casa, entrándome una alegría infinita; pero también le entró mucha alegría a mi hijo Robert, que salió corriendo detrás de ella con los brazos abiertos; viendo, también, a mi hijo George como riéndose de la vista que tenía delante, como si aquel bebé se diese cuenta de quién tenía a la vista, y mucho más reía cuando comenzó hacerle carantoñas mi hija Cathy.

La alegría estaba servida en mi casa, hinchándoseme el pecho tanto que parecía tuviese una prenda de vestir puesta allí misma.

Yo la veía sola a mi hija Cathy, por lo tanto no podía por menos que preguntarla por su acompañante, diciéndome ésta que se encontraba de servicio en un buque en pleno Océano, y que ya no era tanto amigo como yo creía.

Al oír decir aquello a mi hija Cathy se me nubló el cerebro; pues presentía que ya no eran amigos como antes, que lo habían dejado, pareciéndome a mí mentira que unos buenos amigos como estaban siendo lo hubiesen dejado así como así. Por lo tanto tuve que preguntar a mi hija por aquellas relaciones entre ella y aquel señor.

ANAÍS -. Hija: ¿Es que habéis dejado ser buenos amigos, habéis cortado vuestras relaciones?.

CATHY -. No, mamá. Ahora somos novios.

Al decirme aquello mi hija Cathy, que aquel señor y ella eran novios me entró una alegría que no sabía lo que hacía, saltando de la silla donde estaba sentada para abalanzarme al cuello de mi hija con tanta fuerza, que sino me separa ésta la destrozo el cuello; sabiendo desde ese momento mi hija lo que yo la quería.

Desde entonces me entró muchas ganas de ver aquel señor en mi casa, pero no había medio para que estuviese entre nosotras el novio de mi hija; ya que yo esperaba hacerlos a los

dos una fiesta por todo lo alto, como se merecen. No pudiendo reconciliar el sueño por más que yo quería, al pensar y pensar en los novios.

Era así, que en pocos días se me notaron unas ojeras impresionantes y hasta se me hincharon un poco los palpados a no poder dormir ni un solo segundo de cada noche, viendo mi hija mi decaimiento físico en aquel tiempo; pues hasta yo comencé a mirarme más en el espejo que otras veces viéndome totalmente decaída en lo físico, pues con las lisonjas que me tiraban algunos señores me veía hasta guapa en el espejo.

Mi hija no hacía más que mirarme, con cara de estar asustada por creerse otra cosa que no era, y para que aquello costase de que no era verdad, yo la dejé hacerme una pregunta sobre el tema, a mi hija, que me llenó de satisfacción al poderme dar cuenta lo mucho que me quería Cathy, recibiendo de mí otro abrazo como recibió el día que me dijo que era novia.

CATHY -. ¿Te has dado cuenta que no hago más que mirarte?.

ANAÍS -. Es imposible que no me de cuenta; si no haces más que mirarme con cara de asustada al creer que me pasa algo.

CATHY -. Es lo que te iba a preguntar: ¿Te pasa algo, mamá?.

ANAÍS -. ¿Qué me va a pasar, hija?. A mí no me pasa absolutamente nada.

CATHY -. Eso era lo que quería oírte: Que no te pasa nada.

El abrazo que había dado yo a mi hija estaba suficientemente justificado; ya que en ella veía yo un gran interés porque no me pasase nada; sobre todo que no estuviese enferma, pues aquellas ojeras lo delataban. Tendría que tener más cuidado para que no me viese mi hija Cathy decaída físicamente, ya que ella sufría mucho al verme así.

Tanta alegría tenía metida en mi cuerpo, que me parecía mentira fuese verdad; y así fue, pues un día me llegó mi hija Cathy dándome la noticia de su marcha para cumplir con otra tarea encomendada dentro de su servicio. Pero esta vez era muy lejos de donde yo me encontraba, en aquella grandiosa urbe, una bonita ciudad donde las hubiese.

Una mañana temprano me quedé sin mi hija por tenerse que marchar casi a las antípodas de donde estábamos viviendo su padre y yo; y aunque parecía que su padre no exteriorizaba sus sentimientos, aquello no era verdad pues sufría en sus adentros mucho, viéndosele hasta erizado los pelos del brazo y como subida la carne del mismo por el mucho sufrimiento que tenía en sus entrañas metido.

Los dos nos quedamos lánguidos, su padre y yo, sin poder articular palabra alguna que nos sirviesen de alivio ante tanto dolor como teníamos metido en nuestro cuerpo, y sin saber ir a ninguna parte sin nuestra hija. Solamente vivíamos de sus recuerdos, de cuando me acompañaba a mí por las calles de aquella ciudad, de cuando se echaba en el cuello de su padre dándole todas clases de besos, que parecía se le iba a comer, de cuando tenía cuidado con sus hermanos y un sin fin de cosas más que nos atería toda el Alma no dejándonos respirar; para en un momento determinado dar unos suspiros que nos valían de alivios para nuestras decaídas personas.

Al siguiente día de quedarnos sin nuestra hija Cathy nos llegó mi cuñada Marta muy nerviosa, pues al parecer tenía su hijo, Manuel, mucha fiebre y no sabía las causas de ella por lo tanto la acompañamos al pediatra en la ciudad, ya que mi hermano Bryan se encontraba trabajando: Alegando el pediatra que no tenía ninguna clase de importancia, que los niños respondían así cuando tenían una subida en el físico, y además se encontraba constipado.

Como mi cuñada Marta se había dejado al otro chico, Charles, en mi hogar me le encontré allí jugando con los juguetes que tenía en mi casa; pues como aquel chico iba de vez en cuando a mi casa, yo le había comprado algunas clases de juguetes para que se divirtiese jugando con ellos.

Como mi sobrino Charles había tomado mucha confianza conmigo, se atrevió a decirme, pese a su corta edad, que quería una bicicleta y que todavía no se la había comprado yo, que tenía más dinero que su papá. En aquello no había caído yo; ya que veía a casi todos los pequeños con sus bicicletas de chavales, afirmando yo con la cabeza de que le iría a comprar a mi sobrino una bicicleta.

Se puso contento del todo el chaval, y como había una higuera cerca la entrada de la casa desde la playa por el jardín se entretuvo cogiendo los higos de aquella higuera, poniéndose

perdido por la leche que sueltan los higos y las mismas hojas de la higuera. Se le pegaban hasta las manos, teniéndole que bañar todo él para que no le picase la piel.

Yo misma llevé a la casa de mi hermano Bryan a su hijo Charles, sin apenas inmutarse mi hermano por tal evento; ya que era uno más de las tantas que había llevado a mi sobrino a casa de sus padres.

No sabía lo que me pasaba, pues me encontraba cansada y como muy pesada; de modo que me fui yo sola al ginecólogo: Que no sabía yo el motivo que tuve para irme al ginecólogo primero en vez de al médico de cabecera, encontrándome flatulencias en el vientre. Me mandó unas pastillas que al parecer no me hicieron nada, no que no me hicieran mucha cosa; más bien fue que no me hicieron nada, no surtieron efecto dichas pastillas. Y como el decaimiento seguía, pedí a mi cuñada Amy que me acompañase al médico de cabecera y allí que nos fuimos las dos.

Como yo no mentía nunca a los galenos, me parece que es contraproducente, le conté lo que me había dicho el ginecólogo; así que tardó bastante tiempo en auscultarme, ya que él no veía nada de flatulencias en mi vientre, mandándome unos análisis bien detallados. Tan bien detallado me lo mandó, que pude darme cuenta lo que ponía, entre otras cosas, aquel análisis: Entre otras cosas me había mandado las pruebas del embarazo.

No la dije nada a mi cuñada Amy, saliendo de aquella consulta más ligera que una paja pero con el sentimiento de saber que se me habían mandado las pruebas del embarazo; así que yo respiraba muy profundamente asustando a mi cuñada con aquella respiración profunda.

Cada minuto que pasaba daba un suspiro muy profundo acompañado de una respiración que se elevaba hasta el Cielo, mirándome mi cuñada Amy como para saber si me estaba pasando algo malo. Malo no es que me pasase; lo único era, que no admitía volviese a estar embarazada de nuevo, llevando esa rabia metida en todo mi cuerpo.

Tantos suspiros y tantas respiraciones profundas di, que no tuvo más remedio que preguntarme por las causas mi cuñada Amy.

AMY -. Anaís, ¿te pasa alguna cosa mala?.

ANAÍS -. No. ¿Por qué me dices eso?.

AMY -. Te veo como muy azarada.

Esa era la palabra que definía el estado anímico en el que yo me encontraba en aquella hora fatídica para mí; ya que si volvía a estar embarazada todo cambiaría en mi casa, las relaciones entre mi marido y la manera de llevar las tareas de mi casa. Aquello no lo podía yo permitir, ya que no entraba en mi cabeza que estuviese yo embarazada de nuevo, aunque lo aceptaba de buenas ganas si me lo mandaba Dios; ya que yo era creyente y practicante a la vez, así que tendría que aceptar la voluntad Divina para no enfadar al Altísimo. Que por otra parte no sabía yo por qué me había mandado otro embarazo, como yo me estaba sospechando; ya que se desequilibraría toda la economía de mi casa, como así la manera de llevar dicha casa, teniendo que contratar a otra persona como empleada doméstica.

Los días sucesivos los pasé pensando en mi posible embarazo, no haciendo nada o casi nada en la casa; aunque todo iba a pedir de boca gracias al señor mayordomo y al ama de llave, así como al personal doméstico, gracias a que dichas personas sabían muy bien su acometida en mi casa.

No sé si sería por el decaimiento psíquico que tenía o por el mucho pensar en mi embarazo, lo cierto fue que me llevaron al Hospital con una hemorragia enorme, teniéndome que hacer un legrado para limpiar la zona; pero lo que originó aquella hemorragia fue mi aborto, perdiendo yo el feto; quedándome como anonadada y decaída a la vez.

Acudieron toda mi familia a mi lado, una vez que estaba ya en mi casa, dándome ánimos de fortaleza para mirar hacia delante; ya que cuando Dios no ayuda se tuercen las cosas, y esta vez se me torció a mí mi embarazo, teniéndolo que asumir con dignidad y fe a la vez para no caer en pecado.

Empecé hacer mi vida normal y como sino hubiese pasado nada, ya que si no hubiese sido peor, al no aceptar lo que me había pasado y para no acordarme más de ello pedí a mi cuñada Amy me acompañase a la bella ciudad, esperando que saliese de su trabajo nuestra cuñada Samantha para irnos en plan de bohemios aquella tarde noche; pues así lo hicimos.

En un local entrábamos, en otro salíamos; hasta que en uno de aquellos locales que participamos en las veladas estivales, se arrimaron un grupo de jóvenes a nosotras, siendo la más mirada mi persona. Aquellos jóvenes empezaban por la cara para terminar en las entrepiernas, y algunos llegaban a creer divisar los muslos que yo tenía: Se los veían por sus miradas, ya que por poco me salpican las babas de todos ellos.

¿Sería yo tan guapa?, ¿estaría yo también?: Esas preguntas me hacía para mí interior, no pudiendo resistir me fui para comprobarlo al excusado, comparándome con las chicas que había en aquel baño. Y sí; tal vez ganaba algunas de ellas. ¿Qué digo yo?; si tal vez no me ganaba a mí ninguna de aquellas chicas que se encontraban en aquellos momento en el baño, saliendo de allí más ufana que pudiese estar otra mujer en aquel centro de recreo.

Ya en casa me hablaron mis dos cuñadas de lo guapísima que iba aquella noche de bohemia y con tanta delicia como ninguna otra mujer.

Yo no quería que aquello trascendiera por si lo pudiese oír mi marido Arthur, que aunque no es celoso; siempre los hombres se ponen serios y como decaídos si saben se piropea a su mujer. No, no quería yo que se enterase mi marido de la fama que tenía yo para con los hombres, y hasta para con los menos maduros; como eran los chicos que nos dignamos a estar hablando un rato con ellos aquella misma noche.

No sé si se me fue un poco de sí la vanidad, pero lo cierto era que me agencié las mejores cremas que había en el mercado en aquellos años, viendo en realidad que sí estaba siendo un poco pedante en la vida una vez que tenía aquellas cremas en mis manos al mirarme al espejo para comprobar la realidad.

Una vez que me estaba recreando al mirarme al espejo con mi propia persona me cogió mi hijo mayor en tales devaneos, diciéndome en voz alta, y pese a su corta edad, -. Mamá es la más guapa de todas -. Aquello se le oyó decir perfectamente a mi hijo Robert, ya que con su media lengua sabía muy bien lo que decía.

Me entró un poco de miedo al pensar si a caso me hubiese cogido mi marido Arthur mirándome de aquella manera que me miraba al espejo: Que si me había vuelto loca, que si no estaba en mis treces. . . Una infinidad de cosas que no sabría parar para tomar aire en los

pulmones; pero menos mal que no fue así, que el que me cogió mirándome al espejo como alelada fue mi hijo Robert.

Hasta pensé usar una ropa que no me pegase con mi cuerpo, poniéndome una blusa de chica con una chaqueta de mujer mayor y llevando zapatillas de deportes, como hacen muchas chicas cuando salen de paseo.

Así lo hice y todavía era la envidia de las mujeres, todavía me miraban los hombres como queriendo escudriñar en mí la figura que yo tenía, pese a los engendros que llevaba puestos; pegando tropezones a cada paso que daba en la acera, por no saber mover mis piernas, ya que sin querer las cruzaba, no dejándome dar ni un solo paso con gallardía como antes lo daba cuando estaba de paseo por aquella bella ciudad. Así que cuando vi un comercio de vestidos me entré en el agenciando un hermoso vestido para salir a comprar los mejores zapatos que tuviese una zapatería.

No podía consentir que me mirasen tanto los hombres, pero tampoco podía consentir fuese vestida de chica joven para que no me mirasen los hombres; ya que mi dignidad era mucha y mi fuerza de voluntad mucha más, para salir a la calle bien vestida como lo hace una buena señora que se estime.

Tardé salir por las calles de aquella bella ciudad unos cuantos días, por no saber si lo podía hacer; ya que mi imagen estaba siendo como un pararrayo a la vista de los hombres. Y es que cuando di a luz por segunda vez, se me había quedado un cuerpo de película, asombrándose los hombres a mi paso.

Me armé de valor, pidiendo a mi cuñada Amy me acompañase al centro de la ciudad para comprarme una pamele; pues la que tenía estaba ya vieja, viendo en la mirada de mi cuñada Amy la extrañeza de ver en mí una persona indecisa y como asustada.

AMY -. ¿No digas?.

ANAÍS -. Te estoy pidiendo, que hagas el favor de venir conmigo al centro de la ciudad; pues tengo que comprar una pamele nueva.

AMY -. ¿No digas que estás como indecisa y asustada?.

ANAÍS -. Me encuentro bien.

AMY -. ¡Ya!; ya lo veo. Veo en ti que te acompañan unos nervios horrorosos.

Me acompañó mi cuñada Amy al centro de la ciudad con la sola idea de que se me fuese ese miedo que yo estaba exteriorizando a todas horas del día, no pudiendo salir sola al centro de la ciudad. Y de verdad que ya no me cabía otra más que salir con mi cuñada al centro de la ciudad, pero esperaba otro día para salir al centro de la ciudad yo sola.

Para qué me hubiese yo comprado una pamea; ya que la saqué puesta del comercio siendo la envidia de las demás mujeres que se cruzaban conmigo y la atracción sexual de los hombres, pues me hacía una figura completamente hermosa, sobre todo mi cara. Pero con todo y eso no me arredré y seguí mi trayecto calle adelante como si nada fuese conmigo, como sino hubiese nadie en aquella calle.

Poco a poco fui cogiendo confianzas en mí misma, no teniendo ninguna clase de reparos para poder pasear por aquellas bonitas calles, como las que tenía aquella ciudad. Hasta me atreví a sentar a mi cuñada Amy en una terraza de una heladería para tomarnos un helado tranquila, de lo más tranquila del Mundo.

Cuando me pareció bien pedí a mi cuñada Amy el favor de volvernos a nuestra casa y así lo hicimos, sentándome confortablemente en un sillón para poder tomar el pulso a la realidad de mi vida: Me había atrevido a permanecer impasible, junto a mi cuñada Amy, aquella tarde sentada en una terraza de una heladería y para mí aquello ya era bastante.

Dormí poco aquella noche pensando cuándo llegaría el siguiente día y sobretodo por la tarde; ya que me iría al centro de la ciudad yo sola, sin compañía ninguna, y así vería si era capaz de salir sola al centro de la ciudad. Y llegó, claro que llegó; llegó el siguiente día y con el la tarde, marchando yo sola al centro de la ciudad con mi pamea puesta, igual que iba el anterior día por aquellas calles.

Sí me miraban todas las gentes a mi paso; pero yo hacía como que se lo agradecía, como sino fuese nada conmigo, es más: Pensaba que aquellas miradas me engrandecían y daban

brillo a mi imagen. Con este pensamiento llegué a la zapatería entrando en ella para comprarme unos zapatos abiertos, ya que hacía calor.

No vi nunca tantas gentes mirar al escaparate de aquella zapatería como la estaba viendo en aquella hora que permanecí yo dentro de ella probándome zapatos y zapatos; pues hasta que no estuve segura que me gustaban unos, no compré ningún zapato.

Aquella zapatería tenía dos gradas para subir y bajar en ella; así que cuando me dispuse a bajar aquellas gradas parecía mi persona que estaba en una pasarela de moda de mujer por los curiosos que tenía yo a mí alrededor. ¡Qué barbaridad!; si parecía me estaban haciendo el paseíllo aquellos señores al despejar la hileras de baldosas que yo iría a pisar para alejarme de aquel comercial.

Me fui alejando de aquel lugar poco a poco, como no demostrando nervios algunos; ya que al parecer sería peor demostrase poca firmeza en mi persona, y así sentaría clase para que al próximo día solamente me mirasen aquellos caballeros.

Al llegar a mi casa me estaba esperando mi hija Cathy que había pedido unos días de permiso por asuntos propios al saber de mi aborto, teniéndola que demostrar que me encontraba perfectamente, teniendo que salir con ella de paseo por la playa aquella misma noche y a buen paso para ver mi resistencia física.

Tuvimos una sobremesa en la cena de lo más cordial del mundo para terminar diciéndonos mi hija Cathy a todas nosotras, que se casaba; aunque en verdad había venido para ver cómo me encontraba yo, aprovechando el viaje para darnos la alegría de dicha noticia: Que en pocos meses se casaba con el hombre de su vida.

Aquella noticia me cogió de improviso, ya que no la tenía el ajuar preparado y para tenerla un buen ajuar a mi hija Cathy se necesitaba un tiempo prudencial por el mucho costo que tenía el recopilar tantos enseres, como colchas buenas, sábanas excelentes como así un sin fin de utensilios que se utilizan en las casas.

No pudimos dormir su padre y yo toda la noche; pues estuvimos hablando de cómo íbamos a recopilar tantas cosas para que mi hija Cathy las llevase en la boda, y sobre todo a la casa que hubiesen comprado fuese donde fuese.

La siguiente mañana no nos queríamos mover de casa, mi hija y yo, para estar hablando todo el tiempo de su boda; ya que yo tenía un lapso de tiempo al no saber dónde se celebraría y dónde vivirían, así que se lo pregunté.

ANAÍS -. ¿Dónde se celebrará la ceremonia de tu boda, hija?.

CATHY -. Anda, mamá; ¡qué cosas tienes!. ¿Dónde se va a celebrar?, aquí.

ANAÍS -. Querrás decir en ésta gran nación.

CATHY -. Desde luego.

ANAÍS -. ¿Dónde habéis comprado vuestra casa?.

CATHY -. Hemos decidido que sea ésta.

Estaba muy bien; de modo que habían decidido vivir en mi casa al no haber comprado ningún hogar para que fuese su morada de amor en sus vidas.

No me gustó nada lo que me había dicho mi hija Cathy, pero me tenía que conformar con la decisión que ella había tomado, al ser mi hija y para no echarla afuera de casa; sería mejor acogerla en casa, que echarla de ella, así estaría con nosotras todo el tiempo que ella quisiera.

Pero no, no la entendía bien a mi hija Cathy; pues al verme poner aquella cara de sorpresa, me siguió hablando con todo el amor del Mundo para que no me asustase y supiese mejor lo que ella me había querido decir.

CATHY -. Observo tu cara de sorpresa-

ANAÍS -. No hija: Aquí puedes estar tú siempre.

CATHY -. No es eso, mamá. Como mi novio y yo estamos continuamente viajando al nivel del Mundo: Hemos decidido tener tu casa como nuestro cuartel general y así os vemos.

Aquello era otra cosa; lo último que me dijo mi hija sonaba mejor, con más armonía, ya que los casados casa quieren. Y si eso era como mi hija Cathy explicaba ya tenía otra clase de

sentido; aparte que nos pareció bien a su padre y a mí, que hubiesen decidido venir a vernos de vez en cuando, así sabríamos de ellos.

Pronto pasó los días de aquel permiso que la habían dado a mi hija Cathy, ya que se tuvo que ir de servicios a un lugar donde la habían mandado, y al parecer muy lejos de su querido novio por no estar trabajando juntos en aquellas fechas.

Una vez más nos quedamos solas todas nosotras, sin mi hija Cathy, pero con la ilusión que pronto la volveríamos a ver cuando terminase el servicio encomendado a mi hija, y para pasar el tiempo y no acordarnos tanto de la ausencia de mi hija, decidimos salir de compras o de visitas todas las tardes; pues en aquella ciudad se podía visitar muchos edificios oficiales que son como verdaderos museos expuestos al público, y cuando no alguna competición deportiva de las muchas que hay en dicha ciudad. Para ello decidimos una rotación, de quién se quedaría al cargo de los niños, y así podíamos salir fuese una o fuese la otra a la gran ciudad para expansionarnos mejor del ajetreo de la casa, que no era poco, esperando cualquiera de las dos a nuestra cuñada Samantha y así poder dar un paseo por aquella bonita ciudad.

Un día que me tocó salir con mi cuñada Marta, esperamos a mi cuñada Samantha con la idea de ir al cine; ya que echaban una película estupenda y bien afamada, pero antes de entrar en aquella sala nos cruzamos con el novio de Cathy, Richard que había venido a una base allí cercana para ejecutar un servicio como defensor de un Sargento.

Dejando, desde luego, la idea de ir al cine; ya que éste nos propuso otra idea mejor: El marcharnos a un tablao flamenco que había allí cerca, montándonos en el coche que traía éste y como estaba dicho tablao cerca, tardamos tres cuartos de hora llegar a el; y eso que estaba cerca aquel tablao flamenco.

Nos quedó cerca de una carretera, en una curva de esta, oyendo continuamente el ruido de la circulación de los coches, hasta que nos entramos en dicho tablao flamenco, siendo una Peña Flamenca aquel tablao. Y entre ole y “no tiene novio” pasamos una velada estupenda, habiendo entrado en aquella sala a primeras horas de la noche; pero cuando ya era la una de la madrugada tuve que salirme fuera de aquella sala para dar un paseo por sus alrededores.

Yo me encontraba bastante mareada por el buqué que había tomado, siendo aquel vino un caldo ideal para escuchar los diferentes palos del flamenco, aplaudiendo con todas nuestras fuerzas cada una de nosotras; pero se cogía a la cabeza aquel vinillo, pese a que entraba muy bien por la garganta.

Me quité los zapatos para sentir más alivio en mis piernas paseando por aquel contorno donde estaba la sala de fiesta, ya que parecía había una calle sandunguera, en donde se veía a infinidad de jóvenes sentados en las aceras tomándose su “litrona!”. Y como yo no quería mezclarme con aquellos jóvenes me retiré un poco de aquel lugar, viendo una sombra detrás de mí. Apreté el paso sin saber que cada paso que daba más me alejaba de la sala de fiesta, existiendo un tiempo en el que no sabía dónde estaba.

Miraba para todas las partes de aquellas calles no viendo ningún taxis que me pudiese llevar, de nuevo, a mi lugar de destino; por lo tanto yo no me podía alegrar más de donde se encontraba la sala de fiesta, así que me armé de valor mirando para atrás viendo la persona en aquella sombra: Era el novio de mi hija Cathy que había salido detrás de mí nada más que vio mis movimientos en aquella sala de fiesta flamenca, ya que al parecer me observaba como mareada a la vez que corría detrás de mí para que no me alejase mucho de aquella sala; pero como yo creía fuese otra persona, apretaba el paso sin saber qué dirección tomar.

Volvimos los dos, Richard y yo, al tablao flamenco a duras penas, ya que me había alejado mucho de aquel lugar sin yo saberlo, y cuando nos presentamos delante de mis dos cuñadas, Marta y Samanta, estaban totalmente nerviosas por no saber lo que me había pasado.

Decidimos marcharnos de allí cuanto antes, así que sobre las dos y media estábamos de nuevo en nuestros hogares descansando , levantándose mi marido Arthur de la cama cuando me vio entrar en la alcoba con la sola idea de que pudiésemos hablar algo él y yo.

ARTHUR -. Me tenías preocupado.

ANAÍS -. Estaba con nuestras cuñadas, Marta y Samantha.

ARTHUR -. Hay teléfono en todos los lugares de recreo.

ANAÍS -. También se encontraba Richard.

Cuando le dije que también se encontraba Richard a mi marido Arthur éste se quedó más tranquilo; pero sabiendo que las causas de haber llegado casi a las tres de la madrugada la tenía el novio de nuestra hija Katy, ya que tenía un carácter abierto a todos los eventos de las diversiones que había en aquella ciudad. No le quise decir, que tal vez habíamos estado en otra ciudad por los kilómetros que hicimos para llegar al tablao flamenco; ya que mi marido se volvió acostar sin que se le viese visa de querer hablar más sobre aquel tema.

Por la mañana temprano dejé pasar la explicación de dónde habíamos estado la noche anterior, no fuese a ser que se pusiera nerviosos mi marido Arthur no haciendo bien su trabajo en la empresa donde ejercía su tarea, llegando muy temprano a casa mi marido con la sola idea de que le explicase dónde habíamos estado la noche anterior, quitándole yo asperezas al asunto al decirle que nos había convidado el novio de nuestra hija Cathy no viendo el momento de salir de donde estábamos aquella noche para no hacer un feo a Richard.

Llegó el cumpleaños de mi cuñada Samantha agasajándonos en la ciudad con una buena merienda en un restaurante afamado pasando una buena mañana y hasta el comienzo de la tarde todas juntas. Tanto comimos que yo decidí darme un paseo yo sola por las calles de aquella bella ciudad, yendo a recabar en una heladería para tomarme un buen cortado de turrón.

También me sentía paseando por las calles de aquella preciosa ciudad que olvidé qué hora era y cuando miré al reloj de pulsera tuve que darme prisa para coger a mis gentes en el restaurante todavía. Pues sí, todavía se encontraban en el restaurante mi familia brindando por todo lo alto y tomándose el café tranquilamente, pero hablando todas a la vez; allí no había quién se entendiese, todas hablaban y hablaban sin descansar, no entendiendo yo ni una sola palabra de lo que decía nadie.

Me volví a sentar donde había estado en la merienda no acudiendo ningún camarero para preguntarme si quería tomar alguna cosa más; parecían aquellos empelados del restaurante que tenían prisa para que nos fuésemos de allí, pues tendrían que barrer y fregar el establecimiento, pero antes tendrían que recoger las mesas donde habíamos celebrado el

cumpleaños de mi cuñada Samantha, pues parecía un mercadillo cada una de aquellas mesas al estar todos los últimos platos y las copas encima de ellas.

Salimos; desde luego que salimos de aquel restaurante para irnos a poner bien en un parque, a la sombra de unos árboles y al pie de una fuente de mampostería puesta allí por el Excelentísimo Ayuntamiento para que bebiesen las personas de ella, yendo y viniendo de tiempo en tiempo cada componente de mi familia a la fuente para saciar su sed. Estaban toda mi familia al amparo de aquella fuente debido a la abundancia de comida que se habían agenciado en el restaurante y a la mucha bebida que habían tomado en aquel local.

No sé cuanto tiempo estuvimos retozando en dicho lugar; lo cierto fue que cuando nos cansamos de estar allí decidimos irnos a una heladería, ya que era la hora propicia para tomarnos un buen helado; yéndonos a la misma heladería que había estado yo antes. Y así, al caer la tarde nos fuimos a casa para poder descansar en ella.

Yo me encontraba totalmente decaída por el mucho ajetreo que había tenido aquel día por el feliz cumpleaños de mi cuñada Samantha.

Presentándose en nuestra casa Michael, el novio de la señora Dora, con la pretensión de que nos invitaba para que fuésemos a recibir en el aeropuerto a mi hija Cathy y a su novia Dora, así que no hizo falta lo dijese una segunda vez, pues con una que lo dijo nos valió para irnos con él al aeropuerto a esperar a mi hija.

Se estaba haciendo todo con una forma diplomática, que a mí me parecía nos fuesen a dar una noticia trascendental para todas nosotras; pero yo lo dejé pasar, puesto que ya sabía la noticia que nos quería dar Michael, o en su defecto alguno de ellos: Así como Dora, Richard, Michael o tal vez mi hija Cathy.

Pasaba ya un par de horas que habían llegado a donde vivíamos nosotras aquellos jóvenes no anunciándonos ninguna noticia nueva; por lo tanto no sabía yo si aquello fuese para bien, pues una noticia nos tendría que ser dada, pero no sabía yo cuando. Y al verme un poco preocupada mi cuñada Amy me preguntó las causas de ello.

AMY -. Te veo muy decaída: ¿Qué te pasa?.

ANAÍS -. Este boato que están trayendo estos jóvenes con nosotras no me parece bien, si en ese rumbo no se da una noticia fresca.

AMY -. Se dará, ¡se dará!

Mi cuñada Amy no dijo más yéndose a donde estaban las otras personas de nuestra familia, ocultándose tras de ellos. Yo no sabía qué quiso decir mi cuñada Amy con aquello de -se dará -, ya que no la entendí muy bien, por lo tanto me di media vuelta para ir derecha a un sillón y sentarme en él.

La cena trascurrió de lo más normal del Mundo, ya que aunque habíamos tenido una pequeña sobremesa, yo me descuidé no viendo que al acortar el tiempo de nuestras charlas, las unas con las otras, la noticia estaba a punto de decirse por algunos de aquellos jóvenes.

Y desde luego que estaban apunto de comunicarnos una buena noticia aquellos jóvenes, que con cara alegre estaban esperando a transmitirnos una noticia que nos alegrase toda nuestra Alma.

La primera que se levantó fue mi hija Cathy con una copa en las manos como dispuesta a decirnos algo; por lo tanto puse oído a lo que nos quería decir mi hija.

Pero al momento, y antes que comenzase hablar mi hija Cathy, se levantó su novio Richard queriendo él también anunciarnos una buena nueva; pues al parecer lo que nos querían decir aquellos jóvenes sería una buena noticia para todas nosotras.

CATHY -. Os queremos dar una noticia. . .

RICHARD -. Y hemos decidido que sea hoy cuando se la demos a todas ustedes.

CATHY -. En este caso no hay diplomacia que valga; yo no sé hacer retórica con las palabras, así que les diré a todas ustedes: Que nos casamos Richard y yo al mes siguiente.

Todas comenzamos aplaudir con la mayor fuerza en son de habernos gustado mucho la noticia que nos estaban dando aquellos dos enamorados; pero cuando estábamos en todo el

interés de la noticia, alegrándonos y aplaudiendo a más y mejor, se levantaron Dora y Michael con idea de decirnos algo.

Todo el interés de nosotras se centró en aquellos dos jóvenes, que tenían la idea de comunicarnos algo bueno; pues viniendo de ellos no podía ser una mala noticia, al contrario: Sería una noticia encantadora.

DORA -. Nosotros, también les tenemos que comunicar una buena noticia. . .

MICHAEL -. No es que nos de envidia; pero la noticia que les tenemos que dar es también buena.

DORA -. Sencillamente: Nos casamos.

Entre vivas y ole, unas veces a los novios y otras a los padrinos, pasamos aquella velada de lo más agradable para nosotras; viendo la felicidad en aquellos jóvenes que querían desposarse y cuanto antes por estar enteramente enamorados unos de los otros, y así cumplir con el santo deber que nos manda nuestra religión.

Pero eso sí, según ellos, no se casaban en el mismo día; se casaban en días diferentes para tener más amplitud en las celebraciones de aquellas bodas, y como Richard así como Michael eran de Wisconsin , las bodas querían fuesen en dicho Estado de los Estados Unidos de América; ya que los papás de los novios eran de allí, estando verdaderamente viejos sus progenitores y para no hacerlos sufrir querían se celebrase en dicho Estado las bodas. Pero para eso tendríamos que ir todas nosotras aquel Estado, en una bonita y maravillosa urbe.

Accedimos todas, de buen agrado, para ir a dicho Estado en un vuelo regular hasta los Estados Unidos del Norte de América y para ello teníamos que agenciar el billete del avión lo más pronto posible: Tan pronto fue comprar los billetes, que lo hizo mi marido Arthur por Internet, para que no nos faltase tiempo, ni se tuviese que quedar alguna de nosotras en tierra por estar completo el vuelo de ese avión, teniendo que marchar dicha persona en otra aeronave diferente donde volaban las demás personas de su casa.

Los preparativos que estábamos haciendo para la boda de aquellos jóvenes se sucedían con rapidez, ya que entre comprar un vestido, equiparnos para el viaje con algunas que otra ropa jaguayana, pues seguro que nos llevarían a playas exóticas, arreglarnos el pelo y abrir nueva cuenta corriente en algún banco que operase a favor nuestro en aquel Estado se nos pasó todo el tiempo sin darnos cuenta.

Yo no estaba quieta en mi casa, no hacía más que ir y venir al centro de aquella preciosa ciudad agenciando ropas y zapatos a mi gusto y acomodo, y hasta Cathy me trajo un vestido de un comercio, tal vez de la base o cerca la base, que me encantó mucho; no sabiendo cual vestido elegir para la boda: Si el que me había comprado yo o el que me había regalado mi hija Cathy.

Un bolso muy bonito me regaló Richard, gustándome mucho; ya que hacía juego al traje que me había comprado mi hija Cathy, obligándome a ponérmelo el día de la boda aquel vestido, pues mis hijos me habían regalado aquello con todo el amor del Mundo. Aparte que aquel vestido pegaba más en el Estado de Wisconsin que el vestido comprado en la ciudad donde vivíamos nosotras. En fin, que íbamos echas todas nosotras unas americanas inconfundibles; con vestidos totalmente americanos. Y para que no faltase de nada, mis hermanos llevaban cada uno, un traje a la usanza de aquel Estado y al gusto americano: Pantalón ancho y chaqueta también ancha.

Las nubes se veían bajo nuestros pies en el avión como trozos de algodón, unas veces blancas para presentar color otras veces, según la intensidad de aquellas nubes. Desde luego no llegamos directamente al Estado de Wisconsin, pues aterrizamos en un aeropuerto internacional de una gran urbe en los Estados Unidos del Norte de América, y de allí nos trasladaron al Estado de Wisconsin, unas veces en coche y otras en un aeronave pequeñita de vuelo regular.

Agasajados totalmente por los padres de los dos jóvenes, aquellos novios enamorados de sus respectivas novias; ya que tenían una grandiosa casa y al parecer estaban bien situados en aquella grandiosa Nación y hermosa tierra. Uno de aquellos padres se había presentado como político en unos comicios hacía ya bastante tiempo, habiéndolos ganados: Ese era el padre de Michael; pues el padre del novio de mi hija también estaba bien situado y con varias empresas a pleno ritmo de productibilidad.

En cuanto a la ceremonia nupcial, fue de lo más opulenta del Mundo: Allí había de todo, no faltaba nada que se pudiese pensar para luego comentarlo en familia, ya que la más mínima comida, o la bebida más ínfima existía en aquellas mesas también preparadas y también servidas, al gusto de todos los comensales.

Cuando ya creímos se había terminado toda clase de fiesta, no habíamos hecho más que empezar; ya que a los dos días se casaba Dora con su novio. ¡OH!; banquetazo y ceremonia que se ofició, pese a ser dentro del seno cristiano y Romano. ¡Ay madre!; si por poco nos ponemos malas todas nosotras de tanta comida como se sirvió en aquellos dos banquetes.

Y para el regocijo de todas nosotras nos invitaron nuestros hijos para que nos quedásemos en sendas casas y así poder llevar la dirección de las empresas del papá de Richard y el sistema bursátil del papá de Michael.

FIN

CRÍTICA DEL AUTOR

Un obra difícil, en donde se encallejonan los conceptos en un sistema bipolar, uniéndose en esa bipolarización mientras se está desarrollando la obra; sobre todo en el último tercio de la novela, haciéndola más ágil a la obra en los últimos capítulos, no enmarcados.

Tal vez tiene un destello de filosofía en cuanto se plasma en ella la diferencia del status social dentro de unos parámetros encuadrados en la clase media; ya que domésticos y señoras de la misma casa, cobran por igual, pero con una sustancial diferencia: Mientras los unos, los domésticos, no se atreven a formar su propio status, los otros, los señores, ya lo han formado.

La enseñanza que da la obra en las personas de sus protagonistas, es primordial dentro de la sociedad; pues informa del conformismo de unos y de los apuros de los otros. No viéndose gran diferencia entre domésticos y señoras.

La obra se desarrolla dentro de un seno familiar de creencias religiosas, aceptando todo lo que viene del Altísimo.